

*Sophie Saint Rose*

*Serie época*

*Dragón*

**D.J.57**

*Dorado*

Dragón Dorado

Sophie Saint Rose

# Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Epílogo](#)

# Capítulo 1

Camille se cubrió la cabeza con los brazos, cayendo al suelo mientras su padre la pegaba fuera de sí. —¿Quién te crees que eres? ¿Te atreves a contradecirme? —La agarró por sus rizos rubios levantándole la cara antes de pegarle un puñetazo que la dejó medio inconsciente. —¡Eres una zorra como tu madre! Pero te voy a quitar ese carácter, aunque sea lo último que haga. Eso te lo juro. —Sujeta aún por la cabellera ya no podía ni gemir mientras la seguía pegando. Hasta que la soltó cayendo al suelo de costado medio inconsciente, rodeada de la seda amarilla de su vestido.

Andrew Hightway, Conde de Wimmer, apretó los labios dándose cuenta de lo que había hecho. —¿Ves lo que me provocas hacer? —le gritó colocándose la chaqueta del traje y pasándose las manos por las sienes para colocar en su sitio sus cabellos rubios—. Esto te lo has buscado tú. —Tomó aire antes de rodear su gran cama para ir hacia la puerta. —Te casarás con el Barón de Crandell. No hay más que hablar. Te aconsejo que a partir de ahora tengas la boca cerrada y solo la abras para lo que te digan. Niña consentida... —Cogió el pomo de la puerta, abriéndola con fuerza para encontrarse a la doncella pálida al otro lado. —Atienda a milady. No se llamará al doctor bajo ningún concepto. ¿Me ha entendido?

—Sí, Conde. —La doncella con acento francés hizo una reverencia agachando la cabeza mientras el Conde salía de la habitación.

En cuanto el señor desapareció, corrió dentro de la habitación llevándose una mano a la boca al ver a su ama de apenas doce años tirada en el suelo aparentemente sin vida. —¡Milady! —Se arrodilló a su lado y se echó a llorar al apartarle el cabello rubio de la cara mostrando los golpes en su rostro. —Dios mío... —Temblando miró a su alrededor sin saber qué hacer y se levantó con agilidad para sus cincuenta años corriendo fuera de la habitación para buscar ayuda.

Corrió por las escaleras de servicio y al entrar en la cocina donde los criados estaban cenando, el mayordomo se levantó de la cabecera de la mesa. —¿Qué ocurre, Laine?

—Necesito ayuda. Milady... —dijo sin poder reprimir las lágrimas apretándose las manos.

Williams frunció el ceño y miró a la señora Reynolds, el ama de llaves. —Venga conmigo.

—Sí, señor Williams. —Se levantó de inmediato y los tres fueron hacia la escalera de servicio mientras el resto de los empleados murmuraban en la mesa.

—¿Se le ha ido la mano? —preguntó Williams subiendo los escalones de dos en dos mientras ellas le seguían.

—Parece que está muerta, señor —dijo la doncella sin dejar de llorar.

—Dios mío —susurró la señora Reynolds.

Williams echó a correr y cuando las mujeres llegaron a la habitación el mayordomo ponía con cuidado a Camille sobre su cama. El ama de llaves la miró horrorizada y cerró la puerta de inmediato mientras Laine se sentaba al lado de su ama. —¿Está muerta?

—No —respondió el mayordomo furioso intentando reprimirse. Levantó la vista hacia el ama de llaves—. Menudo salvaje.

—Tenemos que hacer algo. Llame al médico, Williams.

—¡No! —Asustada Laine negó con la cabeza. —Me lo ha prohibido.

—¡Se puede morir! ¡Necesita atención!

—Eso a él le da igual —dijo el mayordomo viendo a la preciosa niña irreconocible por los golpes—. Y si llamamos a un médico y él se entera, nos molerá a golpes a todos.

—¿Qué hacemos? —La señora Reynolds tuvo que apoyarse en uno de los postes de la cama pues se estaba mareando. —Pobre niña.

—Lo he oído todo. Quiere que se case con el Barón de Crandell.

El mayordomo la miró asombrado. —¡Si tiene sesenta años!

—Ella se negó. Casi ni la dejó negarse. En cuanto abrió la boca, empezó a pegarla. Mi señora ni se quejó una sola vez. —Laine se echó a llorar. —Mi pobre niña. La va a matar tarde o temprano.

—Como con su madre. Más le valía vivir en la calle que con esa bestia —dijo la señora Reynolds.

El mayordomo la miró sorprendido antes de entrecerrar los ojos. —Exacto.

Los tres se miraron y la doncella empezó a entender. —¿Qué está pensando?

—O se casa con ese viejo o la mata a golpes. Si tuviera la oportunidad de escapar, ¿qué creéis que haría?

—Mi señora huiría si tuviera la oportunidad. De eso no hay duda.

Los tres asintieron. —Pero es muy joven.

—Hay niños en las calles mucho menores —dijo Williams—. Yo fui uno de ellos. Solo tiene que sobrevivir hasta que sea lo bastante adulta para reclamar su herencia.

—Pero para eso queda mucho —dijo el ama de llaves asustada—. Y además, ¿cómo haríamos para que huyera?

Williams se paseó por la habitación pensando en ello. —Ya lo tengo. —Las mujeres lo miraron. —Compraremos un cuerpo y la sustituiremos.

—¿Qué? —preguntaron ambas a la vez.

—Podemos sustituirla. Su padre no se molestará en mirar si es su hija como no lo hizo con su esposa. El ataúd irá cerrado para que nadie vea las consecuencias de sus actos y si tenemos la mala suerte de que venga a la habitación, la cubriremos con una gasa blanca. Ni se dará cuenta que no es ella si elegimos bien el cuerpo. Todavía tengo amigos. No me será difícil encontrarlo.

La señora Reynolds miró a la niña. —Eso si sobrevive a esta paliza.

—Si queremos hacerlo, debemos sustituirla cuanto antes. Si fallece después será mala suerte.

—¿Dónde la escondemos? —preguntó Laine.

—En tu cuarto. Eres la única doncella que no comparte habitación —dijo el mayordomo—. Atendedla e intentad ayudarla —dijo yendo hacia la puerta—. Yo voy a solucionar el otro asunto.

En cuanto el mayordomo salió, Laine miró a la señora Reynolds. —No sobrevivirá en las calles.

El ama de llaves la cogió por el brazo. —¿Prefieres que se quede aquí hasta que la mate si no lo ha hecho ya?

—No...

—Le estamos dando una oportunidad. Es lista y Williams la ayudará. Si se queda, la casará con ese viejo y todo el mundo sabe que es un borracho que solo la quiere por su dinero. Es amigo de su padre y la utilizarán para quedarse con la fortuna de su abuelo que recibirá en cuanto cumpla los dieciocho. —El ama de llaves sonrió con satisfacción. —Se va a quedar de piedra cuando se dé cuenta que se le ha ido la mano y que lo ha perdido todo.

—¿Y cómo demostrará que es ella cuando sea adulta? Si la matamos...

La señora Reynolds entrecerró los ojos. —Bien visto. —Miró a su señora que gimió casi imperceptiblemente. —Cómo demostrar que es ella. —La mujer se apretó las manos nerviosa. —¡Piensa en algo!

—Tenemos que decírselo a alguien. Alguien de su posición que la proteja cuando vuelva.

—¿Alguien que le lleve la contraria al Conde? —preguntó incrédula porque era bien sabido por todo Londres su mal carácter. De hecho, varios lores estaban

bajo tierra por él debido a los duelos.

—Su tía...

—¡Su tía no la ayudaría! ¡No la ayudado nunca!

—Pero podría reconocerla cuando...

La señora Reynolds la miró a los ojos. —Podría... Solo tiene que decir que es ella. Pero no puede quedar ninguna duda de que es ella. —La mujer sonrió mirando el tocador. Se acercó lentamente y abrió el joyero de oro herencia de su madre y allí estaba el sello de su abuelo. Lo cogió entre sus dedos viendo el dragón de su diseño. Un dragón con las alas extendidas.

—¿Qué va a hacer? —preguntó la doncella asustada al ver que se cubría los dedos antes de acercar el sello del anillo al fuego.

—Voy a marcarla. —Cuando ya no soportó el calor porque sus dedos ardían, se acercó a su señora. —Levántale la falda.

La doncella lo hizo a toda prisa mostrando sus medias y su ropa interior. —Levántale el calzón. —La doncella desató el cordón de encima de su rodilla y mostró la suave piel de su muslo antes de que la señora Reynolds apretara el sello sobre esa zona con fuerza. La muchacha ni se movió y cuando la mujer apartó el sello se veía claramente el dragón marcado en su piel.

—¿Y eso qué probará?

—Todo el mundo conoce el sello del Marqués. —Sonrió imaginándose la cara del Conde cuando su hija apareciera años después. —Y como este sello irá enterrado con la otra muerta, podrá demostrar que es ella porque no pudo

ponerse la marca después.

A Laine se le cortó el aliento. —Por supuesto. No podrán decir que no es ella porque el anillo es suyo.

—Y solo nosotros sabemos dónde estará el anillo. Si desentierran a la muerta y encuentran el anillo, todo el mundo sabrá que ella es Lady Camille Eleanor Hightway. La única descendiente del Dragón Dorado y heredera de su inmensa fortuna.

La puerta se abrió sobresaltando a Laine que estaba dando de comer a milady y suspiró de alivio al ver entrar a Williams. —Debería llamar —susurró molesta porque entraban en su habitación cuando les daba la gana sin preocuparse por si milady estaba desnuda o en el excusado.

—Lo siento milady, pero no puedo detenerme en el pasillo y temo que oigan mi voz. —Camille intentó sonreír, aunque era casi imposible con su cara amoratada. —¿Cómo se encuentra?

El mayordomo parecía nervioso y Camille preocupada le miró con sus ojos verdes. —¿Qué ocurre? —preguntó casi sin separar los labios rechazando la cuchara que Laine le tendía—. ¿Ha ido mal el funeral?

—No, todo ha ido perfecto según me han comentado los lacayos. Ha sido enterrada en el panteón familiar.

—¿El anillo?

—Entre el forro de seda y la madera en la cabecera del ataúd, milady. Todo ha ido bien.

Camille le miró sin entender qué ocurría entonces. —Debemos sacarla de aquí milady.

—¿Por qué? —preguntó Laine confusa—. No saben que está aquí. Podría quedarse para siempre.

—Uno de los lacayos ha oído rumores. Al parecer una de las cocineras se ha dado cuenta que desaparece comida y ha reprendido a una de las aprendices pensando que se lo había dado a uno de los lacayos del establo. Pero no se ha quedado contenta cuando le he dicho que no se preocupara más. Incluso ha ido con el cuento a la señora Reynolds.

La mujer entró en ese momento en la habitación y parecía acalorada. —Milady, se rumorea que alguien roba comida.

—Ya me he enterado —susurró preocupada. Si esos rumores llegaban a su padre, podría ponerse hecho una furia hasta que encontrara al culpable. Al mirar a Laine vio que estaba pálida como la cera. Todo el mundo sabía cómo el Conde había golpeado a uno de los lacayos por mancharle la chaqueta de barro al ayudarle a bajar del caballo.

Debía irse. Sus amigos ya habían hecho muchísimo por ella.

Con esfuerzo apartó las sábanas. —No, milady —dijo Laine preocupada—. No tiene fuerzas todavía.

Sujetándose el costado se levantó de la cama con esfuerzo. —Estoy bien.

—Milady... —Williams preocupado la cogió del brazo—. Conozco a alguien que puede ayudaros. Pero no confío en que por dinero os delate.

—No se lo digas a nadie. —Puede que tuviera doce años, pero no era tonta. —Me delatarían y los sabes. —Le miró a los ojos y sonrió. —Me habéis ayudado tanto... No sé cómo agradeceréroslo.

—Por Dios, niña —dijo la señora Reynolds con lágrimas en los ojos—. Si tuviéramos dinero...

—No os preocupéis más por mí. —Se pasó la mano por la frente. —Laine, necesito ropa.

—Ya había pensado en eso. —Fue hasta el armario y sacó un vestido rústico en color marrón con un abrigo de tosca lana. —¿Qué vais a hacer? ¿A dónde vais a ir?

Cerró los ojos porque no tenía idea de qué pasos seguir fuera de esos muros. No tenía dinero, ni nadie a quien pedir ayuda.

—Sabéis que vuestra tía no tiene el valor...

—Lo sé. Yo me di cuenta cuando con siete años no movió un dedo por mí mientras padre me golpeaba. —Temblando se acercó a la cama y cogió el vestido.

El mayordomo carraspeó y se acercó colocando encima del vestido una saca de cuero negro. —Es todo lo que tengo, milady. No puedo darle más.

—Oh, no puedo....

—Se lo suplico, milady. Cójalo. Me gustaría tener mil veces más para poder

ofrecérselo —dijo emocionado antes de darse la vuelta para salir de allí.

La señora Reynolds hizo lo mismo dejando otra bolsa al lado de la de Williams y Laine hizo lo mismo sacando una bolsita marrón de su delantal blanco. —No sé cómo agradecerérselo.

Las mujeres miraron apenadas a la pobre niña que estaba a punto de salir al mundo sin saber lo que le deparaba el futuro. —Suerte, milady. No se fíe de nadie —dijo el ama de llaves antes de salir de allí emocionada.

Camille miró a su doncella que lloraba sin disimularlo. —No te veré más.

—No, milady. Tendré que buscar otro empleo porque ya no tengo a quien servir.

—Lo siento. —Camille se echó a llorar tapándose la cara.

La doncella se acercó abrazándola con cuidado mientras la pobre niña apoyaba la cabeza sobre su pecho. —No sienta nada, milady. Encontraré otro empleo enseguida. Me preocupa usted que no sabe lo que es el mundo. —La cogió por los hombros para que la mirara y la acercó a la cama cogiendo una de las sacas. —Coja las monedas y métaselas en los zapatos. No muestre su dinero en público y no se fíe de nadie. Busque un empleo, milady.

—¿Un empleo?

—Hay casas que buscan doncellas de su edad para amoldarlas a sus costumbres. Busque una casa, milady. Allí estará protegida y no la conocerá nadie. —Los ojos de Camille brillaron de esperanza. —Pero no vaya con este aspecto. Busque una habitación para alquilar y cuando se reponga busque

trabajo.

—Entiendo.

—No es tonta, milady. Saldrá adelante.

—No es de noche, ¿verdad? —preguntó asustada por salir en la oscuridad.

—Milady, es mediodía. —Angustiada por su señora no se atrevía a dejarla sola. —Me iré con vos.

—¡No! —La niña orgullosa levantó la barbilla. —Soy nieta del Dragón Dorado. Saldré adelante.

Tres días después

Camille temblaba de frío sentada en el suelo empedrado del callejón, abrazando sus piernas mientras escondía la cara en las rodillas, intentando que no se escucharan sus sollozos. Su abrigo estaba roto y estaba descalza con sus pies negros de la suciedad de las calles.

Con la cabeza cubierta con un grueso chal, salió de la casa de su padre para subirse al coche de alquiler que la esperaba. Allí dio la dirección de la calle donde Laine dijo que había habitaciones libres. Después de hablar con una horrible mujer de pelo sucio que intentó verle la cara, la llevó hasta una asquerosa habitación diciéndole que valía medio chelín la noche. Ella se lo

tendió casi sin mostrar su mano y cuando la mujer salió, se tumbó sobre el desvencijado catre vestida como estaba ignorando el olor a moho. Se echó a llorar y sin cenar nada esa noche, se quedó dormida dolorida por sus heridas. La despertaron cogiéndola de los brazos y cuando apartaron el chal, vio a dos jóvenes uno por cada lado de la cama. —¿Dónde tienes el dinero?

—No tengo dinero —dijo asustada mirando al que había hablado, que estaba muy sucio y tenía una enorme cicatriz encima del ojo izquierdo.

—Quítale los zapatos.

Mirando al otro chico intentó patalear, pero no tenía las energías suficientes para hacerlo. Llorando vio como la descalzaban y reían al ver caer las monedas. Ella miró hacia la puerta y la mujer estaba allí sonriendo satisfecha, observando como la robaban. —Mirar a ver si tiene algo más.

—¡No! —gritó al ver que tiraban de los botones de su abrigo para manosearla buscando algo que pudiera beneficiarles.

Cuando le rompieron el vestido, la soltaron tirándola con fuerza sobre la cama y salieron de allí dándose empujones mientras contaban las monedas y se reían. La mujer les dejó pasar y levantó una ceja. —Fuera de mi casa, señoritinga. Si no tienes dinero, no te puedes quedar.

Llorando se sentó sobre la cama. —¡Ya le había pagado!

—¿Sí? ¿Cuándo? —Se echó a reír saliendo de la habitación y Camille reprimió un sollozo recordándolo allí sentada y muerta de frío. Había salido de aquella casa al amanecer y había caminado por las calles hasta que tenía los pies

insensibles del frío. Al anochecer dolorida y muerta de hambre, se metió en un callejón buscando refugio del frío que la recorría. Se había sentado tras unas tablas suspirando de alivio porque estaba agotada, pero ahora, un día después, la desesperación la abrumaba. Iba a morir allí, pensó llorando.

—¿Qué te ocurre?

Sobresaltada se arrastró por el sucio suelo hacia atrás, huyendo de la sombra tras los tablones que estaban ante ella.

Escuchó unos pasos y casi chilló cuando alguien se agachó a su lado. Era un niño de unos catorce años con la cara sucia y una gorra, que la miraba con sus ojos marrones pensativamente. —¿Estás enferma? Coño, ¿quién ha sido el cabrón que te ha puesto la cara así?

—¿Qué? —Asustada cuando alargó la mano, se golpeó la cabeza contra el muro de ladrillos.

—Tranquila, no te voy a hacer nada. —El niño bajó la vista desde su rostro y sus rizos despeinados hasta sus sucios pies. —¿Te han robado los zapatos?

—Sí —susurró.

—Tranquila, te robaré otros. ¿Tienes familia? —Ella negó con la cabeza y el chico se encogió de hombros sin darle importancia. —Me llamo Bill, ¿y tú?

—Camille.

—Te llamaré Charlie. Camille es nombre de niña.

—Soy una niña.

—¿En los barrios bajos? ¿Acaso quieres ser puta? —Le miró sin comprender

y el chico entrecerró los ojos. —Ya veo. ¿Sabes leer?

—Sí. —Sonrió ilusionada. —¿Me servirá de algo?

Bill se echó a reír. —Aquí no, pero de dónde vienes seguro que de algo te sirve.

Ella le miró con desconfianza. —No sé de qué me hablas.

—Eres una señoritinga. No hay más que verte. Pero tranquila que yo te ayudo. —Le tendió la mano. —¿Vienes?

—¿A dónde?

—De momento a mi guarida. Allí no pasarás frío.

Camille miró la mano extendida de Bill. No tenía a nadie más. No podía rechazarle. Al mirar sus ojos él sonrió. —Vamos pequeña. Ya va siendo hora de que comas algo.

Su estómago rugió en respuesta y Bill puso los ojos en blanco. —Será posible. —Le cogió la mano y tiró de ella levantándola de golpe haciéndola gemir de dolor. —El cabrón que te hizo esto lo va a pagar. Te enseñaré a cuidarte. Ya lo verás. No te pegarán más. —Empezaron a caminar para salir del callejón.

—¿No me pegarán más?

—A no ser que te pillen, claro.

—¿Quién me va a pillar?

—A los que robes.

Abrió los ojos como platos y de la que pasaban ante un puesto Bill cogió un

pan de jengibre ante sus ojos sin que su dueño se diera cuenta. —¿Ves? Es fácil —dijo tendiéndoselo sin mirar al tendero ni una sola vez—. Hay que hacerlo como si nada y no te pillan. Si te pones nerviosa es cuando empiezas a mirar a todos los lados y te vuelves sospechoso.

Le dio el pan y ella lo cogió sin dejar de mirarle. —Te lo enseñaré todo —dijo viéndola comer con ansia—. Así podrás cuidarte sola.

—¿Por qué haces esto por mí? —preguntó con la boca llena olvidando sus modales.

Él cogió unas gruesas medias de lana colgadas de otro puesto. —Porque lo hicieron conmigo primero. Es como una deuda. ¿Lo entiendes? Tengo que enseñar todo lo que sé a la siguiente generación.

Le miró con los ojos como platos. —Y yo tengo que enseñar al siguiente.

—¡Exacto! Eres muy lista. Primera lección. —La cogió del brazo y le mostró el puesto de zapatos. —Distracción. Ponte ante el zapatero y mírale a los ojos.

—¿Solo eso?

—Solo eso. No te muevas. Únicamente míralo.

—Bien.

Sintiendo fuerzas renovadas, se colocó ante el puesto de zapatos comiendo su pan de jengibre. El hombre estaba atendiendo a una mujer y la miró de reojo frunciendo el ceño. Camille masticando lentamente para saborear la única comida en dos días, no movió el gesto mientras la mujer dejando los zapatos se alejaba.

—¿Y tú qué quieres, niña? —Molesto puso los brazos en jarras mirándola de arriba abajo. Gruñó al ver sus pies desnudos. —¡Si piensas que voy a darte unos zapatos, estás loca! ¡Me arruinaría si le diera zapatos gratis a todo el mundo!

Sin contestarle siguió mirando al zapatero que entrecerró los ojos. —Niña, vete de aquí antes de que te dé una tunda. ¡Parece que con los golpes que tienes no es bastante!

Sintió temor, pero al ver a Bill de reajo sin darle importancia no se movió del sitio. Frustrado el zapatero rodeó su puesto acercándose a ella. —¿No me entiendes niña? ¡Lárgate! ¡Asustas a la clientela!

Vio a Bill tras él mirando por encima del mostrador y sin darse prisa escogió unos fuertes zapatos. Se los puso debajo del brazo y se alejó mientras el tendero la cogía del brazo empujándola suavemente por la calle. —¡Aléjate niña!

Camille escuchó un silbido y miró hacia el otro lado de la calle donde Bill cogiendo unas salchichas de un puesto le hacía un gesto con la cabeza para que se acercara. Ignorando al tendero siguió a su nuevo amigo que le guiñó un ojo cuando llegó hasta él. —Lo has hecho muy bien —dijo Bill sonriendo—. Y te has ganado una buena cena. —La cogió por los hombros haciendo que esquivara un caballo que pasaba demasiado cerca. —Mira por donde pisas. Como subas mierda de caballo a mi casa...

Sin saber por qué Camille se echó a reír y Bill sonrió escuchándola decir — Quiero aprenderlo todo.

—Pues vamos a ello.



## Capítulo 2

—¡Joder Charlie! ¡Estás mal de la cabeza! —dijo con esfuerzo sujetándola de los tobillos mientras ella alargaba el brazo para coger la tarta que estaba en la ventana del segundo piso. Al verla desde la calle decidieron que les apetecía un dulce y se habían subido al tejado. La idea parecía mucho mejor que en la práctica, porque como a su amigo se le resbalara se iba a partir la crisma. — ¡Quieres cogerla de una puta vez!

—Cuando llegue arriba, te voy a partir esa napia que tienes por bocazas — dijo con esfuerzo cogiendo el borde de la tarta con la punta de los dedos. Casi chillaba cuando la tuvo en su mano—. Arriba.

Bill gimió por el esfuerzo al subirla y Camille apoyando su mano libre en el tejado se arrodilló. —Cada día estás más gorda. Uno de estos no podré subirte y te estrellarás contra el suelo. —Se sentó a su lado cogiendo un trozo de tarta.

Camille sonriendo miró a su amigo a los ojos. —Tú cada día estás más fuerte. —Le guiñó un ojo. —He visto tus músculos.

Bill se puso como un tomate y ella se echó a reír a carcajadas. —¿Qué crees? ¿Que soy tonta y que no veo cómo te miran las putas? Cada día estás más fuerte y alto. Y ya eres casi un hombre. Deberías buscarte una esposa.

—¡Soy un hombre! —dijo indignado haciéndola reír. Él la observó fascinado

—. Ya no se puede disimular.

—¿El qué?

—Que eres hembra.

Se puso como un tomate al ver como la miraba. —¿Qué?

—Aunque llevas la gorra y tus tetas son pequeñas, esas caderas ya no se pueden disimular. Se te está poniendo un culo...

Ella perdió el aliento mirando sus ojos. Habían pasado casi seis años juntos y nunca le había hablado de esa manera. Bill se la comía con los ojos y acercó la cabeza lentamente a ella que se inquietó. —Bill...

—Shuss. —Su aliento llegó a sus labios justo antes de que se los acariciara con suavidad. Camille cerró los ojos ante esa agradable sensación.

—¡Eh, vosotros! —gritó una mujer desde abajo provocando que se separaran sonrojados mirándose con los ojos como platos—. ¡Esa no será mi tarta!

—Está muy buena —dijo Bill antes de meterse un puñado de tarta en la boca mientras se levantaba. Camille se echó a reír sin poder evitarlo, cogiendo su mano y echando a correr por el tejado, saltando a la casa de al lado. Bill la cogió por la cintura por debajo de la chaqueta de hombre y la pegó contra una pared. Se echó a reír al ver que tenía tarta alrededor de la boca y él la besó saboreando sus labios suavemente, acariciando su cuello. Se apartó de ella lentamente mirándola a los ojos. —Cásate conmigo.

Camille abrió los ojos como platos. —¿Qué?

Bill le acarició la mejilla. —Eres la persona que más quiero en el mundo y quiero que seas mi esposa.

Los ojos de Camille se llenaron de lágrimas. —Bill.

—Te cuidaré. ¿No te he cuidado siempre? Y seremos felices como estos últimos años. —La besó suavemente en los labios. —Dime que sí, preciosa. Dime que serás mi esposa.

Le quería más que a nadie en el mundo y daría la vida por él, pero el miedo la invadió porque todo cambiaría en dos meses cuando cumpliera dieciocho años.

—Dime que serás mi esposa, mi amor.

—Sí —susurró mirando sus ojos castaños—. Seré tuya.

Bill la abrazó a él con fuerza como si no quisiera separarse de ella jamás. —No te arrepentirás, te lo juro.

—Lo sé. —Le miró con sus ojos verdes llenos de alegría. —Nunca me has mentado.

—Ni lo haré jamás. —La besó suavemente y lamió su labio inferior haciéndola jadear, apartándose de él con los ojos como platos y provocando que Bill riera. —¿No te ha gustado?

—¿Debería? Me has lamido, guarro.

Bill se echó a reír cogiéndola de las mejillas y haciéndolo de nuevo para entrar en su boca acariciando su lengua con la suya. Camille cerró los ojos por el placer que la traspasó. Bill se apartó sonriendo y cogiendo su mano la llevó

hacia el siguiente tejado sacándola de allí. Bajaron las escaleras de uno de los edificios y al llegar abajo, le soltó la mano pues se suponía que era un hombre. Bill le guiñó un ojo al ver ante él un caballero mirando la hora en su reloj de oro. Camille se acercó al hombre y tropezó con él desenganchando el reloj del botón y le pidió perdón pasándole el reloj a Bill que estaba tras ella. El hombre después de unos metros gritó —¡Al ladrón!

—¡Corre! —dijo Bill empujándola para que corriera mientras él se quedaba atrás para distraerles mientras le seguían.

Camille salió corriendo, metiéndose por las callejuelas que conocía tanto y cuando supo que no la seguía nadie, fue hasta su guarida en el desván de un edificio donde solo vivía una mujer. Afortunadamente la dueña no subía allí nunca. Incluso tenía entrada independiente porque Bill le había abierto una puerta por el tejado que daba a una escalera trasera. Camille se había ocupado de que estuvieran cómodos con un buen colchón de plumas que le había robado a su casera y todo estaba limpio y ordenado.

Inquieta por Bill se sentó en la cama mordiéndose su grueso labio inferior y después sonrió. ¡La había besado! ¡Quería casarse con ella! Emocionada se quitó la chaqueta del traje y la gorra, haciendo una mueca cuando sus rizos rubios cayeron hasta su cadera. Necesitaba lavarlos. Mierda, no le quedaba jabón. Tendría que ir a robar una pastilla. Esta vez la robaría de lavanda por mucho que Bill protestara. Salió corriendo para volver antes que él y estar aseada cuando su prometido regresara, pero cuando volvió a entrar en casa Bill no estaba allí.

Entonces sintió miedo. Por primera vez en seis años sintió auténtico miedo.

Varias horas después estaba sentada en el colchón mirando a la puerta por donde entraba siempre, cuando se dio cuenta de que tenía que hacer algo. Tenía que saber dónde estaba.

Caminó por las calles oscuras de Londres y entró en la Taberna de Lask esquivando a dos borrachos que intentaban salir, pero no encontraban la puerta. Incómoda porque Bill nunca la había dejado ir a allí, miró a su alrededor buscando a Jerry, otro ratero que siempre pasaba allí la noche.

Suspiró de alivio cuando le vio en una esquina bebiendo solo con la cabeza apoyada en su mano. Ese gesto le puso los pelos de punta porque se dio cuenta que estaba disgustado y Jerry se disgustaba por pocas cosas. A toda prisa se acercó a la mesa nerviosa. Él no levantó su cabeza pelirroja, aunque sabía que estaba allí. —¿Has visto a Bill?

Jerry dejó caer la mano sobre la mesa antes de levantar la vista lentamente hacia ella para mirarla con sus profundos ojos azules. —Charlie, ¿no te has enterado?

Esa frase la hizo sentir que su mundo se le venía encima, pero aun así tragó saliva para preguntar emocionada —¿De qué?

—Le han cogido con un reloj. Está encerrado y no va a salir de Newgate. Eso sino le ahorcan.

Charlie intentó aparentar serenidad. —¿Puedo hacer algo?

Jerry se echó a reír sin ganas. —Como no le ayudes a fugarse... También

puedes hablar con uno de esos ricachones que viven en Hyde Park para ver si le echan una mano. Si tuviera título no estaría allí. De eso estoy seguro.

A Camille se le cortó el aliento antes de salir corriendo de la taberna empujando a los borrachos que todavía no habían encontrado la puerta. Corrió angustiada hasta su casa intentando encontrar la manera de cómo sacarlo de allí. Caminando de un lado a otro se echó a llorar desesperada. ¡Tenía que hacer algo! ¡Tenía que sacarle de la cárcel! Pero todavía faltaban dos meses para conseguir su herencia. Su padre podría intentar dominarla... Si estuviera casada sería distinto, pero con solo dieciocho años podía decir que necesitaba tutor hasta que tuviera marido y la ley le ampararía.

Entonces sus ojos cayeron sobre uno de los periódicos que habían robado. En el decían que la hija de Jack Sterling había aparecido casándose con uno de la alta sociedad y que estaba a punto de alumbrar a su primer hijo. Jack Sterling. Era un hombre de negocios. Él la ayudaría. A cambio de algo, pero la ayudaría.

Decidida salió de allí para ir hacia el club de caballeros que regentaba.

Al llegar ante la puerta de atrás, miró a su alrededor nerviosa porque estaba muy oscuro y se estremeció por las historias que había escuchado sobre ese callejón. Al parecer era donde Jack Sterling daba lecciones a los chicos que se pasaban de la raya. Mordiéndose el labio inferior, apretó el puño antes de golpear la puerta varias veces. Mirando a su alrededor de nuevo, se sobresaltó

cuando abrieron la puerta y un hombre enorme estaba al otro lado. —¿Qué coño quieres?

Tragó saliva al ver su cara de cabreo y se enderezó intentando demostrar valor, recordando las palabras de Bill sobre que nunca demostrara miedo. — Necesito hablar con el señor Sterling.

—Y yo necesito ver a la Reina, pero no me ha dado audiencia. —Le cerró la puerta en las narices y Camille gimió de frustración.

Volvió a golpear la puerta y se abrió al instante, así que supo que esperaba esa reacción.

—Necesito hablar con él. Es importante —dijo angustiada intentando pasar.

El tipo la cogió por la pechera y la levantó hasta su altura atemorizándola. Asustada le sujetó la muñeca con ambas manos mirando sus ojos negros. — Desaparece antes de que me cabree y te parta la cabeza —siseó él ante su cara.

Los ojos de Camille se llenaron de lágrimas de temor, porque si no la ayudaba Sterling, Bill se pudriría en la cárcel. Así que dijo —Dile que quiero hablar con él del Dragón Dorado. Él sabrá de lo que hablo.

El hombre se tensó. —Hasta yo sé de lo que hablas. ¿Qué sabes tú del Dragón Dorado?

—Lo hablaré con Sterling.

—¿Tienes información que le interese sobre el Dragón?

—Solo lo hablaré con él.

El hombre la miró con desconfianza. —El señor Sterling ya no hace trabajos

ilegales. Ahora es un hombre que respeta la ley.

—¿Desde cuándo? —preguntó asombrada.

—Desde que hace seis horas su hija ha dado a luz a su nieto. Lo ha jurado.

La dejó en el suelo lentamente y el labio inferior de Camille tembló visiblemente. El hombre suspiró incómodo al verla a punto de llorar. —Mira muchacha... Si es una excusa para meterte a puta...

—¡No! ¡Y no soy una muchacha!

El hombre levantó una ceja divertido mirándola de arriba abajo. —¿Entonces qué es lo que quieres? Si es importante se lo diré. Puede que decida hacer algo.

—No es muy legal. Necesito que saque a alguien de la cárcel —dijo desmoralizada.

—Pues entonces no tienes nada que hacer. Ya sabes que la...

—La palabra de Sterling es sagrada —susurró dándose la vuelta y bajando los tres escalones que llegaban a la calle—. Lo sé.

—Muchacha...

Ella se volvió sin darse cuenta de que uno de sus rizos rubios caía hasta su hombro. —¿Quieres un consejo?

—¿Sobre qué? —preguntó con desconfianza haciéndole sonreír. A Camille se le cortó el aliento porque tenía una sonrisa preciosa. Entonces lo miró mejor viendo como apoyaba el hombro en el marco de la puerta. Tenía el pelo negro como la noche al igual que sus ojos y tenía la piel morena. Era muy alto y fuerte y el traje de noche que llevaba parecía de calidad. Incluso el impecable pañuelo

blanco que rodeaba su cuello era muy caro. Camille entrecerró los ojos. Vestía como un caballero. La esperanza renació en Camille. —Sí, lo acepto. Acepto cualquier consejo.

Eso le hizo sonreír más. —Si tienes un problema que no puedes solucionar, no te preocupes. Y si no ya se solucionará solo. No te metas en líos hablando del Dragón Dorado por ahí, porque solo conseguirás empeorarlo todo.

Camille le miró indignada poniendo los brazos en jarras sin darse cuenta de que su camisa se ajustaba a sus pechos. —¡Menudo consejo de mierda! ¡Así nadie intentaría solucionar nada!

El tipo se echó a reír y fue a cerrar la puerta mientras Camille lo miraba fascinada. En la oscuridad del callejón frunció el ceño diciendo que era tonta. Ese hombre no era un caballero si estaba abriendo la puerta del club de Sterling. Pensando en ello caminó por el callejón hasta la calle. Tenía que ser uno de sus esbirros. Seguro que vestían así para no llamar la atención entre los caballeros que visitaban la casa. Bah, ese tipo no sabía de lo que hablaba. Tenía que encontrar la manera de sacar a Bill de la cárcel. Sintió una opresión en su pecho al pensar que no podría ayudarle.

Al pisar la calle, vio que llegaba un carruaje y se le cortó el aliento al ver el escudo de su puerta. Asustada se escondió en el callejón de nuevo viendo como un lacayo del club abría la portezuela. La cabeza de su padre, ahora llena de canas, salió del coche y le vio descender con su traje de noche negro. Se estremeció sin poder evitarlo al ver como alargaba la mano hacia el interior,

donde una mano enguantada de blanco con los dedos llenos de anillos cogió la suya. A Camille le subió la bilis por la garganta al ver salir del carruaje a una mujer de su edad, vestida con un traje de noche rojo con encajes negros que debía costar una fortuna, al igual que el collar de rubíes que llevaba alrededor del cuello. Asombrada observó cómo su padre rodeaba su cintura apretándola a él, lo que le indicó que era su amante, y subieron los escalones hacia la puerta del club que ya estaba abierta dejando escuchar la música y las risas que había dentro.

Camille se pasó las manos por la cara pensando en lo que acababa de ver y la furia la recorrió de arriba abajo. El muy cabrón vivía como un rey mientras ella se pudría por las calles de Londres. Y esa mujer... Entonces recordó ese collar. ¡Era el collar de su madre! —Dios mío. —La cara de Bill volvió a su memoria y angustiada se llevó una mano al vientre. El sonido del carruaje le hizo mirar hacia la calle de nuevo y entrecerró los ojos al ver que era un carruaje digno de la Reina y un mal presentimiento la recorrió. ¿No se habría quedado con su dinero? No... Su tía tenía que administrar su dinero hasta los dieciocho años y que se presentara en sociedad. Aunque en realidad no era su tía. Era prima de su madre y fue en la única persona en que su abuelo pudo confiar para proteger la fortuna de las manos de su padre. Pero si ella estaba muerta a los ojos de todo el mundo, ¿quién lo había heredado? Ella suponía que su tía, pero viendo el estilo de vida de su padre, lo dudaba mucho.

Tenía que hablar con su tía y enterarse de lo que había pasado. Si no tenía

dinero nunca podría sacar a Bill de la cárcel, que en ese momento le importaba mucho más que todo el dinero del mundo.

Corrió calle abajo y tardó dos horas en llegar a la casa de su tía al lado del parque. Entrecerró los ojos al ver que había luz en el hall y en el salón. Se mordió el labio inferior pensando en si tenía invitados. Podría esperarla en su habitación. Miró el piso superior donde se veía una silueta en su alcoba. La doncella debía estar preparándolo todo para su señora.

Se escondió tras uno de los árboles de la calle sin perder de vista la casa, esperando que se fueran los invitados, pero después de una hora empezó a tener mucho frío y decidió esperarla en su habitación. Bill y ella nunca habían entrado en una vivienda. Él siempre le decía que era muy peligroso porque nunca sabías cuántas personas había en una casa y podían sorprenderte en cualquier momento, pero ya que tenía que entrar, para qué esperar más. Cruzó la calle y caminó por el jardincillo rodeando el edificio. La ventana del despacho de su difunto marido era la habitación más alejada del salón y suponía que desde allí no oirían nada cuando rompiera el cristal. Miró a su alrededor y suspiró de alivio cuando vio que la casa de al lado estaba a oscuras. Cogió una de las piedras del camino y se quitó la chaqueta para amortiguar el golpe, rompiendo el cristalito que estaba más cerca del pestillo. El sonido de los cristales al caer al suelo la hizo gemir esperando algún movimiento en el interior de la casa. Suspiró de alivio cuando después de unos segundos no escuchó nada. Metió la mano en la ventana y giró el pestillo antes de levantarla lentamente sin hacer prácticamente ningún ruido.

Encaramarse a la ventana no fue muy difícil, se sentó en el alféizar y giró las piernas para entrar en el despacho. Entrecerró los ojos al ver las ascuas en la chimenea y con cuidado de no pisar los cristales, posó los pies sobre el suelo de madera caminando lentamente hacia la puerta. Giró el pomo de metal muy despacio y escuchó. Se oían risas a lo lejos pero no había ningún movimiento en ese pasillo, así que abrió un poco más la puerta para mirar a un lado y a otro. Estaba oscuro, pues las lámparas estaban colocadas al otro lado de la escalera en el exterior del salón donde los invitados estaban reunidos. Salió al pasillo y cerró a toda prisa para que nadie del servicio viera la ventana y se pegó a la escalera que si recordaba bien llegaba hasta la mitad del enorme hall. Escondida detrás de la madera caminó hasta el primer escalón agachándose a medida que la barandilla iba descendiendo. De rodillas miró a través de los barrotes de la barandilla hacia el otro lado, donde la puerta del salón estaba abierta y pudo ver a un caballero sentado en un sofá con un puro en la mano y una copa de lo que parecía coñac en la otra. Se escucharon risas y Camille frunció el ceño porque parecía que todas eran risas masculinas. Miró hacia arriba y se agachó cuando una doncella salió de una habitación con una cesta vacía en la mano. Tenían invitados y debían estar encendiendo las chimeneas. No podía tener peor suerte. Apretó los labios porque ahora no había marcha atrás. Así que cuando no escuchó ningún movimiento más, se levantó rodeando la barandilla y subió la escalera a toda prisa haciendo el menor ruido posible. Fue directamente hacia la primera puerta a la izquierda, que era la habitación de su tía, y pegó el oído. No

se escuchaba ningún movimiento, así que giró el pomo de la puerta lentamente por si la doncella estaba dentro y abrió dispuesta a salir corriendo en cualquier momento. Al no escuchar nada entró en la habitación para ver que estaba vacía. Cerró la puerta y corrió hasta la cama metiéndose debajo. Casi llora de alivio al ver que lo había conseguido.

Esperaba que su tía no tardara demasiado. Desde debajo de la cama vio que se abría la puerta y frunció el entrecejo al ver entrar unos zapatos de hombre que sin cerrar la puerta dijo —Entradla. Y daos prisa que está al llegar. Los invitados ya se van.

Dos doncellas entraron una bañera que dejaron ante la chimenea. Sonrió porque era el mayordomo quien ordenaba el baño para su tía. Esperó a que la llenaran apoyando la barbilla sobre las manos y levantó las cejas al ver unas zapatillas de terciopelo azul al lado de la bañera. Menudos pies tenía su tía. Nunca se había fijado. Aunque en realidad hacía seis años que no la veía.

La puerta se abrió dando paso a unos zapatos impecablemente brillantes. — Buenas noches, Conde.

Camille jadeó sin darse cuenta tapándose la boca cuando una voz masculina dijo —¿Decías algo, Nichols?

—Buenas noches, Conde.

—Buenas noches —dijo con voz cansada el hombre acercándose a su sirviente—. Menos mal que se han retirado de una vez.

—Volverán a América mañana. Ya no tendrá que verles más.

—El colmo fue tener que llevarlos al club de Sterling. —Camille abrió los ojos como platos cuando los pantalones cayeron al suelo mostrando unas musculosas piernas cubiertas de vello negro. —Me cae bien Jack, pero desde que su hija ha vuelto, no hace más que hablar de ella y me pone de los nervios.

—Imagínese. Si ni siquiera sabía que tenía una hija.

—Llevé a mis socios allí para distraerme de su aburrida conversación para encontrarme con Jack celebrando el nacimiento de su nieto. Y para colmo se ha hecho decente.

El valet se echó a reír. —No lo soportará.

—Dios mío. Espero que no. ¿Qué van a hacer todos esos rateros sin alguien que los lidere? Esta ciudad sería un caos. Espero que entre en razón antes que después. Incluso estando allí una muchachita que no debía tener más de quince años fue a pedir ayuda.

—¿Qué le ocurría?

—No tengo ni idea, pero le dije que Jack se había vuelto decente y la desilusión en su cara partía el corazón. Espero que Jack se dé cuenta que le necesitan.

—Entrará en razón. No debe preocuparse, milord. Sabe la responsabilidad que tiene sobre los hombros.

—Imagínate. Es como si la Reina dice que abdica sin dejar a nadie al cargo.

—Estallaría una guerra por el poder, milord.

—Exacto. Lo que me faltaba. Si no tengo bastante con las tierras de las

Américas, ahora tengo que preocuparme por Jack.

—Sabe cuidarse solo, milord. No debe preocuparse. Se dará cuenta que no puede abandonar su puesto cuando empiecen los conflictos.

Camille casi ni escuchaba lo que decían al ver como su valet se agachaba para recoger los zapatos que se acababa de quitar y recogía también los pantalones. Las piernas se alejaron y se le secó la boca al ver el trasero masculino más impresionante que hubiera visto nunca. Cuando vio su espalda iluminada por la luz de las llamas no se lo podía creer. Pero al ver su pelo negro y su perfil al girarse para meterse en la bañera se levantó asustada golpeándose la cabeza contra la madera del somier de la cama. El hombre miró hacia allí mientras que su valet recogía la ropa y Camille retuvo el aliento sin moverse mientras que el hombre se sentaba en la bañera. —Nichols tráeme una copa de coñac.

—Sí, milord.

Fascinada vio como cerraba los ojos mientras se pasaba el paño por su pecho antes de ponérselo sobre la cara. —¿Le duele la cabeza, milord?

—Menos mal que será un negocio muy sustancioso porque sino...

Nichols reprimió unas carcajadas. —Necesita una mujer para desahogarse. Tener que contenerse no es lo suyo. ¿Le envió a la doncella?

El Conde gruñó molesto quitándose el paño de la cara y miró a su valet que tenía la copa de coñac en la mano. —¿Tenemos alguna rubia de ojos verdes?

A Camille se le cortó el aliento escuchándole.

—Lo siento, milord. Rubia sí, pero de ojos verdes... ¿le valen azules?

—Déjalo. —Se levantó de la bañera y Camille abrió la boca sin poder evitarlo al ver como el agua resbalaba por su piel. Sin darse cuenta sus ojos bajaron por sus pectorales pasando por su ombligo hasta llegar a su miembro. Se pasó la lengua por el labio inferior sin perder detalle justo antes de que el valet le tendiera el paño de lino para que se secara.

—¿Necesita algo, milord?

—Prepara el equipaje, porque en cuanto se suban al barco mañana, nos vamos a la finca.

—Sí, milord. Lo suponía.

—Estoy harto de Londres. Nos quedaremos hasta las Navidades.

—Muy bien, milord.

Se acercó a la cama secándose y Camille se sobresaltó cuando la toalla cayó al suelo ante ella. —El coñac.

—Aquí tiene.

Camille cerró los ojos al sentir como se hundía la cama justo encima de ella.

—¿Desea algo más?

—Hasta mañana, Nichols —respondió distraído.

Camille apoyó la frente sobre las manos. No podía ser que se hubiera confundido de casa cuando había ido millones de veces. ¿Se habría mudado su tía? La casa era muy grande para una mujer sola e igual la había vendido y comprado otra más pequeña. Era una estúpida por no haberles seguido la pista a

lo largo de los años. ¿Dónde estaría su tía? Ahora tardaría un tiempo precioso en encontrarla. La cama se movió y escuchó como dejaba la copa sobre la mesilla de noche. También se dio cuenta de que estaba apagando la lámpara de aceite y le escuchó suspirar. Dios, esperaba que se durmiera pronto porque tenía que salir de allí cuanto antes. El Conde se volvió en la cama varias veces durante la siguiente hora, pero cuando escuchó su respiración constante Camille pudo relajarse. Al fin se había dormido.

Se arrastró por el suelo lentamente y cuando ya tenía medio cuerpo fuera se sobresaltó cuando le escuchó girarse en la cama de nuevo. Se detuvo y miró hacia la cama viendo que la mano del Conde caía del colchón. Estaba dormido. Nadie tenía la mano en esa posición si no lo estaba. Apoyándose en las palmas de las manos siguió arrastrándose lentamente y se levantó muy despacio cogiendo el pomo de la puerta.

—No te muevas.

El sonido del percutor de una pistola la detuvo en seco. —Deja todo lo que has robado sobre el suelo.

¡No había robado nada! Él no la creería. ¡Acabaría en la cárcel también! Sin darse cuenta de que su respiración se alteraba giró del todo el pomo.

—Hablo en serio, deja lo que has robado antes de que te pegue un tiro. Si crees que no lo voy a hacer, estás equivocado.

Sin pensar Camille abrió la puerta y escuchó la detonación justo en el mismo momento que una bala traspasó su costado. Corrió por el pasillo gimiendo de

dolor y trastrabilló al mirarse la camisa que estaba manchada de sangre.

—¡Nichols! —gritó el Conde saliendo de la habitación—. ¡Burch! ¡Al ladrón!

Camille se agarró a la barandilla para no caer mientras bajaba los escalones, pero al mirar la sangre de nuevo, tropezó en el penúltimo escalón cayendo de rodillas sobre el suelo de mármol. Su gorra cayó del impulso desparramando sus rizos rubios justo antes de que alguien se tirara sobre ella. —¡Lo cogí milord!

Atontada porque la había dejado sin aliento, ni se dio cuenta que le daban la vuelta y cuando levantó los párpados, vio los ojos negros del Conde sobre ella que parecía asombrado.

—¡Traed un médico! —dijo arrodillándose a su lado.

—Milord, deberíamos llamar a la policía —dijo un hombre calvo que estaba a su lado vestido con un camisón blanco.

—¡Burch, envía por un médico! ¡Es una orden!

—¿Qué ocurre? —preguntó la voz de un hombre desde arriba pero el Conde la miraba a los ojos.

—¿Qué has hecho? ¿Querías robarme?

Ella sonrió sin ganas. —Buscaba a mi tía.

—¿A tu tía? Invéntate otra cosa para cuando llegue la policía. —La cogió en brazos empezando a subirla por las escaleras. —No se preocupe señor Simmons. Vuelva a la cama.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Han intentado robarle?

—Hablamos por la mañana —respondió muy serio metiéndose en la habitación y dejándolo con la palabra en la boca.

—Milord...

—Nichols, enciende la lámpara. —Camille gimió cuando la tumbó en la cama e intentó levantar la cabeza para ver que tenía. La cara del Conde se iluminó mientras levantaba su camisa. —¡Mierda! —Ella miró hacia abajo para ver que de un agujerito salía un hilo de sangre que caía hacia su cintura.

—Estupendo, me voy a morir. —Sonrió sin poder evitarlo sintiendo unas horribles ganas de llorar. Todo lo que había pasado esos años, para que ahora que estaba tan cerca de recuperar lo suyo, muriera como una ratera. Las lágrimas salieron sin poder evitarlo justo antes de gritar de dolor cuando apretaron su herida con fuerza.

Miró los ojos negros del Conde que la sujetó por el hombro. —Hay que detener la hemorragia.

—¿Y a ti qué te importa? —Se llevó la mano a los ojos intentando que no la viera a llorar. —Nunca le he importado a nadie. Solo a Bill.

Sin escucharla el Conde le hizo un gesto a Nichols para que saliera y el valet salió a toda prisa. Soltando el paño que tapaba su herida, llevó las manos al cordón que ataba su pantalón desatándose a toda prisa y bajándose por las caderas. Ella chilló cuando sintió sus manos en su trasero para bajar el pantalón e intentó detenerlo, pero el Conde la cogió por el hombro con una mano. — Escúchame bien. Tenemos que desnudarte para cuando llegue el doctor. Si no

quieres ir a la cárcel, dirás que estabas jugando con mi arma y te pegaste un tiro. Simularás ser mi amante. ¿Lo entiendes?

A ella se le cortó el aliento. —¿Por qué me ayudas?

—Hasta un ciego puede ver que necesitas una mano. No sé dónde está ese Bill, pero te ha dejado desamparada.

Al recordar a Bill se echó a llorar. —Está en la cárcel.

—Por bueno seguramente.

—¡Yo robé el reloj!

El Conde le tapó la boca mirándola a los ojos. —Escúchame bien. No quiero escándalos en esta casa, tengo invitados algo estirados. Así que nunca en tu vida has hecho nada ilegal, ¿me oyes? —Camille asintió. —Por la cuenta que te trae, cierra esa boquita hasta que se vaya el doctor.

Volvió a asentir y él alejó su mano lentamente mirándola a los ojos antes de mirar hacia abajo y continuar quitándole los pantalones. —Ese Bill debe ser una joya para llevarte con estas fachas por ahí —dijo con desprecio tirando una bota que tenía un cartón en la suela porque tenía un agujero.

—No sabes nada de él —dijo rabiosa—. ¡Me salvó la vida!

—¡Pues lo que debería haber hecho, era buscar un trabajo decente y llevar una vida como Dios manda para cuidarte!

—¡No sabes nada de nosotros!

Él llevó las manos hasta su camisa y cogiéndola por el escote la abrió en dos sin esfuerzo mirándola a los ojos. La cogió delicadamente por las axilas para

levantarla pegándole a él y le quitó la camisa tirándola al suelo con desprecio. Entonces fue cuando ella se dio cuenta que se había puesto una bata. Al sentir el roce del terciopelo sobre su piel después de tantos años, suspiró sin darse cuenta sobre su hombro justo antes de que la tumbara de nuevo en la cama provocando que se mareara ligeramente. Tuvo que cerrar los ojos y él la cogió por la barbilla. —No te duermas.

Camille abrió los ojos asintiendo y él volvió a apretarle la herida mientras la cubría como podía con una sábana. —¡Nichols!

La puerta se abrió de inmediato y el hombre miró a su señor. —Quema esa ropa.

—Sí, milord.

El Conde la miró a los ojos. —¿Cómo te llamas?

—Camille.

—Mi nombre es Randall Weinberg. Conde de Southwich.

—Mucho gusto, milord —dijo ella sin pensar haciéndolo entrecerrar los ojos.

—¿Tu nombre completo?

Le miró con desconfianza. —Camille. Ya te lo he dicho.

La mano del Conde acarició su muslo a la altura de la marca del dragón y a ella se le cortó el aliento. —No me mientas, preciosa. Estoy a punto de explotar. No razono bien cuando me duele la cabeza.

Asustada negó con la cabeza porque no podía caer de nuevo en manos de su padre. Esa vez la mataría. —Camille.

El Conde apretó los labios y miró a Nichols que estaba de nuevo a su lado.

—Trae agua caliente y todo lo que pueda necesitar el doctor.

—¿Qué debe decir el servicio?

—Que mi amante se disparó con mi arma al jugar con ella.

Nichols asintió saliendo de la habitación a toda prisa. —Será un escándalo —dijo ella en un susurro—. Tu reputación...

—¿Mi reputación? Soy uno de los mejores amigos de Jack Sterling. ¿Crees que me importa?

Al parecer ya se había olvidado de esos invitados que antes le importaban tanto. Ella no iba a protestar porque la ayudara. —Es mayor que tú.

—Es lo que tiene la vida, que te haces amigo de las personas más increíbles.

Ella sonrió sin poder evitarlo viéndolo examinar la herida. Al ver como apretaba los labios supo que no iba bien. —Si muero...

—¡No te vas a morir! Ahora cierra esa boquita y reserva energías.

—Bill...

—Bill está durmiendo a pierna suelta —siseó furioso.

—¡Es mentira! ¡Me quiere! ¡Estará preocupado por mí! Nos vamos a casar en cuanto... —Se detuvo en seco al darse cuenta de que a punto había estado de hablar de la herencia.

—¿En cuanto qué?

—¡En cuanto salga!

—Serás vieja. Eso si no se muere allí. ¿Sabes cuántos mueren en la cárcel?

Los ojos de Camille se llenaron de lágrimas. —No se puede morir. ¡No puede dejarme sola! ¡Nunca me dejaría sola!

La puerta se abrió dando paso a un hombre de barba castaña que llevaba un maletín en la mano. —¿Qué ha ocurrido?

—Se ha disparado con la pistola que tengo en la mesilla de noche —dijo el Conde levantándose de la cama—. La bala ha salido.

El médico entrecerró los ojos y dejó el maletín a su lado. —Ayúdeme a girarla, milord. Quiero ver el otro lado.

Al volverla Camille gimió y el médico la revisó. —¿Cómo ha podido dispararse por la espalda, señorita?

—Doctor Barner... —El Conde la ayudó a ponerla de nuevo boca arriba.

—Milord... He visto bastantes agujeros de bala para saber que no ha podido dispararse sola.

—Ha sido culpa mía —dijo Camille mirando los ojos marrones del hombre que debía tener la edad de su padre—. Randall no ha hecho nada. Fue mi culpa.

El médico apretó los labios mirando la herida de nuevo. —Voy a tener que operar.

—No deja de sangrar —dijo el Conde nervioso—. No he conseguido detener la hemorragia.

El doctor Barner apartó la sábana dejando su muslo al descubierto y perdió el aliento antes de mirarla espantado. Camille se mordió el labio inferior suspirando de alivio cuando le vio abrir el maletín.

Randall rodeó la cama para sentarse al otro lado y ella le miró asustada sin darse cuenta. —Te pondrás bien. —Le acarició los rizos apartándolos de su frente.

—Prométeme algo, por favor. Tú puedes hacerlo.

El Conde miró de reojo al médico que sacaba sus instrumentos. —Dime.

—Ayuda a Bill. Para ti que eres Conde no te supondrá ningún problema.

—¿Cómo se apellida?

—Murton. William Murton. —Desesperada le cogió la mano sin darse cuenta. —¿Me ayudarás?

Se miraron a los ojos durante unos segundos y Randall le apretó la mano. —¿Quieres que le ayude?

—Más que nada en este mundo.

—Pues júrame una cosa.

—Lo que sea.

—No le verás más.

A Camille se le cortó el aliento y negó con la cabeza. —No te juraré eso.

—Camille... —La cogió por la barbilla para que lo mirara. —Si quieres que le ayude, no le verás más. Es decisión tuya.

Una lágrima cayó por su mejilla llegando hasta la comisura de su labio y el Conde se la besó acariciándola con la lengua. Sin aliento vio cómo se apartaba.

—Debemos empezar, ha perdido mucha sangre.

Randall asintió separándose de ella para mirar al doctor. —Cuando quiera.

Un paño apareció ante su cara y mirándole a los ojos aspiró su aroma cuando se lo pegaron a la nariz y la boca. Su mano apretó la suya al sentir miedo porque perdía el sentido.

## Capítulo 3

Un dolor intenso en el costado la despertó llevándose la mano allí. Pero le sujetaron la muñeca provocando que abriera los ojos y viera al Conde a su lado en la cama. Cerró los párpados intentando ordenar sus ideas porque sentía su mente embotada.

—Toma esto, preciosa —susurró él poniéndole algo en los labios.

Abrió los labios que sentía resecos y sintió como de una cucharilla caía agua sobre su boca. Él repitió el proceso varias veces. —¿Quieres más?

—No. —Volvió su cabeza para ver como dejaba el vaso sobre la mesilla. —Tengo que irme.

—Tardarás al menos una semana en levantarte de la cama —dijo él levantándose sin mirarla. Era evidente que no se avergonzaba porque estuviera desnudo.

No tenía fuerzas ni para protestar, mucho menos para levantarse de la cama. Le vio acercarse con la bata puesta. —Duerme. Tienes que descansar.

—¿El médico? —Miró a su alrededor, pero se mareó al hacerlo.

—Se ha ido hace horas. Todo ha ido bien. En nada de tiempo estarás robando relojes de nuevo.

—Era de oro. —Sonrió sin poder evitarlo, pero al recordar a Bill perdió la

sonrisa, provocando que el Conde apretara las mandíbulas dándose la vuelta y agarrando el tirador para llamar al servicio.

—¿Tienes hambre?

Ella negó con la cabeza cerrando los ojos y ni escuchó como Nichols entraba en la habitación.

—Abra los ojos.

Una voz femenina le llegaba de lejos e intentó abrirlos, pero le pesaban mucho. —Así, abra los ojos.

Consiguió abrirlos y sonrió a Laine. —Eres tú.

—¿Tiene hambre? Debe comer.

—¿Cómo me has encontrado?

La mujer miró al otro lado de la cama y susurró —¿Cómo no iba a hacerlo? —Camille se echó a llorar y su doncella se sentó a su lado cogiéndola de la mano. —No llore.

—Te he echado mucho de menos, Laine.

—Y yo a usted, milady. —Le acarició la frente como cuando era niña apartando sus rizos sudorosos. —Enseguida se pondrá bien.

—Se ha quedado con todo, ¿verdad?

—¿A qué se refiere, milady?

Cerró los ojos confusa. —A la fortuna de mi abuelo. Se la ha quedado el

Conde. He visto el collar de mi madre sobre el pecho de su amante... —susurró.

—¿Por qué piensa eso?

Sintió algo frío en la frente. —¿Dónde está mi tía Lucie? ¿Dónde está mi dinero? —preguntó alterándose.

—Cálmese —dijo la doncella asustada.

—Laine, tengo que recuperar mi vida.

—Lo hará.

Entonces se echó a llorar con fuerza. —Tengo que sacar a Bill de la cárcel. Él siempre me ha cuidado. ¡Debo ayudarlo!

—Lo haremos. Le sacaremos de la cárcel. Ahora tómese esto para ponerse buena, milady. Tiene que recuperarse para hacer todo eso.

—No me llamaban así desde hace tanto... —Se echó a llorar de nuevo y sintió como la levantaban lentamente por los hombros para darle algo de beber que le alivió el calor que sentía.

Al abrir los ojos sonrió a Laine que estaba sentada en una silla a su lado. Su doncella se levantó a toda prisa a pesar de los años que tenía y se sentó sobre la cama cogiéndole la mano. —Mi niña.

—¿Cómo estás?

—Estoy bien, milady —dijo con lágrimas en los ojos—. Está viva. No ha habido un momento en todos estos años en que no la tuviera en mis

pensamientos.

—¿Conseguiste trabajo? —preguntó preocupada.

—Me ha ido muy bien. He trabajado en casa de una Baronesa hasta que el Conde me ha encontrado y me ha pedido que viniera a conocer a alguien.

—¿Cómo dio contigo?

—No hay muchas doncellas que hayan trabajado para la nieta del Dragón. Solo yo. —Sonrió con tristeza. —¿Y usted, milady? ¿Cómo le ha ido?

—Me robaron el primer día.

Ambas se echaron a reír y Camille gimió tocándose el costado por el dolor que la recorrió. Cuando el dolor remitió, miró a su doncella a los ojos. —Pero me encontró Bill y no se ha separado de mí en todos estos años.

—Estoy deseando conocerle.

—¿Sabes, Laine? Me ha pedido matrimonio y le he dicho que sí —dijo ilusionada haciendo que los ojos de su doncella se llenaran de lágrimas.

—¿Se va a casar?

—Sí —susurró apretando su mano—. Me quiere mucho y yo a él. —Al ver que su doncella se limpiaba las lágrimas añadió —No llores. Todo saldrá bien.

—No, milady... El Conde...

—Laine, vete a buscar algo para que milady coma. Lleva varios días sin probar bocado.

Laine se levantó a toda prisa mientras Camille miraba hacia el otro lado de la cama donde Randall estaba apoyado en el alféizar de la ventana vestido con un

pantalón beige y una chaqueta marrón con los cuellos algo más oscuros. El Conde sonrió. —Al parecer estás mejor.

Camille le observó mientras Laine salía de la habitación a toda prisa. —Lo sabes todo, ¿verdad?

—Has tenido fiebre. Lo que no has contado, lo he imaginado. —Se incorporó acercándose a la cama.

Suspiró pasándose la mano por la frente. —No se lo digas a mi padre, por favor. Me matará.

—Eso también me lo he imaginado. —Cogió su muñeca apartándola de los ojos. —Solo hay una razón para que una niña de doce años se vaya de casa molida a golpes.

—En dos meses cumpliré dieciocho años y podré reclamar mi herencia.

—Lo dudo. Sobre todo porque tienes que demostrar que eres quien dices.

—Puedo demostrarlo. El sello....

—Pueden decir que todo fue un complot cuando murió la verdadera Camille. Pueden decir que la servidumbre lo planeó todo para hacer daño al Conde. Que buscaron una niña con las mismas características que Camille y le grabaron el sello de tu abuelo.

Camille entrecerró los ojos. —Yo sé cosas que no sabría cualquiera.

—Pueden habértelas contado la servidumbre. —Apretó los labios sabiendo que tenía razón. —Puede que intentaran ayudarte, pero no te han ayudado en absoluto —dijo él muy serio—. Lo único que han provocado es que perdieras tu

fortuna y que casi murieras en las calles.

—Me protegieron, que es más de lo que nunca ha hecho nadie.

—¿Y no se les ocurrió decírselo a tu tía para que implorara a la Reina? —A Camille se le cortó el aliento mirando sus ojos negros. —Casi era preferible que te casaran con el Barón a que pasaras por todo esto.

—¿Lo sabías?

—Lo sabía todo Londres. Tu padre anunció tu compromiso en el White's antes de tu supuesto fallecimiento —dijo hablando de uno de los clubs de caballeros más importantes de Londres.

—Cabrón... —siseó con odio—. Casi me mata de la paliza.

Randall apretó las mandíbulas. —Ahora ya no tiene remedio. Lo único que podemos hacer es intentar arreglar este estropicio.

—Mi tía me reconocerá.

—Tu tía, como tú la llamas, falleció hace cinco años, que es el tiempo que llevo viviendo aquí.

Camille se llevó una mano al pecho. —¿Qué?

—Según tengo entendido una mañana apareció muerta en su cama. Compré la casa a un sobrino de su marido que la heredó con otra de sus propiedades.

Gimió cerrando los ojos sintiendo que lo estaba perdiendo todo. Tanto sufrimiento para nada. Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Más me valdría haber muerto esa noche.

Randall la cogió por las mejillas con una mano provocando que le mirara.

Estaba furioso. —¿Ahora te vas a rendir? ¿Ahora que casi has llegado a tu destino, te vas a rendir?

—¿Qué puedo hacer? —dijo angustiada—. Se lo ha quedado todo, ¿verdad?

—Si te refieres a tu herencia, por supuesto. Pasó a sus manos prácticamente cuando falleciste —siseó furioso—. Otra estupidez de tu servidumbre. Cuando un hijo fallece sin descendencia, su dinero pasa a sus padres.

—No lo sabíamos —dijo su doncella angustiada desde la puerta, pálida como la nieve—. Solo pensamos en que cuando volviera la podría reclamar.

—Pues más hubiera valido que hubiera desaparecido —dijo él molesto—. ¡Ahora tendré que solucionar yo el asunto!

—¿Cómo? —preguntó ella esperanzada.

—Aún tengo que pensar en ello. —Fulminó con la mirada a Laine que se sonrojó intensamente. —Cuídala.

—Sí, milord —dijo casi temblando mientras iba hacia la puerta.

Cuando se quedaron solas la doncella la miró con la bandeja en la mano. —¿Qué va a hacer?

—No tengo idea. ¿Crees que hablará con el Conde?

La doncella tembló visiblemente. —Espero que no. Nos matarán a todos. — Se acercó a ella y forzó una sonrisa. —¿Sabe? La señora Reynolds trabaja dos casas más abajo y Williams trabaja en la misma casa.

—¿De veras? —Sus ojos brillaron de alegría. —¿Están bien?

—Van para mayores y tienen sus achaques como yo, pero les va bien. La

viuda para la que trabajan, es una señora muy amable y les quiere mucho.

—Me alegro por ellos.

—Están deseando verla. En cuanto el Conde me encontró, se lo dije y están muy contentos porque esté bien. —Cogió el cuenco de sopa y le metió la cuchara soplando sobre ella para acercarla a su boca.

Camille sonrió porque eso lo hacía cuando era niña y abrió la boca para comer. El puré de puerros era delicioso. Hacía tanto que no comía algo tan exquisito que cerró los ojos saboreándolo. La doncella sufrió al ver como disfrutaba de algo tan simple y tuvo que reprimir las lágrimas imaginándose las dificultades que había tenido su ama. Pero ahora estaba allí y nunca más se separaría de ella. Antes moriría que volver a pasar por ese sufrimiento.

Escuchó rumores a los pies de la cama y abrió los ojos para ver a Randall hablando con Laine. —Estás aquí —susurró sonriendo al Conde.

Él sonrió acercándose y sentándose a su lado. —Puedes retirarte, Laine.

La doncella asintió. —Recuerde darle su medicina, milord.

—No lo olvidaré. —Le apartó un rizo de la frente mirándola a los ojos. — Tengo algo para ti.

—¿Sí? ¿El qué? —preguntó ilusionada—. ¿Un caramelo?

El Conde apretó los labios negando con la cabeza y metió la mano en el bolsillo de la chaqueta, sacando el anillo de su abuelo. Camille perdió la sonrisa

asustada. —¿Qué has hecho? ¡Era la única prueba que tenía para demostrar que yo soy la nieta del Dragón!

—No vas a decir nada sobre eso. —Cogió su mano y se lo puso en la palma antes de cerrar sus dedos sobre él. —No conseguirías nada por ese camino. Tu padre diría que todos estáis mintiendo y que la servidumbre robó el anillo. Acabaríais todos en la cárcel.

—Pero...

—Pero tenemos algo que no puede ocultar.

—¿El qué?

—Al parecer tienes muchas semejanzas con tu madre. Según me ha dicho Laine, eres muy parecida.

—¿Y? ¿Eso de qué me sirve?

—Sé que tienes valor, porque para hacer lo que hiciste cuando eras tan pequeña, debes tenerlo. Vas a enfrentarte a tu padre cara a cara sin decir quién eres.

—¿Cómo?

—Como mi esposa.

A Camille se le cortó el aliento. —¡No puedo casarme contigo!

Molesto se levantó de la cama. —Si lo dices por ese Bill, no te vas a casar con él.

Asombrada le vio ir hacia la ventana mirando al exterior. —Por supuesto que sí.

—¡No tiene tu rango! Eres una lady y él es un ladrón en las calles.

—¡Cómo yo hasta hace poco!

Se volvió fulminándola con la mirada. —¡Exacto! ¡No deberías haber pasado por eso! ¡Ocuparás tu lugar en la sociedad, que es de donde no deberías haberte movido!

—¡Ni hablar! En cuanto salga Bill...

—¡Nos casaremos mañana mismo! —gritó dejándola con la palabra en la boca—. Y en cuanto te recuperes, encontraremos la manera de que tu padre te devuelva lo que es tuyo por derecho.

—¿Y Bill?

—¡Bill está muerto!

Camille palideció sintiendo que su corazón se rompía. —¿Qué?

Él suspiró pasándose la mano por la cabeza. —Bueno, todavía no, pero le han condenado a muerte.

Angustiada se sentó en la cama rogándole con la mirada. —¡Tienes que hacer algo! ¡Tienes que sacarle de allí!

—No.

—¿Qué? —Ni se daba cuenta que estaba llorando. —Tú puedes ayudarlo. ¿Por qué te niegas?

—¡Prométeme que no le verás nunca más!

Pálida vio la resolución en su cara. —¿Por qué quieres casarte conmigo? ¿Qué ganas tú con eso?

—¿Quieres decir aparte de casarme con la nieta del Dragón y conseguir como dote tu fortuna?

El labio inferior de Camille tembló sintiendo que la traspasaba un rayo. Ella no le importaba nada. Solo quería el dinero de su abuelo. Randall entrecerró los ojos. —Has dormido en mi cama y la hemos compartido las últimas dos noches. Eres una lady y mi obligación es casarme contigo. Lo sabes muy bien.

Se estremeció al oír sus frías palabras y lentamente se dejó caer sobre las almohadas sin dejar de mirar sus ojos.

—Nos casaremos mañana y si me juras que nunca más le verás, haré lo posible para sacarle de la cárcel. Confío en tu palabra.

Ella entrecerró los ojos negando con la cabeza mientras una lágrima caía por su mejilla. —Nunca te juraré eso. Porque le he dicho que me casaría con él. Casarme contigo, sería faltar a mi palabra y no pienso hacerlo.

—¿Quieres que muera? —le gritó acercándose a ella y cogiéndola por los brazos—. Porque morirá mañana por la mañana como no me lo jures.

Camille torturada desvió la mirada, sabiendo que si Bill se enteraba de que le había traicionado, la odiaría. Randall la cogió por la barbilla. —¿Prefieres que viva sin ti o que muera? Tú decides.

—¡Te odio!

—¡No voy a dejar que ese ratero se te acerque cuando le dé la gana! —le gritó a la cara—. ¿Tengo aspecto de cornudo? Antes le mato. —La besó en los labios con fuerza y ella asqueada por lo que sentía por él apartó el rostro. La

respiración de Randall alterada en el lóbulo de su oreja la estremeció. —¿Acaso crees que tu Bill no sabía quién eras? Yo lo averigüé en unas horas. —Camille sintió que se le rompía el alma al recordar las primeras frases de Bill al conocerla. —Sabía quién eras y te cuidó porque sabía que conseguiría algo a cambio.

Camille se apartó empujándolo por los hombros haciéndose daño en la herida antes de abofetearle con rabia. —¡Lávate la boca antes de hablar de Bill! —le gritó a la cara—. ¡Me quiere por encima de todo y los años que estuve con él han sido los más felices de mi vida!

Randall apretó los labios antes de cogerla por la nuca tirando de su pelo hacia atrás. —No vuelvas a levantarme la mano, preciosa —siseó furioso—. La próxima vez te la devolveré.

—Eres un perro. —La besó como si quisiera fundirse con ella rodeando su cuerpo para pegarla a él, saboreando su boca y robándole la razón. Randall se apartó poco a poco besando su labio inferior suavemente y la miró. Ella con los ojos cerrados aún disfrutaba de las sensaciones que sus besos le habían proporcionado y el Conde volvió a besarla con pasión provocando que respondiera sin poder evitarlo. Él le acarició el cuello hasta llegar a su oreja regalándole unas sensaciones exquisitas y cuando se apartó de ella, le acarició la mejilla con el pulgar mientras Camille abría los ojos mareada de placer.

—Él no te ha tocado —susurró cerca de sus labios—. Eres mía, Camille. Júramelo.

—No puedo —dijo angustiada al recordarlo todo de nuevo.

—¿Le amas?

Mirando sus ojos negros sintió que los suyos se llenaban de lágrimas porque creía que le amaba, pero si era así no debería disfrutar tanto de las caricias de Randall. No sabía qué decir y el Conde sonrió satisfecho. —Nos casaremos mañana. Serás la Condesa de Southwich y ocuparás tu lugar. —Le acarició la mejilla. —Diremos que has vivido en Boston durante estos años y que te conocí hace unos meses cuando viajé allí. Que eres la sobrina de uno de mis socios. Nos inventaremos una historia creíble.

—Pero...

—Tengo que pensar en cómo abordar lo de tu padre. Es un hombre peligroso y lo que menos quiero es ponerte en peligro. Esperaremos a...

—¡No! —Todo el odio que sentía por su padre lo mostró en su mirada. —Tiene que pagarlo. —Randall apretó los labios. —Yo renuncio a Bill, pero tiene que pagarlo.

—Preciosa, intentará matarte.

—Lo sé.

—Nos iremos a mi finca y te recuperarás. Cuando volvamos, te presentaré en sociedad y te enfrentarás a él. —Y muy serio añadió —Pero nunca hablarás con el Conde si no estoy yo contigo, ¿me oyes? —Camille asintió. —Ahora júramelo.

—¿Le sacarás de la cárcel?

—Tienes mi palabra.

Sintiendo que rompía con parte de su vida susurró mirando sus ojos negros  
—Te lo juro.

Randall sonrió satisfecho y la besó suavemente en los labios. —No te vas a arrepentir —susurró contra su boca.

La dejó suavemente sobre la cama y al mirar la sábana, juró por lo bajo al ver una mancha de sangre. —¡Mierda! —Fue hasta la puerta y la abrió gritando  
—¡Qué venga el doctor Barner! ¡Laine!

Se volvió hacia ella arrepentido, pero Camille estaba mirando la mancha roja sobre el lino blanco. —Estoy bien.

—Se te ha abierto la herida —dijo apartando la sábana dejando al descubierto la venda que rodeaba su cintura.

—Solo es un poco de sangre. Estoy bien.

—¿Milord? —preguntó Laine sin aliento.

—No corras. No es nada. —Fulminó a Randall con la mirada. —¿Quieres calmarte? ¡La has asustado!

Su doncella se acercó y gimió al ver la sangre. —¿Milady?

—Estoy bien. Y ha sido culpa mía. Se me debió abrir cuando pegué al Conde.

—¡Deberías tener más cuidado! —la recriminaron los dos a la vez dejándola atónita y sin poder evitarlo se echó a reír, gimiendo cuando el costado se resintió.

—¿No le estará subiendo la fiebre otra vez? —dijo la doncella acercándose a

la cabecera y poniendo la mano en su frente. Suspiró de alivio negando con la cabeza—. Está bien.

—Tengo hambre.

Fue como si lo dijera la Reina porque Randall se acercó al llamador y ordenó la comida.

Estaba comiendo un sándwich cuando llegó el doctor y sonrió al verla comiendo a dos carrillos. —Se encuentra mucho mejor, por lo que veo.

—Sí, muchas gracias —dijo en cuanto tragó como toda una señorita.

El doctor sonrió cortando la gasa cuando volvió a mirar la marca en su muslo, provocando que Randall se tensara. —¿Sabe, milady? Yo conocí a su madre.

Esas palabras tensaron a los tres y asustada miró a Randall, que se enderezó observando al doctor con los ojos entrecerrados. —Era una mujer muy hermosa y la atendí cuando falleció. Me alegro de que usted huyera de eso. —Curó su herida con una parsimonia alarmante dejándolos a todos mudos y cuando rodeaba su cintura con la nueva venda miró a su prometido. —Espero que esté preparado para lo que viene ahora, Conde. En cuanto la vea, estarán en su punto de mira.

—Me lo imagino.

—Si necesitan mi ayuda no duden en pedirla.

—Doctor, ¿cree que en cuanto la vean sabrán quién es?

El doctor sonrió con ironía. —Puede que al principio lo duden, pero en

cuanto vean esto... —Levantó el anillo que estaba cerca de la almohada, del que Camille se había olvidado en su discusión. Nerviosa se lo arrebató de la mano haciéndole reír. —La nieta del Dragón. No hay duda. —Se incorporó mirando a Randall. —Sé que el temor a que le haga daño hará que intente ocultarla, pero deben hacer todo lo contrario. Proclamarlo a los cuatro vientos para que todo el mundo sepa quién es y no pueda tocarla. Tendrá que dar muchas explicaciones a su desaparición.

Randall miró a Camille. —¿Qué dices, preciosa?

—Quiero lo que es mío. —Levantó la barbilla haciendo sonreír a Laine de orgullo.

—Muy bien. Pero será cuando te recuperes. —Miró al doctor tendiéndole la mano. —Nos guardará el secreto, ¿verdad?

—De mi boca no saldrá ni una palabra, pero les advierto que ocultarlo va a ser tarea imposible. Ya hay rumores por la ciudad de que el Conde comparte su vida con una mujer en la misma casa.

Camille jadeó mirando a Randall. —Mañana nos casaremos, no te preocupes.

El doctor asintió sonriendo. —Eso es perfecto. Perfecto. Cuanto antes mejor.

Cogió su maletín y reprimiendo la risa le dijo al Conde —Yo que usted le compraría ropa. Y camisones.

Camille se puso como un tomate cubriéndose con la sábana. —Aunque solo sea para cuando la venga a ver la madre de usted, Conde. La Condesa viuda no

tiene buen carácter precisamente.

Cuando se quedaron los tres solos se miraron. —Bien. —El Conde dio una palmada. —Cambio de planes.

—¿No tienes nada que hacer primero? —Camille levantó una ceja.

Randall sonrió de oreja a oreja. —Preciosa, eso ya está hecho. ¿Acaso creías que dejaría que ahorcaran a tu maravilloso Bill después de todo lo que te ha ayudado?

—¡Me has engañado! —dijo furiosa.

—No. —Levantó un dedo deteniéndola cuando iba a tirarle el sándwich que tenía en la mano. —Solo he ahorrado tiempo. —Miró a la doncella. —Mañana a primera hora quiero que vaya a la tienda de Madame Blanchard. Le diré que quiero que venga a mi casa de inmediato. No se negará.

—Bien, milord.

—Puede retirarse.

—¿Busco un camisón?

Randall levantó una ceja sonrojándolas a ambas. —Buenas noches, Laine.

—Buenas noches, milord —dijo mirándola de reojo mientras salía de la habitación.

Cuando se quedaron a solas le susurró incómoda —Puedo dormir en otra habitación.

—Come Camille.

—¡En esta casa debe haber veinte habitaciones!

Él se empezó a quitar la chaqueta mostrando su impecable camisa blanca. — Pero tú solo dormirás en esta. Come el sándwich. —Lo mordió con rabia. —No sé por qué te molesta tanto tu reputación cuando has estado desaparecida seis años —dijo divertido—. Nadie se espera que seas virgen.

—¿Y tú lo esperas?

—Yo ya lo sé. —Se sentó en la butaca ante la chimenea y se quitó los zapatos sin dejar de mirarla.

Sonrojada masticó. —¿No te bañas?

Él disimuló una sonrisa quitándose la camisa. Perdió totalmente el apetito al mirar su pecho. —Ya lo he hecho esta tarde en la habitación de al lado.

Ella recordó que hacía tiempo que no se aseaba como Dios mandaba y se sonrojó todavía más agachando la cabeza. Randall se quitó los pantalones y se acercó a la cama tumbándose a su lado sin ningún pudor. —Come Camille.

—Ya no tengo hambre.

Le cogió el sándwich y se lo acercó a la boca. —Solo éste. Tienes que recuperarte.

—¿Huelo mal?

Randall la miró sorprendido y le cogió la barbilla para levantarle la cara. — Hueles dulce y sabes más dulce aún. Si no estuvieras delicada, te haría el amor toda la noche y se me endurece el sexo solo de pensarlo. —Sorprendida miró su miembro que tenía otro tamaño que la última vez que lo había visto. Se sonrojó intensamente. —Ahora come, cielo.

Ella abrió la boca y Randall la alimentó lentamente sin dejar de observarla.

—Eres tan hermosa...

—¿De verdad? Nadie me lo había dicho nunca.

—¿Ni tu Bill? —Se sintió culpable al recordar a Bill y negó con la cabeza.

—Pues lo eres. Tan preciosa que no me quiero imaginar como serás cuando hayas engordado unos kilos.

—¿Estoy muy flaca?

—¿Cómo te las arreglabas? ¿Qué hacíais para comer?

Ella sonrió masticando. —Robábamos la comida.

—¿Siempre? ¿Nunca habéis trabajado?

Se revolvió incómoda. —Bill lo intentó una vez. Pero el panadero le echó cuando se dio cuenta que me dio a mí varios bollos para venderlos en la calle.

—Encantador —siseó molesto—. Podía haber trabajado, pero decidí beneficiarse de su jefe.

—Lo hizo para que comiéramos.

—No quiero hablar más de ese tipo. Ha salido de tu vida para siempre. — Apartó su bandeja y la colocó sobre la mesilla. —Ahora a dormir.

Se tumbó lentamente sobre la cama y él levantó la sábana para meterse dentro antes de coger la colcha y cubrirla. —Buenas noches, preciosa. —La besó en la punta de la nariz antes de acariciar sus labios. Cuando ella iba a acariciar su cuello, se volvió dándole la espalda para apagar la lámpara de aceite.

Ella observó sus hombros al descubierto y susurró —Gracias.

—¿Por qué? —preguntó sin volverse.

—Por ayudarme.

—Créeme, es puro egoísmo. —Esa frase la hizo entrecerrar los ojos. —Así me quitaré de encima a todas esas doncellas que se presentan cada año para buscar marido.

—Hablando de doncellas...

Él se volvió mirándola sobre su hombro. —No las tengo rubias de ojos verdes.

—¿Con cuántas te has acostado? —Él levantó una ceja y ella le miró asombrada. —¿Con todas?

—¿Qué quieres que te diga? Están a mano. —Se volvió suspirando cuando su cabeza se posó sobre la almohada. —No tienes que preocuparte por eso.

Gruñó molesta y se cruzó de brazos mirando el techo. —¿Y en tu casa de campo?

—¿No querrás que ahora cambie a todo el servicio? Son eficientes.

—¿Te gustaría encontrarte con mis amantes en el desayuno?

Él volvió la cabeza lentamente. —Tú no has tenido amantes.

—Es una hipótesis. Sabes lo que significa, ¿no?

—Muy graciosa. —Se apoyó en su codo para mirarla mejor. —No me vas a dejar dormir hasta que solucionemos esto, ¿verdad?

—No te dejaré dormir hasta que me entre el sueño. Estoy despejada. — Volvió la cabeza sonriendo de oreja a oreja y él se dio la vuelta descruzando sus

brazos.

—No fuerces la herida.

—Estoy bien.

Randall suspiró tumbándose de nuevo y mirándola a los ojos. —No puedo despedirlas a todas. No recuerdo ni sus nombres.

—Me parece increíble que te acuestes con el servicio. ¿No las obligarás?

La miró ofendido. —¡Si están deseando meterse en mi cama!

—¿Perdón?

—¡No es la primera vez que llego y tengo a una en la cama! ¡O dos!

Jadeó indignada y le gritó a la cara —¡Están despedidas!

Randall sonrió divertido. —¿Si te empeñas? Pero te encargas tú.

—¡Por supuesto que me encargo yo! —dijo furiosa de repente cubriéndose con las mantas—. ¡Esto es el colmo! Convivir con tus amantes. —Le fulminó con la mirada. —¿No estarás manteniendo una amante fuera de esta casa también?

Randall carraspeó volviéndose y ofendidísima le pateó el trasero, haciéndose daño de nuevo. Gruñó llevándose la mano al costado. —Preciosa, voy a marear al médico de tanto llamarlo.

—¡Duérmete de una vez! —Furiosa miró al techo mientras Randall reprimiendo la risa apartaba la sábana dejando su pecho al descubierto para ver la venda. Le ignoró mientras revisaba la herida y chilló sorprendida al sentir sus labios alrededor de su pezón. Cerró los ojos gimiendo de placer y él se lo

acarició con la lengua antes de cubrirla de nuevo.

—Buenas noches, Camille. Que tengas dulces sueños.

Se volvió dándole la espalda de nuevo mientras ella le fulminaba con la mirada sintiendo algo en su interior que no sabía muy bien que era. Estaba entre la ansiedad y la furia. Entre la necesidad y las ganas de patearle el culo por todo Londres. Tendría que analizarlo. Bill le molería a palos. Recordar a Bill le hizo sentir una tristeza enorme. Randall podía decir lo que quisiera, pero su amigo no la había utilizado. La quería sinceramente. Se pasó horas mirando el techo pensando en todos esos años, sonrió recordando sus labios y al comparar sus besos con los de Randall se dio cuenta que los de su prometido eran más apasionados, aunque con Bill no se había besado así. Había sido más dulce. Miró a Randall de reojo que estaba profundamente dormido. La había tratado bien. No la trataría como su padre porque si fuera igual que él, la habría delatado.

Suspirando cerró los ojos y casi sin darse cuenta se quedó dormida.

## Capítulo 4

Al día siguiente estaba comiendo el enorme desayuno que le había llevado una doncella a la que fulminó con la mirada, cuando se presentó una mujer en su habitación vestida con un impresionante traje de mañana. Laine la seguía con los ojos como platos mientras la mujer no dejaba de hablar con un fuerte acento francés.

—¡Mon Dieu! —dijo mirándola directamente—. Voy a matar a Ran. ¿Cómo se le ocurre enviarme aquí para vestir a su amante? ¡A su casa! ¡Estas cosas se hacen de una manera más discreta! ¡Lo sabe de sobra!

Camille furiosa ya con el tema siseó —Su esposa. ¡Voy a ser su esposa!

La mujer se sonrojó y sonrió abiertamente de una manera totalmente falsa. —¿No me diga, milady? Porque es milady, ¿verdad?

—Sí. —Gruñó metiéndose un buñuelo entero en la boca mirándola como si quisiera cargársela.

—Está muy bien que tenga apetito, milady —dijo claramente incómoda—. A Ran le gustan más gorditas.

Eso fue el colmo y gritó con la boca llena —¡Fuera!

La modista parpadeó asombrada. —¿Disculpe?

—¡Fuera! —gritó desgañitada salpicando de buñuelo las sábanas.

Jadeó indignada. —Nunca me habían echado de ningún sitio. Esto es inconcebible.

—Madame Blanchard... —Laine la miró con una disculpa en la cara. —Está enferma.

—Ni muerta dejaría que alguien me hablara en ese tono, chérie. Tengo una reputación.

—¡No sabe dónde le metería su reputación! ¡Bruja con acento francés de tres al cuarto! —gritó desde la cama con ganas de matarla.

—¿Qué ocurre aquí?

La modista miró a Randall ofendidísima. —¿Qué ocurre? ¡Qué me voy! ¡Eso ocurre!

Fue directa hacia la puerta y Randall la cogió del brazo mirando a su novia en la cama que estaba roja de furia. —Madame... me parece que ha habido algún malentendido.

—¡No hay malentendido! ¡Su esposa o prometida o amante me ha echado! ¡A mí! ¡Qué hasta la Reina me agasaja cuando me solicita!

—Mi prometida no debe conocer su reputación —advirtió a Camille que jadeó—. Seguro que se ha sentido molesta por algo. Pero lo olvidará por tener los vestidos más hermosos de Londres.

—Me importan una mier...

Randall la miró como si quisiera matarla y ella cerró la boca cruzándose de brazos. —Ahora Madame, en agradecimiento por todo el trabajo que le he

enviado a lo largo de los años, hará los vestidos más impresionantes que se hayan hecho nunca para que mi esposa sea aún más bella de lo que ya es.

Ambas no pudieron evitar poner una sonrisa en su boca. Cómo hablaba. Pero cuando ambas mujeres se miraron entrecerraron los ojos. —Ha empezado ella —dijeron a la vez.

—Sed buenas y a trabajar. No hay tiempo. Quiero llevarme a mi esposa a la casa de campo y no tiene equipaje. Necesita de todo. —Camille se metió otro bollo en la boca escuchándole hablar. —Vestidos de viaje, de fiesta, de día ...

—Y camisones —dijo Madame maliciosa.

—Tiene una herida en el costado —dijo advirtiéndola con la mirada—. Está delicada y lo ha pasado mal. Puesto que Madame es una profesional, sabrá lo que necesita tan solo con una mirada. No la moleste demasiado.

—Entendido Ran.

—¡Se llama Randall! Pero tú lo llamarás milord —siseó ella con ganas de estrangular a esa bruja.

—Cielo, seguro que le conozco mejor que tú.

—Se acabó. —Furiosa apartó las sábanas tirando la bandeja, dispuesta a poner a esa zorra en su sitio y todos se quedaron de piedra al verla de pie desnuda rodeada de sus rizos rubios.

Laine fue la primera en reaccionar cogiéndola por un brazo impidiéndole agarrar de los rizos a aquella sabandija. —¡Zorra! —dijo furiosa—. ¡Espera que me recupere! ¡Te sacaré los dientes!

Randall reprimiendo la risa la cogió en brazos mientras ella alargaba los suyos con ganas de sacarle los ojos. La modista levantó una ceja cruzándose de brazos. —Ran, puede que consiga que quede decente.

Su novio la metió en la cama cubriéndola con las mantas y se sentó a su lado. —Camille, pórtate bien. —Le acarició la frente consiguiendo que le mirara a los ojos.

—Me provoca. Lo hace a propósito.

—Madame nunca ha aprendido a morderse la lengua.

La modista se echó a reír. —Cierto.

—Pero es la mejor de Londres y la necesitamos.

—Eso es obvio.

Camille gimió cogiéndole la mano. —La mataré antes de dos horas.

Randall se echó a reír y se acercó a darle un beso en los labios. —Estaré aquí al lado. Esta tarde nos casamos y no puedes casarte así. Al menos necesitas un camisón.

La miró de reojo y Madame le guiñó un ojo descarada. La muy bruja se lo estaba pasando en grande. —Está bien.

—Tengo la prometida más comprensiva de Inglaterra.

—Y yo al prometido con más labia.

—Uhhh querida, tiene una labia... No lo sabes bien.

Miró los ojos negros de Randall. —Me debes una.

—Una muy gorda. —La besó en los labios y se levantó mirando a Madame

Blanchard advirtiéndola con la mirada. —No la disguste, Madame.

La modista no era tonta y aunque no perdió la sonrisa, algo en su mirada le dijo a Camille que se lo tomaba muy en serio. —No se preocupe Ran. Déjela en mis manos.

Cuando Randall salió de la habitación, Camille se metió un pedazo de tocino en la boca sin perderla de vista. —Al parecer ha pillado a nuestro soltero de oro. Felicidades milady. Será un marido excepcional.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque es leal, rico, con título y un amante excepcional. —Camille se puso como un tomate. —Y como dice una de mis mejores clientas, la Marquesa de Brentwood, los que han sido calaveras son los mejores esposos.

—¿Y mi prometido ha sido muy calavera?

La modista se echó a reír asintiendo. —Pero no se preocupe, milady. Cuando ese tipo de hombres entregan el corazón, lo hacen para siempre.

Ella bajó la mirada porque en ningún momento él le había dicho algo así. Simplemente que quería casarse con la nieta del Dragón y con su inmensa dote. Aunque luego cuando la besaba... Miró a Madame insegura. —Usted ha visto a muchas mujeres bellas, ¿verdad?

—Las más bellas de Inglaterra. —La modista se acercó mirándola fijamente.

—¿Cree que soy bella?

Laine la miró asombrada. —¡Por supuesto que sí, milady!

Madame levantó la mano acallando a la doncella mirando crítica a Camille.

Se acercó y le cogió la barbilla levantando su perfil. —Cuando acabe con usted no habrá en Londres mujer más hermosa.

—¿De verdad? —preguntó asombrada.

—Le puedo asegurar que esa frase nunca ha salido de mi boca para otra clienta. La convertiré en la mujer más hermosa de la ciudad. Mi chico tiene buen ojo, de eso no hay duda.

—Pues empieza. ¿A qué esperas? —Madame se echó a reír. —Y cuéntame algo sobre esa amante suya. ¿Dónde tengo que ir a despellejarla?

Esa misma tarde Laine le puso uno de los nuevos camisones que la modista le había enviado. Era una preciosidad en gasa de color amarillo pálido con bordados blancos a juego con la primorosa bata de manga ancha.

—Qué maravilla. —No dejaba de decir Laine con los ojos como platos. —Ha visto que primor.

—Sí que es precioso —susurró ella de pie al lado de la cama tocando el bordado de una de sus mangas—. Nunca he tenido algo tan hermoso.

—Ahora tendrá todo lo que se merece. Será Condesa y ocupará su lugar.

Sonrió a su doncella que se acercaba con sus nuevas zapatillas de seda amarilla. —Gracias a ti.

—No, mi niña. Gracias a mí no. —La miró a los ojos. —Todo lo ha hecho usted. Yo no hubiera sobrevivido en las calles.

Camille perdió la sonrisa. —Y yo tampoco lo hubiera hecho si no hubiera sido por Bill.

—Debe ser un hombre maravilloso. —Se agachó para ponerle las zapatillas.  
—¿Es guapo?

—Sí que lo es. Tiene unos preciosos ojos castaños que siempre te miran con picardía y las putas están locas por él. Siempre le ofrecen sus servicios gratis. —  
Laine la miró con los ojos como platos. —Y tiene unos buenos músculos. Es capaz de sujetarme por los tobillos soportando mi peso. Un día estábamos en la calle y era pleno verano, se quitó la camisa para lavarse en una fuente y todas se le quedaron mirando. Las muchachas le adoran porque tiene mucha labia y te hace reír.

Laine la cogió de la mano mirándola preocupada. —Por Dios, milady...  
Habla de él como si le amara.

—¡Claro que le amo! ¡He vivido con él los últimos seis años! ¡Daría la vida por él!

—Pero se va a casar con el Conde. No puede amar a otro hombre.

Camille se sentó en la cama. —Las circunstancias me han llevado a este matrimonio.

Laine la miró angustiada. —¿No ama al Conde? —Parpadeó pensando en ello. ¿Le amaba? Se sentía muy atraída por él y la fastidiaba enterarse de que tenía amantes. —Dios mío, está hecha un lío. —Se sentó a su lado apretándole las manos. —Dígame. Si no hubiera nada que se lo impidiera y si no fuera

lady... Si fuera una mujer normal que tiene que elegir a un hombre, ¿con quién se casaría?

—Con Bill.

—Querida, ¿estás preparada? —Se sobresaltaron mirando hacia la puerta donde Randall las observaba fríamente. —Ya veo que sí —dijo acercándose lentamente—. ¿Crees que serás capaz de mantenerte en pie durante la ceremonia? O prefieres que el pastor venga y nos case mientras estás tumbada.

—No, no —susurró sonrojada sintiéndose culpable—. Puedo estar de pie.

Laine se levantó a toda prisa alejándose mientras el Conde alargaba su mano. Camille le miró a los ojos y extendió la mano sintiendo un estremecimiento al rozar su piel. La ayudó a levantarse y Randall le acarició la barbilla. —Laine, déjanos solos un momento.

La doncella se mordió el labio inferior resistiéndose a salir, pero no le quedó más remedio. Cuando la puerta se cerró tras ella, Randall apretó el dedo que tenía en su barbilla para llamar su atención. —Nunca vuelvas a humillarme de esta manera. —A Camille le dio un vuelco el estómago al ver la frialdad en sus ojos. —Todavía estás a tiempo de echarte atrás, pero si eres mi esposa, me guardarás el respeto que me merezco.

Se sintió culpable por sus palabras. —No quería humillarte, solo hablaba con...

—Camille... puede que no me ames, pero que tu esposa vaya diciendo que ama a otra persona es humillante. —Se sonrojó intensamente y bajó la mirada,

pero él volvió a levantarle la cara obligándola a mirarle a los ojos. —¿Quieres ser mi esposa? Mi obligación es casarme contigo porque tu reputación está destrozada y además me conviene este matrimonio. Nos conviene a ambos. Te daré la protección de mi apellido para reclamar tu herencia y yo me casaré con la nieta del Dragón y su sustanciosa dote, aparte de unirme con una mujer que me hace hervir la sangre cada vez que la veo. ¿Quieres abandonarlo todo para ir a buscar a tu Bill? —Los ojos de Camille se llenaron de lágrimas. —¿Quieres casarte con él? —preguntó levantando la voz provocándole un estremecimiento —. ¡Contéstame de una maldita vez! —La besó robándole el aliento abrazándola a él, provocando la respuesta de cada parte de su cuerpo. Él se apartó cogiéndola por la nuca y siseó —Ni se te ocurra volver a hablar de ese hombre. ¡Eres mía! —El corazón de Camille casi salta de su pecho mirando la pasión que reflejaban sus ojos negros.

Se apartó de ella lentamente y esperó a que se repusiera. Camille asintió cogiendo su brazo y dio un paso hacia la salida, pero él no se movió y sabiendo que estaba dolido por sus palabras susurró —Vamos Randall, el párroco espera.

Él apretó los labios y comenzaron a caminar hacia la puerta. —Mañana nos vamos a la finca.

—Bien.

—Solo es medio día de viaje. ¿Crees que podrás soportarlo? —La duda en su pregunta hizo que lo mirara.

Estaba preocupado por ella. Incluso después de discutir y de escuchar lo que

acababa de decirle a Laine, se preocupaba por ella. Eso la hizo sentirse aún más culpable por hacerle daño. —Por supuesto que sí. No debes preocuparte.

—No estoy preocupado —gruñó molesto—. Simplemente preguntaba.

Camille asintió sabiendo que mentía. —Estaré bien.

La ayudó a bajar las escaleras y pudo observar la decoración que era algo más sobria. Había cambiado algunos muebles y las pinturas de sus antepasados, pero se le cortó el aliento al ver que una pintura continuaba en su sitio. Se detuvo en seco al ver a dos niñas jugando en la arena a la orilla del mar. Eran su tía y su madre cuando eran pequeñas en unos días que habían pasado en Bath. Ambas reían con sus pies en el agua mientras una enseñaba a la otra una caracola. Las dos rubias con sus rizos al viento. El pintor había conseguido reflejar la alegría del momento. Su tía siempre decía que era su pintura preferida porque en aquella época ambas habían sido muy dichosas.

—Ese cuadro estaba en la casa y el sobrino de tu tía no quiso llevárselo —dijo Randall mirándola.

—Es mi madre —susurró emocionada porque hacía mucho tiempo que no veía su rostro, tan parecido al suyo.

—Entonces te alegrarás de conservarlo. —Le acarició la mano sobre su brazo. —No hagamos esperar más al pastor.

La ayudó a bajar los escalones que quedaban y la guió hasta el salón donde el pastor esperaba al lado de la chimenea con las manos en la espalda. —Pastor Higgs.

A Camille se le cortó el aliento al ver que se daba la vuelta uno de los mejores amigos de su padre y al reconocer su rostro sintió un estremecimiento. Miró pálida a Randall que no se había dado cuenta de nada. —Permítame que le presente a mi prometida.

El hombre sonrió con ironía mostrando más su picuda nariz e inclinó la cabeza. —Mucho gusto, milady. Al parecer se encuentra indispuesta.

Randall la miró y frunció el ceño. —¿Camille?

—No me encuentro bien —susurró llevándose la mano a la frente de la sorpresa de ver a ese hombre—. Llévame a la cama.

Randall la cogió en brazos sacándola de allí a toda prisa. —¿Qué ocurre preciosa? ¿Llamo al médico?

—Ese hombre no nos puede casar —susurró aliviada de haber salido de allí.

Él se tensó deteniéndose en el último escalón. —¿Has cambiado de opinión?

—No voy a dejar que me case uno de los mejores amigos de mi padre.

—¿Qué? —Parecía asombrado. —¡Si es pastor!

—Mi padre tiene amigos de lo más variopintos.

Gruñendo Randall la llevó hacia su habitación y la tumbó sobre la cama mirándola con desconfianza. —No estarás retrasando lo inevitable, ¿verdad?

—No digas tonterías. ¿Quieres que diga mi nombre a ese tipo? ¡Mi padre se enteraría de todo antes de una hora!

Randall maldijo por lo bajo, saliendo de la habitación y cerrando de un portazo. Al parecer no se lo había tomado muy bien. Camille se encogió de

hombros. —Se le pasará.

Pero no se le pasó. Esa noche seguía de morros cuando llegó a la habitación quitándose el pañuelo del cuello como si le estuviera ahogando. Camille estaba tumbada en la cama mirando un libro de geografía que Laine le había llevado. Al verle entrar de esa manera levantó una ceja interrogante. —¿Una mala noche?

—Querida... será mejor que cierres esa boquita porque hoy no ha sido uno de mis mejores días. —Furioso se quitó la chaqueta del traje negro que llevaba, tirándola de malos modos sobre la butaca. Casi se arranca la camisa para quitársela y Camille reprimió una risita.

Randall la miró como si quisiera matarla. —Sí, ríete. Ahora tendremos que casarnos en la finca.

—Mucho más bonito. —Pasó una hoja, vio un mapa de Escocia y se puso a leer el fragmento que comenzaba a hablar de su historia. Sintió que se tumbaba a su lado y jadeó cuando le quitó el libro de las manos para leer su lomo. —¿Qué haces?

—Ya continuarás leyendo mañana. O el año que viene.

Camille sonrió viéndole dejar el libro sobre la mesa. —¿Qué te pasa? Tampoco es para tanto. Nos casaremos mañana o pasado. —Sus ojos se desviaron a su sexo y carraspeó al darse cuenta del problema. Randall estaba acostumbrado a tener relaciones y con ella no las tenía. A no ser que las tuviera con otra. Ese pensamiento la molestó. La molestó mucho.

—El problema no es ese. —Suspiró apoyando la cabeza en las almohadas y

cerrando los ojos.

—¡Ya se cuál es tu problema y espero que no lo soluciones por ahí!

Él abrió los ojos mirándola sin comprender. —¿Qué quieres decir?

—¡Tú sabrás!

Se tumbó en la cama mirando al techo y tapándose hasta la barbilla. Randall se puso de costado mirando su perfil. —¿Estamos hablando de lo mismo?

Le miró de reojo. —¿De qué hablas tú?

—De mi madre y de mi tía.

—¿Ese es tu problema? —preguntó sonrojada.

—¿De qué pensabas que hablaba?

—Oh, de nada. —Miró al frente intentando disimular.

Randall no se creía una palabra. —¿Cómo va a ser de nada y decías...?

—¿Qué pasa con tu madre? ¿No le gustaré?

—¡No cambies de tema! —dijo enfadándose.

—¡Hablabas de hacer el amor! —le gritó a la cara.

Randall levantó una ceja. —De hacer el amor. Y no quieres que lo solucione por ahí.

Se sonrojó intensamente al ver que le hacía gracia, cosa que la puso de peor humor todavía. —¿Has dejado a tu amante?

—Es que entre encontrarte, pegarte un tiro y cuidarte, no me ha dado tiempo.

—¡Pues envíale una nota! —Él se acercó a su cara y lo miró furiosa. —Ni se te ocurra besarme.

—No pensaba hacerlo. Solo quería ver tu cara de celos.

Jadeó ofendida. —¡No estoy celosa!

—No, claro que no. Es interesante que quieras casarte con ese tal Bill y estés celosa porque yo comparta el lecho con otra mujer.

—No estoy celosa —siseó con ganas de matar a alguien.

—¿Sabes? Me duele un poco la cabeza. Igual debería llamar a una de las doncellas para relajarme.

Ella le cogió del cabello tirando con fuerza y Randall se echó a reír, cogiéndole las muñecas y colocándolas sobre su cabeza mientras ella soltaba por la boca todos los insultos que había aprendido a lo largo de los años. Randall no hacía más que reírse y cuando terminó agotada susurró mirando sus ojos —  
Cabrón.

—No, cielo. Más te vale que no me convierta en eso, porque me voy a enfadar muchísimo. —Se acercó y le dio un suave beso a su labio inferior antes de acariciárselo con la lengua. Sorprendiéndolo la atrapó entre sus dientes y Randall abrió los ojos como platos intentando apartarse, pero ella apretó sus dientes a su alrededor haciéndolo gemir. Camille acarició a su presa con la lengua, él gimió de nuevo cogiéndola por el cuello y ella abrió su boca para recibirlo, devorándose el uno al otro casi con desesperación. Cuando la mano de Randall bajó por su espalda hasta llegar a su trasero, el fuego la recorrió de arriba abajo, pero cuando el sexo de él tocó su muslo, se separó de ella como si le hubieran dado una descarga. Sorprendida abrió los ojos para verle de pie ante

ella con la respiración agitada. —Será mejor que duerma en otro sitio —dijo con voz ronca dejándola de piedra.

—¡No!

—¡Camille, no puedo más! —gritó antes de coger la bata y salir de la habitación dando un portazo sin habérsela puesto siquiera. Le escuchó decir — ¡Fuera de mi camino! ¿Dónde coño está Burch? ¡Una botella de coñac!

Camille sonrió porque había decidido emborracharse en lugar de sustituirla. Eso estaba bien. Su marido tenía que respetarla. Sonriendo como una tonta se quedó dormida minutos después pensando en él.

Laine la despertó al día siguiente. —Milady, debe levantarse. El Conde dio orden de partir dentro de dos horas.

Suspiró agotada pensando que se iban a la finca. —Pide agua caliente para asearme.

—Sí, milady —dijo colocando la bandeja del desayuno a su lado—. Han llegado seis vestidos, milady. Tendremos que arreglarnos con eso hasta que lleguen más.

—Serán suficientes —susurró sentándose en la cama apartándose el cabello. Gimió porque estaba realmente sucio—. Necesito lavarme el cabello.

—Milady. No le dará tiempo a secar. Se lo lavaré cuando llegemos a la finca, mi niña. Ahora coma. No hagamos esperar al Conde.

—¿Dónde está? —preguntó untando mermelada en un bollo de jengibre.

La doncella parpadeó. —No lo sé, milady. ¿No ha dormido aquí?

Camille sonrió divertida. —Pues no. Al parecer soy irresistible.

Laine se echó a reír. —Pobrecito. Habrá dormido en otra habitación.

—¿Búscales, quieres? Averigua dónde está.

—Sí, milady.

Salió de la habitación dejándola sola y desayunó rápidamente porque si quería ir bien arreglada debía darse prisa. Cuando apartó la bandeja frunció el ceño porque Laine no le había llevado el agua. Fue detrás del biombo y se alivió. Se estaba incorporando cuando escuchó que abrían la puerta. —¿Laine? ¿Me traes el agua?

—No.

Una voz distorsionada masculina la hizo fruncir el ceño dejando caer su camión para cubrir sus piernas y salió lentamente de detrás del biombo para encontrarse con Randall sujetó por el brazo de Nichols que casi no podía con él. Su prometido parpadeaba intentando mantener los ojos abiertos y Camille puso los brazos en jarras. —¿Estás borracho? —gritó a los cuatro vientos.

Él miró hacia ella, pero no pareció reconocerla mientras se tambaleaba hacia la derecha incapaz de mantener el equilibrio. —¿Qué?

Indignada miró a Nichols que le pidió disculpas con los ojos. —¿Dónde estaba?

—En el despacho, milady.

—Pues ya lo está preparando para el viaje. ¡Porque si yo puedo ir después de que me pegara un tiro, bien puede ir él por beber de más!

Nichols gimió. —Milady, no está en condiciones.

—¡Me da igual! —Furiosa vio como Laine entraba en la habitación con una jarra de porcelana con agua humeante y que miraba a su prometido con la boca abierta. —¡Nichols llévatelo y mételo en el carruaje a dormir la cogorza!

—¡Milady, está en batín!

Se lo pensó unos segundos y solo le faltaba que se resfriara por ir debajo de la bata como Dios le trajo al mundo. —¡Pues vístalo primero, pero en otro sitio! ¡Tengo que prepararme!

—Sí, milady —dijo con esfuerzo tirando de él hacia la salida.

Randall la miró con una sonrisa estúpida en la cara. —Preciosa...

—¡Si crees que vas a camelarme, lo llevas claro! —gritó furiosa—. ¡Ya puedes espabilarte por el camino!

Laine les abrió la puerta viendo como Nichols casi se deslomaba intentando cargarlo. En cuanto cerró la puerta, escucharon un fuerte golpe y un gemido. Laine abrió la puerta de nuevo para ver que Randall había caído tan largo como era sobre su valet, que intentaba quitárselo de encima.

—Laine, llama al mayordomo, creo que se llama Burch y dile que envíe a dos lacayos para ayudar a vestir al Conde —dijo entre dientes furiosa con él.

—Sí, milady —dijo dándole la jarra de agua y saliendo de la habitación a toda prisa.

Si creía que iba a suspender el viaje por estar beodo, lo llevaba claro. No era la primera vez que cogía a Bill de una oreja y le obligaba a trabajar. Si quería divertirse ella no se lo podía impedir, pero había que cumplir con las obligaciones. Se lavó a conciencia pues habían pasado días que no lo hacía por ella misma y cuando terminó se sentía mucho mejor. Lástima que no pudiera lavarse el cabello. Laine llegó sonriendo. —Pobrecito. Está inconsciente.

—Pobrecito, pobrecito. ¡Yo me he levantado para irnos y aparece así! Se va a enterar —dijo entre dientes mientras Laine se acercaba con su nueva ropa interior—. Le voy a hacer el viaje imposible.

—No se lo tome así, milady. Igual se le ha ido la mano. Pero seguro que no lo ha hecho a propósito.

Dejó que le pusiera la camisola con cuidado de no tocarle la herida y la ayudó a ponerse los calzones. La cinturilla quedaba a la altura de la herida y no se los podría atar. —Quítamelos Laine.

—Pero milady... No puede ir sin ropa interior.

—Antes no llevaba y nunca se enteró nadie.

Laine sonrió ayudándola a quitárselos. Los faldones se los ató a la altura de la cadera y se acercó con un maravilloso vestido de terciopelo granate. —Dios mío —susurró impresionada—. ¿Ese es el vestido de viaje que ha enviado Madame Blanchard?

—Sí, milady —respondió ilusionada—. Y ya verá el sombrerito. Es el último grito en Francia.

Se lo puso por la cabeza y con cuidado le bajó las faldas. —Le permito no ponerse el corsé porque no la verá nadie más que la familia, pero debe empezar a ponérselo.

—No lo he usado nunca —dijo impresionada mirándose al espejo—. Este vestido es precioso —susurró tocándose el cuello de encaje negro—. Es increíble lo rápido que nos acostumbramos a lo bueno.

—Usted siempre debió tener lo bueno —dijo Laine molesta—. Esa loca idea. —Le ató con cuidado los botones traseros y Camille se mordió el labio inferior porque le apretaba algo en el costado.

Laine le cogió por los hombros dándole la vuelta y asintiendo. —Perfecto.

—Se me ajusta un poco aquí. —Se tocó el costado con cuidado y Laine hizo una mueca.

—Vaya, lo siento milady, pero seguro que la modista pensó que lo llevaría con corsé ajustándole la cintura.

—Da igual. Tampoco es para tanto.

—Vamos a arreglar ese cabello.

Se lo peinó hacia atrás mostrando su precioso rostro. Le hizo una raya al medio y le trenzó el cabello haciéndole un recogido en la base de la nuca. —Preciosa.

—Algo tirante, ¿no? —Se volvió mirando su perfil e hizo una mueca.

—Preciosa.

Laine se acercó con una maravillosa capa de terciopelo granate haciendo

juego. Le abrochó los botones igual que cuando era niña y le colocó el sombrerito en la cabeza haciéndole un primoroso lazo debajo de la oreja izquierda. —Qué bonita, milady —dijo ilusionada—. Está para que la retraten.

—¿Necesitas ayuda?

—No milady, ya lo tengo todo listo —dijo cogiendo el cepillo que había usado que era de plata y de mujer.

—¿De quién es ese cepillo?

—Suyo, milady.

—¿Mío?

—Le han enviado muchas cosas. Están empacadas. Ya las verá.

Asintiendo fue hasta la puerta y la abrió mirando a su alrededor. —¿El equipaje del Conde?

—En el carruaje, milady —dijo saliendo tras ella con un pequeño maletín en la mano.

Cuando llegó a las escaleras, se cogió a la barandilla con cuidado y empezó a descender.

El mayordomo tenía la puerta de la casa abierta dando órdenes al exterior. Se volvió al verla bajar y se enderezó. —Milady...

Camille sonrió llegando al hall. —No nos hemos presentado —dijo mirando al hombre que estaba totalmente calvo con algunos kilos de más.

—Es un honor, milady.

Laine le entregó unos guantes de suave piel y se puso uno mirando al hombre

con una dulce sonrisa en la cara. —¿Mi prometido está preparado?

—Está roncando en el carruaje, milady.

—¿Le han abrigado?

—Por supuesto.

—Supongo que nos conoceremos más a la vuelta.

—Será un honor, milady.

Ella le guiñó un ojo saliendo de la casa y bajó los escalones tocándose el costado. Un lacayo esperaba en la puerta del carruaje y le cogió la mano para subir. Su prometido estaba tumbado en el asiento con la boca abierta sin enterarse de nada. —Será posible.

Se sentó frente a él y cuando Laine se subió tras ella sonrió sin poder evitarlo. El valet que también iba con ellos, gimió al ver la posición de su señor y necesitó la ayuda de Laine para enderezarlo y así poder sentarse ante su doncella.

El carruaje se puso en camino y ella apretó los labios mirando a su prometido viendo como su cabeza caía sobre la del pobre Nichols, que resignado se cruzó de brazos.

Sonrió sin poder evitarlo. —Dígame Nichols, ¿hace cuánto que trabaja para el señor?

—Desde que vino a estudiar a Londres, milady. Veinte años más o menos.

—¿Cuántos años tenía?

—Siete, milady. Era un jovencito muy avisado. —Sus ojos marrones

brillaron recordando esos tiempos. —Yo apenas tenía veinticinco y siempre nos hemos llevado muy bien. Se ha convertido en un hombre extraordinario —dijo con orgullo.

—Pues el hombre extraordinario está beodo.

—Se le pasará enseguida. —En ese momento un enorme ronquido les hizo sonreír a todos sin poder evitarlo.

—Cuénteme... —dijo observando a su prometido—, ¿qué ocurre con esa madre?

—Le adora. Casi en exceso.

Camille sonrió. —Eso está muy bien.

—No, milady —dijo mirándola muy serio—. En exceso.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Laine sin poder evitarlo.

—Nada era lo suficiente bueno para él. No le dejaba hacer nada, por eso el difunto Conde lo envió al colegio. Temía que se convirtiera en un señorito consentido. Pero lo que consiguió fue que se juntara con malas compañías en el colegio y tuvo que sacarlo de varios líos. Su madre nunca se lo perdonó. Así fue como conoció al señor Sterling, en una de sus correrías. Hasta que conoció a Lady Amelia y la llevó a casa.

Camille se envaró haciéndose daño en la herida. —¿Lady Amelia?

—Lady Amelia era una chica dulce y muy tímida, pero en cuanto la llevó a su casa su madre la espantó. La pobre chica todavía debe estar corriendo por Inglaterra. —El valet chasqueó la lengua. —El señor se enfadó muchísimo y

estuvo un año sin ir a casa.

—¿Me está advirtiéndome sobre que la Condesa viuda es una bruja?

—Puede ser la mujer más cariñosa del mundo, pero como le tenga ojeriza, ya puede correr. En eso el Conde es igual.

Camille miró a su doncella que parecía preocupada. —No pasará nada.

—Debería haberse casado ayer. Así ya no habría problemas y la Condesa tendría que morderse la lengua.

—Estoy seguro de que en parte el Conde se ha emborrachado por eso.

Camille pensó en ello. No quería problemas con la suegra, aunque a ella nadie la iba a espantar y menos ahora que había tomado la decisión de casarse con él. Además, puede que su prometido la hubiera conocido en plena crisis emocional por el miedo que sentía por Bill, pero su carácter no era precisamente dulce después de haber estado en las calles tantos años. ¿Qué podía hacer? Estaba claro que ese tema le preocupaba a Randall porque se lo había comentado la noche anterior, aunque ella no le había hecho mucho caso. Quizás deberían casarse antes de llegar a la finca, así la Condesa no tendría nada que hacer. Sonrió satisfecha y dijo —Nos casaremos antes de llegar.

—¿Qué? —Nichols y Laine la miraron espantados y después al Conde al que se le caía la baba por la comisura de la boca.

—No está en condiciones, milady. —Laine negó con la cabeza.

—Eso se le pasa enseguida —dijo con confianza—. Que se detenga el carruaje en la próxima iglesia.

—Esa sería una boda muy triste, milady. En una iglesia desconocida con el novio como una cuba. ¿No prefiere esperar? —preguntó Nichols inseguro.

—¿Y que mi suegra convenza al Conde de que no se case conmigo? —Negó con la cabeza. —No. Nos casaremos en la próxima iglesia.

—El pastor no les casará. El Conde no se tiene en pie.

—Eso déjame a mí. —Guiñó un ojo a Nichols que se sonrojó de gusto.

## Capítulo 5

Cuando el carruaje se detuvo a la salida de un pueblo, sonrió bajando del coche mirando a su alrededor. El sitio era encantador pues delante de la iglesia había un hermoso jardincillo. —Es el sitio perfecto —le dijo a la doncella—. Que bajen al Conde.

Tuvo que bajarse el cochero del pescante y el lacayo. El lacayo cogió las piernas del Conde por los tobillos y tiró con esfuerzo de él haciendo sonreír a Camille.

—¿Podrán entre los tres? —preguntó Laine mirando la maniobra pues el cochero no sabía por dónde coger al Conde.

—Es grande, pero son tres.

—Buenos días. —Camille se volvió con una sonrisa en la cara y vio al pastor ante ellas. El hombre que debía tener ochenta años miraba las piernas del Conde que al resbalársele al lacayo cayeron sobre la hierba a plomo. —¿Ha fallecido?

Ahora le tocaba a ella y alargó la mano hacia el hombre. —No, pastor. Todavía no está muerto. Pero mi padre le matará como no se case conmigo, ¿me entiende? —dijo con dramatismo—. ¡Y no puedo dejar que ocurra eso, estaría arruinada! —dijo alterándose—. Debe cumplir con su deber. Del miedo que tenía a hablar con mi padre se ha emborrachado.

El anciano no salía de su asombro. Sobre todo porque en ese momento consiguieron sentarlo en el hueco de la puerta y el pastor vio que estaba totalmente fuera de combate.

—Esto es muy poco ortodoxo, milady —dijo enfadado.

—Lo sé —dijo apretándose las manos aparentando estar muy nerviosa—. ¿Me puede ayudar?

—¿Ese caballero se ha propasado con usted, milady? —No pudo evitar sonrojarse al recordar como acarició su pezón con la lengua. El pastor entendió al mirarle a la cara y dijo furioso al servicio —¡Llevad a ese pecador hasta el altar!

Camille suspiró de alivio mientras ellos gemían en respuesta. —Gracias pastor...

—Holland.

Sonrió radiante. —Pastor Holland, me ha hecho muy feliz. Y a mi padre también.

—No lo dudo, milady —dijo ofreciéndole el brazo—. Venga conmigo. Enseguida pondré las cosas en su sitio.

—Tiene una iglesia preciosa.

—Oh, pero necesita unos arreglos. Esta es una parroquia pequeña y los feligreses son pobres.

No era tonto el anciano. Quería sacar algo del asunto. Sonrió dándole unas palmaditas en el brazo entrando en la iglesia. —Me encargaré yo misma de que

reciba un buen donativo. De eso no tiene que preocuparse.

—Es usted toda una dama. —La miró con sus ojitos castaños fijamente. —  
¿Seguro que quiere casarse con él? Una belleza como usted puede casarse con  
quien quiera.

—Pero es que le quiero a él, pastor Holland. Es el hombre que necesito.

—Entiendo. Pues que así sea.

Cuando llegaron al altar, miraron hacia atrás para ver como los tres cargaban  
a Randall como podían sujetándolo por los brazos. Una de las botas arrastraba  
por el suelo de piedra haciendo un ruido de lo más desagradable. Suspiró  
moviendo la cabeza de un lado a otro. Había sido muy inoportuno para  
emborracharse. Esperaba que tuviera una resaca que le durara un mes. Mira que  
hacerle eso el día de su boda.

Lo colocaron a su lado y como tenía la cabeza sobre el pecho, ella le cogió  
de la cabellera levantándosela para que mirar al pastor.

—Muy bien, empecemos. Nos ahorraremos la mitad de la ceremonia.

—Gracias, pastor. Es muy comprensivo.

El hombre sonrió ante ella. —Querida, ¿su nombre?

—Camille Eleanor Hightway y mi prometido se llama Randall Weinberg,  
Conde de Southwich.

—Randall Albert Weinberg —apostilló Nichols sujetando mejor a su señor  
del brazo.

—Gracias Nichols. —Sonrió encantada al pastor que la correspondió antes

de empezar.

—Estamos aquí reunidos para unir a este hombre y a esta mujer con el sagrado vínculo del matrimonio. Camille Eleanor Hightway, aceptas a Randall Albert Weinberg como esposo, para amarlo y protegerlo hasta que la muerte os separe.

—Sí, acepto —dijo encantada sintiendo un calor muy agradable en el pecho. Miró a su prometido al que seguía agarrando por la cabellera—. Sí, le acepto.

El pastor miró al Conde. —Randall Albert Weinberg, ¿aceptas a Camille Eleanor Hightway para amarla y protegerla hasta que la muerte os separe? — Todos miraron al Conde y ella movió la cabeza de su prometido de adelante atrás asintiendo vehemente.

—Querida, debe decir que sí.

Chasqueó la lengua exasperada y se acercó más a su prometido dándole un buen tortazo que dejó a todos con los ojos como platos. —¡Randall! ¡Di que sí!

Su prometido abrió los ojos mirándola y sonriendo como un idiota dijo — Camille... preciosa.

—Cariño, di que sí.

—Sí, eres preciosa —dijo sin poder evitar que se le cerraran los ojos justo antes de que su cabeza cayera hacia atrás.

Sonrió radiante antes de mirar al pastor que asintió sonriendo. —¿Tenemos anillos?

—¡Oh! —¿Cómo se podía haber olvidado de los anillos? —Yo tengo uno.

¿Con eso vale?

—Si no hay otra cosa.

Ella sacó el anillo de su abuelo del bolsito que llevaba en la muñeca y sonrió cogiendo la mano de su ahora marido y poniéndoselo en el meñique. Le quedaba perfecto. —Ya está.

—Por el poder que me ha sido concedido, yo os declaro marido y mujer. Puede besar al novio.

Todos sonrieron mientras la novia cogía al Conde por las mejillas con ambas manos y le besaba suavemente en los labios. Cuando se separó, acarició su mejilla sin saber por qué estaba encantada de casarse con él. Tendría que descubrirlo más tarde. Se volvió dejando que su cabeza volviera a caer sobre su pecho y cogió al pastor de las manos. —Gracias. Ha sido muy amable.

—Le daré un certificado y necesito que firmen los testigos.

—Laine...

—Sí, milady —dijo la doncella dispuesta a firmar donde hiciera falta aunque no sabía escribir.

Subidos de nuevo en el carruaje, Camille sonrió mirando la mano de su marido. —Menuda pieza he cazado, ¿verdad Laine?

Su doncella y Nichols se echaron a reír. —El mejor —dijo Laine satisfecha.

—Menuda sorpresa se va a llevar cuando se entere —dijo el valet divertido

mirando a su señor que en ese momento tenía la cabeza sobre la pared del carruaje y rebotaba cada vez que pasaban por un bache.

—La que se va a llevar una sorpresa es la Condesa cuando vea llegar a su hijo borracho y casado —dijo ella a punto de reírse.

Los tres se echaron a reír a carcajadas. Pero cuando llegaron a la enorme casa de campo Camille ya no se reía. Se puso nerviosa al ver la impresionante casa de estilo eduardiano rodeada por enormes jardines. Incluso tenía un lago ante la casa al que se bajaba por unas majestuosas escaleras. —¡Dios mío!

—Bienvenida a Weinberg Hill —dijo Nichols orgulloso.

A medida que se acercaban a la casa rodeando el lago ella iba poniéndose más nerviosa por la reacción de su suegra. Se llevó una mano al sombrero y miró a su doncella. —¿Cómo estoy?

—Preciosa, milady. Le aseguro que no se fijará mucho en usted, sino en su marido.

—Está preciosa, milady. Bellísima —dijo Nichols sonriendo agradablemente.

—Gracias Nichols, eres encantador.

El valet se sonrojó de gusto, pero ella no se dio cuenta porque miraba por la ventanilla de nuevo. En la enorme escalinata varias personas de servicio se estaban colocando según su rango. Sería la nueva señora de la casa y su llegada iba a ser toda una sorpresa.

En cuanto el carruaje se detuvo, dos lacayos vestidos con librea azul con

adornos dorados en los hombros se acercaron a toda prisa y abrieron la puerta bajando los escalones sin perder el tiempo. Pero ella miraba hacia la puerta donde dos mujeres morenas de unos cincuenta años miraban hacia el carruaje sonriendo de oreja a oreja.

Tomó aire. —Ha llegado la hora.

—Ánimo milady.

Alargó la mano y el lacayo la sujetó. En cuanto vieron su guante las mujeres perdieron la sonrisa poco a poco como se imaginaba. Agachó la cabeza para pasar por la puerta sacando el pie al exterior y cuando bajó los escalones levantó la vista para mirarlas con una sonrisa en la cara.

Ambas mujeres se quedaron con la boca abierta al verla y la que iba de verde cayó redonda al suelo antes de que nadie pudiera evitarlo. Asustada cogió sus faldas subiendo los escalones todo lo rápido que podía mientras la servidumbre acudía en su ayuda. —¿Se encuentra bien?

—Cecilia... —susurró la otra mujer antes de poner los ojos en blanco y caer redonda al lado de su hermana.

—Menuda impresión que les ha causado —dijo Laine asombrada a su lado mirando a las dos mujeres en el suelo.

Hizo una mueca volviéndose hacia el carruaje donde estaban intentando sacar a Randall. —Y eso que no han visto al Conde.

Sin poder evitarlo se echó a reír y la servidumbre la miró como si estuviera mal de la cabeza, hecho que la hizo reír aún más aunque intentó reprimirse. Pasó

por encima de los cuerpos de sus nuevos familiares, ya que no podía ayudarlas y entró en la casa. —Laine averigua cual es mi habitación.

—Sí, Condesa.

La miró sorprendida. —¡Dios mío, soy Condesa!

—Sí, milady. Más de uno se va a llevar una sorpresa. —Indicó con la cabeza a las de fuera y no pudo evitar reír de nuevo.

—Me apetece un té —dijo mirando a su alrededor el impresionante hall. El suelo era de mármol y las paredes estaban forradas de seda azul. Los muebles de estilo francés le dijeron que su Conde guardaba algunos secretillos. Como que no necesitaba su dote nada de nada. Era rico. Muy rico. Ya tendría unas palabritas con él.

Caminando por el hall se quitó la capa yendo hacia lo que creía que era el salón. —Que me lo sirvan aquí.

—Sí, Condesa.

Al entrar dejó la capa en el respaldo de una butaca mirando la enorme chimenea de piedra con dos dragones pintados a los laterales. Entrecerró los ojos sintiendo un estremecimiento porque los dragones tenían las alas extendidas como en su sello.

Una de las mujeres sujeta por una doncella entró en el salón y cuando la vio se tapó la boca mirándola con los ojos como platos. Camille exasperada no lo soportó más y poniendo los brazos en jarras preguntó mirando sus ojos azules. —¿Se puede saber que rayos está pasando aquí?

—Dios mío. ¡Eres igualita! —exclamó dejándose caer en el sofá de seda azul.

—Me han dicho que me parezco a mi madre. ¿Conocía a la Condesa de Wimmer?

—¿Que si conocía a tu madre? —preguntó exaltada—. ¡Tu madre era mi mejor amiga!

Entrecerró los ojos porque no lo sabía. En realidad, ella solo tenía cuatro años cuando falleció y sabía muy poco de ella. Solo lo que le había dicho su tía Lucie que no era mucho.

—¿Su mejor amiga? —Asombrada se sentó a su lado. —No tengo recuerdo de ella.

—Dios mío, la última vez que te vi tenías tres años —dijo mirando su rostro como si viera un fantasma—. Después de su fallecimiento no me dejaron verte más. Me enteré... —Abrió los ojos como platos. —¡Estás muerta!

—En realidad no —dijo porque era obvio que estaba muy viva.

—Dios mío. —La cogió de la mano. —Fue tu padre, ¿verdad? Dijeron que habías muerto de fiebres, pero siempre me quedó la duda. Sabía que pegaba a tu madre y...

—Me escapé.

La mujer sonrió. —Bien hecho. —Con admiración recorrió su cuerpo. —A Andrew le va a dar un ataque al corazón cuando te vea. Espero que se pudra bajo tierra el muy cerdo.

—Yo también. —Si esa es la reacción que tenía de una amiga de su madre no se quería imaginar lo que le pasaría a su padre.

La otra mujer apareció en la puerta corriendo y en cuanto la vio se echó a llorar. Entonces Camille se dio cuenta del parecido entre las dos. —¿Son gemelas?

Ambas se miraron y se echaron a reír asintiendo. Vaya, al parecer después de la sorpresa se alegraban mucho de verla. Esperaba que todo siguiera así.

Las tres se volvieron hacia la puerta donde su marido era trasladado hacia las escaleras. Le escucharon gruñir —¿Dónde está Camille?

—¡Estoy aquí, cielo! ¡Vete a la cama! ¡Luego te veo!

La mujer de la puerta la miró con los ojos como platos. —¡No!

La que estaba a su lado la agarró con fuerza del brazo exclamando —¡No!

Sonrojada las miró a ambas y levantó la barbilla. —Nos hemos casado.

Las hermanas se miraron atónitas y se echaron a chillar histéricas antes de tirársele encima para abrazarla como si les hubiera dado la alegría de su vida.

Asombrada las miró como si estuvieran locas cuando se separaron. —No lo entiendes, pero ya te lo explicaremos —dijo la que estaba vestida de azul.

—¿Qué tal si empezamos presentándonos?

Las gemelas se echaron a reír y una dio un codazo a la otra. —Empieza tú —dijo a la que estaba vestida de azul.

—Soy Iolanthe Weinberg, tu suegra. Y ella es mi hermana Iria Hopkins, Marquesa viuda de Bouthr.

Camille se levantó sin darse cuenta de que se tocaba el costado. —Lady Camille Eleanor Weinberg. Y déjenme decirles que nunca había oído unos nombres más hermosos.

Las hermanas la miraron emocionadas. —Eso decía tu madre. Dijo que si algún día tenía niñas les pondría nuestros nombres, pero tu padre no la dejó. Nos odiaba.

—Seguro que había una buena razón —dijo maliciosa haciéndolas reír.

—Ven, cuéntanos —dijo Iolanthe cogiendo su mano para sentarse a su derecha mientras su hermana lo hacía al otro lado—. ¿Dónde te escondiste todos estos años?

Le extrañaba un poco que no preguntaran por cómo había conocido a su hijo, pero al final se enteraría de todo, así que empezó por el principio.

—Dios mío —dijo Iria impresionada—. Y sobreviviste...

—Gracias a Bill —dijo con tristeza.

—¿Y cómo conociste a nuestro Randall?

—Fue cuando fui a buscar a mi tía Lucie. —Las hermanas perdieron la sonrisa de golpe. —¿Qué ocurre?

—Estamos seguras que tu padre tuvo algo que ver en su muerte porque se negaba a darle tu herencia. Incluso le amenazó con llevarle a los tribunales.

—¿Pero no tenía derecho a reclamarla?

—Sí, pero ella se negaba porque era la herencia de tu abuelo. Y tu abuelo le odiaba —dijo Iolanthe—. ¿Sabes cómo se conocieron tus padres? —Negó con la

cabeza. —Tu madre no se quiso casar y su padre la consentía en eso. Él tenía dinero a raudales y pensaba dejárselo todo a ella, así que no le preocupaba si se casaba o no. —Su suegra suspiró mirando al vacío como si recordara. —Nos presentamos juntas en sociedad y nosotras nos casamos obligadas por la presión familiar, pero ella como no tenía esa presión no aceptó ninguna proposición hasta que cuatro años después apareció tu padre recién llegado del continente.

—La encandiló —dijo Iria con rabia—. La volvió loca de amor. La agasajaba y no dudaba en decir ante todo el mundo que era el amor de su vida, pero a tu abuelo no le gustaba. Había oído rumores que por supuesto no podía contarle a tu madre y no quería que se casaran. Pero la convenció para contradecir a su padre y se escaparon juntos a Gretna Green.

—Se casaron en Escocia.

—Cerca de la frontera —continuó su suegra—. Cuando volvieron, su padre amenazó con desheredarla y ahí su marido le dio la primera paliza diciendo que lo había engañado.

—El abuelo al ver su cara les dio una asignación anual temiendo por su hija.

—Como un chantaje —dijo sintiendo que su estómago se retorció de rabia.

—Cada vez que quería conseguir algo, la golpeaba y sabía que tu abuelo le daría el dinero para que no la hiciera sufrir más —dijo Iria furiosa—. Le hubiera matado de todas las maneras posibles, pero ella seguía totalmente enamorada y le hizo jurar a tu abuelo que nunca le haría daño pues le amaba por encima de todo. Imagínate, el Dragón Dorado pisoteado por un Conde de medio pelo que se

reía en su cara. No lo soportó y murió de pena. Y al final Cecilia lo pagó con su vida.

—Menos mal que no la vio morir a ella —susurró Iolanthe recordando el pasado con la mirada perdida—. Creo que ahí fue cuando tu madre se dio cuenta de que había cometido un tremendo error e intentó dejarle. Cuando se enteró que en el testamento no le dejaba su fortuna a ella.

Las miró sorprendida. —¿Ah, no?

—Te lo dejaba todo a ti y dejaba a la prima de tu madre como su albacea. No podían tocar tu herencia hasta que con dieciocho años te presentaran en sociedad. —Su suegra le apretó la mano. —Pero moriste.

—Me hubiera matado.

—Ahora disfruta de tu fortuna a manos llenas.

Ella miró a su alrededor y vio la chimenea. —Esos dragones...

—¿Te gustan? Están por toda la casa —dijo Iria sonriendo encantada.

—¿Por qué?

Ambas la miraron atónitas. —¿No lo sabes?

—¿El qué?

—Hija... —Su suegra sonrió divertida. —Te has casado con el Dragón Dorado.

## Capítulo 6

—¿Perdón?

—Randall es el Dragón Dorado.

Camille se echó a reír. —Pero qué decís. ¿Estáis locas? Mi abuelo era el Dragón Dorado.

—¿Y sabes lo que significa? —preguntó Iria poniéndose nerviosa.

—Era pirata.

—No, querida. Era un corsario que actuaba bajo la protección de la corona. Por eso le concedieron el título y las posesiones. —La hermana de su suegra se levantó y fue hasta la chimenea. —Tu abuelo fue el primer Dragón, atacando los barcos enemigos de la corona y quedándose con sus riquezas, pero cuando nació tu madre dejó su barco a cargo de otra persona.

—Ay, madre... —susurró pasándose la mano por la frente.

—El título del Dragón pasó al siguiente, así como su navío y lo heredó nuestro padre que había sido su grumete desde los seis años —dijo Iria orgullosa.

—Y ahora...

—Cuando Randall cumplió dieciséis años, se embarcó con mi padre y con veinte lo capitaneó por primera vez —dijo Iolanthe—. Me enfadé muchísimo

con mi George por no decirme que se había ido con mi padre a hacer sus correrías. Pero supongo que se lleva en la sangre.

Parpadeó intentando entenderlo todo. —¿Me estáis diciendo que me he casado con un corsario?

Las dos sonrieron orgullosas asintiendo mientras ella se indignaba. ¡Se enfadaba porque ella había vivido en las calles robando cuando era tan ladrón como ella! ¡Aquello era el colmo!

En ese momento entró el mayordomo y Camille abrió los ojos como platos al ver que tenía una pata de palo.

—Camille, él es Pete. El sobrecargo.

—Sobrecargo.

El hombre dejó la bandeja e hizo una reverencia. —Bienvenida a Weinberg Hall Condesa.

—¿Y hay mucha tripulación en la casa? —preguntó irónica.

—Pobrecitos, cuando salen del navío están un poco perdidos —dijo Iria cogiendo la tetera—. Pete puedes retirarte.

—Y Nichols es...

—Fue el grumete de nuestro padre —dijo Iolanthe cogiendo un pastelito de limón para colocarlo en su platillo antes de colocárselo en la mesa ante ella—. Pero su función de valet la ejerce impecablemente bien.

—Cierto. Creía que lo que se contaba del Dragón Dorado por Londres eran historias pasadas o invenciones de su leyenda —susurró aún atónita—. ¿Y

cuánto lleva en tierra mi querido esposo?

—Diez días. Ya sabíamos que llegaría en cualquier momento. Tenía asuntos en Londres por negocios, pero había enviado recado de que regresaría enseguida. —Su madre sonrió radiante viéndola beber de su té. —Hacía un año que no le veía.

Camille se atragantó. ¿Un año? Su suegra le cogió la taza al ver que tosía con fuerza llevándose la mano al costado. —Oh querida, ¿te encuentras bien? —preguntó al verla pálida.

—Me duele el costado.

—Milady, debería descansar —dijo Nichols desde la puerta—. Esa herida todavía es muy reciente.

—¿Pero qué ha ocurrido? —preguntó Iria preocupada.

—El Dragón le pegó un tiro.

—¿Qué? —preguntaron horrorizadas a la vez.

—Oh, no fue nada —dijo ella levantándose—. Pensó que le estaba robando. —Las mujeres no salían de su asombro. —Gajes del oficio. Voy a descansar un rato.

Las gemelas asintieron y cuando salía las escuchó decir —¡Es perfecta!

Levantó una ceja hacia Nichols. —¿Grumete?

—Entre otras cosas, milady.

—Ya veo. —Cogió sus faldas para empezar a subir la escalera. —¿No crees que deberías haberme dicho antes de decir sí quiero, que mi marido era pirata?

—Corsario, milady. Ser pirata no tiene honor.

—Oh, por supuesto —dijo con ironía—. ¿Y crees que deberías habérmelo dicho?

—Es la nieta del Dragón. Casarse con otro Dragón es su destino, milady.

Se detuvo sorprendida por su razonamiento y puesto que había sido ladrona seis años puede que tuviera razón.

Nichols la guió por el pasillo de la derecha y abrió la tercera puerta. —La habitación de la Condesa, milady.

—Gracias, Nichols. ¿El Conde?

—Durmiendo la mona.

—Estupendo. Yo también descansaré después del baño —dijo entrando en la habitación quedándose con la boca abierta porque era digna de la Reina. El tejido brocado en dorado y verde pálido que tenía el dosel de la cama era impresionante. Incluso la cama estaba colocada en un altillo al que se accedía con tres escalones.

—Diré que no la molesten, milady. —Ni le escuchó mirando a su alrededor con la boca abierta. Cuatro ventanas ocupaban la pared frontal de su habitación y dos armarios haciendo juego, decorados con finas pinturas estaban a ambos lados de ellas. Un gran tocador con tres espejos estaba ante la cama y había un aparador de estilo chino en la pared a unos metros de la chimenea, que quedaba al lado del mueble de la jofaina pegado a un precioso biombo de vivos colores. Era la habitación más hermosa que había visto nunca.

Vio una puerta al lado de la cabecera de la cama y fue hasta allí. Cuando la abrió vio a su marido tirado boca arriba aún vestido. Al menos le habían quitado las botas.

Se acercó a él y se sentó a su lado apartando un mechón negro de su frente. Pirata. Lo que le faltaba. Como si no tuviera bastantes problemas ya.

Le dio un suave beso en los labios antes de levantarse y salir de la habitación cerrando la puerta. Su doncella ordenaba a dos mujeres donde debían dejar la bañera de porcelana decorada con flores en el costado.

—Deprisa Laine, estoy cansada —dijo sentándose en la cama.

—Sí, milady. —Laine dio dos palmadas. —Rápido, la Condesa está enferma.

Cuando el servicio desalojó la habitación, Laine se acercó a ella a toda prisa para desabrocharle el vestido. —Menuda bienvenida.

—Pues no sabes la mitad. Resulta que me he casado con un corsario nada más y nada menos.

La doncella se detuvo en seco y la miró sobre su hombro. La mujer tenía la boca abierta y Camille se echó a reír. —Te has quedado pasmada.

—¿Es una broma?

—¡No! Y no solo eso. La madre y la tía de Randall eran amigas de mi madre.

—Eso ya lo sabía.

—¿Lo sabías?

—En cuanto las vi tiradas en el suelo las recordé. Fueron un par de veces por la casa cuando su madre se casó con el Conde. —Dejó caer el vestido y Camille

se apoyó en su hombro para sacar las piernas. Al mirar la camisa vio que había sangrado. —¡Milady!

—Estoy bien. —Se mordió el labio inferior porque era mucha sangre.

—¡Debemos llamar al médico!

—No pasa nada. Ya ha ocurrido antes.

Se desató los faldones y se quitó la camisola con cuidado. La venda estaba llena de sangre. —Voy a llamar al médico, milady. Me da igual lo que diga.

—Déjame bañarme primero.

—Pero mojará la herida.

—Así la limpiaré. Quítame la venda.

No fue muy buena idea mojar la herida porque en cuanto entró en el agua templada empezó a arderle. —Lávame el cabello, aprisa.

Laine se lo mojó lo más rápido posible y se lo enjabonó tan rápido que Camille no pudo disfrutar nada del baño por los tirones de pelo que le metía. Cuando salió de la bañera, se secó a toda prisa ante el fuego de la chimenea y se miró la herida. No tenía buen aspecto. La tenía abierta. —Necesito algo para cubrir la herida.

—Ahora voy a por unas vendas. —Laine estaba preocupada y cuando Camille se quedó sola se puso el camisón que Laine le había dejado sobre la cama, pero no se puso la bata.

Cuando se abrió la puerta y entraron las gemelas sonrió. —Estoy bien.

Su suegra se acercó a toda prisa. —Déjanos ver.

Ella se levantó el camisón dejando ver sus muslos y las gemelas sonrieron al ver la marca del Dragón, pero la sonrisa se les borró al ver la herida. —Por detrás no tiene mejor aspecto —dijo Iria—. El médico llegará enseguida. No vive lejos.

Laine entró en la habitación con unas vendas en la mano. —Las cubriré hasta que llegue el doctor.

Entre las tres le vendaron la cintura y la ayudaron a tumbarse en la cama cubriéndola como si fuera una niña. Extendieron sus cabellos húmedos sobre la almohada para que se secaran y quisieron quedarse a su lado hasta que llegara el médico. Camille se quedó dormida antes de que se dieran cuenta y preocupadas paseaban de un lado a otro porque el médico no terminaba de llegar.

Cinco horas después empezó a subirle la fiebre y empezó a sudar. Iolanthe asustada entró en la habitación de su hijo golpeando la puerta con la pared sobresaltándole. Randall sentado en la cama parpadeó sorprendido mirando su madre. —¿Qué haces en Londres?

—Hijo, tu esposa... —dijo preocupada.

Al mirar a su alrededor se dio cuenta de donde estaba y se levantó a toda prisa de la cama, corriendo hasta la habitación de la Condesa. Al ver a Camille pálida sobre la cama fue hasta ella. —¿Qué ha pasado?

—Se le ha abierto la herida, milord —respondió Laine preocupada.

Al verla enferma de nuevo la furia le recorrió. —¿Dónde está Nichols? —gritó yendo hacia la puerta y abriéndola de golpe para ver allí a su valet muy

nervioso—. ¿Qué hacemos aquí?

—Milady insistió en venir a la finca, milord. Quiso venir.

—Randall, hemos llamado al médico hace horas. Hijo, debes ir a averiguar qué ha pasado.

Él se pasó la mano por el cabello y al bajarla vio el anillo que llevaba en el dedo. Al ver que llevaba el sello del Dragón en el meñique, se miró la mano sorprendido.

—Felicidades por su matrimonio, milord —dijo su valet sonrojado.

—¿Me he casado? —preguntó atónito.

—Milady insistió.

Randall sonrió. —Al parecer la Condesa es muy insistente.

—No lo sabe bien, milord.

—Que ensillen mi caballo.

Se volvió para regresar a la cama donde Camille estaba pálida y sudorosa. Se sentó a su lado y le acarició la mejilla.

—Menuda esposa, Randall. No podías haber escogido mejor —dijo su madre orgullosa—. La nieta del Dragón. No hay esposa más perfecta para ti.

—Lo sé. Se recuperará. Es más dura de lo que parece. —Le acarició la oreja y su esposa sonrió.

—Por supuesto que sí. Sobrevivir seis años en las calles. Ni siete tiros acabarán con ella —dijo su tía muy convencida.

—No exageres Iria —dijo su madre—. Es tan humana como cualquiera.

—Voy a ponerme las botas. A ver dónde está el médico.

Cuando se levantó, su madre cogió su mano y acarició el sello de su meñique. —Sabes lo que ha hecho al darte este anillo, ¿verdad?

—Sí, madre. Lo sé muy bien.

—Es un honor. No lo ha llevado otro varón que no fuera el Dragón. — Levantó la vista para mirarlo con sus ojos azules. —Todo lo que tenemos y todo lo que somos es gracias a él. Ya has honrado su memoria al continuar con su leyenda, ahora honrarás su memoria como hombre protegiendo su sangre. Sé que sabrás cumplir tu cometido.

Randall enderezó la espalda. —No tienes que preocuparte, madre. El Conde está muerto. Lo estuvo desde el mismo momento en que supe quién era mi esposa. Solo que esa rata aún no lo sabe.

Todo el odio que sentía por ese hombre se reflejó en la mirada de su madre. —Haz que sufra. Sé cruel si hace falta, pero le quiero hundido, destruido y desmembrado.

—Eso no tienes ni que decirlo. ¿Por qué crees que quería traer a Camille aquí? La quiero protegida por los míos mientras yo hago...

—¡No!

Miraron hacia la cama y vieron que Camille había abierto los ojos. Randall se acercó a toda prisa. —¿Cómo estás, preciosa?

—No, quiero verlo. Quiero ser testigo de su destrucción. —Le cogió de la mano. —¡Me lo prometiste! Mi herencia...

—Eso no es importante.

—¡Para mí sí! —Apretó su mano mirándole rabiosa. —¡Quiero lo que es mío!

—No te alteres, querida —dijo su suegra sonriendo—. Randall recuperará lo que es tuyo. Lo que pasa es que quiere protegerte.

Furiosa miró a su marido. —No me he casado contigo para que me protejas. ¡Dijiste que me ayudarías!

—Y como tu marido haré lo que haga falta para tenerte a salvo. Si tengo que mentirte, si tengo que encerrarte en esta habitación, lo haré —dijo furioso antes de levantarse para ir hacia su alcoba.

—¡Y una mierda! —gritó ella sentándose en la cama con esfuerzo—. ¡No tienes ningún derecho!

Al ver que se levantaba gritó —¡Camille acuéstate!

—¡Si no vas a ayudarme, me largo de aquí!

Su marido entrecerró los ojos acercándose muy tenso. —¿Cómo has dicho?

Las mujeres salieron de la habitación a toda prisa, pero ella no se dejó intimidar. —¡Si no vas a ayudarme a recuperar mi herencia, me largo! ¡Ya no serás mi marido!

La señaló con el dedo. —Escúchame bien Camille, porque será la última vez que te lo diga. ¡Eres mi esposa! ¡Harás lo que yo te diga! ¡No pienso ponerte en riesgo ante tu padre cuando puedo recuperar tu herencia de mil maneras! ¿Me has entendido?

A Camille se le cortó el aliento. —¿No se la robarás? ¡Por cierto, deberías haberme dicho que me casaba con un pirata! —gritó desgañitada—. Me has engañado desde el principio. ¿Qué soy para ti? ¿Un trofeo por ser la nieta del Dragón? —Exasperado se giró entrando en su habitación. —¡No me dejes con la palabra en la boca!

Él se asomó con la bota en la mano mirándola como si quisiera matarla al ver que se había levantado. —¡Camille tienes fiebre! ¡Vuelve a la cama!

Sin saber por qué sus ojos se llenaron de lágrimas. —Es eso, ¿verdad? Te has casado conmigo porque soy la nieta del Dragón. Por un estúpido sentido del deber.

—¡No me meto en la cama con el sentido del deber!

—¡Tampoco te metes conmigo! ¡Pero bien que te metes con las doncellas!

Escucharon un jadeo al otro lado de la puerta y furioso aún con la bota en la mano la abrió con energía. Al ver allí a su madre, a su tía y a la doncella vociferó —¡Fuera!

Corrieron despavoridas mientras Camille que nunca lo había visto tan enfadado se sentó sobre la cama. Una lágrima cayó por su mejilla sin saber por qué necesitaba que él le dijera que se había casado con ella porque la quería. Que estuviera inconsciente en el momento de la boda no tenía nada que ver.

Cuando cerró la puerta la miró y suspiró acercándose a la cama. —Preciosa ¿por qué lloras?

—¿Por qué te has casado conmigo? —Tiró la bota al suelo y la cogió por los

hombros tumbándola en la cama para tajarla con las mantas. —Es porque soy la nieta del Dragón, ¿verdad?

—Ya te lo había dicho. —Se sentó a su lado viendo la decepción en su cara. —Me he casado contigo porque eres la nieta del Dragón, porque necesitabas mi protección y porque ya iba siendo hora de que ocuparas el puesto que te mereces en esta sociedad. Pero también me he casado contigo porque eres fuerte, inteligente y hermosa. Y porque deseo tanto estar dentro de ti que no puedo pensar en otra cosa.

A Camille se le cortó el aliento. —¿De verdad? ¿No me mientes ahora?

—Escúchame bien. No pienso ponerte en riesgo dejando que tu padre nos tome la delantera e intente quitarte del medio. Haré lo que haga falta para protegerte y recuperaré la herencia que te pertenece. No tienes que preocuparte por eso.

—Pero vas a hacerlo sin que sepa que estoy viva, ¿verdad?

—De eso se trata.

—No.

—¡Por Dios Camille!

—Quiero que lo sepa. ¡Quiero que sepa que estoy viva y que voy a hacérselo pagar! —le gritó sentándose y mirando sus ojos negros—. Dijiste que me enfrentaría a él.

Randall la cogió por la nuca y la besó profundamente dándose cuenta de que estaba ardiendo de fiebre. Se apartó preocupado y la besó en la frente volviendo

a tumbarla. —Descansa. Ahora solo tienes que recuperarte. Si estás enferma no puedes enfrentarte a nadie.

Camille asintió cerrando los ojos. —Tienes razón. Debo ponerme buena pronto.

Él la observó dormirse pues la fiebre la tenía agotada. Preocupado por su esposa cogió la bota y fue hasta la habitación a toda prisa donde su valet tenía el gabán preparado. —Ha llegado un lacayo con noticias, señor. El médico ha fallecido al caerse del caballo. Lo han encontrado en la carretera.

—¡Mierda! ¿Dónde está el médico más cercano?

—A unas dos horas al norte, milord. Pero si no está en casa...

—Será mejor que salga cuanto antes.

—Milord, está la vieja Maude.

Randall que estaba a punto de salir de la habitación se detuvo en seco. —¿La vieja que hace ungüentos en el pueblo?

—Si tuviera que operar no diría nada, pero es una herida. Ella sabrá curarla.

—Que venga. No quiero perder más tiempo.

—Mientras tanto puede enviar un lacayo a por el médico, milord. No está de más ser precavidos y así usted podrá quedarse al lado de su esposa. —Cogió el gabán de sus manos viendo que su señor no se quedaba contento. —Hágame caso. Es lo mejor.

A regañadientes volvió a la habitación de su esposa inquieto por no poder hacer nada. Paseó preocupado y se sentó a su lado con cuidado de no despertarla.

Le acarició la mano y cuando se abrió la puerta miró sobre su hombro para ver a su madre entrando en la habitación seguida de una mujer muy mayor que llevaba un pequeño saco en la mano. La anciana que llevaba su pelo gris recogido en un rústico moño en la nuca, sonrió mostrando solo dos dientes en su boca. —Que hermosura.

—Anciana, ¿podrás ayudarla? —preguntó levantándose sin confiar en la mujer.

—No se preocupe, Conde. Es pan comido.

Laine entró en la habitación con una palangana de agua caliente para dejarla sobre la mesilla de noche.

La doncella bajó las sábanas para levantar el camisón y cuando lo hizo la mujer la cogió por el muslo sorprendida. —El Dragón. —Levantó la vista hacia la cara de Camille y abrió los ojos como platos. —¡La nieta del Dragón!

—Vieja cierra la boca. —Randall estaba muy tenso.

—¡Está viva! ¡Ha vuelto!

Randall cogió a la vieja por la muñeca para que soltara el muslo de Camille. —¿Qué sabes tú del Dragón?

La mujer se echó a reír. —¿Qué sé del Dragón? Fui su amante antes de que se casara. —Todos la miraron incrédulos. —Eso fue hace mucho tiempo. Pero muchas de sus heridas se las curé yo. ¿Qué? ¡Era muy hermosa de joven!

—¿Puedes curarla? —preguntó sin soltar su muñeca.

—¡Por supuesto que sí! —Se soltó con una fuerza sorprendente para su edad

y empezó a quitar la venda. Chasqueó la lengua al ver la herida. —Se le está envenenando. No hay problema. No es muy grave aún. Mañana estará bien. — Abrió su saquito y extrajo un frasquito con hierbas que puso sobre la mesilla. También sacó otro frasquito que tenía un ungüento amarillo. Ante la atenta mirada de todos, untó bien la herida con el ungüento después de lavarla con el agua caliente y se la envolvió con una venda limpia con fuerza haciéndola gemir y abrir los ojos. Camille chilló cuando la vio, pateando hacia atrás del susto. — Tranquila pequeña.

—Cielo, es la curandera del pueblo —dijo Randall sentándose a su lado para que se calmara—. Déjala hacer su trabajo.

—¿Sí? —preguntó dudosa mirándola bien—. ¿Y el médico?

—Ha muerto. Tranquila, sabe lo que hace. Además, fue amante de tu abuelo.

Se llevó una mano a la frente. —Debo estar fatal, te he entendido que ha sido amante de mi abue... —Al ver que su marido levantaba una ceja carraspeó mirando a la vieja. Qué mal gusto tenía su abuelo. Forzó una sonrisa. — Encantada.

—Mi niña, puedo contarte unas historias que te pondrían los pelos de punta.

—¿De verdad?

—Dejemos esas historias para otro momento. Termine lo que estaba haciendo.

—No... Cuente algo. No sé demasiado de él.

La mujer continuó vendándola con fuerza y sonrió mostrando sus dos

dientes. —Cuando le conocí tenía quince años. Fue en una taberna de Londres donde yo trabajaba y se enamoró de mí.

Camille miró de reojo a su marido que de pie a su lado no perdía ojo de lo que hacía la vieja sin escucharla realmente. —¿No me diga?

—En aquel entonces yo era bellísima y él todavía no era conocido. Trabajaba para la embarcación y gracias a mí consiguió su propio barco.

—¿De veras? ¿Y cómo fue?

—Porque me secuestró y me llevó con él al barco. Como no estaba el capitán, lo robó llevándose a la mitad de la tripulación.

—Ay, madre —susurró ella cogiendo la mano de su esposo que sonrió sin poder evitarlo.

—Pasamos unos meses increíbles y cuando llegamos a Jamaica, vivimos en una casita en la playa donde un hombre que residía allí me enseñó muchas cosas porque algunos hombres estaban enfermos. El resto lo aprendí aquí. —La vieja suspiró soñadora. —Cuando cumplí los dieciocho él ya se había hecho un nombre como el Dragón Dorado y volvimos a Londres. ¡Y aquí me dejó el muy cabrón! —estalló sorprendiéndolos a todos—. ¡Le dijo a su grumete que me buscara un lugar para vivir! Después de todo lo que hice por él. Años después me enteré de que se había casado. Mal rayo le parta.

Randall se tensó. —Vieja...

La anciana le miró y sonrió de oreja a oreja. —Oh tranquilo, nunca le haría daño a su nieta. Lo entendí. No me amaba y se había cansado de mí. Además,

me dio los años más felices de mi vida. Sabe Dios lo que me hubiera pasado en aquella taberna inmunda. En el pueblo fui feliz, ¿sabe? Era respetada. Y después de unos años me casé con el herrero.

Todos suspiraron de alivio. —No me duró mucho, el pobre. La palmó a los cuatro años, pero me dio cinco hijos.

—Vaya... Los tuvo casi...

—Seguiditos, sí señor. Era todo un semental.

Camille se puso como un tomate mientras Randall se reía y su suegra disimulaba como podía. —Pero nada como su abuelo. Él sí que era una fiera en ...

—Vieja, ¿ha terminado? —preguntó Iolanthe interrumpiéndola.

—No, siga... Cuénteme más.

—Cielo, estás agotada.

—Otro día le contaré a milady como mató a seis hombres con sus propias manos en el puerto de Jamaica cuando intentaron ahorcarle. Ahora descanse para ponerse buena pronto. —Se volvió hacia Laine. —¿La cocina? Quiero hacerle un té con estas hierbas —dijo cogiendo el frasquito de la mesilla.

—Por aquí.

—Gracias...

—Maude, milady. Me llamo Maude.

—Gracias Maude.

Su marido se sentó a su lado mientras todos salían de la habitación y le

apartó el cabello de la frente. —Menudo día de sorpresas, ¿eh?

—Sí. —Sonrió divertida. —Te he obligado a casarte, me he enterado de que eres pirata y que tu familia era amiga de mi madre. Me reciben con los brazos abiertos y ahora Maude...

—No me has obligado a casarme.

—Estabas inconsciente, cariño.

—Detalles tontos. —Camille se echó a reír. —Y no soy pirata. Soy corsario. ¿Con quién te ibas a casar sino?

—Exacto. He entrado en la guarida del dragón.

—Totalmente. —Se agachó para besarla en los labios. —Enseguida beberás su pócima y descansarás.

Ella acarició su cuello. —Es increíble que te haya encontrado.

—Preciosa, era el destino. —Acarició su nariz con la suya antes de incorporarse.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro, cielo.

—Si eres corsario, habrás participado en muchas reyertas.

—En algunas.

—Me han contado que mi abuelo estaba lleno de cicatrices y tú... —Se puso como un tomate al recordar su cuerpo desnudo.

—Es que no me han herido nunca, preciosa.

—¿Nunca?

—¿Qué puedo decir? Soy muy bueno en lo que hago. Me instruyeron desde pequeño. Yo sabía que iba a ser el Dragón desde que nací.

—¿Por qué?

—Has visto la casa. Me he criado con historias de piratas. Era lo único que quería en la vida y trabajé muchísimo para conseguir el respeto de la tripulación. El listón estaba muy alto.

Camille sonrió. —Y lo conseguiste. ¿Me llevarás contigo?

—No.

—¿Por qué no?

—El mar no es lugar para una mujer. ¡Y mucho más si es mi esposa!

—¡Soy la nieta del Dragón! Mira que si te quito el puesto...

Randall se echó a reír y la besó en los labios cuando se abrió la puerta de nuevo apareciendo Laine con una taza en la mano. —Tómese esto, milady.

Al ver el lodo que había en la taza lo miró con asco. —Esa vieja quiere matarme.

—No lo creo —dijo Randall con desconfianza—. Seguro que es muy efectivo.

—Si me mata, ¿me vengarás?

—No es que le quede mucho, pero no perderá un diente más. Eso te lo juro.

Camille se echó a reír. Ambos la miraron con una sonrisa que fueron perdiendo mientras ella iba tragando aquel mejunje. Cuando se lo terminó todo, forzó una sonrisa tendiéndole la taza a su doncella.

—Eres muy valiente —dijo viendo como cerraba sus ojos.

—No sabe tan mal —susurró dejándose llevar por el sueño.

Se durmió tan pronto que Randall se asustó acercándose a su pecho para oír su corazón. Se levantó a toda prisa y salió de la habitación bajando al hall donde vio a Maude saliendo por la puerta hablando con Pete. —Vieja...

La mujer se volvió con una sonrisa. —¿Sí milord?

—¿Qué le has dado?

—Algo que la hará descansar y reponerse. Se despertará como nueva. Cuando lo haga, avíseme y le cambiaré el vendaje.

—¿Se recuperará?

—Por supuesto que sí. Es nieta del Dragón. Solo un corazón roto podrá con ella.

Se volvió dejándolo con la palabra en la boca. —¿Y eso qué coño quiere decir?

—Hijo, deberías comer algo —dijo su madre desde el comedor—. La cena está preparada. No te preocupes por Camille. Laine está pendiente de sus necesidades.

A regañadientes fue hasta el comedor sentándose en la cabecera. Su tía y su madre sonreían de oreja a oreja. —¿De qué os reís?

—¿Sabes lo que nos ha dicho Maude?

—Ni idea. ¿Algo sobre el abuelo de Camille?

—Nos ha dicho que ha visto en sus ojos la valentía de su abuelo y algo más.

—¿Qué más? Porque que era valiente ya lo sabía para hacer lo que hizo. —  
Dejó que el lacayo le sirviera el consomé de champiñones antes de coger la copa  
de agua.

—Que va a tener doce hijos —dijeron a la vez emocionadas.

Randall se atragantó sintiendo que el agua le subía por la nariz y poniéndolo  
todo perdido.

—Dice que tiene doce pintas castañas en sus maravillosos ojos verdes y que  
eso significa el número de hijos que parirá. Fuertes y sanos como robles, ha  
dicho. Porque se ven claramente. —Su tía le dio palmaditas en la espalda. —¿No  
te alegra?

—¡Me acabo de casar! ¡Te aseguro que no pienso en hijos cuando mi esposa  
está enferma con un padre chiflado que si se entera de que está viva querrá  
matarla y con una herencia que recuperar! ¡Eso por no hablar de ese novio ratero  
que he tenido que salvar de la horca y del que está enamorada! ¡Tía, te aseguro  
que no pienso en los hijos que me dará! ¡Eso si me los da a mí!

Ambas se le quedaron mirando con la boca abierta. —¿Qué? —preguntaron  
ambas a la vez.

—¿Qué creéis? ¿Que en cuanto me vio, se enamoró de mí y asunto  
solucionado? —preguntó furioso—. ¡Está enamorada de ese ratero que pasó con  
ella seis años! ¡Ese estúpido que en lugar de buscar una solución a su problema,  
estoy seguro de que se aprovechó de ella para mantenerse sabiendo que era una  
dama! ¡Le pidió matrimonio! —Fuera de sí se levantó tirando las copas. —¡A

mi mujer!

Soltando rayos y centellas por la boca salió del comedor dejándolas con la palabra en la boca y su madre chasqueó la lengua. —Tenemos un problema, Iria.

—Lo acabo de escuchar, Iolanthe. Se solucionará en cuanto pasen tiempo juntos. —Se metió la cuchara en la boca. —Están predestinados. El destino los ha unido. Ese ratero no tiene nada que hacer.

—La buscará. No va a soltar a su presa fácilmente.

—Quedan dos meses para que vuelvan a Londres a buscar venganza. En dos meses pueden pasar muchas cosas. ¿Quién no se enamoraría de nuestro chico? Todas están enamoradas de él. No podrá evitarlo. Además, para estar enamorada de ese ratero bien rápido se ha casado con nuestro chico en lugar de buscar otra solución.

La madre de Randall frunció el ceño. —Tienes razón... Veremos lo que pasa. Si no intervendremos.

—Bien dicho.

## Capítulo 7

Camille despertó al medio día sintiéndose muy descansada. Se volvió sobre el costado sano abrazando su almohada y sonrió cerrando los ojos de nuevo.

—Ah, no. Preciosa, ¿no pensarás dormir más? Llevo horas esperando.

Abrió un ojo al escuchar la voz de su marido y levantó la cabeza mirándole sobre su hombro. Estaba apoyado en el marco de la puerta de su habitación vestido sin chaqueta y con la camisa desabrochada hasta la mitad del pecho con una sonrisa en la cara. A Camille se le cortó el aliento viéndole avanzar hacia ella. —Has dormido mucho. ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien. —Él se sentó ante ella y le acarició la frente. —No tengo fiebre.

—Hay que llamar a Maude para que te cambie el vendaje.

—Al final la vieja no me ha matado.

—Pues no. Según ella vas a tener doce hijos, así que supongo que vivirás muchos años.

Jadeó sentándose sobre la cama de golpe. —¿Doce? ¿Solo?

Randall parpadeó divertido. —¿Te parecen pocos?

—Conozco a una lavandera que ha tenido dieciséis y todavía podía tener más.

—Al parecer quieres tu propia tripulación —dijo divertido.

—Por supuesto. Los hijos son una bendición.

—¿Esto te lo ha dicho la lavandera? —preguntó comiéndosela con los ojos cogiendo el lazo del escote de su camisa.

Camille le dio una palmadita en la mano. —¿No tienes que llamar a Maude?

Randall se echó a reír levantándose y yendo hacia la cuerda de seda para llamar al servicio. Cuando se dio la vuelta su marido sonrió al sorprenderla mirándole el trasero. —Preciosa, si haces eso, me costará contenerme.

—Sobre las doncellas...

—Mi madre te matará como cambies al servicio.

—Ya hablaré yo con ella —refunfuñó tumbándose en la cama de nuevo y abrazando la almohada.

—Cielo...

—¿Uhhh?

—Sobre el anillo... ¿Estás segura de que lo lleve yo?

Camille entrecerró los ojos. —¿Por qué? ¿No quieres llevarlo?

—Es un honor, pero es tuyo.

Eso la cabreó y se sentó en la cama lentamente fulminándolo con la mirada. —¡Es tu anillo de boda! —gritó—. ¡No tiene nada que ver que sea el anillo del abuelo! ¿Quieres seguir casado conmigo? ¡Porque si no quieres, solo tienes que quitártelo!

Randall sonrió levantando las manos para calmarla. —No me lo voy a quitar.

—¡Pues muy bien! ¡Quiero el desayuno! ¡Con mermelada!

Reprimiendo la risa fue hasta la puerta y en ese momento llamaron. Laine entró en la habitación y sonrió encantada cuando la vio despierta. —Que avisen a Maude y que traigan el desayuno a la Condesa.

—Sí, milord.

Todavía molesta se cruzó de brazos sin perder de vista a su marido que parecía estar muy contento. Mosqueada le vio ir hacia su habitación y volver de nuevo segundos después para sentarse a su lado. —Siento no haber estado consciente en nuestra boda.

—Tienes que hacer un donativo a su iglesia. Lo he prometido.

Él asintió cogiendo su mano. —Tú me has dado lo más preciado para ti y lo único que tenías. —A Camille se le cortó el aliento porque tenía razón, pero nunca lo había visto de ese modo. —Así que lo mínimo que puedo hacer es ofrecerte lo mismo. —Le puso un anillo con una enorme esmeralda en el anular subiéndolo lentamente por su dedo hasta colocarlo en su lugar. Jadeó mirando su mano. —Todo lo mío es tuyo, mi preciosa Camille.

Emocionada le miró a los ojos. —Hasta que la muerte nos separe.

Randall se acercó dándole un suave beso en los labios. —Hasta que la muerte nos separe —susurró rozando sus labios.

Se apartó de ella y Camille admiró su precioso anillo.

—Voy a hacer una inspección por la finca para comprobar cómo va todo.

—¿Lo has robado? —preguntó con picardía.

Randall se echó a reír. —Alguna dama italiana debe estar echándolo de menos.

—Seguro que no lo apreciaba tanto como yo.

—Seguro que no. Te veo luego.

—Ten cuidado —dijo sin dejar de mirar su anillo.

Se pasó toda la mañana hablando con Maude y Laine. Escuchando sus historias sobre su abuelo y lo buen amante que era.

Estaban comiendo las tres en la habitación mientras Maude contaba como estaban atacando un navío español, cuando se abrió la puerta entrando Nichols que fulminó a las mujeres. —¡La Condesa tiene que descansar!

—¡Ven Nichols, que estamos en mitad de un abordaje a un navío español!  
—dijo emocionada.

Nichols se cruzó de brazos mientras la mujer continuaba. —¡Al capitán le cortó la cabeza de un solo tajo! Había sangre por todas partes y el Dragón fue herido en el costado al ser atacado por la espalda y fue cuando ocurrió. Al darse la vuelta vio que era una mujer.

A Camille se le cortó el aliento. —¿Una mujer le atacó?

—Su abuela, milady. Iba prisionera en el navío español, pero su abuelo la rescató devolviéndola a su familia. Solo tenía diez años y cuando volvieron a encontrarse años después fue imposible para él resistirse. Claro, que en medio

me dejó a mi tirada como ya he contado. Pero lo entendí.

—¿Mi abuela iba en el navío español? ¿Por qué?

—Está mintiendo, milady —dijo Nichols molesto—. El anterior Dragón me contó la historia y no fue así.

—¡Claro que fue así, grumete de pacotilla!

—¡El abuelo de mi señora conoció a su esposa en un baile y la raptó! ¡No la conoció antes!

—¿La raptó? —Camille no salía de su asombro.

—Como a mí.

Todos miraron a Maude.

—Oh, por Dios. ¡El Dragón no soportaba que hubiera mujeres en el barco! ¡Si secuestró a milady fue porque sabía que no tenía otra opción para que fuera su esposa!

—¿Por qué?

—En aquel momento era un corsario de renombre, pero sus padres nunca hubieran consentido.

—Un rapto por amor —dijo Laine romántica.

—Milady le gritó hasta que casi le estallaron los oídos y la devolvió a Londres —dijo Nichols divertido—. Era de armas tomar la señora, casi le quema el barco.

Camille no salía de su asombro.

—Paparruchas —dijo Maude antes de meterse un pedazo de carne en la boca

que Camille ni sabía cómo masticaba.

—Te digo que fue así. ¡El abuelo del señor no me mentiría! Cuando la devolvió a Londres ella se negó a casarse con él y taparon el asunto, pero cuando se volvieron a ver cinco años después fue inevitable. Ella se echó a llorar diciendo que no la dejara nunca. Y no volvió a dejarla. En cuanto nació su hija abandonó el barco.

—Vaya... —Camille cogió su copa de vino y bebió pensando en ello.

—Entonces la del barco sería otra —dijo Maude con la boca llena.

—Sí, por supuesto... De lo que diga esta mujer créase la mitad de la mitad, milady.

Camille soltó una risita mientras que la vieja estaba indignada.

—Así que por eso el Dragón tuvo a su hija tan tarde.

—El Dragón ya tenía cuarenta años cuando su mujer dio a luz. Y tampoco era una jovencita. —Nichols se acercó a la ventana. —Pero el abuelo del señor, que había sido su grumete, dijo que nunca había visto un amor tan sincero.

—Qué bonito. Lo dejó todo por ella —Camille suspiró—. Es una pena que murieran. Me hubiera gustado conocerles.

—Su abuelo la conocía y la adoraba, milady —dijo Laine sonriendo.

—Pero no lo recuerdo y a mi madre tampoco. Una auténtica pena.

—Pero puede conocer su navío —dijo Nichols haciéndola sonreír—. Ya lo verá, milady. Es impresionante.

—Sí que lo es, con un gran Dragón Dorado en la proa —dijo Maude

metiéndose un trozo de pan en la boca.

—¡En la popa!

—Eso —dijo Maude.

Parecía que Nichols quería estrangularla. Su doncella y ella tuvieron que reprimir la risa.

—Es que ha pasado mucho tiempo y los detalles se me olvidan, pero era magnífico. ¿Sabe lo que recuerdo muy bien? El camarote del capitán. Allí pasé muchas horas tumbada en la cama y aburrida como estaba, grabé una estrella en la madera del techo.

Parecía que a Nichols acababan de darle la sorpresa de su vida. —¡No!

—Que sí, una estrella de siete puntas. Da suerte.

—¿Es cierto? —preguntó Camille ansiosa.

—Pues sí que está esa estrella allí —dijo el valet entre dientes—, desde siempre.

—No, desde siempre no. Yo la grabé. —Maude la miró. —Es que querida, ellos se lo pasarán muy bien en alta mar, pero para nosotras es un auténtico aburrimiento. Allí no hay nada que hacer a no ser que tu hombre vaya a visitarte, claro.

—¡Está hablando con una Condesa!

—¡Está casada!

—¿Ha terminado de comer?

Maude miró su plato que estaba vacío, pero al ver el de Camille le preguntó

—¿Se va a comer ese pudin?

—No, puede comerlo si quiere.

—¡Milady debe comer!

—No puedo más y ella tiene hambre. No me gusta desperdiciar la comida.

—Bien dicho —dijo Maude cogiendo su plato—. Pues como le decía, su abuelo rescató a esa joven que tengo que pensar mejor quien era. Se deben haber mezclado los recuerdos después de tantos años....

Nichols levantó los brazos como pidiendo ayuda y salió de la habitación exasperado. Así estuvo entretenida otra hora hasta que su marido entró en la habitación y dijo mirándola a los ojos —Fuera....

Camille perdió la sonrisa porque estaba algo tenso. Maude de la que salía le dijo —Todo va muy bien. La pequeña se levantará mañana.

—Muy bien, gracias —dijo su marido fríamente.

En cuanto salieron, él cerró la puerta de su habitación y se acercó a la cama subiendo los escalones. No se sentó a su lado y eso la alertó más. —¿Qué ocurre Randall? ¿Ha pasado algo?

—No. ¿Qué iba a pasar? ¿No deberías estar descansando?

Su actitud era muy extraña. Estaba claramente molesto y no le quería decir qué ocurría. —Si quieres jugar al ratón y al gato no estoy de humor. Así que si tienes algo que decirme...

—¡Ya me parecía raro que después de no querer casarte, me llevaras inconsciente hasta el altar! —gritó sobresaltándola.

Le miró como si estuviera chiflado. —¿Qué quieres decir?

—¿Qué he ido hasta la iglesia que supuestamente nos había casado y me he encontrado con que allí no hay ningún registro de nuestro matrimonio!

A Camille se le cortó el aliento. —¿Qué? ¿Hablaste con el pastor Holland?

—¿Allí no había ningún pastor Holland! ¡Ni recordaban a ningún borracho acercándose al altar! Me has engañado, ¿no? ¿Qué pretendías? ¿Qué te ayudara con tu herencia para después volver con tu preciado Bill? —gritó a los cuatro vientos. Ver como negaba con la cabeza lo exaltó aún más—. Todavía no entiendo como convenciste a Nichols, pero te juro que lo voy a averiguar. Es una pena que aumentando tu mentira dijeras lo del donativo. ¿No sabías que hay que mentir lo justo para que no se descubra la patraña?

Camille se empezó a enfadar y entrecerró los ojos. —¿Lo dices por experiencia?

Él furioso la cogió por el cuello con una mano y Camille se asustó por la violencia que emanaba de su cuerpo. —Te juro por Dios que como intentes reírte de mí de nuevo, lo vas a pagar.

Tembló mirando sus ojos negros y cuando apretó su mano sobre su cuello no pudo evitar que en su mirada se reflejara el miedo que sentía. Randall sonrió. —¿Tienes miedo? ¿Crees que voy a dejar que me dejes en ridículo por ese ratero de mierda? Soy el Dragón Dorado y estoy acostumbrado a salirme con la mía, preciosa. Si no quieres que sea por las buenas, será por las malas. Nos casaremos mañana en cuanto lo arregle todo. —La besó con fuerza queriendo castigarla y

Camille protestó, pero como no la soltaba no respondió a su beso pues su comportamiento la había dejado fría.

Él se alejó lentamente aún más furioso. —No colmes mi paciencia, Camille. Hicimos un trato y lo vas a cumplir. ¿O quieres que busque a tu precioso Bill y le haga una visita? —Camille se estremeció de miedo provocando que sonriera. —¿No? Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

Le soltó el cuello y salió de la habitación a toda prisa pegando un portazo. Atónita por lo que había pasado se acarició el cuello. No le había dado miedo que la agarrara tanto como la mirada que tenía. Era como si le diera igual hacerle daño para conseguir lo que quería. Y ella no era como su madre. No pensaba pasar por lo mismo. Se miró las manos que temblaban con evidencia y las apretó con fuerza diciéndose que ella no era débil. Una lágrima cayó por su mejilla porque hasta ese mismo instante había pensado que les iría bien en su matrimonio, pero ese comportamiento le recordó tanto a su padre que no lo toleraría.

No supo cuántas horas estuvo allí sentada buscando una solución. Cuando Laine le llevó la bandeja de la cena, se sorprendió al verla tan callada y pensativa. —¿Se encuentra mal, milady?

—No. Solo estoy cansada —susurró tumbándose—. No quiero cenar.

—Pero milady...

—Hasta mañana Laine.

La doncella apretó los labios mirando a su ama que había cerrado los ojos.

Salió lentamente de la habitación y a Camille no le extrañó que minutos después la puerta se volviera a abrir. Su marido suspiró al ver la palidez de su cara y se acercó a la cama sentándose a su lado, pero ella no abrió los ojos. —Sé que estás despierta.

Como no se movió ni abrió los ojos, él le apartó un rizo de la mejilla. —Lo siento. He hablado con Nichols y por lo visto me he equivocado de parroquia. Un error imperdonable. —Camille siguió sin moverse. —Preciosa, dime algo. Pégame si quieres. Me he comportado como un cabrón y merezco todo lo que me hagas, pero no te quedes así. —Ella tragó saliva intentando retener las lágrimas. —Me he sentido como un idiota pensando que me habías engañado y lo he pagado contigo. No volverá a pasar.

Se tensó al oír esa frase porque la había oído mil veces de labios de su padre cuando la pegaba sin razón. Decía que le había puesto de los nervios pero que no volvería a pasar y siempre ocurría de nuevo. Hasta que esa frase no se volvió a decir porque ya le daba igual hacerle daño que no.

Él le acarició la espalda. —Me sentiré mal si no me perdonas. —Ahora venía que ella se sintiera culpable por su comportamiento y después llegaría el enfado por su rechazo. —Camille, ¿no vas a decir nada? —Ya empezaba a levantar la voz. —Te estás comportando como una niña. ¡Me enfadé y sé que fue injustificado, pero podrías entender mi postura!

Al ver que ella no reaccionaba, Randall la miró torturado y se levantó caminando de un lado a otro. —¡Me perdonarás! ¡Eres mi esposa! —Furioso de

nuevo salió de la habitación dando otro portazo.

Si todo iba como creía en dos minutos estaría tomando una copa de coñac. Lentamente se levantó de la cama y fue hasta el armario cogiendo el vestido de viaje granate, pero lo pensó mejor. Para volver a Londres, así llamaría mucho la atención. Dejó la esmeralda sobre el tocador y escuchó en la habitación de al lado. Al no oír nada entró y recorrió la habitación para ir hasta el armario. Al abrirlo cogió los pantalones más toscos que encontró y con las tijeras de cortar el cabello de Randall ajustó los bajos tirando los sobrantes al fuego. Cogió una camisa y una chaqueta de punto. Se mordió el labio inferior porque el gabán le quedaría muy grande, así que cogió otra chaqueta para no pasar frío. Volvió a su habitación a toda prisa y se vistió con la ropa de su marido ajustándose la cintura del pantalón con una media. Se puso sus botines negros porque no tenía otra opción y cuando se vistió volvía a parecer Charles. Al ver sus rizos rubios rodeando su cara, volvió a la habitación de su esposo y buscó algo para la cabeza. Casi chilló de alegría al ver una gorra negra que debía utilizar para ir de caza. Se la puso a toda prisa y sonrió al ver que la cubría totalmente. Se pegó a la puerta para escuchar el pasillo y no había movimiento. Salió y como solo había una lámpara encendida en el rellano de la escalera, pudo esconderse entre las sombras. Se agachó detrás de un aparador cuando una de las doncellas salía de una de las habitaciones y suspiró de alivio cuando pasó de largo sin mirarla siquiera. En cuanto desapareció, fue hasta las escaleras y escuchó que alguien hablaba en el comedor.

—Debes disculparte de nuevo —escuchó que decía la madre de Randall muy enfadada—. Imagínate cómo debe sentirse después de criarse con Andrew.

Randall no decía nada mientras Camille retenía el aliento esperando su respuesta. Deseando que dijera algo que la hiciera cambiar de opinión, bajó las escaleras y miró hacia allí. Él a la cabecera miraba su copa de vino con el ceño fruncido.

—Sobrino, todavía os estáis conociendo. Este comportamiento por tu parte es totalmente irracional.

—Debes disculparte.

—Ya me he disculpado, pero no quiere ni mirarme —dijo él molesto—. ¡Y no soy como su padre! —gritó golpeando la mesa dejándolos a todos en silencio.

Camille dejó caer los hombros decepcionada y cuando el servicio se acercó a la mesa, corrió hacia la puerta de salida. La abrió lentamente y salió sin hacer ruido pensando que debía arreglárselas sola. Debía tomar las riendas de su vida de una vez por todas.

Esa noche tuvo que dormir al raso, pero afortunadamente no llovía y al amanecer consiguió que un vendedor ambulante que se encontró en la carretera, la llevara hasta Londres. Al llegar a la ciudad ya no tuvo ningún problema porque estaba en casa. Sonrió cuando vio el edificio donde vivía con Bill. Esperaba que estuviera en casa. Mirando a ambos lados cruzó la calle empedrada

y corrió por el callejón hasta la parte de atrás, subiendo las escaleras que llevaban hasta el desván. Al abrir la puerta con una sonrisa de oreja a oreja se quedó de piedra al ver a Bill con una de las putas de la calle dormidos en la cama. Cerró de un portazo y Bill se sobresaltó mirando hacia allí.

—¡Camille! —Parecía asombrado y se levantó de la cama como Dios lo trajo al mundo cogiéndola de los brazos como si fuera una aparición. —¡Dios mío, estás viva!

La abrazó con fuerza y Camille entrecerró los ojos. —¿Creías que estaba muerta? Te ha durado poco el luto.

Fulminó con la mirada a la muchacha, que sin preocuparse se desperezó apartando su melena negra con una sonrisa en la cara. Increíblemente no sentía celos. No podía negar que la fastidiaba un poco que la hubiera sustituido tan pronto, pero era más una cuestión de orgullo femenino que de celos. Bill se apartó con una sonrisa de oreja a oreja y ella levantó una ceja mirándolo de arriba abajo provocando que se sonrojara. Tampoco es que sintiera ese fuego que le recorría el vientre cuando miraba a su marido. Bill estaba bien. Estaba realmente bien, pero no era lo mismo. Eso la enfureció todavía más y levantó la vista hacia Bill, que dio un paso atrás avergonzado.

—¡Un enano con ojos de rata me sacó de la cárcel y me dijo que habías muerto! ¡No te puedes enfadar! No aparecías y le creí.

—Recoge tus cosas. Nos vamos —dijo fríamente para después mirar a la puta que estaba de lo más relajada—. Y te aconsejo que si no quieres vértelas

con los hombres de Sterling o los del Dragón Dorado, muevas tu culo de una puta vez hacia la calle.

Bill abrió los ojos como platos. —¿Qué coño has hecho?

—¡Sacarte de la cárcel! —gritó dando un paso hacia él—. ¡Y de paso llevarme un tiro!

La puta se levantó de un salto mostrando que le sobaban unos kilos y cogió su ropa saliendo de allí tan rápido que ni se molestó en vestirse. Bill se estaba poniendo los pantalones. —Date prisa. ¡Mi marido estará a punto de llegar!

—¿Tú qué? —Estaba asombrado.

—Ya te lo explicaré luego. Corre.

Bill estaba poniéndose la chaqueta cuando oyeron gritos en la calle. Camille abrió los ojos como platos. —¡Ya están aquí!

Su compañero corrió con las botas sin poner y la cogió de la mano tirando de ella hacia el exterior. Camille al mirar al final de las escaleras, vio a cinco hombres muy bien vestidos hablando con la dueña de la casa y un carruaje que cortaba la calle. Cuando uno de los hombres levantó la vista, tragó saliva al ver a su marido con ganas de matar a alguien. —¡Es él! —Se volvió para ver a Bill en el tejado dándole la mano y la subió a toda prisa haciéndose daño en el costado.

—¡Camille! —gritó su marido subiendo las escaleras.

No se volvió siguiendo a su amigo que la ayudó a saltar al tejado de al lado. Sus botines tenían algo de tacón y era difícil correr con ellos por encima del tejado. Se resbaló cayendo de rodillas y al volver la cabeza vio a su marido

subido al tejado de su casa. Parecía furioso, pero al mirar sus ojos se dio cuenta que estaba preocupado. —¡Camille detente!

No le hizo caso y Bill se acercó cogiéndola del brazo para ayudarla a levantarse. Randall rugió corriendo por el tejado y saltando al suyo.

—¡Corre Camille!

Al ver que su marido se acercaba con rapidez, ella echó a correr saltando con agilidad al siguiente tejado. Tocándose el costado en su prisa por huir, Randall vio que se había hecho daño y se detuvo mientras la veía correr de la mano de Bill.

Sin darse cuenta de que ya no les seguía, saltaron al siguiente tejado y bajaron por las escaleras interiores hasta llegar a la salida. Respirando agitadamente Bill abrió la puerta y miró al exterior. —Despejado.

Salieron como si nada mezclándose entre la gente y metiéndose en un callejón para esconderse detrás de un carro que contenía toneles de pescado. Su amigo la cogió por la barbilla. —Estás herida —dijo preocupado—. Descansaremos un rato y después buscaremos donde escondernos.

Se sentaron en el suelo y Camille apoyó la espalda en la pared cerrando los ojos. —Estoy bien.

—¿Vas a explicarme lo que ha pasado? ¿Qué coño significa eso de que te has casado? ¡Estás comprometida conmigo! —Gimió porque contar todo lo que había ocurrido en ese momento no era lo que más le apetecía. —¿Y por qué nos persiguen?

Levantó los párpados y miró los ojos castaños de Bill. —¡Mira, lo que ha pasado es que para sacarte tuve que hacer ciertas cosas que no hubiera hecho si no te hubieran pillado! Me equivoqué, ¿vale? Y ahora estoy casada con el Dragón Dorado y como es uno de los mejores amigos de Sterling sabían dónde encontrarte. Te lo explicaré todo, pero...

—¿Esto tiene que ver con la marca en tu muslo?

A Camille se le cortó el aliento. —¿La has visto?

—La vi el primer día que te encontré. Cuando te cambiaste la vi.

Se miraron a los ojos y ella lo entendió. —Sabes quién soy, ¿verdad?

—No era muy difícil de averiguar. Pregunté a un par de personas y me contaron la historia de ese dibujo. Además, el barco está en el puerto. Todo el mundo habla de eso y lo han hecho durante años.

—¿Y quién crees que soy?

—Eres la nieta del Dragón Dorado. Del primero. Se dice que estás muerta, pero eres tú, ¿verdad? Por eso tienes la marca. No se marcaría a nadie de esa manera si no fuera por algo importante. Algo como demostrar una identidad después de estar desaparecida. —Los ojos de Bill brillaron. —Todo el mundo sabe que tu padre es un gran hijo de puta que mató a su mujer a golpes y el día que te encontré, estabas igual. Até cabos.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

—¡Porque si tú no querías hablar de eso, tenía que haber una razón! ¡Y tenías miedo de él! Por eso tampoco te contaba lo que se dice de él por ahí y nunca he

hablado contigo del Dragón. De ninguno de ellos. Creía que era mejor evitar el tema para que no te sintieras obligada a hablar de tu abuelo. —Se encogió de hombros sonriendo. —Nos iba bien juntos. No le necesitamos.

Los ojos de Camille se llenaron de lágrimas porque era la única persona que la había ayudado desinteresadamente. Y le abrazó con fuerza. —Te he echado de menos, pequeña —susurró contra su oído—. Eres mi única familia.

Se abrazaron con fuerza y después de unos minutos ella se separó para mirarle a los ojos. —¿Te hicieron daño en la cárcel?

—Qué va. —Hizo una mueca. —Unos cuantos guantazos, pero todo bien. ¿Me sacó tu marido?

Asintió mordiéndose el labio inferior. —Tienes que ayudarme.

—Sabes que te ayudaré en lo que sea —dijo muy serio acariciando su mejilla. Se acercó y le dio un suave beso en los labios, pero ella volvió la cara sin poder evitarlo—. Camille, si es por la puta...

—No es por eso —dijo sintiendo que la angustia la embargaba al ver el dolor en sus ojos. Sentía que se le rompía el corazón—. Estoy casada.

—Pero lo hiciste obligada y... —Ella le miró arrepentida y Bill se detuvo apartándose de ella. —Entiendo.

Camille se echó a llorar. —¡Yo te quiero!

—Pero a él le quieres más.

Negó con la cabeza. —No sé lo que me pasa. ¡No quiero estar con él! Me trató como mi padre.

—¿Te pegó? —preguntó furioso—. ¿Ese tipo te pegó?

—No. Pero me habló como él y...

—Tuviste miedo.

—¡No quiero ser como ella! —gritó desgarrada—. Soy la nieta del Dragón y ya va siendo hora de que me comporte como tal.

Bill sonrió orgulloso. —Nunca te he querido más que en este momento.

Una lágrima cayó por su mejilla mirando a su amigo. —Nunca dejaré de quererte.

—Lo mismo digo. —Se abrazaron con fuerza y su amigo la besó en el cuello antes de apartarse. —Vamos a buscar donde dormir y seguro que tienes hambre. Robemos algo.

Sonrió feliz de estar con él y cuando salieron del callejón cogieron unas salchichas. Camille se echó a reír sintiéndose como el día en que le conoció. Feliz.

## Capítulo 8

Consiguieron esconderse en un almacén abandonado en la zona portuaria. — Podemos pasar aquí un par de noches —dijo Bill sentándose sobre unos sacos vacíos mientras comía las salchichas. Ella se sentó a su lado comiendo también—. ¿Qué planes tenemos?

—Ya es hora de que nos dediquemos a los grandes golpes y recupere lo que es mío.

—¿Qué quieres decir?

—No puedo enfrentarme a mi padre porque al parecer soy igual que mi madre. Intentaría matarme para que no consiguiera mi herencia, pero eso no significa que no pueda coger lo que es mío.

Bill se echó a reír. —Quieres robar a tu padre.

—Y a mi marido —dijo con rencor—. Va a arrepentirse de haberme gritado y decirme que era una mentirosa. ¡A mí! ¡Qué tuve que arrastrarle hasta el altar!

—Ya me explicarás eso más tarde —dijo con la boca llena—. ¿Por dónde empezamos?

—Necesitamos dinero. Soy la Condesa y todo lo suyo es mío. Me lo dijo él. Pues ya es hora de que vaya por mi parte.

Esa noche estaban ante la puerta de su casa de Londres y Bill soltó una risita.  
—Increíble. Vas a robar en tu casa.

—¿Quieres dormir en un lugar caliente? Pues no me fastidies —dijo mirando las ventanas—. Además tengo que recuperar mi anillo. Él no se lo merece.

—Bien dicho.

—Está en la habitación.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque es la única luz que está encendida!

—Mira que como sea una trampa.

—¿Cómo va a ser una trampa? Ni se imagina que iré hacia él. Seguro que piensa que voy en dirección contraria.

—Para ser el Dragón Dorado debe ser un tipo muy listo. Tendrá todas las posibilidades cubiertas. ¿No se habrá chivado el médico? ¡No teníamos que haber ido a ese médico a pedirle ese líquido!

—Es para dormirle. ¡Es enorme y no podremos con él! ¡Lo necesito para dejarlo fuera de combate! —Fulminó a su amigo con la mirada. —¿Tienes un plan mejor?

—Ir directamente a casa de tu padre a desvalijarle. Ese sí que ni se imagina que vas a aparecer. Te cree muerta.

—Muy chistoso.

—Chistoso va a ser como tu marido nos pegue un tiro. Ahí sí que me voy a

partir de la risa.

—Cierra el pico. —Miró hacia la casa y vio como la luz se apagaba. —  
Estupendo, se ha ido a dormir.

—¿Y cuánto tarda en dormirse?

—Depende en si le duele la cabeza y calculo que le debe doler. Eso sino ha estado con alguna doncella. —Su amigo la miró asombrado, pero ella le ignoró.  
—Es una larga historia.

—Joder y eso que solo te has ido unos días.

—Han sido muy productivos —siseó mirando la calle.

—Ya lo veo.

Un par de horas después Bill se abrazaba a sí mismo de frío. —¿Crees que estará dormido?

Camille apretó los labios mirando la casa. —Supongo que sí. No hay movimiento. —Le hizo un gesto a su amigo y atravesaron el jardín yendo hacia el despacho. Bill tiró de la ventana hacia arriba y para su sorpresa se abrió. Camille le cogió del brazo deteniéndolo. —Algo va mal.

—¡Lo sabía! ¡Esto es una locura! —susurró furioso—. ¡Es una trampa!

Camille pensó en algo rápidamente. Si sabían que iban, ¿los dejarían subir hasta la habitación de Randall? Seguro que sí. Querrían pillarlos donde no tuvieran escapatoria y su habitación era perfecta. Sonrió maliciosa. —Vamos.

—¿Vamos a entrar?

—Sí.

Se encaramó a la ventana entrando con agilidad. A Bill le costó algo más porque era más corpulento. Sin molestarse en esconderse, salió del despacho dejando la puerta abierta y subió los escalones con él detrás, que miraba a todos los lados como si fueran a saltar sobre ellos en cualquier momento. Entraron por el pasillo y se acercaron a la puerta. Ella sacó el paño que tenía preparado y Bill lo empapó en cloroformo. Entró ella sola en la habitación e iluminada por la luz de las llamas de la chimenea, caminó lentamente hacia su marido que no se movió. Se acercó a la cama y como temía su marido se volvió lentamente con una pistola en la mano sonriendo satisfecho. —Preciosa, sabía que vendrías a por el anillo.

—Sí, seguro que sí. ¿Y sabes lo que sé yo? —dijo escondiendo su mano pegada a su muslo.

—No tengo ni idea.

—Que no me dispararás. —Saltó sobre él y sorprendido tiró la pistola al suelo mientras ella ponía el paño cubriendo su boca y su nariz apretando con fuerza. Randall se resistió intentando cogerla de los brazos, pero no le dio tiempo porque perdió fuerzas rápidamente poniendo los ojos en blanco antes de perder el sentido. —¿Quién es más lista, cariño? —Apartó el paño tirándolo al suelo y le cogió la mano para ver que no tenía el anillo puesto. —Maldita sea —siseó cogiendo su otra mano—. Serás cabrón.

Bill abrió la puerta y susurró —Esto no me gusta. Date prisa.

Ella le hizo un gesto con la mano para que entrara y su amigo cogió la pistola

del suelo justo cuando Nichols entró por la puerta de la Condesa con una escopeta en la mano. Camille sacó el cuchillo que llevaba a la espalda y lo colocó sobre la garganta de Randall. —Tira el arma, Nichols —dijo al ver como apuntaba a Bill.

—Ni hablar. Tire el cuchillo, milady.

—¿Milady? —preguntó Bill divertido.

Ella hizo una mueca. —Soy una dama, ¿no te habías enterado? Pero soy una dama cabreada y como no encuentre mi anillo, me voy a quedar viuda. —Apretó el cuchillo contra la garganta de Randall y Nichols se asustó al ver que una gota de sangre caía por su cuello. —¡Ahora!

Nichols dejó caer el arma con un enorme estruendo. —Ahora sí que ha despertado a toda la casa —dijo Bill irónico.

—La puerta, Bill.

Su amigo cerró la puerta a toda prisa y empujó el aparador para bloquearla pasando a la puerta de la Condesa y haciendo lo mismo. Nichols entrecerró los ojos mirando a Bill. —No sabes dónde te metes. Cuando el Dragón acabe contigo no quedará nada.

—Primero tiene que pillarme. —Bill dio un puñetazo a Nichols que lo dejó inconsciente y Camille gimió porque le caía bien.

—Busca en los cajones.

Entre los dos sacaron varias joyas y una saca de monedas, pero el anillo no estaba por ningún sitio. Fue hacia las mesillas, pero tampoco estaba allí. Furiosa

apartó las sábanas. —¿Dónde lo has metido?

—¡Joder! ¡Menuda bestia! —dijo Bill asombrado—. Este te pega un guantazo y ves las estrellas.

Camille soltó una risita escuchando que alguien intentaba abrir las puertas. —¿A que es guapo?

Su amigo gruñó antes de seguir buscando y por pura costumbre cogió una bota dándole la vuelta por si tenía monedas, cuando el anillo cayó rodando por el suelo de madera. —Típico.

Camille sonrió triunfante y se arrodilló sobre la cama mirando a su marido. —Gané. —Le dio un beso en la nariz antes de saltar al otro lado de la cama por encima de él e ir hacia la ventana porque ya aporreaban las puertas de manera alarmante. —Hora de irse.

—¿Podrás hacerlo? —preguntó recogiendo el botín.

—Tú preocúpate de tu trasero.

Abrió la ventana, miró al exterior y apoyó los talones en el borde que sobresalía en el ladrillo. Caminó hacia la derecha pegada a la pared mirando al frente hasta llegar a la enredadera. Lo más difícil fue darse la vuelta, pero en cuanto se agarró con los pies y con las manos no le costó mucho descender. Preocupada por Bill miró hacia arriba, pero su amigo ya estaba esperando que llegara al suelo. En cuanto pisó el césped, observó como Bill empezaba a bajar y gimió cuando una de las ramas no le sostuvo llevándose una mano al pecho del susto. —Ten cuidado —susurró.

Su amigo saltó al suelo y la cogió de la mano cuando les rodearon al menos diez hombres armados. Bill dejó caer los hombros. —Estupendo. —La miró de reojo. —Te dije que era una trampa.

Camille puso los ojos en blanco. —¿Vas a decirme ya te lo dije?

—¡Sí!

El mayordomo se adelantó apuntándolos con una pistola. —¿Tú también, Burch?

—Condesa, ¿no sabe llamar a su puerta?

—Me gusta más entrar por la ventana.

—Ya me he dado cuenta.

—Ahora si me disculpáis. —Caminó hacia Burch que parecía sorprendido.

—Tengo cosas que hacer.

—Milady...

Camille se echó a reír. —No me vais a disparar. De hecho, no me haréis ningún daño.

—Tenemos órdenes del Dragón.

—¡El Dragón era mi abuelo! A ver quién tiene los huevos de tocarme un pelo

—dijo con voz siniestra.

Bill se puso a sus espaldas sacando la pistola que le había robado a su marido y comenzaron a avanzar mientras los hombres se miraban los unos a los otros sin saber qué hacer. Se colocó ante Burch. —Déjame pasar.

—Milady, el jefe me despellejará. Sea buena y vuelva a casa. —Burch

sudaba y todo.

Camille se echó a reír. —Pues dile al jefe, que ahora la que mando soy yo. — Levantó un dedo y apartó la pistola sin ninguna resistencia. —¡Y dile también que quiero el divorcio!

Echaron a caminar calle abajo sin que nadie los siguiera y Bill susurró — Menudos huevos tienes. Casi me meo encima. ¿Has visto a esos tipos?

—Son de su tripulación. ¡De mi barco!

—¡A uno le faltaba un ojo!

Camille sonrió sintiéndose genial y cuando doblaron la esquina echaron a correr como alma que lleva el diablo.

Vendieron las joyas que le habían robado a su marido. Ella se encargó de venderlas en un sitio específico para que las recuperara si quería. Si tan amigo era de Sterling, le llegaría la noticia antes de una hora. Con ese dinero pudieron alquilar una habitación muy cómoda y comprar ropa para ella. Vestida como una señorita sin aparentar ser una dama, llevaba un sencillo vestido rosa con encajes blancos y se recogió el cabello en una trenza que le llegaba hasta el trasero. Cuando Bill entró en la habitación después de ir a buscar comida, se la quedó mirando con la boca abierta y Camille se sonrojó ligeramente al ver su mirada de deseo.

—Estás... —La miró de arriba abajo aún atónito.

—Cierra la boca, Bill —dijo molesta—. ¡Solo puede mirarme así mi marido!  
Bill cerró la puerta apretando los labios. —Yo te vi primero.

Se volvió sintiéndose fatal. Bill no tenía culpa de su cambio de opinión. Su amigo tiró los paquetes sobre la cama y dijo —No te preocupes. No voy a lanzarme sobre ti ni nada por el estilo.

—Lo sé. —Se volvió mirando como abría el papel que envolvía la comida.  
—Lo siento.

—Te voy a pedir algo. Si no quieres, yo no voy a dejar de ayudarte. Así que no quiero que te sientas obligada a decirme que sí. —Dejó el paquete sobre la cama y se levantó acercándose a ella. Camille tembló de miedo porque sabía lo que le iba a pedir.

—Bill no...

—Espera. —Arrodilló una pierna y le cogió la mano antes de mirarla con sus preciosos ojos castaños. —Sé que soy un ratero de mala muerte. Que no te merezco porque no te llego ni a la suela de los zapatos, pero te amo. —Los ojos de Camille se llenaron de lágrimas. —Eres la única familia que tengo y para mí eres la mujer más hermosa de Inglaterra. Te deseo y te amo. Pero sobre todo te respeto y quiero protegerte. Cásate conmigo, mi amor.

Una lágrima cayó por su mejilla porque no podía decirle que sí. Porque aunque le quería muchísimo, se había dado cuenta al verle de nuevo que no le amaba como se debe amar a un marido.

La puerta se abrió de golpe y se sobresaltó al ver a su marido furioso al otro

lado. Camille retiró la mano a toda prisa sonrojándose y Randall siseó — Apártate de mi esposa, rata de alcantarilla.

Bill carraspeó levantándose y sonrió como si nada. —Creo que no nos han presentado.

—Ni falta que hace —siseó su marido entrando en la habitación. Tras él entraron dos hombres con dos pistolas en la mano, pero Camille solo podía mirar a Randall a los ojos que estaba de muy mal humor. Pero no pensaba dejarse intimidar.

—¿Cómo ha ido ese sueñecito, cariño? —preguntó levantando la barbilla.

—Preciosa, no me provoques —siseó—. Me duele la cabeza.

—Oh, pero eso se arregla rápidamente. ¡Busca una doncella!

Bill reprimió la risa y Randall le fulminó con la mirada. —¿Te hace gracia? —Alargó el brazo y cogió a Bill por el cuello elevándolo y sujetándolo contra la pared. Camille gritó que le soltara tirándose sobre su marido y cogió su brazo intentando que le liberara.

—Escúchame bien. Como vuelvas a tocar a mi mujer, te corto el brazo.

Camille jadeó ofendidísima. —¡No le digas esas cosas! ¡Es mi amigo! ¡Suéltale, le vas a ahogar!

—Ella ha venido a mí —dijo Bill satisfecho poniendo rojo de furia a Randall que lo levantó aún más.

Camille asustada empezó a darle patadas en las piernas y alguien la cogió por la cintura tirándola hacia atrás. Chilló cayendo sobre una butaca que volcó

provocando que cayera y se golpeó la cabeza con el borde de la chimenea casi perdiendo el sentido.

Randall rugió apartando la butaca de golpe para llegar hasta ella. —¡Camille!

—¡Hijo de puta! —Bill se tiró sobre el otro hombre y Camille gritó al ver el filo de un cuchillo.

—¡Le va a matar! —gritó aterrada.

Randall se dio la vuelta y se metió en la reyerta apartando a Bill que se golpeó contra la pared. Su marido furioso golpeó a su hombre que cayó sobre la cama. El tipo la miró sorprendido. —Dragón, yo...

—¡Te dije, os dije a todos que no tocarais a mi esposa! —La manera en que lo dijo le puso a Camille la piel de gallina. —Sabes lo que significa no cumplir mis órdenes. —El hombre palideció asintiendo. —Nichols, encárgate.

Camille vio entrar a su valet, que con un gabán negro como los demás, tenía una mirada que realmente daba miedo. —Veinte latigazos. Vamos.

El hombre se levantó de la cama mientras Randall se volvía de nuevo hacia ella y arrodillaba una pierna a su lado. —Preciosa, ¿estás bien?

—No le castigues. —Su marido ignorándola la cogió en brazos.

Bill se acercó a toda prisa preocupado. —¿Estás bien?

Ella forzó una sonrisa. —Sí, no te preocupes. —Cogió a Randall por el cuello para que la mirara a los ojos. —No le castigues.

—Debería castigarte a ti. Todo esto es culpa tuya. ¡Si estuvieras en casa nada habría pasado! —le gritó a la cara.

—No le grites —siseó Bill apretando los puños.

—Le gritaré lo que me dé la gana. ¡Es mi esposa!

En ese momento Camille acarició su cuello distrayéndolo y su marido la miró a los ojos. —Eso no va a funcionar. Tú también tendrás tu castigo.

—Me duele el costado —susurró apoyando la cabeza en su hombro—. ¿Sabes? Casi es un alivio que me hayas encontrado.

—Deberías estar en la cama.

Sus hombres se apartaron para dejarles pasar.

—¿Bill?

—Estoy detrás de ti. No te pierdo de vista.

Su marido se tensó bajando las escaleras. —Me lo juraste.

—Me hiciste daño. —Acarició su cuello y sin saber por qué Camille se echó a llorar. Le había echado de menos.

—Preciosa, lo siento. No volverá a pasar.

—¿Me lo juras? —Sorbió por la nariz y levantó la cabeza para mirarlo a los ojos.

—Te lo juro. —La besó suavemente en los labios.

—¡No me jodas! —exclamó Bill tras ellos—. ¿Tengo que soportar esto?

Sonrojada se apartó de su marido como si sus labios le quemaran y Randall apretó las mandíbulas enfadándose de nuevo. En la calle estaba el carruaje esperándolos y la metió dentro como si no pesara nada. Se volvió hacia Bill que claramente quería entrar y Randall se cruzó de brazos. —¿A dónde crees que

vas?

—Con ella —siseó entrecerrando los ojos y poniéndose en guardia—. No me voy a separar de ella hasta que compruebe que está bien.

—¡Está bien! ¡Con nadie estará mejor que conmigo! —Camille se sonrojó de gusto y carraspeó. Su marido la miró sobre su hombro. —¡No lo dirás en serio!

—Es mi familia.

Escuchaba rechinar los dientes de su marido desde allí y se volvió hacia Bill a regañadientes que sonreía descarado de oreja a oreja. —No puede vivir sin mí. No le negarás eso a tu mujercita.

Camille puso los ojos en blanco. Era un provocador.

—Mira, enano... Estoy de ti hasta los huevos. Como te vea tocándola de nuevo, te arranco los brazos y las piernas.

Su amigo chasqueó la lengua. —Ya me ha rechazado. No hace falta que insistas con lo mismo una y otra vez.

—¡Es que no te entra en la cabeza!

Bill se encogió de hombros y avergonzado miró a su alrededor. —Es lo único que tengo.

Randall se le quedó mirando y gruñendo dio un paso a un lado para dejarle pasar. Camille sonrió y su amigo iba a sentarse a su lado, pero al ver como lo miraba su marido, se sentó en el punto más alejado frente a ella. —Será quisquilloso.

Camille soltó una risita y su marido se sentó a su lado. Él le cogió la mano

acariciándosela con delicadeza y ella le miró a los ojos. —Si quieres el anillo no te lo voy a dar. No te lo has ganado.

Randall sonrió sin darle importancia. —Pues yo sí que voy a darte éste.

Sintió como le ponía su anillo y Bill abrió los ojos como platos al ver la enorme esmeralda. —Me cago en la... —Una mirada de su marido y cerró la boca haciendo reír a Camille.

Nichols entró en el carruaje y dio un golpe en el techo. —He dado la orden.

—Pero...

—Es cuestión de que no ha cumplido las órdenes —dijo su marido molesto—. Además, podría haberte matado. Va a cumplir su castigo. Así no volverá a pasar.

Bill asintió totalmente de acuerdo y ella suspiró.

—He enviado a alguien por el médico —dijo su valet mirándola atentamente—. Milady, ¿le duele la cabeza? Ha sido un buen golpe.

—Estoy bien.

—Tiene la cabeza muy dura —dijo Bill ganándose una mirada de odio de los hombres. Sobre todo de Nichols que parecía que quería matarlo. Y es que tenía un buen morado en el ojo por su puñetazo.

Camille hizo una mueca al darse cuenta. —¿Le duele, Nichols?

—¿Esta tontería? —dijo haciéndose el duro—. He sufrido golpes mucho peores.

—No lo dudo —dijo Bill a punto de reírse.

Su marido gruñó y ella le advirtió con la mirada que se portara bien apretando sin darse cuenta la mano de su esposo.

Bill sonreía como un niño. Había dejado a un lado el supuesto amor que sentía por ella por la emoción de una nueva vida. Se alegraba de que se lo tomara tan bien porque quería que al menos entre su familia hubiera armonía. Miró a su marido que estaba algo tenso. Ya se le pasaría.

En cuanto llegaron a casa se sorprendió de la cantidad de hombres que vigilaban la zona. —¿Qué ocurre, Randall? —preguntó al ver dos hombres ante la casa, aunque no eran los únicos. Al otro lado de la calle había otros dos.

—Es por si volvías —dijo divertido.

Bill no se creyó una palabra y ella tampoco. Cuando bajó del carruaje con su marido detrás, no le dio opción y la cogió en brazos. —Puedo caminar.

—No me quites el gusto.

Entraron en la casa y las gemelas salieron del salón. Su suegra vestida de verde se acercó impaciente. —¿Estás bien?

—Sí, Iolanthe. ¿Puedes encargarte de Bill? —Sorprendida miró a su amigo que seguía tras ella. —Que le den de comer y...

—Su habitación lo más alejada de la nuestra —gruñó su marido yendo hacia la escalera.

—¡Da igual! ¡No la perderé de vista! ¡Ándate con ojo!

Camille reprimió una risita. —Alguien le va a terminar partiendo los dientes —siseó su marido.

—No, no le harán daño porque tú te encargarás de que no lo hagan. Estoy cansada.

—No me extraña después de saltar desde tejados y robar en casas ajenas.

—Es mi casa, ¿recuerdas? Todo lo tuyo es mío.

—¡Eso fue antes de que me quitaras el anillo!

—Sí, ya. —La tumbó sobre la cama y se sorprendió de ver allí a Laine. —  
¡Estás aquí!

—A mí me iban a dejar en el campo.

Su marido puso los ojos en blanco como si ya no pudiera más y Camille le dijo a la doncella que le estaba quitando los botines. —Déjanos solos.

La doncella se fue a toda prisa y su marido se sentó a su lado tocándole la cabeza. Ella hizo una mueca cuando tocó el golpe que se había dado contra la chimenea. —Tienes un chichón.

—Se me pasará.

Se miraron a los ojos y él suspiró acercándose a sus labios para besarla con desesperación. Camille gimió en su boca sintiéndose tan bien... Necesitándole llevó una mano a su cuello para que no se separara, pero su marido se apartó de golpe mirándola a los ojos. —Casi me muero del susto cuando vi tu cama vacía —dijo con voz ronca—. No vuelvas a hacerlo.

—Entonces ya sabes lo que tienes que hacer.

Randall cerró los ojos apoyando su frente en la suya. —Si te hubiera pasado algo...

—Sabe que estoy viva, ¿verdad?

—Se enteró por su amigo, el ...

—Pastor Higgs.

Su marido se separó para mirarla a la cara. —Aquí estás segura. Aunque hubieras estado más segura en la finca hasta que fuera tu cumpleaños.

—No me pasará nada. —Acarició su mejilla. —Tengo que tener doce hijos, ¿recuerdas?

Él gimió apartándose. —Este es el matrimonio más extraño de la historia —dijo frustrado dándose la vuelta y quitándose el gabán. A toda prisa ella se levantó en la cama y se desabrochó los cuatro botones frontales de su vestido quitandoselo rápidamente. —Igual deberíamos volver a la finca —continuó su marido mirando la chimenea mientras ella se quitaba la ropa interior volviendo a tumbarse a toda prisa. Cuando vio su trenza la desató soltando sus rizos rubios y alborotándolos—. Allí no tendrían tan buen acceso a la casa como aquí y...

—Cariño...

—¿Uhmm? —Se volvió quedándose de piedra al ver a su mujer desnuda sobre la cama, únicamente cubierta por la venda que rodeaba su cintura. Randall carraspeó. —Aún falta un poco para que llegue el médico.

—Eso es estupendo. —Movié una pierna sobre la otra mostrando la marca de su muslo. —Así tenemos tiempo.

—¿Tiempo para qué? —preguntó con voz ronca quitándose la chaqueta.

—Para que entres en mí.

Esas palabras le cortaron el aliento y tiró la chaqueta al suelo antes de casi arrancarse la camisa en su prisa por quitársela. Apoyada sobre su codo alargó el otro brazo y acarició su pecho provocando que un gemido saliera de su garganta. —Eres tan fuerte —susurró ella subiendo la mano hacia su hombro—. ¿No te quitas los pantalones? ¿Te ayudo?

Arrodillándose sobre la cama sus manos bajaron por su pecho y sus abdominales se tensaron al sentir sus caricias. Mientras las yemas de sus dedos rozaban la suavidad de su piel, le besó entre sus pectorales provocándole un estremecimiento. Una de sus manos llegó a su sexo acariciándolo por encima de sus pantalones. Su marido gimió cogiéndola por la nuca y reclamando su boca con desesperación. Camille sintió que el fuego la recorría y ni se dio cuenta de que se abrazaba a su cuello hasta que sintió que sus pechos desnudos se tocaban. Fue como si la traspasara un rayo y apartando su boca, arqueó su cuello hacia atrás provocando que su marido lo recorriera con sus labios hasta llegar al lóbulo de su oreja. Aferrada a él, la tumbó sobre la cama bajando sus labios entre el valle de sus pechos mientras sus manos la acariciaban por todas partes. Esos labios besaron sus pezones erectos adorándolos y cuando sus dientes los rozaron Camille gritó arqueándose de placer. La mano de Randall acarició su otro pecho bajando por su vientre hasta llegar entre sus piernas. Abrió los ojos sorprendida cuando acarició sus húmedos pliegues de arriba abajo sin dejar de torturar sus pechos, pero cuando metió un dedo en ella, gritó tensándose por la invasión. Randall levantó la vista y sonrió. —Relájate preciosa. —Metió el dedo hasta el

fondo y ella gritó clavando sus uñas en su cuello al sentir como rompía su virtud. —Eres maravillosa. —Reclamó su boca haciéndola olvidar lo que había pasado y volvió a embriagarla de placer con sus caricias hasta que sintió su sexo rozándola suavemente. Algo en su interior la impacientó y rodeó sus caderas con las piernas. Se miraron a los ojos y Camille susurró —Entra en mí.

Randall besó suavemente su labio inferior mientras su miembro entraba en su ser lentamente. Perdió el aliento al sentir su tamaño y gimió contra sus labios. Randall se los besó susurrándole lo maravillosa que era y cuando creía que había terminado, un fuerte golpe de cadera le robó el alma haciéndole arquear el cuello. La presión fue remitiendo, pero la necesidad aumentó sintiendo una tensión en su vientre que la volvía loca. Su marido movió la cadera ligeramente provocándole unas sensaciones increíbles y cuando entró en ella de nuevo fue como rozar el paraíso. Lo repitió provocando que la tensión aumentara y volvió a hacerlo una y otra vez acelerando el ritmo. Necesitando más, gritó de ansias haciéndole perder el control. Sus embestidas fueron más rápidas y contundentes, hasta que con un fuerte empujón final, la tensión fue insoportable estremeciéndola con fuerza y provocando que casi perdiera el sentido del éxtasis.

## Capítulo 9

La despertó un murmullo y al abrir los ojos se sonrojó cuando vio al doctor Barner hablando con su marido en voz baja. Al ver que estaba despierta Randall sonrió. —Ahora va a revisarte.

El médico dejó el maletín al lado de la cama. —Al parecer no sabe lo que es descansar y está forzando la herida continuamente. Cuando vino a mi casa no me comentó nada de esto.

Se sonrojó aún más cuando Randall levantó una ceja. —Me portaré bien.

—¡Ja! —dijo su marido fastidiándola.

El médico rió por lo bajo. —Por lo visto es muy inquieta, milady. Como siga así, me va a obligar a darle un tónico que la hará dormir hasta que esté curada.

—Me portaré bien —siseó retando a su marido a que dijera algo.

—Vamos a ver cómo va eso.

Destapó su cuerpo a la altura de la herida y frunció el ceño al ver la pasta amarilla que había impregnado la venda. —¿Qué rayos es eso?

—En la finca el médico había muerto y tuvimos que llamar a la curandera.

—Dios mío. —A toda prisa le cortó la venda y frunció el ceño al ver su herida abierta pero sana.

—¿Algo va mal? —preguntó su marido muy tenso.

—No sé qué decirle. Es como si hubiera retrasado la curación. Está exactamente igual que la última vez.

—Lo siento.

—Ese potingue le quitó la fiebre.

—Entonces no puede ser malo. —El médico se acercó al aguamanil cogiendo la jarra y lavándose las manos. —Necesito agua caliente y unos paños.

Randall fue hasta el cordón y tiró con energía. Laine entró en la habitación demostrando que estaba al otro lado de la puerta. —Agua caliente y paños —ordenó su marido.

—Ya están de camino, milord —dijo preocupada acercándose para ver la herida. Abrió los ojos como platos—. No se está curando.

—Tendré más cuidado.

—Creo que ese mejunje ha retrasado la curación. A estas alturas la herida debería haber cicatrizado. Milady, ¿ha tomado alguna otra cosa?

—Algo que parecía lodo —dijo su marido pasándose la mano por su cabello negro.

—Eso debió cortar la infección. Pero esa cosa amarilla... —El médico se secó las manos. —No sé. No me lo explico.

—Seguro que ha sido por mi culpa —dijo Camille sonriendo—. Me he movido mucho en estos días y la he forzado demasiado.

—Eso se acabó —dijo Randall mirándola muy serio—. De la cama a la butaca y al revés.

—De acuerdo.

—Debe hacer caso, milady —dijo Laine preocupada—. Lleva con eso así muchos días.

Asintió al darse cuenta que los había preocupado a todos.

Una doncella entró en la habitación con una gran bandeja donde llevaba de todo y miró a Randall reprimiendo una sonrisa. Camille entrecerró los ojos antes de fulminar con la mirada a su marido que se hizo el tonto. —¡Tú! —exclamó señalando a la doncella con el dedo.

—¿Sí, milady?

—Estás despedida. Recoge tus cosas.

Todos la miraron atónitos y la doncella se echó a llorar antes de salir de la habitación corriendo.

—¿Por qué rayos has hecho eso? —preguntó su marido.

Ella se sentó furiosa. —Para que otra no te mire de esa manera. ¡Hay que dar ejemplo! ¡Así cuando te duela la cabeza, ni se les pasará por la imaginación mirarte dos veces!

Su marido se sonrojó mientras el médico reía por lo bajo empujándola suavemente del hombro. —Túmbese, milady.

Exasperada miró el techo mientras el médico toqueteaba la herida mojándola para quitar la cataplasma.

—¿Puede volverse hacia allí?

Ella lo hizo dejando al descubierto la herida de la espalda que tenía mucho

mejor aspecto.

Untó las heridas con una crema y la volvió a vendar. —Muy bien, milady. Sé que le ha dolido, pero aun así no ha pronunciado una queja.

—Es usted muy delicado —dijo ella sonrojándole de gusto.

—Laine, un camisón para milady —dijo su marido molesto.

El médico se bajó las mangas y se puso la chaqueta. —Mañana volveré a revisar esa herida.

—Muy bien doctor.

Cuando cogió el maletín sonrió a Randall. —¿Me acompaña?

—Por supuesto.

—Quería comentarle algo.

Laine la ayudó a ponerse el camisón y disimuló cuando vio la sangre entre sus piernas. Simplemente cogió un paño y la limpió mientras ella no sabía dónde meterse de la vergüenza.

—Descanso, milady. —Le advirtió con la mirada.

—Que sí...

Se volvió a abrir la puerta cuando ella estaba cómodamente tumbada y Laine cogió la bandeja con la venda sucia en ella. Su marido cogió el vendaje y lo olió tensándola. —¿Qué ocurre?

—Nada. Pero me intriga lo que lleva esto.

—Serán hierbas. ¿No desconfiarás de una vieja?

—Desconfío de todo el mundo.

Camille sonrió. —¿De mí también?

—Teniendo en cuenta que he tenido que ir a buscarte porque te habías escapado con Bill cuando me habías jurado que no lo verías más, será mejor que no conteste a esa pregunta.

Se puso como un tomate mientras Laine salía riéndose de la habitación. — Traeré la cena.

Su marido suspiró yendo hacia el armario y empezando a desnudarse. Camille cogió la puntilla de la sábana entre sus dedos pensativa mientras él se ponía los pantalones negros y cogía la camisa. —No pensé en mi juramento cuando fui a buscar a Bill.

Él suspiró poniéndose la camisa limpia. —Lo sé. Solo fuiste a buscar a la única persona en la que confiabas.

—Siempre lo sabes todo, ¿verdad? —preguntó molesta.

Randall se echó a reír cogiendo el pañuelo blanco y se lo colocó al cuello mirándose al espejo. —Preciosa, ¿quieres enterarte de lo que sé ahora?

—¡No!

Él siguió riendo sin decir palabra y se anudó el pañuelo antes de coger la chaqueta del traje de noche. Le miró de reojo. Estaba impresionante y cuando le vio peinarse susurró —¿El qué?

Divertido dejó el peine sobre el aparador dándose la vuelta y se acercó a la

cama abrochándose la chaqueta. Apoyó las manos a cada parte de su cuerpo y acercó su cara a la suya. —Sé que me quieres.

Abrió los ojos como platos. —¡Menuda mentira!

—Sí que me quieres, porque si no te habrías acostado con Bill para fastidiarme y no lo has hecho.

Se sonrojó intensamente. —Sabiondo.

Randall sonrió comiéndosela con la mirada. —¿Dónde está mi anillo?

Ella miró a su alrededor. —¿Dónde están mis botines?

—Muy original.

—Es un truco muy viejo. Así me robaron la primera vez —dijo risueña.

Su marido se agachó dándole la vuelta al botín y el anillo cayó sobre la palma de su mano. Antes de darse cuenta ya se lo había puesto. —No vuelvas a quitármelo. —Se acercó y le dio un suave beso en los labios. —Es mío. Como tú. Si te enfadas conmigo grítame, pero no te vayas. —Le acarició la mejilla. — No te voy a pegar. Puede que me enfade y te amenace, pero no te pegaría.

Se miraron a los ojos y Camille le besó en los labios. —Vete a cenar.

—No me esperes despierta. Tengo una reunión con mis hombres después.

—Bien.

Le vio salir de la habitación y cenó todo lo que Laine le llevó, riéndose porque Bill había revolucionado la casa.

—Tiene a una doncella acorralada en la cocina. Ese chico tiene una personalidad arrolladora.

—Y que lo digas.

—No puede subir a verte. ¿Quieres que le diga algo? —preguntó recogiendo la bandeja.

—Que se porte bien.

Laine se echó a reír. —Buenas noches mi niña.

—Que descanses.

Suspiró tumbándose después de apagar la lámpara de aceite y se quedó mirando el fuego varios minutos quedándose dormida poco a poco.

Los siguientes días fueron muy tranquilos. El médico iba a verla todos los días satisfecho con su recuperación y como mucho dejaban que se tumbara en la otomana, alejada de la ventana por si había alguien que la pudiera disparar si se ponía a tiro.

Dejaban que Bill la visitara bajo supervisión. Si no estaba Randall porque estaba atendiendo sus asuntos, Nichols no se separaba de ellos. Jugaban a las cartas y bromeaban sobre la ropa nueva que Randall le había obligado a ponerse. Ahora parecía uno de sus chicos. Iba vestido de negro como todos los demás y había ido a hacer algunos encargos de su marido que no le quisieron contar.

Como todavía faltaba mes y medio para su cumpleaños ella ni se preocupaba porque no se podía reclamar la herencia hasta entonces. Además, su marido la tenía muy ocupada por las noches como para molestarse en interrogarle.

El problema empezó dos semanas después de haber vuelto. Al fin le permitían levantarse de la cama y cuando lo hizo, se mareó con fuerza casi cayendo sobre Laine que asustada gritó cogiéndola por las axilas.

Su marido que ahora se vestía en la otra habitación entró a toda prisa viendo a su mujer de rodillas totalmente pálida. —¿Qué ocurre?

Corrió hacia ella cogiéndola en brazos y tuvo una arcada por el movimiento. La tumbó sobre la cama y le acercó la palangana a la boca para que vomitara la cena de la noche anterior.

—Que avisen al médico —dijo apartando sus rizos rubios de la cara que empezaba a sudar.

—No puede ponerse enferma de nuevo —dijo Laine asustada—. Si acaba de reponerse.

—¡Qué venga el médico!

Laine corrió hacia fuera llamando a gritos a Burch para que avisara al médico. Bill llegó segundos después solo con los pantalones puestos. —¿Qué ocurre?

—No se encuentra bien.

—No es nada —susurró ella agotada dejando caer la cabeza sobre las almohadas.

Ambos se asustaron viendo lo pálida que estaba y Bill miró a Randall. —¿No estará preñada?

Randall miró a su mujer. —¿Será eso, cielo?

Pero veinte minutos después las arcadas eran incontrolables y le dolía todo. Su palidez era aterradora y sudaba en frío teniendo el camisón empapado. El médico le tocó el vientre y ella se quejó de dolor. Ordenó que la bañaran en agua templada sin mojarle el cabello y cuando la volvieron a tumbar, el médico se llevó a Randall al otro lado de la habitación. —Es un envenenamiento.

Randall se pasó una mano por la frente que le temblaba visiblemente. —¿Y cómo ha podido pasar?

El hombre negó con la cabeza mirando a su paciente. —Le duele el vientre, no para de vomitar... Creo que eso la beneficia. Su cuerpo está intentando expulsar lo que la envenena, pero sin saber de qué se trata no puedo hacer nada. Veremos cómo evoluciona en las siguientes horas. Si no mejora, le daré el antídoto más probable.

—¿Por qué no se lo da ahora?

—Porque puedo hacer más mal que bien. Solo lo utilizaré como último recurso.

Randall miró a Bill, que preocupado cogía la mano de su esposa muerto de miedo.

—No se irá, ¿verdad?

—Por supuesto que me quedo. —Barner apretó los labios mirando a su paciente y se acercó a Laine. —¿Cuándo fue la última vez que tomó algo?

—Un té antes de levantarse de la cama, doctor. A los pocos minutos se puso a vomitar —dijo con lágrimas en los ojos.

—Bill.

Su amigo se levantó acercándose a Randall. —Averigua quién ha tenido contacto con ese té aparte de Laine.

Bill salió de la habitación y Nichols esperaba en el pasillo. Randall hizo un gesto a su valet con la cabeza para que le siguiera. Se acercó a su esposa y le cogió la mano sentándose a su lado. —Pensábamos que estaba en cinta — susurró besando su mano mientras Laine se echaba a llorar.

—Eso ya llegará, milord —dijo su médico a los pies de la cama sin perderla de vista—. Es joven y fuerte.

—Sí que lo es.

Fueron unas horas interminables en las que Camille deseó morir varias veces. Incluso pidió que la mataran para acabar con su calvario. Descubrieron que una doncella había desaparecido. Precisamente la doncella que le había dado a Laine la bandeja que había preparado la ayudante de cocina. Randall ordenó a Bill que la encontrara pues conocía a las suficientes personas por los años en las calles para encontrar a cualquiera. Bill agradeció tener algo que hacer y salió de la casa poniéndose su gabán negro.

Las gemelas no salieron de sus habitaciones por orden expresa de Randall. No las quería llorando alrededor de su mujer y que la pusieran aún más nerviosa. El intentaba calmarla y que no se diera por vencida. Su marido viéndola agotada y lloriqueando de dolor, no lo soportó más y la abrazó a él. —Vamos, preciosa. Esto no podrá contigo.

—¿Lo voy a conseguir?

—Por supuesto. Sabes quien está detrás de esto y no te vas a dar por vencida.

—No. —Le abrazó con las pocas fuerzas que tenía y Randall acarició su espalda totalmente mojada. —Además no puedo dejar que te duela la cabeza — dijo con la voz ronca.

—Cierto. Hay una doncella nueva.

Una nueva arcada la recorrió, pero ambos sabían que no tenía nada dentro que poder expulsar. Randall no dejó de abrazarla mientras Laine sufría por ellos en una esquina de la habitación. Una hora después a Camille se le cerraron los ojos y se quedó dormida asustando a Randall que miró al médico. El hombre se acercó a ella tocándole el cuello para comprobar que estaba viva. —Su pulso es firme. —Puso la trompetilla sobre su pecho y escuchó atentamente. —Sí, su pulso es firme. —Sonrió aliviado. —Ha pasado lo peor. —Apartó las sábanas y le palpó el vientre. Ella ni se enteró. —Lo ha superado.

Randall se dejó caer en una butaca del alivio y Laine reía y lloraba sin darse cuenta.

—Laine, vete a descansar.

—Pero señor...

—Necesitaré que estés fuerte para acompañarla mientras se recupera. Vete a descansar y llama a mi madre. No quiero a nadie a su lado que no sean personas de confianza. Mi madre, mi tía, Nichols, Bill y tú.

—Muy bien señor. —Hizo una rápida reverencia antes de salir de la

habitación.

Dos minutos después Iolanthe entró en la habitación y miró a su hijo. —Es cierto, ¿se mejorará?

—Es cierto, milady —dijo el médico orgulloso—. Ahora descansa. Cuando se despierte, quiero que tome leche hervida si puede tolerarla. Es buena para las intoxicaciones.

—Muy bien doctor —dijo Iolanthe muy seria.

—Ahora yo me voy a descansar. Mañana volveré a primera hora, pero si empeora no duden en avisarme.

—No se ofenda doctor, pero tengo unas ganas de perderle de vista...

El médico se echó a reír asintiendo. —No me extraña. —Le dio la mano a Randall que estaba realmente aliviado.

Iolanthe estaba cogiendo un camisón del armario. —Vamos a cambiarla. No puede estar cómoda así.

Entre los dos le cambiaron el camisón y la arroparon. —Quédate con ella. Voy a averiguar lo que está pasando.

—Tenemos que detener esto, Randall. La va a matar.

—Queríamos esperar que cumpliera dieciocho años para reclamar la herencia, pero he descubierto que está desviando los fondos para que si ocurre, ella no reciba nada.

Iolanthe jadeó llevándose la mano a la boca. —¡Será cerdo!

—Así que esto se acaba aquí.

—Bien dicho. Despelléjale vivo.

Randall fue hasta la puerta y miró a su madre. —Cualquier cosa avísame.

—No te preocupes.

Bajó los escalones a toda prisa y escuchó que llamaban a la puerta. Cogiendo una pistola de encima de la mesa, abrió la puerta para ver a uno de sus mejores amigos al otro lado. —¡Jack! ¿Qué haces aquí? —preguntó tensándose porque venía acompañado de cuatro de sus esbirros.

—Randall tenemos que hablar —dijo haciendo un gesto a sus hombres con la mano enguantada para que no pasaran, aunque su anfitrión estaba armado.

Él se hizo a un lado mirando fijamente a su amigo, que con cincuenta y tres años seguía teniendo un aura de poder que ponía los pelos de punta a quien no lo conociera. Uno de sus hombres se acercó a recoger su capa negra de noche y su sombrero de copa, así que Randall dedujo que después de esa visita se iba al club. Se quitó lentamente sus guantes blancos.

—Pasa al salón.

Randall se tensó al verle ir hacia el mueble de bebidas. Normalmente no bebía alcohol y menos a esas horas. Eso le dijo que estaba preocupado. —No he ido a verte en estos días porque tengo a mi esposa muy enferma. ¿Ocurre algo?

Su amigo se volvió con la copa en la mano y le miró a los ojos. —Tenemos un problema muy serio y como eres buen amigo, he decidido hablar contigo para intentar solucionarlo.

—Joder Jack, vete al grano. Acabo de pasar unas horas muy estresantes. ¡Mi

mujer por poco se muere!

Jack apretó los labios viéndole dejar la pistola sobre la mesilla e ir a por una copa para él.

—Cierto conocido, que desearía no haber conocido nunca, me ha pedido que le devuelva un favor.

Randall se bebió la copa de golpe. —Ya me imagino quien es el muy cabrón —siseó tirando la copa en la chimenea furioso—. No tiene huevos a solucionar sus problemas él solo.

—No me puedo negar, Randall. Es una deuda a la que no puedo decir que no.

—¡Acaba de intentar matar a mi mujer! ¡No te pongas de su lado, Jack!

—Me ha pedido protección porque sabe que irás a por él. —Su amigo se sentó en el sofá mirándolo seriamente. —Sé que el Conde tiene una reputación pésima. Y que ha intentado matar a su hija varias veces. Es escoria, pero si vas a por él, yo tendré que defenderle.

—¿Sabes lo que le hacía a Camille? —preguntó entre dientes—. ¿Sabes lo que tuvo que hacer ella para sobrevivir? ¡Y está desviando su herencia para que no reciba nada! No me ates de pies y manos, porque entraremos en guerra, Jack. —Fríamente le miró a los ojos. —Te aprecio como a un padre, pero no me hagas elegir entre mi esposa y tú.

Jack sonrió. —Sabía que dirías eso. Debe ser una mujer extraordinaria.

—Es la nieta del Dragón. Aunque no la amara, la defendería con mi vida.

Su amigo bebió de su coñac apoyando la espalda en el respaldo del sofá. —

Puede que tenga una solución, pero no sé si te gustará.

Randall entrecerró los ojos. —¡Suéltalo de una vez!

—Me ha pedido, más bien suplicado, que le defienda de ti y de tus hombres.

—Hijo de puta. —Se volvió apoyando las manos en la repisa de la chimenea.

Durante unos segundos observó el fuego pensando en ello.

—Tú la proteges a ella y yo a él. Tendrá que matarlo tu esposa.

—¡No voy a exponerla a que la hiera de nuevo!

—Por nada del mundo dejaría que mi hija hiciera una cosa así y más después de lo que ha pasado. Si quieres intentar llegar hasta él, tendré que impedírtelo y habrá derramamiento de sangre. Será la guerra y morirán muchos, sobre todo de los míos. Pero al final ganaré yo porque somos más. Pero si ella se acerca a matarlo, ninguno de mis hombres moverá un solo dedo en su ayuda. Es tu decisión.

—¡Sabes que puedo llamar al menos a diez tripulaciones que estarán en Londres en menos de un mes! Esta guerra la ganará mi gente si pido refuerzos.

—¡Serán muchas muertes por la vida de un hombre!

—¡Ese hombre casi me quita a mi mujer! ¿Cómo te sentirías si hubieran envenenado a tu hija?

Jack apretó las mandíbulas. —Ese hombre tendría una muerte lenta y dolorosa. Por nada del mundo me gusta hacer esto, pero se lo debo.

—Sabes que esto acaba con nuestra amistad —dijo fríamente.

—Y no sabes cómo lo siento. Realmente lo siento muchísimo. —Jack se

levantó dejando su copa a la mitad y saliendo del salón dejándolo allí impotente viendo como se iba de su casa.

Bill apareciendo en la puerta del salón se acercó. —Yo no soy de tus hombres.

—Para Jack sí que lo eres. —Se volvió llevándose las manos a la cabeza. —Sabes cómo es Jack. Lo que me ha querido decir, es que solo permitirá que Camille lo mate.

—Ir a la guerra es imposible. —Bill se acercó y bebió de la copa de Jack Sterling. —Y será inútil. Sterling se dejará la piel para que siga vivo. Como si tiene que morir él. Cuando da su palabra...

—Lo sé. —Se pasó una mano por la frente.

—Solo hay una manera.

Randall le miró de reojo. —Debes estar de broma.

—Puede que tú la hayas visto convaleciente gran parte del tiempo, pero es muy dura.

—¡Ya sé que es dura! Pero no tiene que pasar por esto.

—¡Sí que tiene! ¡Es su venganza, no la tuya!

—¡Es mi mujer!

—Que le mates tú no le dará ninguna satisfacción. Lo que pasa es que quieres protegerla y ha llegado el momento que sea ella la que dé un paso al frente.

—¡Es mi responsabilidad! ¡Soy su marido y el Dragón Dorado! ¿De qué

coño me sirve si no puedo protegerla?

Bill le entendía perfectamente. Se sentía impotente. —Enséñala. Tú sabes cómo. Yo la he enseñado a robar y es mucho mejor que yo. Enséñale a defenderse y a matar como tú sabes.

—Que la enseñe a matar —dijo con desprecio—. Eso es muy fácil. ¡Lo difícil es vivir con ello!

—Entonces ya tienes mucho camino ganado, porque le odia tanto que no va a sentir ningún remordimiento.

Bill se volvió saliendo del salón dejándole con sus pensamientos.

## Capítulo 10

Camille se despertó agotada y sonrió a Bill que sentado a su lado leía el periódico. Recordó como ella le había enseñado en sus primeros años juntos. —Hola —susurró sintiendo que le ardía la garganta.

—Ehh... —Su amigo dobló el periódico y cogiendo el vaso de leche, la ayudó a beber con cuidado. —¿Cómo estás?

—Como si me hubieran pasado por encima veinte caballos.

Bill se echó a reír cogiéndole la mano. —Espera, que voy a avisar a Randall.

—Sí, avisa a mi marido.

—Estoy aquí. Quita las manos de mi esposa, aprovechado. —Randall se acercó sonriendo por el otro lado de la cama y se sentó apoyando el antebrazo al lado de su cabeza para acariciar su mejilla. —¿Cómo estás, preciosa?

—Bien. —Sonrió con esfuerzo. —Casi me voy al otro barrio. —Él sonrió sin ganas sin dejar de acariciarla. —¿Le has matado?

—Shuss. Ahora no pienses en eso.

—¿Eso es que sí o que no?

—Es que no vamos a hablar de esto hasta que no estés bien —dijo advirtiendo con la mirada a su amigo.

—Eso significa que hay problemas —susurró cerrando los ojos—. Dios, esto

no se va a acabar nunca.

—Claro que sí. Y llevaremos una vida muy tranquila en el campo.

Le miró horrorizada haciéndole reír. Acarició la mejilla de su marido y susurró ronca —Dime qué ha ocurrido.

—Ha pedido ayuda a Sterling. —La mano de su esposa se tensó y él se la cogió para besarla. —Si le mato...

—Entraréis en guerra.

Su marido asintió. —Solo dejará que tú te acerques a él.

Camille sonrió. —Bien.

—Pero no...

Ella tapó su boca con su mano sin fuerzas y Randall besó la palma de su mano. —Ya es hora de acabar con esto. Ahora dame un beso. Te he echado de menos.

La besó con suavidad y cuando se apartó ella miró a Bill. —Ahora tú.

Randall carraspeó y Bill se echó a reír acercándose para besarla en la mejilla.

—¿Tienes hambre, enana?

Negó con la cabeza. —El médico estará al llegar —dijo Randall levantándose.

—¿Qué ocurrió con la doncella?

—Apareció muerta en un callejón a tres calles de aquí —dijo Bill mirándola muy serio.

Se lo imaginaba. Su padre no dejaba cabos sueltos.

—No pienses en eso ahora. Lo único importante es que te recuperes. —Su marido se pasó una mano por el cabello y ella se dio cuenta de que estaba agotado. Al mirar a Bill vio que tampoco había dormido. Solo creaba problemas. Ya iba siendo hora de que solucionara ese problema para poder llevar una vida medianamente normal teniendo en cuenta el marido que tenía y el ambiente que la rodeaba.

Sonrió sin poder evitarlo y Randall hizo lo mismo mientras se miraban a los ojos. —Menuda esposa tienes.

—La mejor.

Esas palabras la emocionaron.

—Me voy que os estáis poniendo sensibleros.

Camille alargó la mano hacia su esposo que volvió a sentarse acariciándosela. —Estás enfadadísimo. Pero lo voy a conseguir. No tienes que preocuparte, será pan comido.

—Tenemos que idear un plan...

—Queda mucho para eso. Como dices me tengo que recuperar. No te preocupes por mí.

—¡Cómo si fuera tan fácil cuando he estado a punto de perderte! —Furioso le besó la mano y ella vio que tenía ganas de matar a alguien. Su frustración era patente.

—Mi amor, puedes vengarte. Nadie ha dicho que no puedas hacerle la vida imposible. Solo que no puedes matarle. —Los ojos de Randall brillaron. —

Quítaselo todo. Destruýelo. Que no le quede nada excepto su vida. Vendrá a mí en venganza y le estaré esperando.

—Eres perfecta. —Se acercó y la besó en los labios con fuerzas renovadas antes de levantarse y gritar de la que salía —¡Nichols! ¡Mueve tu viejo trasero!

Sonrió viéndole salir. Quizás tendría que haberle dicho que durmiera primero.

Laine le llevó una pistola y se la colocó bajo la almohada, así como un puñal que escondió bajo el colchón. Eso por no decir que ella misma llevaba una pistola en el bolsillo del delantal. La casa era un fuerte y la puerta de su habitación estaba franqueada por dos hombres de Randall y debajo de sus ventanas había otros dos hombres. Nadie podía subir al segundo piso sin una razón justificada y solo entraban en su habitación las personas de confianza de su marido. Una semana después se encontraba mucho mejor, aunque todavía no comía normalmente, porque el médico se lo había prohibido diciendo que debía tomarse las cosas con calma pues todavía tenía el estómago delicado.

Todo lo que comía era probado previamente por quien tocaba la comida bajo la supervisión de Bill o Nichols y ellos mismos subían las bandejas a la habitación. Las gemelas intentaban entretenerla mientras su marido trabajaba, pero tanta inactividad la estaba deprimiendo un poco y todos se dieron cuenta.

Una mañana se despertó por un roce en la nariz y al abrir los ojos sonrió al

ver una rosa roja sobre ella. —Buenos días preciosa.

Su marido desnudo de cintura para arriba estaba tumbado de costado a su lado observándola. —Tengo una sorpresa para ti.

—¿Para mí?

—Mira. —Le hizo un gesto hacia los pies de la cama y ella levantó la cabeza jadeando de asombro. La habitación estaba llena de rosas y de maniqués con maravillosos vestidos, pero lo que le llamó la atención era un impresionante vestido blanco con un bordado dorado de un dragón con las alas extendidas. Con la boca abierta se sentó en la cama mientras su marido reprimía la risa. Camille saltó de la cama y chilló de alegría al ver el collar de rubíes de su madre sobre el cuello de un maniquí. Entonces se fijó en los demás y vio que cada uno tenía un collar. Asombrada miró a su marido.

—Las joyas de tu madre, cielo.

—¿Cómo las has conseguido?

—He hecho una visita a su amante. Ha tenido que salir de la ciudad y se lo ha dejado todo.

Camille se echó a reír acercándose al vestido blanco, perdiendo el aliento al ver el collar. Un dragón de oro rodeado de esmeraldas y rubíes. Se volvió emocionada. —¿Éste lo has hecho para mí?

—Me diste el anillo —dijo levantándose—. Quiero que todo el mundo sepa a quien perteneces.

Le abrazó por la cintura y le miró a los ojos radiante de felicidad. —Soy

tuya. Y creo que a estas alturas debe saberlo todo Londres.

—Por si acaso.

Camille se echó a reír y le dio un beso en la barbilla antes de volverse para ver todos sus regalos. —No me mimes tanto que me voy a acostumbrar —dijo cogiendo un abanico de marabú. Lo abrió mirándole por encima de él y guiñándole un ojo—. Gracias.

—No, preciosa. Gracias a ti. —Cogió una peineta de diamantes y cortándole el aliento le apartó los rizos de su sien, colocándosela con delicadeza. —Eres tan hermosa que solo deberías ponerte cosas hermosas. Aunque con pantalones tienes un trasero muy bonito.

Camille se echó a reír abrazándolo por el cuello. —Pues eran tus pantalones.

Su marido acarició su espalda hasta que sus manos llegaron a su trasero, levantando lentamente el camisón para dejar sus nalgas al aire. —No te quedaban mal, pero te prefiero desnuda —dijo con voz ronca antes de besarla con pasión.

Camille le respondió con todo su ser y su marido acarició sus nalgas con ansias antes de subir su camisón para dejarla desnuda ante él. Acarició sus pechos reclamando su boca de nuevo mientras se los amasaba con pasión. Ella acarició su cuello queriendo más y gritando en su boca cuando pellizó sus pezones. Se estremeció de deseo y bajó sus manos ansiosa hacia el cierre de sus pantalones, dejándolos caer y acariciando sus caderas hasta llegar a sus glúteos. Muerta de deseo apartó su boca y besó su pecho. Su marido cerró los ojos y se

sobresaltó cuando su lengua acarició uno de sus pezones. Randall la cogió por las axilas elevándola hasta que se miraron a los ojos y ella rodeó su cintura con las piernas demostrando que había recuperado las fuerzas. Se agarró a su cuello y él la dejó bajar lentamente a la vez que su sexo entraba en ella embriagándola de placer. Sujetándola por los glúteos le marcó el ritmo mientras se miraban a los ojos con la respiración alterada. Movieron las caderas al unísono una y otra vez hasta que Randall no lo soportó más y entró en ella con fuerza provocando que su alma se estremeciera.

Jadeante sobre su pecho acarició su cuello. —Me quedaría así para siempre.

Él se echó a reír y caminó como pudo con los pantalones en los tobillos hasta la cama. —¿No lo prefieres tumbada?

—Ha sido interesante.

—Prometo enseñarte muchas más posiciones.

—Uhhh, Conde es usted muy malo.

Su marido se echó a reír y la besó en la sien dejándola sobre la cama. —Y me encantan mis regalos. Tanto que quiero más. —Sus ojos brillaron acariciando su pecho.

—Dime qué es lo que quieres y te lo conseguiré.

—Quiero su casa cerca del mar. Me he encaprichado de ella. Está ante un acantilado y era de mi abuelo. —Sonrió maliciosa girándose y mostrándole el trasero.

—Eso está hecho, preciosa. —Su mano acarició su espalda hasta llegar a él.

—También he oído que tiene una casa cerca del parque.

Ella perdió la sonrisa. —Esa no la quiero. No me importaría que ardiera hasta los cimientos. Allí mató a mi madre.

—Tus deseos son órdenes, cielo. —Se acercó a besarla en el hombro.

—Pero antes quiero el retrato de mi madre que estaba en mi habitación. Él no soportaba verlo.

—Si está allí, es tuyo.

Sonrió acercando los labios a los de su marido. —Me encanta que me consientas.

—Tú pide por esa boquita.

La noticia del incendio en casa del Conde de Wimmer salió en los periódicos. Camille con un impresionante vestido verde sonreía leyendo la noticia mientras comía una tostada untada con mermelada de grosella. Con la boca llena leía como incompresiblemente la casa había ardido sin que se pudiera hacer nada. Levantó la vista y miró a su alrededor. La habitación estaba saturada de cosas porque su marido había tenido la brillante idea de coger todo lo que pudiera pertenecer a su madre. Candelabros de plata, fuentes, vajillas, incluso un costurero que había en la casa había sido trasladado antes de prenderle fuego. Su padre estaba en el club en ese momento y cuando los hombres de su marido se presentaron en la casa no tardaron ni diez minutos en llevarse todo lo que

quisieron. Cuadro incluido. Por supuesto el servicio no había visto nada y los hombres de Sterling sonrieron divertidos sin mover un dedo. Fue muy interesante que los bomberos no llegaran hasta que no se pudo hacer absolutamente nada. Satisfecha bajó el periódico y miró a su marido sentado en la cabecera. —Querido...

—¿Ummm?

—¿Sabes que su carruaje es muy bonito? Quedaría estupendo con el dragón en su puerta. Además, necesitaré uno.

Las gemelas rieron por lo bajo mientras Burch sonreía desde la puerta.

—Estás disfrutando, preciosa.

—Enormemente.

—No puedes quitarle el capricho —dijo su suegra cogiendo la taza de té.

—Ni se me ocurriría. Mi esposa tiene derecho a todo lo que pida.

—Bien dicho, sobrino.

En ese momento llamaron a la puerta y todos se tensaron, aunque ninguno perdió la sonrisa. Cogió discretamente la pequeña pistola que tenía bajo la servilleta mientras los hombres de Randall abrían la puerta.

Camille se quedó con la boca abierta al ver a Jack Sterling en la puerta de la sala de desayuno, vestido como todo un caballero con pantalón marrón a juego con su chaleco y chaqueta beige. —Muy buenos días —dijo entregándole su sombrero y su bastón a Burch.

—Señor Sterling... —dijo ella levantándose y dejando la pistola sobre la

mesa, demostrando que no sentía ningún miedo por su presencia. Se acercó a él con una sonrisa extendiendo la mano—. Es un honor que esté en mi casa.

Randall puso los ojos en blanco mientras Jack sonreía cogiendo su mano y besándola como todo un caballero. —El honor es todo mío.

—Me alegra que haya venido. Por favor, ¿desea tomar un té? ¿Ha desayunado?

—Un té, gracias.

—No sé si conoce a mi suegra. Iolanthe, este caballero es Jack Sterling. Y ella es su hermana Iria.

—Es un honor. —Sterling miró a Iolanthe a los ojos y su suegra se sonrojó de gusto. —Si llego a saber que tu familia es tan agradable, hubiera insistido en que me presentaras antes, Randall.

—Siéntate de una vez, Jack. Me estás poniendo de los nervios.

Iolanthe intentó aparentar normalidad, pero no consiguió disimular que se sentía atraída por el rey de los bajos fondos. Lógico teniendo en cuenta que su padre y su hijo eran piratas. Ese hombre le iba que ni pintado.

Sterling se sentó a su lado sonriendo mientras Randall entrecerraba los ojos. —¿Qué has venido a hacer aquí?

—Querido, déjale que se acomode. —Se sentó al lado de su marido mientras el servicio le servía el té a Sterling. Jack miró divertido todas las cosas que estaban repartidas por la sala. —¿Le gustan mis regalos?

—Me gustan mucho. Aunque yo soy más de ir al grano.

—Pues no se nota —dijo su marido entre dientes.

Jack se echó a reír a carcajadas. —Randall nunca has tenido paciencia.

—¿De veras? —Camille sonrió a su marido cogiéndole la mano por encima de la mesa. —Pues conmigo ha tenido mucha.

—Es que usted es especial, milady. —Jack miró a Iolanthe. —Debe estar muy contenta con su nuera, milady.

—No puedo estarlo más.

Camille se sonrojó de gusto. —Es muy amable.

—Me acaban de comentar que cierta persona de la que no quiero decir el nombre, ha perdido su casa de campo en una estúpida carrera de caballos —dijo Jack divertido mirando a Randall.

Camille chilló de alegría y se levantó para darle a su marido un beso en los labios. —Eres el mejor.

Jack se echó a reír. —Por supuesto en ese momento se estaba quemando su vivienda de Londres y no se dio cuenta de que necesitaría cobijo, pues su amante ha huido de la ciudad y ya no dispone de su casa.

—Pobrecito —dijo Iria con burla.

—Sería divertido si no fuera porque se me ha presentado en mi casa.

Todos le miraron con la boca abierta. —¿Por qué? —preguntó indignada—. ¡Qué se vaya a un hotel!

Jack asintió mientras Randall se tensaba. —No te preocupes, amigo. No le he dicho que sí.

Todos suspiraron con alivio. —Pero se ha puesto muy impertinente diciendo que no estoy cumpliendo con mi obligación. ¿Se lo pueden creer? —Las gemelas negaron con la cabeza haciéndole sonreír. —Entonces yo le he dejado las cosas bien claras. Solo protegeré su vida contra Randall como me pidió. Y él pareció entenderlo. Aunque se ha ido muy enfadado.

—¿Qué vienes a decirnos exactamente, Jack?

—Me ha llegado cierta información que no tiene nada que ver con la vida de ese hombre.

Todos le miraron impacientes. —Al parecer temiendo que al final pueda perderlo todo, está iniciando ciertos trámites.

—Va a abandonar el país.

—Se va de Inglaterra. Todavía no sé a dónde, pero lo que sí sé es que está reuniendo todo su capital para llevárselo con él. Teme dejarlo en el banco y que cuando vuelva, si es que puede volver, ella se lo haya quedado todo.

Camille apretó los puños y Randall sonrió satisfecho. —¿No me lo digas? Se va en barco.

Jack se echó a reír. —¿No es irónico? Me pregunto qué hará el Dragón Dorado al respecto, porque en cuanto abandone Inglaterra mi misión acabará en el puerto.

A Camille se le cortó el aliento mientras Randall sonreía satisfecho. —Es toda una noticia.

—Me alegro de que te agrade. —Miró a Iolanthe. —¿Le gustaría pasear en

calesa? Hace una mañana preciosa para quedarse en casa. Por supuesto su hermana también nos acompañaría.

Iria sonrió viendo como su hermana se sonrojaba intensamente. Randall jadeó indignado, pero Camille cogió su mano reteniéndole.

—Será un placer —dijo tímidamente, aunque su suegra no tenía nada de tímida.

Divertida vio como Sterling se levantaba apartando su silla. —Sterling... —siseó su marido a punto de estallar al ver como su madre cogía a su amigo del brazo.

—Hijo, a esta edad no hay que desaprovechar las oportunidades únicas. —Le guiñó un ojo a Camille y salieron de allí riendo.

Randall la miró atónito. —¡Intenta seducir a mi madre!

—¡Te imaginas que se convierte en mi suegro! —dijo emocionada—. Jack Sterling mi suegro.

—Enana qué suerte —dijo Bill desde la puerta.

—¡Oh, por Dios! —Randall se levantó furioso. —¡Es un delincuente!

—Cariño, no veas la paja en el ojo ajeno...

Bill se echó a reír a carcajadas. —Mira quien fue a hablar, el que tiene un pajar.

—¡No es lo mismo!

—No, claro que no. —Camille miró a su amigo como si le faltara un tornillo y Bill se echó a reír a carcajadas.

—¡Tú! ¿No tienes nada que hacer?

—No, jefe.

—¡Revisa la casa!

—¡Lo acabo de hacer!

—Pues hazlo de nuevo.

—Cielo, te lo estás tomando muy mal.

—¡Con mi madre! —exclamó a gritos saliendo de la sala de desayuno—. ¡Lo que me faltaba!

Bill miró a su amiga. —¿Por qué no se lo dices ya y le das una alegría?

—Esperaré a que se le pase. —Cogió su tostada y comió con ganas mientras Bill se sentaba ante ella cogiendo lo que le apetecía.

—Qué suerte, Jack Sterling. ¿Crees que me dará trabajo? —preguntó con la boca llena.

—¿Y para qué quieres trabajo? ¡Ya tienes uno! ¡Protegerme a mí!

—Sí, pero cuando tu padre se vaya al otro barrio, ya no tendré y...

—No te preocupes por eso.

—¿Qué coño estás haciendo? —El grito de su marido los sobresaltó a los dos que le miraron como si hubieran hecho algo malo.

—Desayunar —dijo su amigo con la boca llena al darse cuenta que se dirigía a él.

—¡Mueve el culo! —gritó dando un paso hacia él. Bill se levantó a toda prisa entrando por la puerta de servicio a la cocina y provocando que Camille

riera.

—Cielo, relájate. —Le miró maliciosa. —¿Te duele la cabeza?

Su marido gruñó acercándose a ella y cogiéndola en brazos. Riendo se abrazó a su cuello mientras iba hacia las escaleras. —Han sido buenas noticias. —Le besó en los labios.

—Sí que lo han sido. Terminaré con esto en cuanto ponga un pie en el barco.

Cuando llegaron arriba la tumbó sobre la cama levantándole las faldas y ella se echó a reír cuando le cubrió la cara con ellas. Camille se destapó el rostro riéndose por las cosquillas que le hacía mientras le quitaba los calzones y cuando se tumbó sobre ella le susurró mirando sus ojos verdes —Tu risa me vuelve loco.

—Y a mí la tuya. Me gusta verte feliz. —Le acarició la mejilla. —  
¿Recuerdas lo que dijo Maude?

—¿Sobre tu abuelo? Que era un amante estupendo.

Sonrió divertida. —No, sobre eso no.

—¿Sobre las batallas en el barco? No te creas la mitad.

—No, sobre eso tampoco.

—¿Sobre la herida? ¿Sobre qué? ¡Esa mujer habla muchísimo, podemos estar así hasta mañana y quiero hacerte el amor!

Ella se echó a reír al ver su confusión y segundos después le miró a los ojos divertida. A Randall se le cortó el aliento. —¿Viene el primero?

—¿Te alegras?

Randall la besó con pasión cogiéndola de la nuca para profundizar el beso.

Alejó sus labios lentamente mientras entraba en su cuerpo. Camille separó los labios respirando agitadamente mientras él le acariciaba la mejilla con el pulgar. —Eres mi vida —susurró antes de besarla de nuevo amándola de tal manera que no le quedó ninguna duda de que era así.

## Capítulo 11

Observó como su marido se vestía de nuevo y Randall sonrió mirándola a través del espejo, volviéndose al ver que abrazaba la almohada sin ninguna intención de levantarse. —¿Vas a dormir un rato? —Se acercó a la cama. —Eso está bien. —Arrodilló una pierna a su lado apoyando las manos a ambos lados de su cuerpo. —Descansa que esta noche seguimos.

Camille soltó una risita cuando la besó en los labios. —Es insaciable, Conde. —Besó su labio inferior y él se apartó acariciando su mejilla.

—Duerme un poco preciosa, no quiero que te agotes. Todavía estás convaleciente.

Le miró a los ojos y cogió su mano. —Nunca creí que se pudiera amar de esta manera. —A Randall se le cortó el aliento. —Mi corazón es tuyo, mi vida. Y quiero que lo sepas por...

—Shusss. No te va a pasar nada.

Sonrió con tristeza. —Sé que no dejarías que me pasara nada.

—Ese cabrón no podrá acercarse a ti. Jamás. Tendremos una larga vida juntos y harás lo que haga falta para que sea así. Así que ahora a dormir.

Camille sonrió. —Lo que haga falta, capitán. Tus deseos son órdenes.

—Así me gusta, grumete. Que aprendas rápidamente. —La besó de nuevo

con ternura y ese beso le supo a gloria. Sonrió viendo cómo se incorporaba y se ponía la chaqueta de terciopelo marrón antes de ir hacia la puerta. Carraspeó antes de abrir levantando una ceja y Camille rió cubriéndose con las sábanas. — Tengo que hacer unos recados e ir al puerto. Regresaré para la cena.

—Cuida tu espalda, cielo —dijo preocupada—. Está acorralado y un animal acorralado puede revolverse cuando menos te lo esperas y atacar.

—Está vigilado. Descuida.

Ella asintió viendo como salía de la habitación y recostada sobre las almohadas miró el techo pensando en todo lo que había ocurrido. Las palabras de Sterling unas horas antes la inquietaban. Durante esas semanas había estado preparada para vengarse de todo el sufrimiento que su padre había ocasionado a su madre, a su abuelo, a su tía y a ella. Pero ahora sería su marido quien se tomara la justicia por su mano y eso no podía ser. Algo en su interior se lo impedía. Una rabia que la recorría de arriba abajo clamando venganza.

Cerró los ojos viendo la cara de su padre el día que le dijo que debía casarse. Aunque estaba preparada para el primer golpe, fue tan brutal que la atontó y a partir de ahí ya no pudo pensar en nada que no fuera en cubrirse para sobrevivir. Lo sintió como si la golpeará en ese mismo momento. Ese cabrón debía morir, pensó con odio. Casi podía sentir la empuñadura de su puñal mientras traspasaba su piel una y otra vez. Y ese puñal solo debía empuñarlo la nieta del Dragón Dorado, porque la ofensa a su familia había sido tan enorme que nada la satisfaría excepto eso. Otra cosa era inconcebible.

Abrió sus ojos verdes mirando al frente y estos reflejaron el odio que llevaba gestándose toda su vida. Había llegado la hora y estaba preparada. Apartó las sábanas y saltó de la cama acercándose a la ventana. A través del fino hilo de la cortina vio cómo su marido daba órdenes a sus hombres para proteger la casa en su ausencia. Randall subió a su carruaje y vio cómo se alejaba. Se le formó un nudo en la garganta porque puede que no le volviera a ver, pero debía cumplir con su deber. Fue hasta el armario y se agachó para sacar el paquete que le había guardado allí Bill. Sonrió al verlo envuelto en papel de estraza y tiró del cordel apartando el papel para encontrar su ropa. Ropa de doncella. Una doncella pasaría desapercibida en cualquier parte y nadie se fijaba en ellas. Sobre todo en la parte alta de la ciudad. Se puso el vestido negro que le llegaba a los tobillos y se calzó los zapatos. Recogió su cabello en un moño en la nuca y se puso la cofia como la llevaba Laine. Se estaba haciendo la lazada del mandil cuando llamaron a la puerta y Bill metió la cabeza. Apretó los labios al ver que se había vestido. —Sabía que te escaparías en cuanto escuché a Sterling.

—¿Sabes dónde está? —preguntó fríamente mirándose al espejo para revisar que estuviera impecable.

—Vive en un hotel. El Strand.

—Uno de los mejores de la ciudad. —Se volvió y extendió la mano.

Bill dudó. —¿Estás segura de lo que haces?

Miró sus ojos castaños. —¿Tú no harías lo mismo?

—Joder, sabes que sí, pero ese cabrón puede tomarte por sorpresa. Déjame ir

contigo.

—Me has enseñado bien y sabes que si sales de la casa se darán cuenta de que ocurre algo. Si todo va como creo, estaré de vuelta antes de que Randall regrese a casa. Ni se enterará. Dámelo.

Su amigo apretó los labios antes de llevar la mano a la espalda y sacar un puñal, entregándoselo por el mango. —Es el mejor que he encontrado.

Ella tocó su filo. Estaba tan afilado que la delicada piel de su dedo se levantó, pero no hizo un solo gesto de dolor viendo la sangre que manaba de la herida. Levantó la vista hacia su amigo y sonrió con odio. —Sangre de mi sangre.

Bill asintió. —Venga a los tuyos y demuestra que esa sangre que derramas en este momento es la misma que la del Dragón Dorado.

—Eso haré.

Fue hasta la puerta metiendo el cuchillo en el bolsillo del mandil y Bill susurró —Vuelve con vida o tu marido me despellejará vivo.

Le miró sobre su hombro emocionada. —Te quiero.

—Y yo a ti. Hasta la muerte.

Sonrió con tristeza y salió de la habitación caminando sin levantar la cabeza hacia la escalera de servicio. Cogió una de las capas de las doncellas, cubriéndose el cabello con la capucha antes de pasar por la cocina.

—Milly, ¿a dónde vas? —preguntó la cocinera sin volverse mientras revolvía algo en una cacerola.

—Milady me ha encargado un recado.

—¿La Condesa comerá en su habitación? Burch no me ha dicho nada.

—Está descansando.

—Pobrecita, con todo lo que ha pasado. Date prisa en realizar su encargo.

Tienes que ayudar en el comedor esta noche. Menos mal que no han comido en... —Se volvió sorprendida porque la doncella ya se había ido y la enorme mujer se encogió de hombros acercándose a la puerta con el cucharón en la mano. Frunció el ceño viendo su silueta pasar entre los hombres de su señor. — Esta niña cada vez está más delgada. Voy a darle ración doble para la cena. — Cerró la puerta y se volvió parpadeando al ver a Milly entrando en la cocina con una cesta de leña vacía. —¡Pero niña! ¿No te ibas a...? —Se volvió de golpe mirando la puerta y la abrió gritando —¡Se ha escapado! ¡Milady se ha escapado!

Viendo la fachada del hotel apretó los labios al ver a dos hombres de Sterling metidos en un carruaje ante la puerta principal. Sonrió divertida porque no podían tocarle un pelo y cruzó la calle en cuanto pasó ante ella un carruaje. Subió los tres escalones de la entrada y empujó las puertas de cristal, pero un lacayo vestido con una librea granate con puños dorados la detuvo poniéndole la mano en el hombro y siseó —¿Eres estúpida? Debes entrar por la puerta de servicio.

Ella miró su mano fríamente antes de mirarle a los ojos. —No me toques. No te atrevas a tocarme.

El hombre apartó la mano de inmediato y carraspeó. —El servicio entra por detrás.

Dio un paso hacia él amenazante y el hombre miró sobre su cabeza dando un paso atrás antes de carraspear de nuevo. —Por supuesto puede pasar.

—Eso pensaba. —Miró sobre su hombro y puso los ojos en blanco al ver a dos hombres enormes que obviamente eran gemelos. —¿Sois de Sterling? —Ambos asintieron sin abrir la boca. —No me estorbéis.

—Ni se nos ocurriría, milady. Seguimos órdenes.

—Perfecto. —Fue hasta la escalera y empezó a subir desatando el lazo de su capa que tiró al suelo al llegar al primer piso. No sabía la habitación, así que miró a los hombres levantando una ceja.

—Tercera puerta a la derecha.

—Gracias.

—De nada, milady. Es un honor.

Caminaron tras ella hasta la puerta y puso los ojos en blanco al ver a otros dos hombres de Sterling en el pasillo. Se pusieron en guardia en cuanto la vieron, pero uno de los que venía detrás les hizo un gesto para que la dejaran pasar y Camille miró la puerta cuando se apartaron. Cogió el pomo y tomó aire porque había llegado el momento.

—Deje que su marido se encargue, milady —susurró uno de los gemelos

preocupado por si le pasaba algo.

—Esto debo hacerlo yo. No intervengáis.

—Si está en peligro entraremos —dijo muy serio apretando los puños—.

Grite y...

—Eso no pasará. Es él o yo.

Entró en la habitación y cerró la puerta antes de que pudiera añadir algo.

—¿Quién eres tú? ¡Cómo te atreves a entrar aquí sin permiso! —gritó su padre indignado.

Su voz tras ella la tensó con fuerza y enderezando la espalda se volvió lentamente para encontrar a su seboso y envejecido padre sentado en la cama con un ridículo gorro en la cabeza y con el camisón puesto. Al parecer no se había dado cuenta de que había amanecido hacía rato. —¡Sal de aquí de inmediato!

Esas palabras la dejaron en shock. Ni la había reconocido. El odio la recorrió con fuerza provocando un dolor en el estómago que solo se quitaría de una manera. Sonrió con maldad y el Conde se enderezó entrecerrando los ojos. — ¡Qué salgas te digo! —gritó fuera de sí antes de apartar las mantas. Hasta le costaba levantarse y Camille se preparó para el primer golpe cuando se acercó a ella con la mano levantada. —¡Yo te voy a enseñar modales! —El brazo se acercó para golpearla y Camille le cortó el antebrazo con el puñal haciéndole gritar de dolor, apartándose de ella y mirándola sorprendido.

—Hola, padre. —Sonrió maliciosa. —¿Me has echado de menos?

—Camille —susurró sin aliento.

—Oh, ¿me recuerdas? Pensaba que me habías olvidado por completo dado tu recibimiento.

—Hija, yo...

Ella estiró el brazo rajándole el otro antebrazo haciéndole trastrabillar hasta la cómoda y furiosa siseó —Ni se te ocurra llamarme hija, cabrón retorcido.

Pálido se apoyó en la cómoda haciendo caer sus productos de aseo al suelo. —No lo entiendes...

—Claro que lo entiendo. Lo único que te interesaba de mi madre era su dinero y nunca la quisiste. Demasiada suerte has tenido de vivir tanto tiempo. — Dio un paso hacia él y el Conde la miró con odio—. Eso es, demuéstreme de la pasta que estás hecho, puto egoísta. ¿Quieres pegarme?

Él gritó tirándose sobre ella, pero Camille le esquivó haciéndole la zancadilla y provocando que cayera sobre la butaca que había ante la chimenea. Se echó a reír y su padre se volvió con rabia. —Eres tan patético.... Con niñas y con mujeres indefensas sí que eres capaz de golpear con saña, ¿pero conmigo no? Qué bajo has caído. ¡Levántate y lucha como un hombre! —gritó fuera de sí—. Eso si eres un hombre, que lo dudo mucho.

—¡Putá! —Con la pierna la golpeó en el tobillo y Camille cayó de rodillas. Él gritó con furia antes de agarrarla por el cabello golpeando su frente contra el suelo, pero el instinto de supervivencia le hizo estirar el brazo haciendo un arco y le rajó por el vientre provocando que se apartara tocándose sorprendido.

Mareada se sentó en el suelo con la respiración agitada y vio como pataleó hacia atrás intentando huir de ella mientras su camión se llenaba de sangre. No era una herida grave, pero él supo al mirar sus ojos que no iba a salir vivo de esa habitación.

—Maldito cabrón, mi abuelo tenía que haberte destripado vivo. Pero tranquilo, que estoy yo aquí para poner las cosas en orden.

La miró asustado antes de gritar intentando levantarse, pero resbaló con su propia sangre cayendo en el mismo sitio. —¡Ayuda!

—No te va a ayudar nadie. Sterling no va a protegerte de mí.

—No heredarás nada —dijo rápidamente buscando una salida—. No sabes donde tengo el dinero.

Sonrió con malicia. —He vivido en la calle durante todos estos años. ¿Crees que me interesa el dinero? Si fuera así, me hubiera casado con el seboso que me habías buscado.

—¡Por favor, no me mates! ¡Soy tu padre! —gritó desesperado a punto de llorar.

Fríamente se levantó y le dio una patada en la cara que hizo revotar su cabeza contra la piedra de la chimenea. —Tú no eres mi padre. —Se acercó a él y le cogió por su cabello ahora canoso poniéndole el cuchillo bajo la barbilla, sintiendo que todo su odio renovaba sus fuerzas. —Reza lo que sepas, aunque seguramente te encontrarás con el abuelo al otro lado. Apostaría el cuello a que te está esperando para llevarte al infierno como mereces.

—Tu abuelo... El gran Dragón Dorado —dijo con desprecio antes de echarse a reír de una manera que le puso los pelos de punta—. No era tan fiero como lo pintaban.

—¡Porque tenías a su hija en tus manos!

—Exacto. —Levantó la vista para mirarla a los ojos. —Ella le mató, por eso no soportó la pena y se suicidó.

A Camille se le cortó el aliento. —¡Mientes! ¡El abuelo se murió de pena porque la golpeabas y mi madre no se mató!

—Claro que sí —dijo con satisfacción—. ¿De quién crees que fue la idea? De Cecilia.

Sorprendida soltó su cabello. —¿De qué hablas?

—¡Le gustaba! ¡Le gustaba que la golpeara y disfrutaba con ello!

—Estás loco. —Asqueada le dio un bofetón que le volvió la cara.

Andrew se echó a reír. —La loca era tu madre. Fue idea suya que nos casáramos, aun en contra del deseo de tu abuelo. Sabía que él terminaría claudicando. Y cuando intentó desheredarla, fue Cecilia la que me dijo que la golpeara. —La maldad en su rostro le paralizó el corazón. —Era la hija del Dragón Dorado y estaba acostumbrada a salirse con la suya. Sabía manejarle con su dedo meñique. ¡Yo tenía que quedar como el villano y ella le haría jurar que no me tocaría un solo cabello! ¡Ella lo planeó todo! ¿Acaso crees que una mujer que se ha criado con un pirata, iba a dejar que yo la golpeara y saldría impune? ¡Simplemente seguimos sus planes para salirse con la suya! Quería más

asignación y si se encaprichaba de algo, se presentaba en su casa con la cara amoratada. ¡Así garantizaba que él le diera el dinero! ¡Pero cuando él murió, empezó a sentir remordimientos y a echarme la culpa a mí! ¡Entonces empezó a odiarme! Y Cecilia era de extremos y podía odiarte a muerte. ¡Tu abuelo dejó su herencia en manos de Lucie hasta que crecieras y me odió por eso! Me provocaba continuamente y cuando la pillé con un hombre en su cama... —A Camille le dio un vuelco el estómago. —¡Lo hizo a propósito! ¡Sabía cuál sería mi reacción! ¡La muy zorra quería que la matara! ¡Cualquier marido habría actuado como yo!

Camille sonrió con desprecio. —Maldito cobarde. Todo lo que te haga, será poco para lo que te mereces. ¡No solo eres un cobarde y un ladrón, sino también un maldito mentiroso!

—Puedes decir lo que quieras —dijo malicioso—. Pero pregúntale a tu suegra cómo era Cecilia. Puede que me odien, pero la conocía muy bien.

La puerta se abrió de golpe y Camille se tensó al ver a su marido entrando en la habitación como si nada, mirándola de arriba abajo para comprobar su estado. Se miraron a los ojos. —Preciosa, ¿qué haces aquí?

—Esto es cosa mía —siseó furiosa.

Los gemelos se pusieron tras él para retenerle si intervenía y Randall sonrió. —No puedo hacer nada. Es todo tuyo.

Sonrió satisfecha antes de mirar a su padre, que perdió el poco color que le quedaba en la cara. —¿Sabes? Me importa una mierda lo que hayáis hecho en el

pasado. Vas a pagar por lo que me hiciste a mí. ¿O para eso también tienes excusa? —Andrew no abrió la boca. —Lo suponía. —Levantó el cuchillo con ambas manos y el sonido de la detonación la sorprendió sobresaltándola. La cabeza de su padre se inclinó hacia atrás mostrando el agujerito que tenía en el centro de la frente del que salió un hilito de sangre antes de que su cuerpo se inclinara hacia atrás, cayendo dentro de la chimenea apagada y provocando que el polvo gris le rodeara antes de que su mano cayera al suelo de madera.

Aún con los brazos en alto y sin entender lo que había ocurrido, giró la cabeza para ver a Iolanthe con una pistola en la mano mirando el cuerpo de su padre con odio. —¡No! —gritó desgarrada porque le había quitado su derecho a vengarse del hombre que les destrozó la vida. Randall se acercó a ella y le arrebató el cuchillo de las manos. —¿Por qué lo has hecho? ¡Era mío!

Iolanthe la miró a los ojos. —Ya has sufrido mucho. No debes llevar esto sobre tu conciencia.

—¡No!

Randall la abrazó mientras se echaba a llorar de pura frustración y les hizo un gesto a los hombres de Sterling que se acercaron a recoger el cuerpo del Conde.

—¡Maldito cabrón! —gritó ella con los nervios destrozados—. ¡Espero que te pudras en el infierno!

—Preciosa, cálmate —susurró Randall pegándola a él.

Sterling entró en la habitación y cogió la pistola de Iolanthe. —Bien hecho.

Iolanthe sonrió. —No has faltado a tu promesa.

—No exactamente. No eres uno de los hombres del Dragón. —Le guiñó un ojo antes de girarse hacia Randall que intentaba consolar a su esposa. Hizo una mueca porque era obvio su dolor. Y ese dolor no se podría curar por mucho que le hubiera matado.

Vio como la cogía en brazos mientras lloraba sobre su pecho y Randall preocupado salió de la habitación con ellos detrás. —Por la escalera de servicio, Conde —dijo uno de los gemelos indicándole el camino.

Camille no fue consciente de como la sacaban del hotel ni de como la subían a un carruaje. Creía que sentiría alivio. Creía que todo terminaría con su muerte, pero todos sus recuerdos seguían allí y lo que le había dicho... Su madre no podía ser su cómplice. No podía haberlo ideado todo. No, era otra de sus mentiras. Otro intento de hacer daño. Con la mejilla apoyada sobre el hombro de su marido sollozó abrazándole.

—Ha terminado, preciosa —dijo suavemente acariciando su espalda—. Ya no te hará más daño.

—Me ha dicho...

—Ha querido herirte de alguna manera. No creas una palabra.

Se apartó para mirar sus ojos negros. —¿Eso crees? Ha dicho que mi madre les manipuló a los dos. Que...

—No te creas una palabra. —Acarició su mejilla. —Ahora deja de llorar que preocuparás a Bill y bastante arrepentido está ya.

Agachó la barbilla. —No me ha ayudado Bill.

—No me mientas, preciosa —siseó enfadándose—. Sé que fue él. No moverías un dedo sin que él lo supiera. ¡Y tú no pudiste conseguir el uniforme de doncella!

Se sonrojó ligeramente. —Debe ser la sangre del Dragón que lo robo sin darme cuenta.

Su suegra se echó a reír a carcajadas y sorprendida la miró porque ni se había dado cuenta que estaba sentada frente a ellos con Sterling a su lado. —¡Y tú no te metas!

—No, si yo ya me he metido bastante.

—¡Pues eso! ¡Era cosa mía!

—No, niña. Eres de la familia y la familia se cubre las espaldas. ¡Si tengo que hacer lo que sea para que no sufras más, lo haré! ¿Me has entendido? ¡Esto tendría que haberlo liquidado hace años! Pero tu madre...

Camille perdió todo el color de la cara mientras Randall se tensaba. —Madre, déjalo estar.

—¿Mi madre qué? —Iolanthe se cruzó de brazos mirando por la ventana, haciendo que no había oído nada. —¿Mi madre qué? —gritó perdiendo los nervios.

Su suegra bufó. —¡Nos ató de pies y manos!

—¿Cómo?

—Nos hizo prometer que no haríamos nada. Porque ella se encargaría.

A Camille se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Madre, por favor. ¿No ves en el estado en que se encuentra?

—Iolanthe... —la advirtió Sterling haciéndole fruncir los labios.

—¡Ah no, ahora no te calles! ¿Le estás echando la culpa a mi madre?

—Ese cabrón... Siempre tenía que estar fastidiando. Se lo dije, le advertí que lo ignorara. Pero ella siempre se salía con la suya y se enamoró de él perdidamente.

—Todo fue idea suya, ¿verdad? —susurró mientras una lágrima corría por su mejilla—. ¡Era una caprichosa que nos jodió la vida a todos!

Iolanthe desvió la mirada como si no lo soportara. —No merecía lo que le ocurrió.

—¡Pero se lo buscó ella!

—¡Sí! —gritó su suegra—. ¡Tuvo la oportunidad de huir de él mil veces! ¡Tu abuelo podría haberle desmembrado con gusto, pero prefirió quedarse a su lado! Y te aseguro que Cecilia no era alguien débil de carácter como su prima Lucie. ¡Si se quedó fue porque quiso! ¡El Dragón la hubiera librado del problema de un plumazo!

—Dios mío —susurró cerrando los ojos.

—¡Madre, ya está bien! —Randall la cogió por la barbilla para que le mirara.

—Eso ya pasó, preciosa. No quiero que pienses más en ello.

—Pero...

—¡Están muertos, Camille! ¡Ya no forman parte de nuestra vida!

—Padre me dijo que todo fue idea de ella.

Randall frunció el ceño. —¿Qué quieres decir?

—La boda en Escocia, que la golpeará para presionar al abuelo y todo lo demás. Que luego sintió remordimientos cuando murió el Dragón y que le odió. Que le fue infiel al Conde y éste la mató de rabia.

—No le hagas caso. Solo ha querido dañarte. Su última estocada.

—Pero tu madre...

—Niña, eso es mentira —La interrumpió su suegra ofendida. —Puede que Cecilia fuera un poco caprichosa, pero jamás hubiera traicionado a tu abuelo. Le amaba más que a nada. Y eso le revolvía las tripas a tu padre.

Camille sintió que se le quitaba un peso de encima. —¿De veras? ¿Me ha mentado?

—No te voy a negar que se empeñó en esa boda absurda y que le amaba tanto que no entraba en razones. Pero mi hijo tiene razón, solo ha intentado envenenar el recuerdo que puedas tener de ella. No dejes que lo haga.

—Olvídese de él, Condesa —dijo Sterling muy serio—. He conocido hombres malvados en mi vida y le aseguro que su padre era uno de ellos.

Suspiró del alivio y sonrió débilmente antes de abrazar a Randall de nuevo.  
—No era mala.

—No cielo... —susurró él mirando a su madre, que desvió los ojos antes de mirar por la ventanilla mientras se apretaba las manos—. ¿Cómo iba a ser mala si te tuvo a ti?

Sterling apretó los labios antes de alargar la mano y coger la mano de Iolanthe entre las suyas. Randall entrecerró los ojos y carraspeó con fuerza haciendo que separaran las manos de golpe. Fulminó a Jack con la mirada y éste se hizo el loco. —A ti ya te pillaré.

Increíblemente el rey de los bajos fondos se sonrojó con fuerza asombrándole. Parecía un colegial al que habían pillado con las manos en la masa. Randall miró a su madre con ganas de matar a alguien y ésta se sonrojó con fuerza. —Increíble—siseó.

—¿Qué, cielo? —preguntó su mujer sin apartarse de él.

—Nada. Acabo de recordar que tengo que matar a alguien.

—¿No puedes dejarlo para después? Te necesito.

—Puedo hacerlo después. O mañana. Pero tarde o temprano... —dijo entre dientes.

—Gracias, mi amor.

Esas palabras suavizaron su expresión y besó la coronilla de su esposa sin dejar de mirarlos como si fuera a desmembrarlos en cualquier momento. —Jack, ¿te dejamos en el club?

—No, se encarga Coleman.

—¿No me digas? Últimamente dejas muchas responsabilidades en sus manos.

—Es mi mano derecha. —Miró a su madre con adoración. —Además yo ahora tengo otros intereses.

Iolanthe soltó una risita tonta que a Randall le puso de los nervios. —Pues ten cuidado no te destronen, Rey.

Sterling se tensó mirándole fijamente con sus ojos negros. —Tranquilo amigo, sé muy bien lo que hago.

—Más te vale.

## Capítulo 12

Randall entró en la habitación cerrando de un portazo y Camille que estaba dormida se sobresaltó sentándose en la cama desorientada. Su marido hizo una mueca. —Lo siento, preciosa. No creí que durmieras.

Suspiró del alivio dejándose caer en la cama de nuevo. —¿Qué ha pasado ahora?

—¿Qué ha pasado? —Se quitó la chaqueta de malos modos. —¡Acabo de llegar del club!

—¿Y? —Puso un brazo tras la cabeza observando cómo se desnudaba como si quisiera arrancarse la ropa.

—¡Y no estaba allí! —Se detuvo en seco mirando a su esposa. —Mi madre estaba en la cena, ¿verdad?

—Claro que sí, cielo. A mi lado sentadita como una niña buena. —Se miró la manga del camisón colocando el encaje de Bruselas antes de poner una dulce sonrisa en los labios y mirar a su marido que tenía la camisa en la mano echa un ovillo. En sus ojos negros vio que no confiaba en ella. —¡Qué estaba en la cena, pesado!

—Voy a hablar con mi tía.

—Cariño, estás exagerando.

—¿Exagerando? Jack es... es...

—¿Como tú? —preguntó divertida—. Cielo, lleva cortejándola dos semanas y estás de los nervios. Debes tranquilizarte.

—¡Soy el Dragón Dorado! ¡Tengo nervios de acero!

Camille reprimió la risa. —Por supuesto, querido.

—¿Te estás pitorreando?

—No, por supuesto que no. Soy tu esposa y te entiendo.

Frunció el ceño. —¿Seguro?

—No quisieras que tu madre se casara de nuevo jamás, pero...

—¿Quién ha hablado de boda, mujer? —preguntó a los cuatro vientos antes de tirar la camisa a un lado y dar un paso amenazante hacia ella—. ¿Han hablado de boda?

Ella se hizo la loca. —¿Por qué no te acuestas? —Se bajó el camisón por el hombro. —Necesitas relajarte. Ven que te dé un masaje de esos que te gustan. No vaya a ser que te duela la cabeza y no pegues ojo. —Le guiñó un ojo seductora y Randall la miró como si estuviera chiflada. —¡Cariño!

—Voy a hablar con mi tía. —Fue hasta la puerta.

—¡Randall Albert Weinberg! Sal de esta habitación y... —Su marido se había largado. Bufó saltando de la cama para correr hasta la puerta y vio como llamaba a la puerta de Iria. —Vuelve aquí —susurró empezando a enfadarse.

—Shusss, vas a despertar a mi madre —dijo mirando la puerta de la habitación que estaba en medio. Iria no abrió la puerta y Randall volvió a llamar

suavemente—. ¿Tía?

—Estará dormida. —Se acercó a él y le cogió del brazo. —Cariño, es muy tarde. Hasta yo estaba durmiendo y eso que siempre te espero.

Randall apretó los labios. —Tienes razón. Debe tener un sueño profundo.

—Vamos a la cama. —Sonrió cogiéndole por la cintura. —Estaba en la cena. Te lo prometo.

Pareció aliviado. —Menos mal. Durante un momento he tenido un mal presentimiento.

—Es que estás muy nervioso. ¿Qué tal si mañana nos vamos a la finca? Aire puro y sol. Empieza a hacer buen tiempo.

—No te gusta el campo.

—Bueno, es que como Londres no hay nada.

Su marido rió por lo bajo. —Allí te aburrirías.

—Puede. —Randall cerró la puerta y la cogió en brazos para tumbarla en la cama. —Pero será sano para el bebé.

Él sonrió acariciando su vientre aún plano. —¿Te encuentras mejor? ¿Se te ha pasado el disgusto?

—Soy más dura de lo que parezco.

—Eso ya lo sé. —Se agachó y la besó en los labios suavemente haciéndola suspirar de placer. —Estoy orgulloso de ti.

Se emocionó sin poder evitarlo porque viniendo de él esa frase significaba muchísimo. —¿De verdad?

—Sí, aunque contradijiste mis órdenes, estoy orgulloso de que lucharas por lo que creías justo. Y lo era.

Parpadeó viendo cómo se levantaba para quitarse las botas. —¿Que contradije qué?

—Mis órdenes.

—¿Qué órdenes?

Él dejó caer los pantalones. —Pues que te quedaras en casa que yo lo solucionaría.

—Ah, ¿pero eran órdenes? —preguntó mosqueada—. ¡Porque que yo sepa creía que lo hacías para que estuviera segura!

—Pues eso.

—¡Pero no como una orden! ¡Era una sugerencia!

—No, preciosa. —Se tumbó a su lado y suspiró. —Eran órdenes. Ya te darás cuenta de la diferencia.

Asombrada vio como bajaba la llama de la lámpara de aceite antes de tumbarse boca arriba suspirando de nuevo. Le vio cerrar los ojos como si estuviera agotado.

—Que duermas bien, cielo.

—¿Cómo que ya me daré cuenta, marido? —le gritó sobresaltándole—. ¡Y ya estaba durmiendo hasta que tú llegaste! Ahora vas a aclararme eso de las órdenes, que mira tú por donde, estoy despejada para escucharlo.

—Camille baja la voz. Vas a despertar a toda la casa.

—¡Me importa muy poco! —Le señaló con el dedo. —¡Somos marido y mujer! ¡No soy uno de tus esbirros del barco para que me des órdenes! ¡Qué se te meta eso en la cabeza!

Randall se sentó en la cama y subió la luz de la lámpara de aceite antes de fulminarla con la mirada. —Mira, mira... Camille que no estoy de humor para discutir ahora.

—¿No me digas? ¡Pues la manera en la que has entrado en la habitación me ha indicado lo contrario! ¡Tú quieres guerra! ¡A mí no me vas a ordenar nada, que se te meta en esa dura mollera!

Randall entrecerró los ojos. —¿Quieres discutir?

Pensó en ello mirando su hombro desnudo antes de mirarle a los ojos. —  
Puede.

Su marido se echó a reír a carcajadas y la cogió por la cintura tumbándola sobre él. —Así que quieres discutir. ¿Te aburres?

Gruñó acariciando su pecho hasta sus hombros antes de mirarle a los ojos. —  
¿Se nota?

—No estás acostumbrada a la vida sedentaria que llevan las damas de la alta sociedad.

—Si tomo un té más, me tiro de los pelos. —Su marido se echó a reír a carcajadas. —Ríete, pero cuando no pase por la puerta por comer tantas pastas no quiero protestas.

Las manos de su marido bajaron hasta su trasero y lo amasaron con pasión

haciéndola gemir cuando sintió su duro miembro contra su vientre. —Yo te veo muy bien —dijo con voz ronca.

Escucharon que se rompía un cristal y antes de darse cuenta Camille estaba sentada en la cama y su marido se estaba poniendo los pantalones. —¿Cielo?

—No te muevas de aquí. —Cogió la pistola que estaba sobre el aparador y salió de la habitación a toda prisa.

Preocupada se levantó de la cama. —Eso no ha sido una orden. Ha sido una sugerencia. —Cogió la otra pistola y fue hasta la puerta. La abrió lentamente y sacó la cabeza mirando de un lado a otro del pasillo. Frunció el ceño porque ninguno de los hombres de Randall estaba por allí. Salió de la habitación y se acercó a la barandilla agudizando la vista porque solo había una lámpara de aceite encendida abajo y tenía poca luz. Se preocupó porque desde que el Conde había pasado a mejor vida, los hombres de Randall habían vuelto a sus obligaciones y casi no había seguridad en la casa, aparte de los hombres que trabajaban allí como Burch o Bill. ¿Dónde rayos estaría Bill? Con el sueño tan profundo que tenía, seguro que durmiendo a pierna suelta. Siempre había sido ella quien le había avisado cuando había problemas. Bufó yendo hacia la escalera y chilló cuando alguien la cogió por el brazo pegándola a la pared hasta que se dio cuenta de que era su marido. —¿Se puede saber qué haces aquí? —siseó furioso.

—Seguirte. ¿Estás ciego?; Y deja de darme sustos! El niño nos va a salir bobo, el pobre.

Su marido gruñó sacando la cabeza para mirar la escalera. —Quédate aquí.

—Sí, cariño —dijo antes de seguirle.

Randall puso los ojos en blanco como si no pudiera con ella y siguió bajando las escaleras. Al llegar abajo ambos se detuvieron con las armas en alto mirando cada uno hacia un lado cuando escucharon un crujido en el despacho. Se tensaron yendo hacia allí y se pusieron cada uno a un lado de la puerta que estaba cerrada. Su marido estiró la mano para girar el pomo cuando ésta se abrió de golpe y Camille gritó al ver una sombra. Randall se tiró sobre el intruso cayendo en la alfombra del despacho y escucharon un gemido demasiado femenino para ser de un rufián. Frunció el ceño cuando Randall se apartó de golpe y vio lo que parecía una capa de mujer y muselina verde.

—¿Iolanthe?

—Ay, madre —gimió su suegra.

—¡Madre! ¿Qué haces?

Los hombres llegaron corriendo con las armas en la mano y Burch les iluminó con la lámpara.

—¡Iolanthe! —gritó Iria casi arrollándola para acercarse a su hermana arrodillándose a su lado. —¿Estás bien?

—Madre, ¿estás herida? No sabía que eras tú —dijo Randall preocupado.

—Estoy bien —dijo forzando una sonrisa.

—Milady, ¿de dónde viene a estas horas? —preguntó Burch asombrado.

Randall se tensó enderezándose y mirando la ventana que estaba rota. —Eso

madre... ¿De dónde vienes?

Se puso como un tomate. —¿Me ayudas a levantarme?

—¡No! —respondió mosqueado.

—¡Cariño, ayuda a tu madre!

Gruñó agachándose para cogerla en brazos. —No creas que te vas a escapar...

—No podría. Madre mía, que porrazo. Creo que me he roto el costillar. No sé cómo podéis saltar de un barco a otro con...

—¡Madre!

Se sonrojó con fuerza. —Hijo...

—Has estado con él, ¿verdad?

Le miró a los ojos y sonrió radiante mostrando a todos lo enamorada que estaba. —Le amo.

Randall se detuvo en seco en lo alto de las escaleras y por la cara que tenía parecía que quería pegar cuatro gritos bien dados. Camille gimió antes de acercarse a él. —Cielo, déjala en la cama antes de que te dé el berrinche que puede tener algo roto. Eres muy grande y fuerte...

—¡No me halagues para distraerme! —le gritó a la cara.

—Uy... ¡Randall a mí no me hables en ese tono!

Escucharon un bostezo y Bill apareció al final del pasillo pasándose la mano por sus cabellos recién levantado. —¿Qué pasa?

—¡Qué asaltan la casa y tú no te enteras! —Su marido llegó a la puerta de su

madre y la abrió de una patada antes de llegar a la cama para tirarla sobre el colchón. Su madre gritó del susto. —¡Mañana nos vamos a la finca! Y vete sacándotelo de la cabeza.

—¡Pero hijo...!

—¡Soy el cabeza de familia y es mi decisión! ¡Ni hablar! Ni hablar, ¿me oyes? ¡No vas a tener... lo que sea con Sterling!

Los ojos de Iolanthe se llenaron de lágrimas. —Pero yo le quiero.

—¡Es tu madre y puede hacer lo que le venga en gana! Ya es mayorcita. ¡Y si se ha enamorado de Jack, debe seguir su corazón!

—¡Si tú hubieras seguido tu corazón, ahora estarías casada con éste!

Bill parpadeó sin saber de qué iba la conversación porque aún estaba dormido. —Cielo, ¿te has arrepentido de ser Condesa? Cuando quieras nos vamos.

Randall le pegó un puñetazo que le tiró sobre el aparador cayendo desplomado al suelo y Camille gritó asustada por su amigo acercándose a toda prisa. —¡Bill!

—¡Fuera de mi casa! —le gritó su marido furioso.

—Randall, por Dios —dijo su madre sentada en la cama—. Estás perdiendo el control.

La señaló con el dedo. —¡No, el control lo has perdido tú con esa locura que te ha pasado por la cabeza! ¡Eres la Condesa viuda de Southwich y no voy a consentir que te cases con un criminal!

Salió de la habitación dando un portazo con la desvencijada puerta dejando a su madre y a su esposa en shock.

Iria se llevó la mano al pecho asombrada. —¿Se ha vuelto loco?

—Bill... —Le dio unas palmaditas a su amigo en la mejilla y asustada porque no se despertaba le llamó de nuevo. —¡Bill! —Sintió un nudo en el estómago y puso el oído sobre su pecho. Al no escuchar nada se aterrorizó y le cogió por los hombros. —¡Bill despierta!

—Niña... —Iria se arrodilló a su lado—. Seguro que está bien.

—¡No oigo su corazón! —gritó muerta de miedo sin darse cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas—. ¡No lo oigo!

—¡Burch! —gritó su suegra desde la cama.

Burch y Nichols entraron en la habitación y se acercaron al chico apartando a la Marquesa que se apretaba las manos nerviosa. —Iria ven aquí —le dijo su hermana asustada.

Las gemelas juntas en la cama miraban como Nichols se agachaba sobre la boca de Bill colocando la mejilla sobre su nariz. —¿Ha muerto? —preguntó ella temblando de miedo.

Nichols frunció el ceño incorporándose antes de pegarle un guantazo a Bill, que abrió los ojos de golpe como si estuviera sorprendido de estar allí. Camille se echó a llorar del alivio tirándose sobre él para abrazarle. —¿Qué ha pasado?

Se echó a reír sobre su pecho sin dejar de llorar y se apartó para mirar su rostro. —¿Estás bien?

Forzó una sonrisa. —No ha sido para tanto.

Sabía que solo quería quitarle importancia, pero para ella la tenía y mucho.

—Vamos, chico. Tienes que irte.

Asombrada miró a Burch que le hizo un gesto a Bill con la mano. —¡No!

—Son órdenes del Dragón, Condesa.

—Me importa una mierda. ¡Esta también es mi casa!

—Camille... —suplicó su suegra.

—¡No! —Se levantó rabiosa. —¡Bill no se va!

—Charlie, no te enfrentes a tu marido por mí.

—¡Cierra el pico! ¡Tú te quedas! —Salió de la habitación con ganas de pegar cuatro gritos porque no entendía la actitud de su marido. Le encontró en el despacho bebiéndose un whisky ante la chimenea apagada. —¡Bill se queda!

—Preciosa, eso no entra en discusión. ¡Acaba de decirte que os vayáis juntos en mi propia cara! —Se volvió mirándola como si quisiera matarla y tiró el vaso contra la pared. —¡Y eso no va a pasar!

—¡Lo has pagado con él! ¡No podías pegar a tu madre o a mí y has pegado a Bill cuando no sabía ni de lo que hablábamos!

—¡Sus palabras fueron muy claras!

Sus ojos reflejaron su incredulidad. —Eres un hipócrita.

Randall se tensó apretando los puños. —¿Qué has dicho?

—¡Juzgas a Jack cuando tú eres igual que él!

—No preciosa, no soy igual que él. ¡Yo sigo órdenes de la Reina!

—¡Eres un ladrón y un asesino como él! ¡Y lo haces por dinero como él!  
¡Qué te diferencia!

—¡Yo trabajo para la corona!

—¡Y sin Jack la corona duraría bien poco! ¡O acaso no me has dicho que la Reina le necesita!

—¡Camille vuelve a tu habitación!

Le suplicó con la mirada acercándose. —Es mi mejor amigo. La única familia que me queda.

—¡Tu familia soy yo! —le gritó furioso a la cara haciéndola palidecer.

Camille dio un paso atrás asustada por la violencia que emanaba. Pero lo que le rompió el corazón fue que no le importaban nada sus sentimientos al apartar a Bill de su lado. —No lo hagas, te lo advierto.

Randall la cogió por el brazo con fuerza y tiró de ella hacia las escaleras mientras se resistía con todas sus fuerzas. Las lágrimas cayeron por sus mejillas y gritó intentando soltarse. Bill, que salía en ese momento de la habitación como todos los demás al oír los gritos, intentó acercarse. —¡No la toques!

Los hombres de Randall se tiraron sobre él para impedir que llegara hasta ellos y Camille gritó al ver que le arrastraban hasta la escalera de servicio. Su marido la cogió furioso por los brazos zarandeándola. —¡Cállate! ¡No volverá a poner un pie en esta casa! ¡Estoy harto de él!

—¡No! —Pateó con sus pies desnudos las piernas de su marido y soltó uno de sus brazos intentando llegar hasta Bill. Subió un par de escalones, pero

Randall tiró de su otro brazo apresándola contra su pecho con fuerza. Lloró y pataleó llamando a su amigo, pero era imposible librarse de él. Lloró porque sabía que no le vería más y su sonrisa el día que la encontró en aquel callejón apareció en su memoria. Sin fuerzas dejó que la cogiera en brazos y la subió hasta su habitación dejándola sobre la cama sin ningún miramiento como a su madre unos minutos antes. Camille se puso de costado dándole la espalda y se tapó la cara mientras lloraba desgarrada por su comportamiento. Acababa de descubrir una cara de su marido que no sabía si podría soportar y cuando él abandonó la habitación, supo que se acababa de abrir una brecha entre ellos difícil de cerrar.

## Capítulo 13

Sentada ante la ventana sin molestarse en vestirse, aunque ya era mediodía, observaba como las gotas de agua corrían por el cristal sin ver realmente el exterior. Llevaba tres meses sin ver a su marido y no sabía nada de Bill desde aquella noche en la que después de llorar hasta el amanecer, escuchó como su marido entraba en la habitación del Conde dando órdenes, pero ella no se movió de la cama. Media hora después le escuchó entrar en su habitación y Camille ni se volvió para mirarle.

—Ha llegado la hora de que embarque de nuevo. Mi tripulación me espera. —A Camille se le cortó el aliento porque eso sí que no se lo esperaba. —Os iréis de inmediato al campo y os quedaréis allí hasta mi regreso. He hablado muy seriamente con Sterling y esto se acaba aquí. No volverá por casa y espero que hagas lo que sea necesario para que mi madre entre en razón. De todas maneras, ni Sterling se arriesgaría a entrar en guerra conmigo. —Le escuchó suspirar. —Preciosa, no sé cómo hemos llegado a esta situación, pero espero que tengas otra actitud cuando regrese y te des cuenta de que todo lo que hago es por el bien de la familia. Y te aseguro que es así. —Se quedó en silencio unos segundos. —Camille... —Ella tensó la espalda apretando la almohada entre sus dedos deseando abrazarle. —Cuídate.

Escuchó la puerta y con un nudo en la garganta se sentó en la cama para ver la puerta cerrada. Se había ido. No se lo podía creer. Se había ido dejándola en ese estado.

Pero Randall sabía bien lo que hacía, porque en cuanto se fue, sus hombres prácticamente la metieron a la fuerza en el carruaje en camisón mientras su suegra era enviada al campo de la misma manera. Aunque Iolanthe lo hizo con más dignidad porque ni abrió la boca mientras que Camille les llamó de todo. Y allí estaban desde hacía meses.

Sonrió con tristeza viendo como una gota recorría el cristal. Tres meses. Tres meses sin saber nada de su marido. Si estaba vivo o muerto y si estaba con otra mujer porque seguramente en tres meses le había dolido la cabeza en algún momento. Tampoco podía dejar de pensar en Bill y en si estaría bien porque estaba en la calle de nuevo. Igual había tenido suerte y Sterling le había acogido. Era listo y sabía que podía ir a pedirle trabajo. Siempre había querido trabajar para el Rey.

Una lágrima cayó por su mejilla recordando los buenos momentos que habían sido muchos. Esperaba volver a verle, aunque solo fuera para asegurarse de que estaba bien. Eran almas gemelas y el destino no podía ser tan cruel. Ese pensamiento le hizo perder la sonrisa pensando en su marido. Porque ese había sido su comportamiento. Cruel. Había ignorado sus sentimientos y los de su madre por lo que él creía que era lo correcto. ¿Cómo una Condesa iba a convertirse en la mujer del rey de los ladrones y los asesinos de Londres? Era

inconcebible que eso pasara y el comportamiento de Randall indicaba que quería apartar a su madre de él todo lo posible. Ser corsario de la Reina estaba bien visto. Lo sabía por su abuelo que era agasajado en las mejores casas de Londres, pero ser el rey de los ladrones... No, a Jack le temía todo el mundo. Y la buena sociedad jamás daría el visto bueno a ese matrimonio. Negó con la cabeza porque a ella no le importaría si realmente su marido la amara por encima de todo. Y estaba segura de que Iolanthe pensaba lo mismo.

Suspiró posando el codo en el brazo de la butaca para apoyar la barbilla y al darse cuenta de que estaba llorando se limpió las lágrimas furiosa. Estaba harta de llorar. Llevaba tres meses esperando a que apareciera y su suegra vagaba como alma en pena por la casa. Era tan triste estar allí... Estaba deseando regresar a Londres.

Escuchó un carruaje acercándose y saltó de la butaca acariciándose su pequeño vientre para mirar por la ventana, dejando salir el aire que estaba conteniendo al ver salir al médico del coche de caballos. Seguramente iba a visitar a su suegra que últimamente tenía migrañas que la postraban en la cama. Tocó el cristal viendo cómo se acercaba a la casa y parecía preocupado. Frunció el ceño y se volvió de golpe cogiendo la bata que Laine había dejado sobre la cama. Corrió hasta la puerta poniéndosela y se la cerró cuando llegó al pasillo. Fue hasta la habitación de su suegra y entró sin llamar viéndola en la cama mientras Iria estaba sentada a su lado. —¿Qué ocurre?

—Le va a estallar la cabeza.

Su suegra ni podía hablar y gimió tapándose los ojos con la mano. —¡Se acabó! —Las gemelas la miraron asombradas. —¿Qué estamos haciendo?

—¿Qué quieres decir, Camille?

—¡Somos descendientes de corsarios y estamos aquí encerradas muertas en vida como si no tuviéramos voluntad! ¿Es que no tenemos sangre en las venas? —gritó perdiendo los nervios antes de señalar a su suegra—. Tú tienes derecho a vivir con el hombre que amas y nadie... ¡Nadie puede decirte cómo vivir tu vida!

Los ojos de Iolanthe se llenaron de lágrimas. —Jack tampoco ha luchado por mí.

—Y tu marido no es precisamente razonable con este asunto —apostilló Iria—. Ni quiso hablarlo conmigo antes de irse. Algo totalmente inaudito. Siempre hemos podido expresarnos con libertad en esta casa. ¡Ahora parecemos presas! ¡Es totalmente irracional en este tema! Y cómo ha tratado al pobre Bill... No le reconozco. Puede que tenga mal carácter, pero siempre ha sido una persona razonable.

Llamaron a la puerta y Camille fue hasta allí para ver al doctor. —No se ofenda, doctor Mansley, pero no nos sirve de nada. Gracias por venir.

Le cerró la puerta en las narices y su suegra jadeó sentándose de golpe en la cama. —¿Qué haces? ¿Estás loca?

—¡No voy a consentir que tomes más láudano! ¡Maude me ha dicho que eso es malo si se toma mucho! ¡Busca otra manera de desahogar tus frustraciones!

¡Vengándote de Jack por ejemplo!

Iolanthe entrecerró los ojos. —¿Vengándome de Jack?

—Yo me vuelvo a Londres a buscar a Bill. ¿Quién se viene conmigo?

—¿Estáis locas? ¿Y soportar el carácter del Dragón? —dijo la hermana de su suegra escandalizada—. ¡Cómo se entere es capaz de embarcarnos a América!

—¿Y qué diferencia habría entre estar allí o aquí? Éste no me conoce todavía —dijo con mala leche—. Va a pagar haberme tratado así, eso te lo juro por lo más sagrado.

Salió dando un portazo y las gemelas se miraron. Iria vio por primera vez en tres meses que los ojos de su hermana brillaban y apretó las mandíbulas con fuerza. —¿Nos vamos a Londres?

—¡Sí! —La cogió por la muñeca. —¿Y cómo voy a vengarme de Jack?

Iria hizo una mueca. —Ya veremos. Primero tenemos que escaparnos y eso va a ser complicado con todos los ojos que nos vigilan. Pero tú vete pensando.

—La niña nos sacará de aquí.

—Estoy preocupada. Está en estado y...

Iolanthe perdió el brillo en su mirada. —Tienes razón, deberíamos convencerla de que se olvidara, ¿verdad?

—Bah, es joven y fuerte. Nieta del Dragón Dorado nada menos. Puede con eso y con más.

Las tres agachadas tras un seto con sus ropas de viaje, se sentaron en el césped respirando del alivio después de recorrer casi todo el jardín corriendo. Habían conseguido esquivar a los hombres de Randall, porque confiados en que se quedarían en su sitio como unas niñas buenas, estaban bebiendo en la cocina de la mansión antes de hacer la ronda de nuevo. Iolanthe miró a su nuera. — Bueno, ¿y ahora qué?

—Shussss. Puede haber alguno por aquí. Silencio. —Estiró el cuello mirando de un lado a otro. La luz de la luna les permitía tener buena visibilidad, lo que también era malo para ellas porque alguien podía pillarlas desde la casa que estaba a sus espaldas. —Laine y Maude tienen que estar a punto de llegar. Tenemos que ir hasta el linde de la finca. —Miró a su suegra. —¿Has traído el dinero? Maude tiene que pagar el carro.

—Claro que sí. El administrador me lo dio esta mañana para que se lo donara a los pobres. Mi hijo ha dicho que no nos falte de nada y no ha puesto ningún pero —dijo con ironía.

—Estupendo —gruñó.

—No me fío de esa mujer —dijo Iria dejándolas de piedra.

—¿Por qué?

—Todavía no ha quedado muy claro eso que te puso en la herida —susurró molesta—. No se terminaba de curar. Sé que mi sobrino piensa como yo, porque le oí decir a Nichols que enviara a alguien a la finca para informarse bien sobre ella.

—Bueno, si mi hijo nos ha enviado aquí debe ser porque ese tema está aclarado, ¿no crees?

Las tres se miraron las unas a las otras antes de asentir. Randall no dejaría que les pasara nada. Pecaba en exceso de protegerlas. En exceso. Por eso estaban allí. Camille hizo una mueca. —Movámonos y dejemos la cháchara. No podemos tenerlas esperando en el camino. Sería sospechoso.

Agachadas tras los setos recorrieron lo que les quedaba de jardín y al llegar al prado echaron a correr. Camille miró hacia atrás la enorme mansión y no escuchó nada raro, así que nadie las había visto. Con la respiración agitada se detuvo cuando llegaron al camino. Estaban en la curva al lado del roble. Exactamente donde había quedado con Maude.

—Iria, ¿sabes si he metido en el equipaje mi vestido verde? A Jack le encanta ese vestido —dijo emocionada.

—¿En serio me estás preguntando eso cuando estamos en medio de una huida? Iolanthe, por Dios.

—¿Qué? Aquí no hay nadie.

—Espero que Laine no haya tenido problemas para meter los tres baúles en el carro. ¿A que fue buena excusa decir que los enviábamos a Londres? —dijo Iria satisfecha—. Ni se imaginaban que nos íbamos con ellos.

—Porque nadie desobedece a mi hijo, hermana.

Ambas miraron a Camille que distraída y preocupada miraba de un lado a otro. Cuando se dio cuenta de que la observaban las miró sin entender. —¿Qué?

—No eres muy buena influencia, pero estoy contentísima de que seas mi nuera.

—Vaya, gracias suegra. Creo.

Iria rió por lo bajo. —La cara que van a poner cuando sepan que nos hemos ido.

—La cara que va a poner mi hijo cuando sepa que nos hemos ido.

—Bah, igual ni se entera —dijo Camille molesta.

—Sí que se va a enterar. Porque está en Londres —siseó su suegra a regañadientes.

A Camille se le cortó el aliento y la cogió por el brazo para que la mirara de frente. —¿Qué has dicho?

—Está en Londres. No se ha ido de Londres —dijo molesta—. Todo esto ha sido para darnos una lección, niña.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque hace dos días me llegó una carta suya y ni se dio cuenta de que utilizaba el papel del despacho. El lacre tiene un color más anaranjado que el que usa en el barco. Por eso sé de inmediato cuando llega a Londres, incluso antes de abrir su carta. No se ha ido. Es imposible que haya ido y vuelto. Normalmente tarda como mínimo seis meses en regresar, porque una vez que está allí tiene muchos negocios de los que ocuparse.

Camille palideció. —¿Te ha escrito?

Las hermanas la miraron con pena. —Cuando está fuera me escribe una vez

al mes más o menos.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —preguntó sin aliento.

—No queríamos apenarte porque no te había escrito a ti y por su mentira. Pero como vamos hacia Londres tenía que decírtelo, ¿entiendes? —Al ver la expresión descompuesta de Camille añadió —Pero me ha preguntado si estás bien, ¿sabes?

Camille no se lo podía creer. Estaba en Londres y ni siquiera había ido a verla una sola vez en tres meses después de todo lo que había pasado. ¡Estaban esperando un hijo! Sintió que se le rompía el corazón en mil pedazos. Se sintió abandonada y supo en ese momento que él no la había querido nunca. Entonces las palabras de Randall el día que se conocieron pasaron por su mente. Era la nieta del Dragón Dorado. Su fortuna y su apellido, unido al posible escándalo pues ella había compartido su cama, era lo que le había obligado a casarse. Cumplir con su deber en protegerla porque su abuelo se lo había dado todo a esa familia. Reprimiendo las lágrimas asintió apartando los ojos de su suegra. — Niña, está enfadado y ...

—No pasa nada —dijo casi sin voz forzando una sonrisa.

Escucharon un crujido y las tres se escondieron tras el árbol observando el camino. Viendo como Maude y Laine se acercaban subidas al pescante de su transporte, borró la lágrima que se le había escapado sin poder evitarlo. Era la última que derramaría por él porque el plan acababa de cambiar. Se negaba a estar casada con una persona a la que le importaban tan poco sus sentimientos.

Después de todo lo que había sufrido en la vida, merecía un hombre que la quisiera más que a nada.

Miró fijamente el carro que se aproximaba y alerta echó un vistazo a su alrededor antes de salir a la carretera. Maude tiró de las riendas haciéndoles un gesto con la cabeza para que subieran.

—Vamos, milady —susurró Laine—. Dese prisa. Nos hemos cruzado con varios hombres del señor que iban hacia el pueblo.

Laine caminó por la parte de atrás del carro hasta llegar hasta ellas y les tendió la mano para ayudarlas a subir. Se sentaron en el suelo y Camille preguntó —¿A qué iban al pueblo?

—No lo sé, milady. Y tenían prisa.

Eso no le gustó un pelo porque si habían ido hasta allí a esas horas era por algo. Llevaba días vigilándoles y eso nunca había pasado. Miró la espalda de Maude que ni se había movido y seguía mirando al frente. —¿Te has chivado, vieja? ¿A quién se lo has contado?

La miró sobre su hombro. —¿Yo? A nadie. Sé guardar un secreto, niña. Tu abuelo me enseñó bien.

Camille apretó los labios asintiendo porque parecía sincera y entonces Maude se levantó cogiéndola por la barbilla y levantándole el rostro para iluminarlo con la luz de la luna. La vieja sonrió con pena. —Esos ojos...

Apartó la barbilla de golpe agachando la mirada y Maude la agarró por el cabello elevándola mientras las demás jadeaban del asombro. —Ni se te ocurra

rendirte, ¿me oyes? —dijo furiosa.

—¡Suéltame Maude!

—Solo un corazón roto te llevará a la muerte. —Iolanthe se llevó la mano al pecho al ver la mirada de dolor de su nuera. —¡Eres la nieta del Dragón y no voy a dejar que te rindas! ¿Le odias?

Sus preciosos ojos verdes se llenaron de lágrimas. Lo pensó seriamente y aunque quería odiarle con todas sus fuerzas, no pudo evitar responder —No.

—¿Todavía le amas?

—¡No! —gritó con rabia.

Maude negó con la cabeza. —Has perdido el corazón esta noche y no se la causa pero escúchame bien, toma una decisión equivocada y no solo perderás el alma sino también la vida. ¡Y tienes que pensar en el hijo que llevas en las entrañas!

—Niña... —susurró Iria con pena.

—¡No sientas pena por mí! —gritó furiosa levantando la barbilla.

Maude sonrió. —Así me gusta. Demuestra quién eres. ¿No te ama? No importa. Tendrá tiempo para arrepentirse de haberte hecho daño. Supe que pasaría esto. —La miró sorprendida. —Intenté que le conocieras, daros tiempo juntos pero te escapaste. Mal hecho, niña.

Se le cortó el aliento. —La herida.

—Temí por ti cuando supe que te habías ido. ¡Eres una inconsciente! Tu abuelo te habría dado unos buenos azotes.

—No se los dio a mi madre, así que a mí tampoco me los hubiera dado. En realidad era un blando —dijo con desprecio.

Maude le dio un tortazo que le volvió la cara y la agarró de sus rizos rubios elevando su rostro para colocarle un cuchillo en la garganta. Ellas chillaron mientras Camille la miraba fríamente para escuchar —Vuelve a hablar en ese tono de tu abuelo y será lo último que hagas, niña. Amaba a tu madre más que a nada.

—Como tú a él.

—¡Sí! ¡Le quise más que a mi vida! ¡Y no pienso dejar que nada ni nadie ensucie su memoria! —le gritó a la cara—. ¡Era el mejor hombre que habrá jamás! ¡Cuidado de lo que haces por dolor, porque puedes cruzar el límite!

—Por Dios Maude —dijo Laine asustada por su señora—. Baja el cuchillo. ¿No ves que está rota por dentro?

La soltó con desprecio antes de negar con la cabeza. —No puedo dejar que vayas así a Londres —dijo Maude tensándolas a todas, pero sobre todo a Camille que se puso de pie lentamente.

—¿Qué has dicho, vieja? —preguntó fríamente—. Recuerda con quien estás hablando.

—Lo recuerdo perfectamente. Y por eso lo digo. Tienes valor, rabia y mucho dolor dentro. Puedes cometer una tontería. Lo noto. No piensas con claridad. No voy a dejar que destruyas tu vida. ¡Estabas destinada a él y tienes que asumirlo! ¡Eres su esposa! ¡Puede que estés dolida y no pienses con claridad, pero llevas al

hijo del Dragón en tu interior y debes ocupar tu puesto! ¡No pienso dejar que huyas de la vida que estás destinada a vivir! ¡Tienes que luchar! No dejaré que te escapes. Veo en tus ojos que es lo que quieres hacer y pienso impedírtelo.

Las demás se pusieron de pie tras Camille que sonrió divertida. —Así que vas a impedírmelo. ¿Cómo?

Maude se echó a reír. —No lo voy a hacer yo. —Negó con la cabeza. —No quiero que me apresen por pegar a una Lady.

—Baja del carro, Maude. Ya no te necesitaré más.

—Pero nosotras sí que la necesitamos.

Se volvió sorprendida para mirar a su suegra que le dio un puñetazo que la tambaleó hacia la derecha. Laine la cogió entre sus brazos antes de que perdiera el sentido cayendo al suelo del carro. Maude hizo una mueca porque la miraron asustadas. —Tranquilas, está bien.

Las tres suspiraron del alivio. —¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Iria angustiada—. ¡No tenías que haberle dicho que Randall estaba en Londres! Se ha sentido abandonada por su marido.

Maude levantó una ceja entendiendo. —Es que la ha abandonado, Marquesa. —Iolanthe apretó los labios. —¿O no?

—No sé lo que se propone. Creía que quería darle una lección, pero ya no lo sé... Ha enviado al campo a su mujer en estado. Ya no entiendo nada. Creía que la amaba. Ni siquiera preguntaba por ella en las cartas. En eso le mentí porque no quería que pensara que no la amaba.

—Debemos hacer algo para solucionarlo —dijo Laine angustiada—. No la conocen como yo, pero mi niña ha sufrido muchísimo. Solo con Bill...

—Iba a buscarle, ¿verdad? —preguntó Iolanthe pálida—. Se iba a escapar con él.

—Iba a buscarle. Lo demás no puedo asegurarlo.

—Sería lo lógico. Es la única persona en la que confía totalmente. —Maude se pasó la mano por la barbilla mirando a Camille que estaba totalmente fuera de combate. —La única persona con la que se siente segura después de tantos años. —Se sentó en el pescante agotada. —Dejadme pensar.

—¿Regresamos a la casa? Renunciaré a Jack si con eso consigo que ella no se vaya. ¡Sé que es la esposa perfecta para mi Randall! ¡No quiero perder a mi nieto!

Maude levantó la vista de golpe. —Sterling. Eso es. —La miraron sin comprender. —Él es el único que puede enfrentarse al Conde y ayudar a Camille.

—¿Jack? ¡Si nos ha dado la espalda! ¡A mí me ha dado la espalda! Todavía no me lo creo, pero en cuanto le pille...

Maude sonrió. —Le amas intensamente.

Los ojos de Iolanthe se llenaron de lágrimas. —Amé a mi marido, pero lo que siento por él... Hace volar mi corazón.

—Oh, hermana... —Iria se llevó la mano al pecho emocionada. —Volverás con él, ya verás.

—Si mi plan sale como creo, todo se arreglará —dijo Maude sonriendo maliciosa.

—¿Tu plan? —preguntó Laine—. ¿Qué plan?

Camille gimió llevándose la mano a la mejilla que le dolía y al escuchar agua corriendo abrió los ojos, pero estaba negro como la boca del lobo. Le costó acostumbrarse a la falta de luz y entrecerrando los ojos vio los contornos de las rocas que tenía a su alrededor. Se sentó y al levantar la mano tocó tierra en ella. ¿Dónde estaba? Dios, ¿las habían secuestrado?

—¿Iolanthe? ¿Iria? —Se giró poniéndose de rodillas, pero no estaban tras ella. Vio como el agua caía por la pared. Estaba en una cueva, ya no tenía duda. Se levantó lentamente. Y no podía estar muy lejos de Weinberg Hill. Tampoco podía llevar tanto desmayada. Se acercó a la pared de piedra y rodeó la caverna palpando hasta que sus manos chocaron con algo de madera. Una puerta. Golpeó la puerta, pero no escuchó nada al otro lado. Eso era cosa de Maude, estaba segura. Y la bruja de su suegra la estaba ayudando. Al menos la aliviaba que la vieja no la mataría por el cariño que le tenía a su abuelo, pero se preguntó qué tramaba. La punta de su pie rozó algo y se agachó para tocar una jarra de barro y un paño que tenía algo encima. Abrió el paño a toda prisa y gruñó al tocar un buen trozo de queso y pan. —Estupendo. Al menos no pasaré hambre.

Dejó el queso con cuidado sobre la jarra que por el olor era vino y palpó el

suelo encontrando un saco bien grande. Metió las manos en él y había leña, mantas y una yesca. Estaba claro que se quedaría esa noche al menos. Resignada se alejó de la puerta y dejó algo de leña sobre el suelo. Como estaba bien seca, el fuego no tardó en prenderse en cuanto la chispa que saltó de la yesca tocó la madera. Fue un alivio mirar a su alrededor y como suponía era una cueva. Y no demasiado grande. Había un par de barriles en un lateral, así que supuso que ahí se guardaba el contrabando. Miró hacia arriba y vio un pequeño agujero en el techo de la cueva. Se levantó sin aliento. Un hombre no pasaría por él, pero ella sí. Sonrió maliciosa porque no habían pensado en eso. No la conocían. No la habían visto robar en el pasado. Una mujer normal no se subiría a esa altura ni loca pero como había dicho Maude, ella no era una mujer como cualquier otra. No sabía lo que se proponían, pero no sentía frustrar sus planes. Pensaba seguir los suyos.

Iria y su hermana llegaron al club de Sterling al amanecer. Iolanthe estaba nerviosa, pero intentaba no demostrarlo llamando a la puerta con tres golpes secos. La puerta se abrió de inmediato mostrando a uno de los esbirros de Jack que frunció el ceño al mirarlas de arriba abajo. Sus ropas estaban hechas un desastre y estaban despeinadas después de viajar toda la noche. —Señoras...

—Milady. Lady Weinberg. Aparta que tengo que hablar con el señor Sterling de inmediato.

—No se encuentra.

—Avisa a Coleman. Ya. —Le apartó empujándole por el hombro y el hombre vio asombrado que entraban en la casa del vicio más famosa de Londres sin asombrarse por las prostitutas que pasaron ante ellas en ese momento. —¿No me has oído? —preguntó levantando la voz.

El hombre miró hacia el salón. Iolanthe volvió la cara hacia allí como un resorte y se le cortó el aliento al ver a su hijo sentado a una mesa con una puta sobre sus rodillas. Él miraba la copa de coñac que tenía en la mano mientras aquella zorra le acariciaba el cuello susurrándole algo al oído.

—Dios mío —susurró Iria sin poder creérselo.

Iolanthe sintió que la rabia la recorría y caminó hasta el salón colocándose ante la mesa de su hijo que obviamente había bebido en exceso. Levantó la vista distraído y al reconocerla se levantó de golpe tirando la prostituta al suelo del impulso. —¡Madre! ¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago aquí? —preguntó furiosa. Cogió la mesa volcándola a un lado haciendo que los pocos que quedaban en el salón se les quedaran mirando—. ¿Qué haces tú aquí, Randall? —gritó a los cuatro vientos haciendo que el violinista dejara de tocar.

Él entrecerró los ojos antes de sonreír. —Divertirme.

Su madre palideció y sin poder creérselo dio un paso atrás. —No te la mereces.

Randall se tensó con fuerza. —Si hablas de mi esposa, da igual que me la

merezca o no. ¡Es mía!

Negó con la cabeza mirando sus ojos negros inyectados en sangre de tanto beber. —No, ya no es tuya. Y puede que no la vuelvas a ver jamás.

Se volvió con intención de irse, pero él la cogió por el brazo volviéndola. —  
¿Qué estás diciendo, madre?

Iolanthe se soltó el brazo con un golpe seco. —Ayer noche se escapó de la casa. No sabemos dónde está.

Randall perdió todo el color de la cara. —No ha podido escaparse.

—Te ha dejado, Randall. Y ha hecho bien —dijo en voz baja con desprecio—. Es inconcebible cómo te has comportado. Si hasta te relacionas con putas. Nunca me he sentido más decepcionada que en este momento. Mientras tu esposa puede haber perdido la vida en esos caminos, tú te diviertes. No te mereces ese anillo que llevas en el dedo.

Pálido por sus palabras vio cómo se volvía para salir del local justo en el momento en que Sterling llegaba con Coleman detrás. La miró como si la necesitara, pero Iolanthe respondió a esa mirada con odio antes de pasar ante él sin dirigirle la palabra. Jack apretó los puños tensándose mientras se alejaba, antes de fulminar con la mirada a Randall y gritar —¡Todos fuera de mi local!

Los clientes salieron despavoridos y las prostitutas que no eran tontas subieron al piso de arriba como una exhalación. Jack miró con rabia a Randall. —¡Me mentiste! ¡Te has atrevido a mentirme a la cara! No se fue por gusto, ¿verdad? ¡Me odia!

—¡Hice lo que creía lo mejor para mi familia! —gritó furioso—. ¡Ahora si me disculpas, tengo que encontrar a mi esposa!

Jack le miró fríamente y le hizo un gesto a Coleman que le interrumpió el paso empujándole por el pecho, metiéndole de nuevo en el salón.

—Has traspasado una línea que no estoy dispuesto a pasar por alto, amigo. No te vas a ir de aquí hasta que me cuentes todo en lo que me has mentido. ¡Y en lo que no me has mentido también! Como si tengo que partirte cada uno de tus huesos, pero me lo contarás todo. Palabra de Sterling.

Los hombres de Jack le rodearon y Randall apretó los puños. —¡No te vas a casar con ella! ¡No quiero que esta mierda la rodee!

—Eso es decisión suya. Eso sí puedo arreglar lo que has hecho. Coleman, todo tuyo. —Inclinó la cabeza a un lado observándole de arriba abajo. — Demuéstrale que a mí no se me miente en vano.

Coleman sonrió mirándole divertido con sus ojos color miel. —Dragón, esto va a ser interesante.

## Capítulo 14

Coleman se incorporó soltando lo que le quedaba de la camisa, haciendo que cayera al suelo desmayado. La verdad es que no se había defendido mucho. Demasiado alcohol.

—¿Le has roto algo? —preguntó Jack divertido antes de beber de su coñac tranquilamente.

—No lo creo, jefe. Igual el costillar, pero es duro. Podrá soportarlo. —Se pasó las manos por el cabello y cogió la copa que le tendía uno de los suyos. —¿Qué quieres que haga ahora? ¿La busco?

—Bill la encontrará. Avísale. Si alguien sabe dónde está mi nuera es él.

—¿Tu nuera? —preguntó divertido.

—Iolanthe será mi esposa. Lo decidí en cuanto la vi y que su hijo no esté de acuerdo no me va a hacer cambiar de opinión.

—Esto traerá consecuencias.

Ambos miraron el cuerpo de Randall y chasqueó la lengua levantándose. — Hay que ser estúpido para formar todo este circo intentando alejarla de mí. —Se abrochó la chaqueta. —Ni siquiera se atrevió a ir a ver a su esposa en todos estos meses por no dar más explicaciones. Pues ahora sí que debe tenerla contenta.

—¿Y si le ha pasado algo?

Jack le miró fijamente. —Encuéntrala. La quiero sana y salva. Corre la voz.

—Enseguida jefe.

—Y averigua por qué Bill no me dijo toda la verdad sobre la razón para irse de su casa.

—El chico no mintió, jefe. Estoy seguro. Estaba celoso de él y le echó de la casa.

—Sabe algo más. Estoy seguro. No es tonto y se ha callado lo que no le interesaba contar. —Le hizo un gesto a los hombres. —Enviar al Conde a su casa. Y llamad al médico porque cuando se despierte le va a doler todo —dijo divertido.

Bill se pasó las manos nervioso por sus pantalones mientras Coleman sentado al otro lado de su escritorio le miraba fijamente con sus ojos color miel. Acababa de ver como metían el cuerpo de Randall en un coche por la parte de atrás del club y parecía estar muerto. Sabía que en ese momento se estaba jugando el cuello. Miró sobre sus hombros a los gemelos que trabajaban para el Rey que le observaban con los brazos cruzados y tragó saliva.

—¿Qué ocurrió la noche que te echaron de la casa del Dragón?

—El jefe me pegó un puñetazo. Me desmayé del golpe.

—¿Por qué te pegó?

—Ya se lo dije, señor Coleman. Charlie... —Carraspeó incómodo. —Lady

Camille quería irse. Se gritaban. Eso me despertó. Cuando llegué al pasillo se gritaban todos furiosos. Hablaban del Rey.

Coleman levantó una ceja. —¿De Jack?

—La madre del señor lloraba y le gritaba que le quería. Randall no atendía a razones. Camille le dijo que debía seguir su corazón y el Dragón le gritó que si ella hubiera seguido su corazón se hubiera casado conmigo. Entonces quise quitar hierro al asunto y bromeé. No sé exactamente lo que dije. Algo sobre que si se arrepentía de ser Condesa nos íbamos.

—Entonces te pegó —dijo Coleman satisfecho.

Bill asintió. —No he hecho nada, jefe. Si vine a buscar trabajo es porque me imaginaba que el Dragón ya no visitaría el club. No me lo podía creer cuando le vi entrar la noche siguiente y hablar con el rey como si nada. Por eso le pedí trabajar fuera del club porque no quería que me viera. Tiene muy malas pulgas cuando se enfada. Cuando me desperté del golpe, me sacaron de la casa a rastras mientras Camille lloraba desgarrada. ¿Qué marido hace eso?

Coleman asintió pensativo. —No quiero que te asustes, ¿de acuerdo?

Bill se tensó. —¿Qué ocurre? ¿Por qué me pregunta por esa noche? ¿Le ha pasado algo a Camille?

—Ha desaparecido.

—¡Le ha dejado! Y no me extraña nada. ¡Yo jamás la hubiera tratado así!

Coleman se levantó mostrando su enorme cuerpo y se sirvió un coñac. —  
¿No la trata bien? Es la nieta del Dragón. Debo saberlo.

—¡Yo jamás la hubiera tratado como él la trató esa noche!

—La amas.

—Es lo único que he querido en la vida. Tanto que para estar a su lado he tenido que...

—Vivir con él.

Los ojos de Bill se llenaron de lágrimas. —La quiero más que a nada. Haría lo que fuera por estar a su lado.

—¿Sabes dónde encontrarla?

Bill sonrió de medio lado. —Me encontrará ella.

—Estás muy seguro de que vendrá a ti.

—Me quiere. Puede que no como a él, pero sé que me quiere y conmigo se siente segura. Vendrá a buscarme.

Coleman bebió de su coñac. —¿Y por qué no fuiste a buscarla tú?

Bill se sonrojó con fuerza y miró al suelo. —Le ama a él. Debíamos separar nuestros caminos por su bien. Están casados. Pero si le ha dejado, ha debido hacerle algo más —dijo con rabia mirándole de nuevo—. Le ha hecho daño, ¿verdad?

La mano derecha de Sterling asintió sentándose y poniéndose cómodo. —Pero no como piensas. El Dragón es un hombre que está acostumbrado a salirse con la suya y creo que todo esto le ha tomado por sorpresa. —Se echó a reír. —Sobre todo lo de Jack. Eso unido a que nunca ha estado enamorado... Me da la impresión de que todo esto le ha desbordado y se ha dedicado simplemente a dar

órdenes.

Bill sonrió. —Pues la que le espera, porque como no aprenda a tratar a su mujer, se va a llevar muchos disgustos. Así que no está muerto.

—Solo magullado.

Hizo una mueca. —¿Tengo que encontrarla para que vuelva a él?

—No es tuya, Bill. Lo sabes. Si eres un buen amigo, harás lo correcto.

Se hizo el tonto. —¿Qué es...?

—Tráela al club. Veremos cómo se desarrollan los acontecimientos y lo cabreada que está.

—Mucho. La conozco y tiene que estar muy cabreada. Y más después de no verle en tanto tiempo.

—¿Cómo sabes que no la ha visto?

Bill se levantó de la silla. —Yo también tengo amigos que me informan cuando lo necesito.

—Pues diles a esos amigos que tengan los ojos bien abiertos. La quiero aquí cuanto antes.

Bill fue hasta la puerta. —Chico, ni se te ocurra escaparte con ella —dijo fríamente—. Morirías, ¿lo sabes?

Le miró sobre su hombro. —Por ella merecería la pena. —Coleman se tensó. —Pero haré lo correcto.

—Más te vale porque si no perderías la cabeza. Y no bromeo.

En cuanto salió del despacho cerrando la puerta los gemelos se acercaron. —

¿Le seguimos, jefe?

—La ama demasiado para negarle nada. Es lo único que tiene. No podrá resistirse. No le perdáis de vista.

Asintieron antes de salir del despacho y Coleman se reclinó en su asiento. Esperaba que Lady Camille no le diera problemas, aunque tenía la sensación de que aquello no se iba a resolver fácilmente.

Maude le hizo un gesto a su hijo mayor que metió la llave en la cerradura. — Ten cuidado, puede tener una piedra y dejarte tonto del golpe.

—Pero si es una muñequita.

—Fíate de la nieta del Dragón.

Merival abrió la puerta y ambos dejaron caer la mandíbula al ver los dos barriles colocados uno encima del otro. Miraron el pequeño agujero del techo. — Tiene fuerza la muñequita. ¿La sigo?

Chasqueó la lengua molesta. —Puede llevarte dos días de ventaja. A estas alturas ya estará en Londres. Da igual, el plan ya está en marcha. No sabe que durmió otros dos días por la pócima que le hice tragar. En Londres ya la estarán buscando. Hemos hecho lo que hemos podido por ella. Espero que su marido entre en razón.

Vestida de hombre con una enorme chaqueta que cubría su vientre, entró en la taberna de Lask y buscó a Jerry con la mirada. Estaba en una mesa de la esquina hablando con varios rateros de la ciudad que la conocían bien. Caminó entre las mesas y él levantó la vista tensándose, lo que indicaba que había peligro. Le hizo un gesto con los ojos hacia la derecha y ella disimulando cogió el vaso de licor de un borracho que dormía apoyado en la mesa y le dio un trago antes de volverse y salir como si nada. Fue al callejón que estaba tras la taberna y esperó. Saldría en cuanto pudiera. Gimió mirando el cielo porque llovía con fuerza y estaba helada. Se mordió el labio inferior abrazándose. Había tardado tres días en llegar y había dormido al raso dos de esas noches. La tercera había tenido suerte y lo pudo hacer en un pajar, pero ese frío no se le quitaba. Se sobresaltó cuando escuchó pasos apresurados tras ella y se volvió suspirando del alivio al ver a Jerry. —Joder Charlie, ¿qué has hecho?

Parpadeó asombrada. —¿Yo? Nada.

—Te están buscando desde hace días por toda la ciudad —dijo enfadado—. Y si Sterling te busca de esa manera, no es por nada bueno.

—¿Sterling? —preguntó asombrada—. ¡Será zorra!

—¿Quién? ¿A quién te has beneficiado? Bueno, da igual. No quiero saberlo. No quiero problemas con el Rey. He hablado con Bill y me ha dicho que ni se te ocurra ir a vuestra casa. Vete al puerto. A los amarres de Sherman. Creo que te vas a América.

Se le cortó el aliento. —¿Bill está allí?

—Tengo que avisarle. Ya he enviado a alguien para decirle que está hecho. El correo no sabe de qué va todo esto.

—Gracias Jerry. No sabes cómo te lo...

Jerry se dio la vuelta alejándose y Camille sonrió. Nunca le había gustado que le dieran las gracias. Era un gruñón pero buena persona. Esperaba que le fuera bien.

Decidió esperar allí unos minutos porque al menos estaba a cubierto de la lluvia y cuando creyó que ya le habrían dado el recado a Bill, caminó entre las sombras hasta llegar al puerto. No le costó encontrar los barcos Sherman porque era la flota más importante que había amarrada en el puerto y todos conocían sus barcos. Se escondió tras unas cajas observando las embarcaciones. Se puso nerviosa al ver la actividad que había ante dos de sus barcos. Estaban subiendo carga y había muchos marineros por allí.

El puerto no era el sitio más seguro para esperar y mucho más si eras mujer. Menos mal que había robado la ropa antes de iniciar el camino a Londres. Así estaba mucho más segura, aunque nada garantizaba que no intentaran robarla pensando que tenía algo guardado. Y lo tenía. Su anillo de esmeraldas estaba en el bolsillo de la chaqueta. Era lo único de valor que tenía y podía necesitarlo. Para comprar los billetes, por ejemplo.

Miró a su alrededor porque Sterling tenía ojos en todos los sitios y más allí. No entendía nada. Si su suegra la había secuestrado, ¿por qué le había pedido ayuda a Sterling para encontrarla? A no ser que Maude la hubiera avisado ya de

que se había escapado. Estaba claro que a su marido le importaba muy poco si había tenido que ir a pedir ayuda al Rey. Sonrió con tristeza. Maldito cabrón.

Entonces se tensó. Jerry había dicho que la buscaban desde hacía días. Así que era imposible que Maude la hubiera avisado porque ella aún estaba retenida. No entendía nada, pero en ese momento le daban igual sus tejemanejes. Se largaba de allí y cuanto antes mejor.

Se le cortó el aliento al ver a Bill asomando la cabeza por una de las callejuelas que daban al puerto. Sonrió sin poder evitarlo e iba a incorporarse cuando vio una sombra tras él. ¡Le habían seguido! Gimió escondiéndose más. ¡No podía avisarle sin que la vieran! Echó un vistazo buscando una salida cuando se le cortó el aliento al ver un ala extendida en uno de los barcos. Refugiada tras unas cajas estiró el cuello para ver la popa del barco y recordó las palabras de Nichols cuando discutía con Maude. El barco de su abuelo tenía un dragón con las alas extendidas. Se le cortó el aliento al ver su barco. Porque era suyo. ¿Acaso no estaba casada con el Dragón Dorado? Si su marido no la buscaba, esos hombres no la detendrían. Aquello iba a ser divertido. Silbó a Bill antes de levantarse y echar a correr hacia el barco tanto como podía.

—¡Corre Camille! —gritó Bill siguiéndola.

Se quitó la gorra dejando caer sus rizos rubios sobre su espalda antes de coger la cuerda de la pasarela gritando —¡Soy la nieta del Dragón! ¡Ayudadme!

El hombre al que le faltaba el ojo de la tripulación se asomó por la borda y gritó al reconocerla —¡A las armas! ¡La siguen!

Cuando atravesó la pasarela se volvió para ver como Bill saltaba una caja esquivando a uno de los hombres de Sterling. —¡Corre Bill! ¡Ayudadle!

Varios de sus hombres se asomaron a la borda rodeándola mostrando sus rifles y los hombres de Sterling se detuvieron en seco. Bill subió por la pasarela sonriendo de oreja a oreja. —¡Bien hecho pequeña!

Se abrazaron con fuerza y Camille se echó a llorar sin poder evitarlo. —Estás aquí.

—Claro que estoy aquí. Jamás te dejaría.

Emocionada se apartó y él la miró bien, sonriendo al ver su vientre. —Estás preciosa.

—Condesa, ¿qué hacemos? —preguntó un hombre con tatuajes en los brazos.

—Déjame a mí —susurró Bill volviéndose con autoridad—. El Dragón quiere que la llevéis a Boston. Rápido. ¡Levad anclas!

Los hombres elevaron la pasarela mientras los gemelos de Sterling gritaban desde el puerto negando con las manos.

—Cabrones —dijo uno de los marineros—. Ya os cogemos por lo que le habéis hecho al Dragón. —Escupió por la borda. —Esto no se va a quedar así.

Miró asombrada a Bill. —¿De qué habla?

—Nada. Rencillas tontas por la madre del Dragón. —Le pasó un brazo por los hombros. —¿Lista para la travesía?

Ah, era por Iolanthe. Seguro que Sterling ya lo había arreglado con su

suegra. Se alegró mucho y sonrió. —Ni te lo imaginas.

—No digas nada sobre nuestros planes —susurró para que nadie les oyera.

—Bill, no tenemos planes.

—Condesa... —Se volvieron hacia el hombre de los tatuajes que parecía que era el que mandaba.

—¿Si...?

—Me llamo Ciro, milady.

Sonrió dulcemente. —Es un placer conocer a uno de los hombres del Dragón Dorado.

Ciro se sonrojó con fuerza. —El placer es mío, milady. —Carraspeó mirando a su alrededor. —He ordenado levar anclas, pero tenemos poca tripulación a bordo. Nadie nos había avisado de esto y....

—No estamos preparados.

—No, milady. Ni siquiera tenemos provisiones. La última vez que hablé con su esposo no me comentó nada de esto.

—Ha sido una decisión de última hora debido a las circunstancias con el Rey. Entiéndalo.

Ciro asintió. —Haré lo que haga falta para cumplir las órdenes, milady.

—Gracias, es muy amable.

Se alejó y Bill suspiró a su lado del alivio. —Nos hemos librado.

—Esperemos seguir así porque como se enteren nos jugamos el cuello. Sobre todo tú.

Bill asintió. —Bajemos al camarote. Seguro que allí tu marido tiene algo que beber.

Pasando entre varios hombres que les observaban de reojo siguió a Bill, que fue directamente hacia la escalera que descendía hacia los camarotes. —Parece que sabes dónde vas.

—Tu marido me hizo venir un par de veces para traer recados a Ciro. Instrucciones, ya sabes.

Cogió una lámpara de aceite y recorrió un pasillo hasta la puerta del fondo. —Bienvenida a la guarida del Dragón.

Emocionada observó como abría la puerta y se le cortó el aliento cuando la luz de la lámpara iluminó la enorme cama con intrincados grabados dorados que estaba pegada a la pared por un costado. Dio un paso hacia su interior y se quedó asombrada con el lujo que la rodeaba. El enorme escritorio de estilo francés se parecía al que su padre había tenido en la casa de campo. Las sillas forradas con sedas en borgoña, rodeaban una mesa con unas patas enormes bellamente ornamentadas con dragones. Tocó la suave madera impecablemente limpia antes de acercarse al enorme ventanal posterior que mostraba el agua iluminada por la luna. —Es bella, ¿verdad? Esto es lo que veía mi abuelo a diario.

—Es la habitación más hermosa que he visto jamás —dijo su amigo cerrando la puerta antes de acercarse dejando la lámpara sobre el escritorio—. Camille...

Se volvió para mirarle y su amigo apretó los labios al ver las lágrimas en sus ojos. Forzó una sonrisa. —Me había jurado a mí misma que no lloraría más por

él.

Se acercó a ella y le cogió las manos. —Estás helada. Ven, siéntate. Pareces agotada.

—Ha sido un viaje muy largo desde la finca.

—Cuéntame lo que ha ocurrido.

Le miró a los ojos. —Lo sabías, ¿verdad? Que quería huir.

—En cuanto Coleman me pidió que te encontrara, supe que no podía fiarme de nadie. Si huías, era por algo.

Se echó a llorar tapándose el rostro con las manos y Bill la abrazó con fuerza. —Estoy aquí. Nunca estarás sola mientras me quede aliento.

Le abrazó con fuerza y preocupado por su estado porque estaba destrozada le acarició la espalda. —Cuéntamelo todo. Te sentirás mejor, te lo prometo.

Randall tumbado en la cama lamiéndose las heridas, parpadeó mirando a Burch que en ese momento ya ni sabía qué decir.

—Perdón, creo que no te he escuchado bien. Repítelo —dijo con voz lacerante haciendo que Burch gimiera por dentro porque iba a estallar en cualquier momento.

Tomó aire antes de decir —Coleman está abajo. Su mujer ha huido en el Dragón. Nos ha robado el barco y no sabemos hacia donde ha tomado rumbo.

Las carcajadas de su madre al otro lado de la puerta le dijeron que aquello

iba muy en serio y miró a su hombre como si quisiera matarle. —¿Cómo ha pasado eso? —gritó a los cuatro vientos.

Burch se encogió de hombros y Randall fuera de sí apartó las sábanas ignorando el dolor de su cuerpo para salir desnudo al pasillo mirando a Coleman por la barandilla. El hombre de Sterling levantó una ceja al ver su cara amoratada y los golpes por todo su cuerpo. —Amigo, ¿no deberías vestirte?

—¡No me llames amigo, cabrón!

—Bah, estabas borracho. No me lo tomes en cuenta —dijo divertido.

—¡Precisamente, estaba borracho! ¡Podías haber esperado a que me despejara!

—Es que el jefe tenía prisa.

En ese momento su madre pasó por el hall sin mirarle ni dirigirle la palabra como hacía días y le dio a Coleman una maletita de piel. —¡Madre! ¿A dónde diablos te crees que vas? —gritó furibundo.

—Con el hombre que amo. Me ha contado todas tus patrañas y le he perdonado —dijo poniéndose el abrigo como si nada—. ¿Nos vamos?

—Por supuesto, mi reina.

Soltó una risita. —Coleman eres encantador. ¿Tienes esposa?

—Solo cuando encuentre una mujer tan deliciosa y de buen trato como usted.

Cogió su brazo. —Oh, eres un bribón encantador.

Coleman se echó a reír dejándole asombrado. —¡Deja a mi madre aquí! ¡Ni te atrevas! ¿Me oyes? —Salieron como si no hubiera dicho nada y sin poder

creérselo, porque no sabía cuándo había perdido toda su autoridad, miró a Burch.

—¿Qué rayos está pasando?

—Se le están subiendo a las barbas, Dragón. Y hablando de barbas. ¿Llamo a Nichols para que le afeite?

Le cogió por la pechera acercándole a él y siseó —Consígueme un barco. Localiza a Henry Sherman y que te preste el barco más veloz que tengan. ¡Ya!

—Enseguida Dragón.

—¡Qué se reúna la tripulación! ¡La que me quede! ¡Los quiero a todos conmigo! ¡Quiero recuperar a mi mujer!

—Ya era hora —dijo Burch alejándose a toda prisa. Se encogió cuando escuchó un golpe contra la pared y al volverse vio el boquete que había dejado al lado de la puerta de la habitación del Conde. Hizo una mueca. Esperaba que no se hubiera roto la mano. Iba a ponerse de peor humor.

## Capítulo 15

Dos meses después.

Tumbada en la cama improvisada que la tripulación le había puesto en cubierta, sonrió a uno de los marineros que le llevó un vaso de agua. —Gracias, Egbert.

—Es un placer servirla, milady.

—¿Cómo perdiste el ojo, Egbert? ¿Una trifulca abordando un barco?

—No, milady. Mi mujer que tiene muy mala baba.

Se echó a reír a carcajadas y los marineros sonrieron. —Estoy deseando conocerla. ¿Está en Santa Lucía?

—Uff, espero que no.

Camille se echó a reír de nuevo sin poder evitarlo y en ese momento se acercó Bill sentándose a su lado. Los marineros perdieron la sonrisa y Ciro gritó desde detrás del timón —¡A vuestras tareas!

—No les caes bien —susurró ella preocupada.

—Eso ya lo sé. No me rebanan el cuello porque creen que sigo órdenes del Dragón.

—¿No deberíamos haber llegado ya a América?

—Que tuviéramos que hacer esa escala para las provisiones y contratar más marineros en Plymouth, no nos ha beneficiado nada. Nos retrasamos tres semanas, joder. Además, lo de detenernos en Santa Lucía... Esto no me gusta. Creo que Ciro se huele algo. Me ha sido imposible convencerle. Dice que debemos ir para asegurarse de que sus familias están bien. Que llevan muchos meses sin verlos y después de ir a Boston, deben regresar con el Dragón de inmediato. Que si tú estás en el barco, el jefe no podrá decir nada sobre que hayamos hecho escala en su casa. Pueden decirle que querías conocerla y descansar un poco antes de continuar hacia América.

Ambos miraron hacia allí y vieron como el Capitán no les quitaba ojo. Ella forzó una sonrisa y él inclinó la cabeza en señal de respeto.

—A veces nos mira de una manera que me pone los pelos de punta —susurró ella—. Nos hemos retrasado mucho. ¿Y si Randall está allí esperándonos? Si ha salido tras el barco... —Se mordió el labio inferior. —Tienes razón, vamos directos hacia él.

—Por eso he pensado un plan.

Se acercó a él y susurró —Cuenta.

—He calculado que llegaremos esta noche. Tenemos que huir antes de desembarcar en puerto.

Parpadeó sorprendida y ambos miraron su vientre. Bill hizo una mueca. — ¿Podrás hacerlo?

—¿Y cómo vamos a salir de allí? ¡Te recuerdo que es una isla! Y por lo que

he oído terreno exclusivo del Dragón. Allí estaremos rodeados de su gente. ¿Cómo escaparemos?

—En un barco Sherman —susurró. Le miró sin comprender—. Allí hacen escala varios barcos de la línea Sherman. Están bajo el protectorado de la corona. No les pueden tocar.

—Pero si se dan cuenta de que escapamos, revisarán los barcos, Bill.

—Pero tenemos excusa. Tu embarazo.

—No entiendo nada.

—Cuando atraquemos, dices que te encuentras mal y que debes guardar reposo. Nadie entrará en tu camarote excepto yo, así que nadie sabrá si estás dentro todavía. Cuando se den cuenta, nosotros ya estaremos en uno de los barcos Sherman. —Le miró como si fuera tonto y Bill se sonrojó. —¿Qué?

—Nos seguirán.

—Ya, ¿y?

—Que abordan el barco para cogernos.

—Pues da tú una idea porque...

—¡Barco a la vista! —gritó el vigía desde el palo mayor.

Ella ni se movió porque a lo largo de su travesía se habían encontrado con varios. Siempre le saltaba el corazón pensando que era su marido y siempre se había equivocado. Bill se acercó a la borda poniendo la mano sobre los ojos. — Bill, ¿quieres venir a hablar de esto?

Bill observó la bandera del barco que ahora era visible porque se acercaba a

buena velocidad y suspiró del alivio. —Es americano. Debe ser un barco Sherman. Se dirigirá a Santa Lucía como nosotros. —Se volvió para sentarse a su lado.

—No creo que tu plan funcione. —Se acarició el vientre.

—No podemos rendirnos ahora que estamos tan cerca.

—Yo no me rindo —dijo muy seria.

—¡Es el Dragón! —gritó el vigía haciéndoles palidecer mirándose con los ojos como platos.

—Dios, estoy muerto —susurró Bill.

Camille se levantó yendo hacia Ciro que miraba por el catalejo con una sonrisa en los labios. —¿Es él? —preguntó aparentando tranquilidad.

—Su esposo debía estar impaciente, milady.

Ella le arrebató el catalejo y cerró el ojo para mirar por él. Pasó la vista por el casco del barco y cuando llegó a la proa se le cortó el aliento al ver a Randall subido al casco sujeto a una soga por una sola mano. Vestido con una camisa blanca que mostraba parte de su pecho y unos pantalones negros, miraba hacia ellos fijamente. Y esa mirada la estremeció de arriba abajo. Sus ojos negros decían que quería sangre.

Gimió llevándose la mano al vientre y Ciro la sujetó por los brazos temiendo que cayera. —Milady...

—¡A su camarote, rápido! —gritó Bill asustado.

El capitán la cogió en brazos llevándola hacia los escalones y en cuanto la

tumbó sobre la cama, ella giró poniéndose de espaldas sujetándose el vientre sin dejar de gemir. —¿Le ocurre algo al bebé? —dijo Ciro asustado.

—¡Necesitamos un médico! —gritó su amigo.

—Hasta esta noche...

—¡Esta noche puede estar muerta! ¡Debéis ir más deprisa!

—En cuanto llegue el Dragón...

—¡A ver cómo le explicas que por esperarle ha perdido a su hijo! —gritó Bill.

Ciro salió corriendo y gritó al llegar arriba —¡Izad todas las velas! ¡Debemos llegar cuanto antes! ¡Aprisa!

Camille se volvió y le susurró a Bill —Cierra la puerta.

Su amigo lo hizo a toda prisa. —Nos alcanzará antes de llegar. Su barco es más rápido. —Se sentó a su lado y le cogió la mano.

—Nos va a matar —dijo angustiada.

—No, me matará a mí. A ti te quiere con él, aunque solo sea por cumplir con lo que considera que es un deber. Está furioso porque le hemos dejado en ridículo ante sus hombres.

Asustada por su amigo le apretó la mano. —Si llegamos a Santa Lucia, huye sin mí.

—¿Crees que no me seguirá? Querrá venganza. —Hizo una mueca como si no quisiera darle importancia. —He vivido mucho más de lo que pensaba. No te preocupes. No le tengo miedo a la muerte. Ya nada me separaría de ti.

Los ojos de Camille se llenaron de lágrimas y sonrió con tristeza. —Casi lo conseguimos.

—Casi.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, pequeña. —Acarició su cabello. —¿Estás bien?

Entonces ella se dio cuenta de que podía engañarle a él también y por el bebé Randall intentaría no disgustarla. Sus ojos verdes brillaron. —Todavía tenemos una salida. Tú no abras la boca, ¿me oyes? No le provoques.

—No estoy tan loco.

—¿Recuerdas ese mejunje que me provocó náuseas el día siguiente que embarcamos? El que no puedo ni oler.

Su amigo asintió. —El caldo. Ellos lo llaman caldo.

—Consígueme un tazón.

Bill salió rápidamente del camarote y suspiró mirando el techo. La estrella de siete puntas que había mirado durante los últimos dos meses se suponía que daba suerte y la iba a necesitar.

Pálida por las náuseas que la recorrían, apretaba la mano de Bill intentando no vomitar cuando la puerta se abrió de repente golpeándose contra la pared. Sudando a mares del esfuerzo, volvió el rostro hacia allí para ver como Randall entraba en el camarote con una mirada que ponía los pelos de punta. Sus botas

resonaron sobre el suelo de madera acercándose lentamente y se puso al lado de la cama poniendo los brazos en jarras antes de sonreír de una manera que supo que si pudiera les mataría.

—Preciosa, ahora sí que me has cabreado.

—Púdrete —dijo sin aliento antes de tener una arcada que la hizo doblarse sobre sí misma, vomitándole en sus impecables botas.

—¿Qué rayos le pasa? —gritó furioso. Estaba claro que encontrarla en ese estado no estaba en sus planes.

—Está enferma —dijo Bill preocupado.

Randall le cogió por el cuello levantándole de su cama y siseó —Como le pase algo a mi mujer, te mato. ¡Esto es culpa tuya!

—Ah, ¿qué no me vas a matar?

Le tiró hacia la puerta y Bill rodó por el suelo chocándose contra el marco, gimiendo y tocándose el costado.

—¡No! —gritó ella medio mareada por las náuseas. Tuvo otra arcada y su marido la cogió por la cintura con cuidado poniéndole el orinal bajo la cara. Cuando vomitó se tumbó agotada sobre la cama—. Por favor, te lo suplico no le hagas daño —dijo emocionándose—. Lo hizo por mí. —Él se enderezó furioso y apretó los puños cuando se echó a llorar. —Fue culpa mía.

—Sé que fue culpa tuya. Él no tiene las agallas para enfrentarse a mí sin que tú le apoyes. Y lo vas a pagar. —La cogió por la nuca acercándola a él y su esposa le miró asustada. —¿Me temes? No sabes lo que te espera, preciosa. ¡A

mí nadie me traiciona! —La dejó caer sobre la cama y furioso fue hasta la puerta del camarote, pegándole una patada en el estómago de la que salía a Bill, que se dobló de dolor. —¡A casa! —gritó al llegar a cubierta.

Cerró los ojos del alivio y susurró —¿Estás bien?

—Estoy vivo. Algo es algo.

Dos hombres de Randall entraron en la habitación y se llevaron a Bill. Ella gritó pidiendo que le dejaran, pero ni podía levantarse de la cama. Temió por su amigo y rezó para que no le pasara nada. Vio como oscurecía por el ventanal de popa y escuchó como atracaban. Cuando el barco se detuvo, cerró los ojos simulando dormir porque sabía que iría enseguida a buscarla. Y no se equivocó. Escuchó sus botas antes de que se abriera la puerta y en la penumbra del camarote llegó hasta ella cogiéndola en brazos con una delicadeza que la sorprendió. La pegó a su pecho y se le cortó el aliento cuando besó su coronilla antes de sacarla de allí. Sin poder evitarlo disfrutó de su contacto y se odió a sí misma por ser tan débil cuando él había demostrado que no le importaba nada. Su marido se detuvo y susurró —Que envíen por el médico.

—Ya he enviado a un hombre —dijo Burch preocupado.

—Se pondrá bien —siseó su marido.

—Claro que sí, Dragón.

Su corazón saltó en su pecho. ¿Se preocupaba por ella? No, la había dejado

sola en el camarote. Sintió que la elevaba y cuando la sentó se dio cuenta de que estaba en un coche o una calesa. —A casa Favian.

—Enseguida, jefe.

El movimiento le indicó que tenía razón. Randall la abrazó por los hombros pegándola a él para que estuviera cómoda y eso le permitió abrir los ojos ligeramente. Iban por un camino paralelo a una hermosa playa que estaba iluminada por una enorme luna llena. Árboles que no había visto nunca estaban a su alrededor y el olor era embriagador. Separó los labios al ver una enorme casa blanca con cuatro inmensas columnas en el porche que estaba iluminada por lámparas de aceite. Era la casa más hermosa que había visto jamás y sin poder evitarlo se enderezó para ver el balcón del primer piso, que tenía preciosas flores en color fucsia que le daban un aspecto encantador.

—Bienvenida a tu prisión, esposa —dijo su marido fríamente.

Se volvió para mirarle el rostro que estaba muy tenso. Se le erizó el cabello de la nuca porque prometía venganza y no había ternura en sus ojos, confirmando que lo que había sucedido antes habían sido imaginaciones suyas.

En cuanto la calesa se detuvo ante la casa dos mujeres de color salieron corriendo. —Bienvenido a casa, jefe.

Randall se bajó de un salto sin contestar y ellas perdieron la sonrisa poco a poco. —Vamos, Camille —dijo extendiendo la mano.

Se levantó mostrando su vientre bajo la camisa de hombre que todavía llevaba y él apretó los labios cuando rechazó su mano, bajando del coche y

caminando descalza sobre el camino de piedra hasta llegar a los escalones de la casa. Las mujeres la miraron fijamente y ella subió los escalones de madera blanca mirando a su alrededor. Aquella casa era inmensa, pensó viendo unas puertas dobles que estaban abiertas y que daban acceso a un salón bellamente decorado. Pero Camille no entró por allí, sino que lo hizo por la puerta principal por donde habían salido ellas, que daba a un hall iluminado por una gran lámpara de aceite de cristal. Sintió frío en los pies y miró al suelo de mármol gris. Randall la cogió en brazos haciéndola gritar del susto y se agarró en sus hombros de la sorpresa.

—No camines descalza por la casa. ¡Puede picarte algo! ¡Rosaura! ¡Algo de comida para mi mujer! ¡Está delicada, así que sea suave!

—Sí, jefe —susurró la más mayor de las dos—. ¿Ha dicho su mujer?

—Sí, sí —respondió la otra poniendo mala cara.

Camille que lo había visto todo mientras la subía por las escaleras susurró — No les gusto.

—Será porque no tienes modales. Ni las has mirado al pasar.

Le dio rabia que la llamara grosera, así que replicó —¡No estoy aquí por gusto!

—De eso ya me he dado cuenta.

—¿Dónde está Bill?

Randall se tensó con fuerza y siseó —Abre la puerta, Camille.

Miró la puerta ante la que se había detenido y estiró el brazo girando el

pomo. La habitación era el doble de grande que la que tenían en Londres, pero lo que la impresionó fue la gran cama con cuatro postes rodeada de una ligera tela blanca que transparentaba. Nunca había visto una tela así y cuando él se acercó la tocó sin poder evitarlo antes de que la sentara sobre el colchón.

—El doctor Hoshell estará al llegar —dijo sobresaltándola por su dureza antes de que se fuera de la habitación dejándola sola de nuevo. Sin querer se sintió decepcionada y agachó la mirada intentando reprimir las lágrimas. Pero qué se esperaba. Le había dejado en evidencia ante toda su tripulación, porque estaba segura de que los que le acompañaban ya sabían lo que había ocurrido por sus compañeros. Y también le había dejado en ridículo ante Sterling porque también sabría lo que había ocurrido. El Rey se enteraba de todo. Esperaba que al menos Iolanthe hubiera aprovechado que Randall se había ido para arreglar las cosas con su amado.

Se pasó la mano por la mejilla y se sobresaltó al oír un ruido a su derecha. La mujer mayor a la que Randall había llamado Rosaura estaba a su lado con una bandeja. —No tengo hambre.

—Debe comer algo, señora. Tiene un hijo en su vientre y debe alimentarse —dijo muy seria dejando la bandeja a su lado antes de apartar del todo la cortina de la cama dejando despejada esa parte del lecho.

Puso las manos en jarras como si esperara que empezara a comer y Camille entrecerró los ojos molesta. —¡No tengo hambre!

—Señora, no me obligue a que la alimente yo. Sigo órdenes y tiene que

comer.

—Las órdenes de Randall no me afectan, mujer. Llévate la bandeja y tráeme agua para asearme.

—Se la traeré cuando coma algo. —Se cruzó de brazos como si lo que Camille dijera le entrara por un oído y le saliera por otro. ¡Aquello era el colmo! Era la señora de la casa. Miró la bandeja y vio un tazón de sopa. Lo cogió y se lo tiró a la cabeza haciéndola chillar apartándose en el último momento. Eso no la libró de empaparse de caldo. —¡Tráeme el agua!

—Uy, señora. Está empezando con el pie derecho.

—¡Se dice izquierdo!

—¡Me da igual!

—¿Qué pasa aquí? —gritó Randall entrando en la habitación.

—¡La señora... que no quiere comer!

—¿Dónde está Bill? ¡No pienso comer nada hasta que no sepa que está bien!  
—gritó desgañitada.

Randall se acercó a ella en tres zancadas. —¿Qué has dicho?

—¡Lo que has oído, estúpido! —gritó con rabia por su trato.

—¿Quieres que muera? —Camille palideció. —¡Pues comerás! Y no quiero una protesta más, ¿me oyes? Rosaura tráele otro tazón.

La mujer sonrió provocándola y salió de la habitación. Gruñó observándola y gritó sorprendida cuando él la agarró por la melena inclinándole la cabeza hacia atrás. —Ahora escúchame bien. Vuelve a hacer algo así, vuelve a contradecir

mis órdenes y te juro por lo más sagrado que vas a sufrir. ¡Me encargaré yo mismo de destripar a ese cabrón que cree que puede llevarse lo que es mío y no solo hablo de ti sino también de mi hijo! —Camille perdió todo el color de la cara y él sonrió. —Y a ti... Preciosa, estos meses los vas a pagar muy caros. — Miró a su alrededor. —¿Te gusta tu nueva casa? Porque no saldrás de aquí jamás. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Te lo di todo. Te protegí e hice que recuperaras lo que era tuyo y cuando necesité tu apoyo, me diste la espalda apoyando a esa rata que se ha aprovechado de ti toda la vida. Está claro que le amas y pienso aprovecharlo. Vuelve a llevarme la contraria en algo y recibirás un dedo. Y mañana una oreja. Cada vez que tengas un ataque de rebeldía, piénsatelo bien antes de abrir esa traicionera boca, porque puede que pierda la paciencia y cuelgue su cuerpo en el jardín para que veas lo que has provocado. ¿Creías que podías jugar conmigo? —gritó en su rostro mientras una lágrima corría por su mejilla. Randall la cogió por las mejillas apretándolas con fuerza—. ¡Te advertí que no me dejaras en evidencia y que me debías respeto! —La soltó como si le diera asco tumbándola en la cama del impulso y dijo con desprecio — La nieta del Dragón... —Se quitó el anillo del meñique tirandoselo al pecho. — Te lo devuelvo. Cuando te fuiste hace meses, seguro que te hubiera gustado recuperarlo. Pues tuyo es.

Camille se sentó en cuanto se quedó sola y cogió el anillo entre sus dedos llorando desgarrada al ver el grabado del dragón. No le había entendido. No había entendido su actitud y ahora todo se había aclarado. Se sintió traicionado

cuando no se puso de su lado. Cuando defendió a Bill aumentó esa ofensa y quiso castigarla dejándola en la finca. Pero cuando se escapó con Bill, traspasó una línea de la que ya no había marcha atrás. Le había dejado en ridículo ante sus hombres y su penitencia sería vivir allí para siempre. Se dejó caer en la cama y se echó a llorar desgarrada. Puede que estuviera equivocado en alejar a su madre de Sterling, pero se acababa de dar cuenta de que tenía razón en una cosa. Nunca había apoyado a su marido. La había escuchado decirle a Laine que amaba a Bill el mismo día de la boda. Se había escapado de la finca pensando que era como su padre y se había ido con su amigo. Aun así, había permitido que su amigo viviera con ellos porque eso la hacía feliz. Y cuando tuvo que apoyarle, se puso en su contra y volvió a huir con Bill. No sabía como no le había matado todavía. Para presionarla, eso era evidente. Ahora si quería que su amigo viviera, tenía que darle la razón en todo. Quisiera o no. Estaba claro que quería una mujer que no tuviera voluntad y Camille no era así. Antes se mataba a vivir bajo el yugo de un hombre que quisiera dominar su vida totalmente.

El doctor salió de la habitación y apretó los labios acercándose a Randall que preguntó fríamente —¿Cómo está, doctor? No ha vuelto a vomitar, pero...

—Está demasiado delgada. Está en su quinto mes de embarazo y solo tiene barriga.

—Sí, está algo más delgada que antes del embarazo.

—Puede que la travesía por mar no fuera adecuada en ese momento. En un barco no hay la alimentación necesaria para una mujer en sus circunstancias. Veremos cómo evoluciona ahora que está aquí.

—Comerá, no se preocupe.

El doctor frunció el ceño al notar su actitud distante con la paciente. —Que coma lo que le apetezca. No queremos que vuelvan los vómitos.

—¿Entonces está bien?

El doctor sonrió. —El bebé se mueve y aparentemente su esposa está bien. Que descanse y coma, esa es mi prescripción. Si ocurre algo, llámeme de inmediato.

Randall asintió. —Gracias, doctor. Nichols le pagará.

El hombre se alejó con su maletín en la mano deteniéndose antes de bajar la escalera. —Dragón...

Se volvió hacia él. —Las mujeres en estado suelen estar más sensibles de lo normal. Necesitan apoyo y cariño. A veces pueden ser irracionales y caprichosas, pero es porque tienen el cuerpo alterado y se les pasa enseguida. El estado de ánimo también es importante. Que se sienta segura y querida, ¿entiende?

—Aquí está segura —respondió muy tenso.

El doctor asintió entendiendo. —Mañana pasaré a verla de nuevo.

Asintió antes de que bajara las escaleras y Randall miró la puerta de su alcoba apretando los labios. Dio un paso hacia la habitación, pero algo en su interior le impidió entrar alejándose de allí a toda prisa.



## Capítulo 16

Tres meses después.

Randall desde la ventana del despacho observaba a su esposa tumbada en el jardín mirando el mar bajo la tela que estaba colgada entre dos palmeras. Miraba al infinito acariciándose el vientre sumida en sus pensamientos.

—Está muy triste.

Se volvió hacia Rosaura que llevaba una pequeña bandeja con el correo. Randall cogió el correo sin responder antes de volver tras su escritorio. —¿Está comiendo?

—Sí, jefe. Pero...

—Lo demás no me interesa.

—No habla con casi nadie. Solo conmigo y no es que hable mucho. Usted no le dirige la palabra y se pasa las horas muertas mirando el mar. No sé lo que se le pasa por la cabeza, pero no me gusta.

La miró fijamente. —¿Qué quieres decir?

Rosaura le miró asustada. —Favian me ha dicho que ha visto su muerte.

Randall palideció levantándose. —¿Qué dices?

—Me ha dicho que espera parir, pero que su alma está rota y que no vivirá

mucho más. Ni su hijo la salvará.

—¡No digas estupideces! ¡Está bien! —gritó furioso.

Su ama de llaves negó con la cabeza. —No, no está bien. A veces me mira de una manera que me eriza el vello. Son los ojos de la muerte.

—No está enferma. ¡El médico dice que todo va bien!

—¡Su cuerpo puede estar bien pero su corazón está roto! —gritó la mujer intentando que entrara en razón—. Sáquela de aquí, jefe. O verá morir a su mujer antes de que acabe el año. Eso si quiere que viva, por supuesto, porque parece que no le importa nada.

Salió del despacho estremeciéndole y él se dejó caer sobre su asiento llevándose las manos a la cabeza, dándole vueltas una y otra vez a todo lo que había ocurrido entre ellos. Sabía que estaba siendo muy duro con ella, pero no podía evitarlo. Odiaba sentirse así a su lado.

—¿Randall? —Levantó la cabeza sorprendido para ver allí a su mujer con un suelto vestido blanco y descalza. Sonreía con tristeza y a Randall se le puso el corazón en la boca al ver esos preciosos ojos verdes sin vida. —Ha llegado la hora —susurró antes de alejarse.

El miedo le traspasó y corrió hacia el hall gritando que llamaran al médico. Al mirar hacia la escalera vio subir a su esposa lentamente y asustado la siguió para cogerla en brazos. —Puedo hacerlo yo —dijo sin mirarle.

—Te dije que no caminaras descalza.

Vio el dolor por sus palabras y se maldijo a sí mismo. Debía pensar que todo

lo hacía mal y cuando la tumbó sobre la cama, ella se volvió dándole la espalda. Impotente se sentó a su lado. —¿Te duele mucho? —Llevó la mano a su hombro deseando ver su rostro, pero ella se encogió como si la hubiera golpeado.

—No.

Rosaura entró en la habitación con su hija y sonrió. —Ya está aquí. Se ha adelantado un poco, pero todo irá bien.

Randall agachó la mirada al ver que su mujer ni se volvía para responder y sin poder soportarlo salió de la habitación muerto de miedo. Y se quedó allí en el pasillo con la esperanza de que le llamara en algún momento. El médico llegó corriendo y subió las escaleras a toda prisa. Ni le dirigió la mirada. Al abrir la puerta pudo escuchar un gemido de su mujer y como Rosaura intentaba animarla. El médico le miró a los ojos antes de cerrar la puerta lentamente y pudo ver la preocupación que le había expresado durante todos esos meses.

—Dragón...

Se volvió hacia Nichols y en ese momento sintió que no era merecedor de ese nombre, así que siseó —No me llames así.

—¿Mando llamar a Bill? Eso le dará fuerzas.

Apartó la mirada intentando encajar el golpe. Se alegraría de verle, de eso no le quedaba ninguna duda, y tragándose el orgullo susurró —Que venga cuanto antes.

Nichols se alejó a toda prisa y Randall se apretó las manos cerrando los ojos al escuchar un grito de su mujer.

Un par de horas después Randall estaba desesperado porque su esposa no dejaba de gritar de dolor y Rosaura no tenía buena cara cuando salía de la habitación, aunque solo le decía que aún faltaba para el alumbramiento. Bill entró en la casa corriendo con Nichols detrás y no pudo evitar sentirse aliviado al verle, aunque su aspecto era penoso. Sus pantalones estaban rotos, estaba descalzo y su camisa estaba sucia de trabajar en el campo, aunque estaba más fuerte y su piel tenía un tono tostado que le hacía más apuesto. Gruñó viéndole subir los escalones y cuando llegó hasta él, ninguno de los dos dijo palabra mirándose a los ojos.

Un grito de Camille les puso los pelos de punta y Bill apretó los puños antes de decir —¿Puedo verla? ¿Por eso me has mandado llamar?

Se acercó a él intentando reprimir los pensamientos que le decían que le matara en ese momento y dijo con odio —Seguro que estará deseando verte. Pero no le metas ideas extrañas en la cabeza. ¡Es mía! Y lo será hasta el día en que se muera.

Bill entrecerró los ojos antes de asentir y fue hasta la puerta lo más rápido que pudo, entrando en la habitación sin llamar siquiera. Escuchó el llanto de felicidad de su mujer y fue como si un cuchillo atravesara su corazón. Fue tal el dolor que tuvo que apoyarse en la pared y Nichols apretó los labios viendo el sufrimiento de su señor. Se moría por estar con ella, pero su orgullo le dominaba

y su amor por Camille era tan grande que había permitido la visita por hacerla feliz en un momento así. El valet apretó los labios negando con la cabeza. Había sido testigo de su felicidad al inicio de su matrimonio y no podía entender como dos personas que se querían tanto se habían alejado de esa manera. Aunque había sido él quien la había alejado. Los celos le habían cegado y esa había sido la consecuencia.

Media hora después el doctor mandó salir a Bill de la habitación y lo hizo en silencio para ver que Randall no se había movido de allí. Se puso a su lado sin comentar nada y pudo ver que se moría por preguntarle cómo estaba Camille.

—Ya queda poco. —Randall asintió pasándose la mano nervioso por la boca.  
—Gracias.

—No lo he hecho por ti. Te lo aseguro.

—Lo sé. —Le miró de reojo mientras Camille gritaba sin poder evitarlo. —  
¿Por qué no entras?

Le fulminó con la mirada. —¡Cierra la boca!

—Deberías estar en el nacimiento de tu hijo.

Le miró con ganas de matarle. —Ella no quiere que esté ahí.

Bill le miró sin comprender cuando un grito desgarrador les tensó a los dos antes de escuchar el llanto de un bebé. Sonrió antes de mirar a Randall que estaba pálido como la cera. El llanto se acercó a la puerta y Randall se aproximó.

La criada abrió la puerta con un bultito en brazos sonriendo radiante. —Es una niña, jefe. Una niñita preciosa. Rubia como su madre.

Randall la miró emocionado y susurró algo que Bill no llegó a oír. Dio un paso hacia ellos para escuchar que decía la mujer en voz baja —Está agotada, pero todo ha ido bien.

El alivio en su marido fue evidente y se le cortó el aliento al ver con el amor con que cogió a su hija en brazos, que dejó de llorar en cuanto estuvo con él. La niña abrió sus ojitos negros y fue amor a primera vista. —Mi preciosa niñita. Tan preciosa como su madre.

Rosaura les observó emocionada. —Una belleza, jefe. Cuando la vea su abuela se va a morir de la alegría.

—¿Cómo la llamaréis? —preguntó Bill sin poder evitarlo.

—Cecilia —dijo Camille agotada desde el interior de la habitación.

Randall asintió. —Se llamará Cecilia, como su abuela.

—Un nombre hermoso —susurró Rosaura emocionada—. Déjemela jefe, tengo que lavarla.

Para todos fue obvio que no quería soltarla y cuando lo hizo estiró el cuello intentando ver a Camille, pero el cuerpo de Rosaura al entrar se lo impidió. Bill le miró como si fuera idiota. —¿Qué?

—¿Por qué no entras? ¡Te mueres por entrar!

—¿Estos meses arando campos no te han enseñado a meterte en tus asuntos?

—Ella es asunto mío. Y lo será siempre.

—Eso es lo que me temo —dijo rabioso antes de irse dejándole con la palabra en la boca.

Asombrado se le quedó mirando y alguien carraspeó tras él. Resignado se volvió para encontrarse con Nichols. —Tengo que regresar a los campos, lo sé —dijo hastiado. Nichols se volvió y Bill le siguió porque no le quedaba más remedio, pero para fastidiarle dijo —Oye, majo. ¿No quedará alguna vacante en la casa? Mira que yo hago de todo. Además, Camille me necesita. ¡Una niñera! A ella la cuidé muy bien de pequeña.

—Hablaré con el jefe. Aunque lo tienes difícil porque no puede ni verte.

Ahora sí que no sabía qué pensar. —¿De verdad?

Nichols suspiró volviéndose en la escalera de servicio. —Escúchame bien, rata de alcantarilla...

—Vaya, gracias.

—Tú eres el problema de esta situación y tú lo vas a arreglar. —Le cogió por la camisa acercándole a su cara. —¡Y lo vas a arreglar cuanto antes!

—¿De qué coño hablas? ¡Yo no he hecho nada! ¡Es tu jefe el que ha metido la pata hasta el pescuezo!

—Ven, que te voy a dejar unas cuantas cosas muy claritas.

Camille escuchó el llanto de Cecilia y sonrió intentando incorporarse. Debía tener hambre. Eloisa, la hija de Rosaura, la cogió en brazos de una cunita

preciosa que ni ella había visto antes. —Déjamela —susurró extendiendo los brazos.

—Señora tiene que descansar. Es imposible que tenga hambre de nuevo.

Sonrió dulcemente. —Es una comilona. Ya viste como se me enganchó después del parto.

Eloisa soltó una risita acercándose y poniéndosela en los brazos. Miró fascinada a su hija que había cambiado mucho en unas horas. —Es hermosa, ¿verdad?

—La niña más bonita que haya visto nunca —respondió observando cómo se abría el camisón por delante y el bebé buscaba el pezón con su boquita. Se echó a reír—. Increíble.

Camille le acarició la mejilla con ternura. —Nunca creí que se pudiera amar a alguien tan intensamente.

—Es que el amor por un hijo es especial.

La miró a los ojos. —¿Tienes hijos?

—Tres y otro en camino. Aunque aún quedan meses para verle la cara.

—¿Conozco a tu marido?

—Es capataz de las tierras del norte del señor. Viene cuando puede. —Se notaba que estaba totalmente enamorada de él.

—Entiendo. Debe ser difícil no tenerle cerca.

—Mucho. Pero aquí tenemos una vida mejor que viviendo con él y mi Juan se sacrifica por nosotros. —Cogió una de las telas que usaba Cecilia de pañal

dejándola sobre la cama. —El jefe nos ha dicho que cuando se retire mi Juan pasará a ser el administrador de la finca, así que vivirá aquí.

Se le cortó el aliento mirándola. —¿Cuándo se retire?

—Claro, no puede ser el Dragón toda la vida. Aún quedan unos años para eso, pero al menos estaremos juntos.

—¿Y quién le sustituirá?

—Todavía no ha encontrado a la persona adecuada. Pero no hay prisa. Seguro que dará con ella.

Asintió antes de mirar a su hija. —A Cecilia le gustará tenerle en casa.

—Me ha dicho mi madre que fue amor a primera vista. —Rió contenta. — No deja de hablar de lo preciosa que es su hija a todo el mundo. Está muy orgulloso.

Al menos a ella sí que la quería y eso era un alivio. Entonces recordó que Maude le dijo que iba a tener doce hijos y perdió la sonrisa porque eso no iba a ser así. Estaba claro que la vieja se equivocaba. Pero al menos tenía a su niña. Acarició su mejilla de nuevo y ella le cogió el dedo índice con la mano como queriendo retenerla. Sonrió emocionada. —Tiene fuerza.

—La fuerza del Dragón. Por ambas partes. Mientras le da el pecho, voy a por algo para que coma. Tiene que recuperar fuerzas.

La criada ni se dio cuenta de cómo perdía la sonrisa poco a poco. Debía ser el momento más feliz de su vida y sin embargo esa felicidad no la llenaba del todo. Era como si su interior no pudiera dejarla disfrutar de la llegada de su hija

y le daba una rabia horrible sentirse así. Sin poder evitarlo se echó a llorar en silencio. Ella no era así. Nunca se había rendido. Pero ese vacío, esas pocas ganas de vivir, no desaparecían con la llegada de su precioso bebé.

Randall se quedó de piedra viendo a su mujer destrozada. Ni se había dado cuenta de que había abierto la puerta. Se sintió impotente porque no sabía qué hacer y debió hacer ruido, porque ella le miró sorprendida antes de agachar la mirada ocultando parte de su rostro con su precioso cabello. —¿Por qué lloras?

—No es nada.

Preocupado se acercó a la cama. —¿No te encuentras bien? ¿Llamo al médico?

Negó con la cabeza sin mirarle y disimuladamente se limpió la cara con la mano sin levantar la mirada. —Si no te encuentras bien...

—¡Estoy bien! No hace falta que finjas que te preocupas por mí.

Randall apretó los labios. —No lo finjo. Me preocupas.

Le miró de reojo. —Pues estoy bien.

Él miró a la niña que mamaba hambrienta. —Está preciosa. Ya no está tan colorada, ¿verdad?

No se sentía cómoda con él allí observándola. —¿No puedes verla cuando termine?

Se tensó. —Sí, por supuesto. Siento molestarte.

Camille se sintió una miserable por robarle ese momento y avergonzada susurró —Lo siento.

—No tienes que sentirlo. —Salió de la habitación y Camille cerró los ojos con un nudo en la garganta. No podía seguir así. No podía.

Con los pies metidos en el agua, miraba el horizonte mientras el viento agitaba su cabello con fuerza. Se avecinaba tormenta y Rosaura había dicho que sería muy fuerte. Tan fuerte que debían cubrir las ventanas con tablones. Ese día su hija cumplía un mes y ya no lo soportaba más. No sentía nada aparte de unas intensas ganas de llorar y no lo entendía, porque se suponía que tenía que ser feliz por tener una hija preciosa y sana. Recordó que su abuelo había muerto de pena y puede que fuera eso lo que le ocurría. Un mal que tenía la familia. No lo sabía. Y en ese momento le daba igual. Solo quería que ese vacío desapareciera y dejar de sufrir.

Últimamente Rosaura y su hija intentaban animarla después de meses en los que prácticamente no le dirigieron la palabra. Ella quería hablar con ellas, pero no sabía cómo, siempre decía frases cortantes que terminaban con la conversación rápidamente. No se reconocía. El único momento feliz en meses había sido cuando había visto a Bill y le había perdido de nuevo. No sabía dónde estaba. Le había dicho que trabajaba en los campos, pero a ella no le permitían salir de la playa siempre que se la viera desde la casa. Se giró y al mirar sobre su hombro allí estaba uno de los hombres de Randall con la escopeta en la mano. Bufó mirando al frente. No la dispararía, pero la amenaza a que dañaran a Bill

impedía que hiciera ninguna tontería. Se sentía observada continuamente y quería gritar de frustración. Quería pegar a su marido por hacerle daño, quería irse de esa isla que odiaba y quería ver a Bill. Un rayo cayó en el horizonte y fascinada dio un paso adelante mojando sus piernas hasta las pantorrillas. Otro rayo cayó con un enorme estruendo y separó los labios sintiendo que su corazón latía alocado, palideciendo al darse cuenta que deseaba que un rayo la traspasara y que acabara con su sufrimiento.

—¡Camille! —La voz de su marido la hizo volverse para verle en el porche de la casa. Ni se había dado cuenta de que había empezado a llover. Vio que iba a enfadarse y algo se estremeció dentro de ella. Randall bajó un escalón. —  
¡Camille entra en casa!

Miró sus ojos negros y no supo qué se le pasó por la cabeza, pero solo quería huir. Huir de lo que sentía a su lado. Liberarse de sus terribles pensamientos. Huye, Camille. Huye.

Ni lo pensó más. Un paso siguió al otro y antes de darse cuenta corría por la playa como si la persiguiera el diablo. Randall gritó —¡Camille detente!

Empezó a llover con fuerza y corrió tras ella ordenando a sus hombres —  
¡Atrapadla!

Camille no miró atrás mientras la llamaban a gritos, saliendo de la playa y metiéndose en la selva. Corrió sobre el barro que se estaba formando y no hizo caso a las heridas en los pies por las ramas de las palmeras y por las rocas con las que se topaba. Subió una pendiente cayendo de rodillas varias veces mientras

Randall no dejaba de llamarla y empapada miró hacia atrás para encontrárselo a unos metros de ella. —¡No! —gritó desesperada antes de seguir subiendo. Saltó unas rocas y gritó al detenerse por instinto al borde de un acantilado. Se le cortó el aliento viendo el mar embravecido bajo sus pies.

—Camille —dijo Randall pálido tras ella alargando la mano, temiendo que se asustara y cayera abajo—. Preciosa ven aquí. Aléjate del borde.

Se volvió angustiada con la respiración agitada. —Es lo mejor.

—¡No, no es lo mejor! ¡Ven aquí!

Sus ojos se llenaron de lágrimas y dio un paso atrás. Su talón rozó el borde dejando caer una piedra. —Dile a Cecilia que...

—¡No! —gritó Randall corriendo hacia ella y empujándola con fuerza por el acantilado provocando que cayeran juntos. Randall la abrazó a su cuerpo y Camille cerró los ojos justo antes de que la fuerza del agua le cortara el aliento. El frío la rodeó y durante un momento llegó la paz. Una paz maravillosa. Hasta que sintió un tirón de pelo y gritó bajo el agua mientras tiraban de ella hasta cogerla por la cintura. Tragó agua y se revolvió luchando por respirar por puro instinto de supervivencia. Entonces llegó el pánico y vio los ojos de Randall justo antes de que todo se pusiera negro, quedándose sin fuerzas entre sus brazos. Ni se dio cuenta de que la subía a una roca. —Vamos cielo —susurró él desesperado acercando su mejilla a su aliento—. ¡Camille, respira! —Fuera de sí la abrazó con fuerza. —No puedes hacerme esto, preciosa. No puedes morirte. Sé que todo es culpa mía. Soy un estúpido que te ha fallado. Por favor mi amor,

no te vayas.

Camille tosió sobre su hombro antes de vomitar y Randall la puso de costado dejando que expulsara el agua. Mareada se dejó abrazar de nuevo y escuchó que decía —Gracias, gracias. Mi amor... —La apartó de repente. —¡Ni se te ocurra volver a hacer algo así nunca! —La volvió a abrazar con fuerza. —Serás feliz, te lo prometo. Haré lo que sea, pero no vuelvas a hacer algo así. —Fueron las últimas palabras que escuchó antes de desmayarse, sintiéndose segura después de muchos meses.

## Capítulo 17

Tumbada en la cama sintió que cogían su mano. Le dolía todo y abrió los ojos sonriendo a Bill que estaba sentado a su lado. Emocionado le besó la mano con desesperación y susurró —Casi te pierdo.

Entonces recordó lo que había pasado y la vergüenza la invadió, desviando la mirada mientras sus ojos se llenaban de lágrimas. —¿Cómo se te ha ocurrido hacer algo así?

—No lo sé.

—Mírame Camille.

Le miró a los ojos arrepentida. —Mi hija...

—¿Cómo que tu hija? ¿Y tu marido? ¿Y yo?

—Ella no me recordará como yo no recuerdo casi a mi madre y él no me...

Entonces las palabras de Randall en las rocas llegaron hasta ella de nuevo. Su desesperación al abrazarla. Se quedó mirando al frente mientras una lágrima caía por su sien.

—Nos escaparemos. Debes luchar. Debes... Camille, ¿me estás escuchando?

—preguntó exasperado—. ¡No vuelvas a darme un susto así en tu vida!

Le miró asombrada. —Me ama.

—¿Quién?

—Randall.

—¿Y eso lo has descubierto ahora? Porque yo me di cuenta hace meses en Londres cuando se desvivía por complacerte. Mujer, ¿estás perdiendo la cabeza?

Con los ojos como platos asintió. —Sí. Creía que me odiaba.

—Bueno, es que está algo celoso.

—¡Pues no tiene motivos! —Su amigo levantó una ceja. —¡Y que me haya escapado contigo no es excusa!

—¿Ah, no?

Gimió cerrando los ojos y se llevó la mano libre a la sien que le dolía. Chilló al palpar su cara. —¿Qué me pasa?

La puerta se abrió de golpe y se quedó con la boca abierta al ver a Randall entrar en la habitación con el torso al descubierto, cubierto de morados por todas partes.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

—Pues no te has visto tú —dijo su amigo por lo bajo—. Si no fuera por él, te hubieras estrellado contra las rocas.

—Bill vete a llamar a Rosaura para que le traiga algo de comer —dijo muy serio a los pies de la cama.

Impresionada vio por el espejo del tocador que había enfrente que su espalda estaba todavía peor y tenía los antebrazos despellejados seguramente de haberla subido a las rocas. Se miraron a los ojos y Bill carraspeó antes de irse a toda prisa. Randall tomó aire antes de decir —Yo nunca he querido esto, Camille.

Estaba furioso y quería castigarte, lo reconozco, pero creo que te has infligido un castigo aún mayor y que has sufrido lo indecible para que se te pasara por la cabeza algo así.

Arrepentida tragó saliva intentando que el nudo que sentía en la garganta desapareciera, porque sabía que no tenía excusa para lo que había hecho. Dios mío, podían haber muerto los dos.

—Por eso, en cuanto te recuperes, puedes regresar a Londres y Bill te acompañará. Haré que preparen un barco que os lleve hasta allí y tendréis todas las comodidades. No debes preocuparte por eso. —Se le cortó el aliento. — También tendrás una casa y una asignación sustanciosa para que no tengas que preocuparte por el dinero nunca más. Vivirás como te mereces. La niña se irá contigo. Sé que nunca le harías daño y creo que en este momento debe estar con su madre. Además, debo embarcar. He recibido órdenes de la Reina y estaré fuera una temporada, así que debe quedarse contigo. En cuanto llegue a Londres, iré a buscarla para pasar algo de tiempo con ella.

Asintió sin ser capaz de hablar porque estaba claro que lo que había hecho era la gota que colmaba el vaso. Él apretó los labios. —Lo siento, preciosa — dijo sorprendiéndola—. Siento que te hayas sentido tan desesperada como para buscar esa salida. —Sonrió con pena. —Cuando te conocí, pensaba que eras la mujer más fuerte que había encontrado jamás. Habías sobrevivido a mil cosas y seguías luchando por alguien a quien amabas. No soy nadie para arrebatarte a la única persona con la que te has sentido segura en la vida. No tenía derecho y me

disculpo por ello. —Camille iba a decir algo, pero él levantó la mano interrumpiéndola. —Por favor, déjame terminar. Tenías razón. No soy nadie para decirle a mi madre cómo vivir su vida y tampoco tengo derecho a obligarte a estar aquí en contra de tu voluntad. Por eso te devuelvo tu vida y solo espero que algún día puedas perdonarme por arrebatarte un año. También quería decirte, aunque tenía que habértelo dicho hace mucho, que recuperé el total de tu herencia. Una fortuna que será puesta a tu nombre en cuanto llegues a Londres, aunque jamás tendrás que preocuparte por el dinero, pues asumiré tus gastos como me corresponde. Si quieres el divorcio para casarte con Bill, estoy dispuesto a hablar con la Corona para solucionarlo y...

—¡No! —exclamó entre lágrimas sin entender nada. Se daba por vencido y se preguntó si su comportamiento había hecho que su amor por ella desapareciera.

Randall asintió y agachó la mirada como si no soportara su presencia. —Solo quiero que seas feliz, preciosa.

Esa frase la hizo llorar de alivio porque por un momento pensó que le había perdido e intentó incorporarse. —Lo siento.

—No tienes nada que sentir.

—Randall no lo entiendes.

—Lo he entendido muy bien —dijo muy tenso—. Por favor preciosa, no te levantes. El doctor está preocupado por ti. En cuanto te encuentres con fuerzas, dile a Burch que estás lista para partir. Él se encargará de todo. —Fue hasta la

puerta y Camille se sintió impotente porque no quería escucharla. Sin volverse susurró —Por favor no lo hagas de nuevo. Intenta ser feliz. Espero que cuando te vea en unos meses, vuelvas a ser esa mujer de la que me enamoré. Porque te he querido muchísimo, Camille. —Se le paralizó el corazón al escuchar esas palabras. —Sé que no lo creerás con todo lo que ha ocurrido, pero debía decírtelo.

Salió de allí a toda prisa y Camille reaccionó temiendo perderle. Se levantó lo más rápido que pudo, pero al ponerse de pie la rodilla le falló cayendo al suelo con un dolor intenso. Frustrada se echó a llorar llamándole a gritos e intentó arrastrarse, pero casi no tenía fuerzas. La puerta se abrió y Bill asustado se acercó de inmediato.

—Dios mío, ¿qué haces?

—Tengo que hablar con Randall —dijo desesperada mientras la subía a la cama—. ¡Ayúdame!

Bill la miró con pena. —Se ha ido, Camille. En cuanto salió de tu habitación se ha ido de la casa. Su barco espera desde hace unas horas.

Cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos. —¿Se ha ido? —preguntó con la voz congestionada de dolor.

Bill apartó sus manos y sonrió entendiéndola. —Pero volverá. Y cuando lo haga... cuando lo haga debes recuperar a tu marido porque no he conocido a dos personas que se amen tanto como vosotros.

—Tenía que haberle entendido, tenía...

—Y él a ti, pequeña. Ya no es momento de recriminaciones. Es momento de recuperar lo que teníais. ¿Lo recuerdas? —Reprimiendo las lágrimas asintió. — Pues lucha por ello. Lucha como deberías haber luchado desde hace meses.

—Creía que no me quería.

—Pues ya sabes que estabas equivocada y jamás debes volver a dudar de él como no dudas de que yo te quiero.

Camille le abrazó con fuerza. —Gracias. Gracias por apoyarme siempre.

—Y lo haré mientras viva. ¿Recuerdas? ¡Nos vamos a Londres! Qué ganas tenía.

Su amiga se echó a reír entre sus brazos y se apartó para mirar sus ojos ilusionada por primera vez en muchos meses. —¡Regresamos a Londres! ¡Y soy rica!

—Eso hay que celebrarlo. ¿Me comprarás un sombrero?

—El mejor de la ciudad.

Le tendió la niña a Laine que besó al bebé en la frente. —Mi preciosa princesita. Está totalmente dormidita —susurró con cariño.

—¿Dónde está mi nieta?

—Shuss... —chistaron las dos viendo como la señora Sterling entraba en el salón quitándose los guantes y deteniéndose en seco al ver a Cecilia dormida. — ¡No! ¿Cuándo se ha dormido?

—Hace un minuto y como la despiertes, te despellejo viva. Me ha costado muchísimo dormirte. El doctor dice que tiene gases y... —Frunció el ceño al ver que su suegra estaba radiante. —¿Qué te ocurre? No me digas que Jack te ha hecho un hijo, porque eso sí que me sorprendería.

Su suegra se sonrojó con fuerza levantando la barbilla. —Pues podría, pero no.

—¿Podrías? —preguntó asombrada—. Randall estaría encantado.

—Pues le informaré de la posibilidad dentro de una hora.

Se le cortó el aliento levantándose del sofá, sintiendo que su corazón salía de su pecho. —¿Está en Londres?

—Su barco está esperando para atracar. Hace más de un año que no le veo —dijo emocionada—. He venido hasta aquí porque seguro que viene de inmediato a casa para asearse. Siempre hace lo mismo. Incluso cuando tiene que informar a su majestad lo antes posible, viene a darse un baño decente.

Burch entró en el salón haciendo una ligera reverencia. —¿Les preparo un té?

Camille se apretó las manos nerviosa sin escucharle. —¿Y si no le gusta que viva en su casa?

—No digas tonterías, niña. Estará encantado. Limaréis asperezas y todos contentos. Espero que se le haya olvidado la paliza de Coleman porque él también es parte de la familia.

—La ordenó Jack —dijo Camille con rencor.

—¡Niña, no empieces! ¡Ya hemos hablado de esto mil veces! ¡Y casi me lo descalabras haciéndole la zancadilla por las escaleras! ¡Ya está bien! Tiene que tener cien ojos cuando estás cerca.

—Y lo que le queda —dijo por lo bajo antes de sentarse de nuevo.

—¿Qué has dicho?

Burch reprimió la risa y dio un paso atrás para que Iria entrara en el salón con un libro en las manos. —Hermana, ¿has venido a tomar el té?

—¡Randall ha llegado!

Iria miró a Camille e hizo una mueca. —¿Estás preparada?

—No mucho, la verdad —dijo nerviosa—. ¿Y si no está contento de que esté aquí?

—Que sí, pesada —contestaron las dos a la vez como si lo hubiera preguntado mucho.

—Burch el té —gruñó de malos modos.

—Enseguida, milady. Y si me permite, milady... No es una pesada.

—Gracias, Burch. Es que no me comprenden.

—Claro que te entendemos, querida —dijo Iria dejando el libro y acercándose a la ventana. Hizo una mueca apartando la cortina y escucharon un portazo.

—¡Burch! —Camille se quedó con los ojos como platos al oír el grito de su marido. —¿Dónde está mi mujer y mi hija? No están en la casa que he alquilado. ¡Hay unos americanos que no sabían de lo que hablaba! ¡Burch!

Randall apareció en la puerta del salón deteniéndose en seco al verla sentada en el sofá con cara de susto y no solo era por su tono de voz. Es que a su marido no había quien le reconociera con barba y unos pelos largos que le hacían parecer un auténtico pirata. Solo llevaba una camisa blanca y unos pantalones negros y su piel estaba muy morena. Si lo hubiera visto por la calle jamás le hubiera reconocido excepto por esos ojos negros que la miraron como si no se lo creyera antes de carraspear —Estás aquí. —Carraspeó de nuevo. —¿Estás de visita para tomar el té con mi tía?

Iria chasqueó la lengua. —Bienvenido a casa sobrino.

—Hijo... —dijo su madre abriendo los brazos mientras se acercaba—. ¿No había navajas de afeitar en el barco? —preguntó abrazándole mientras Randall no dejaba de mirar a su mujer que se puso como un tomate porque ni sabía qué decir.

—Ha sido una travesía algo accidentada, madre.

Su tía le abrazó y después todos se quedaron en un silencio incómodo que Camille le costó superar. Forzó una sonrisa. —Bienvenido a...

—¿Qué haces aquí?

Se sonrojó aún más. —Vivo aquí.

—¿Perdón? —preguntó dando un paso hacia ella.

—Es que en la casa...

—Estaba muy sola, Randall. Así que le dije que se viniera —terminó Iria por ella.

—¿Y Bill? —le espetó rápidamente.

—Bueno, Bill... —Se echó a reír sin ganas y su suegra puso los ojos en blanco. —Pues... se ha enamorado, ¿sabes?

Randall frunció el ceño. —¿Eso es lo que vas a decirme? ¿Qué se ha enamorado? —preguntó molesto—. ¿Y por qué no vives con él?

—Porque vive con su mujer.

Pareció no comprender y buscando ayuda miró a su suegra que se encogió de hombros. —¿Cómo que con su mujer? —gritó sobresaltándolas—. ¿Te ha dejado?

Uff, qué vergüenza. —No, no me ha dejado porque nunca hemos estado juntos. Solo éramos amigos.

—¿Te ibas a casar con él antes de conocerme! ¡Tuve que amenazarte para que te casaras conmigo! ¡Yo no me caso con mis amigos!

—Bueno, eso fue antes de... ¡Se ha casado y punto!

—¿Te escapaste con él!

—¡Éramos amigos!

—¿Te escapaste con él dos veces!

Se levantó enfadándose. —¡Pues estoy aquí y aquí me voy a quedar! —Se sonrojó intensamente. —A no ser que quieras que me vaya, por supuesto.

—Así que te ha dejado por otra. —Se cruzó de brazos mirándola de arriba abajo. —Bien.

Jadeó indignada. —No me ha dejado por otra. ¡A mí no me dejan! —Randall

levantó ambas cejas. —Bueno tú me has dejado, ¡pero no lo ha hecho nadie más!

—¡Lo dices como si tuvieras a muchos esperando! ¡Y me dejaste tú cuando te fuiste con Bill!

—Uy... —Tomó aire sintiéndose muy acalorada. —¡Mira, me voy arriba que estoy a punto de pegar cuatro gritos!

—Ya estás gritando, querida —dijo Iria divertida.

Se sonrojó con fuerza y le miró como si quisiera matarle. —¿Ves cómo me provocas?

—¿Yo? —Randall no salía de su asombro.

—El té, milady —dijo Burch divertido.

—Pues no subo. Tengo hambre. —Se sentó de nuevo enfurruñada. Su primer encuentro no se parecía en nada a lo que había imaginado.

—¿Y con quién se ha casado?

—¿Quién?

—¡Bill!

—Pues cuando llegamos no quería que yo le mantuviera y...

—¿No quería?

—¡No! ¡No quería! —Contó hasta tres antes de continuar —Así que le pidió trabajo a Jack.

Randall miró a su madre que sonrió. —Bueno en realidad no se lo pidió a mi marido, se lo pidió a Coleman que ahora prácticamente lleva el negocio, aunque la gente todavía no lo sabe. —Su hijo gruñó al escuchar el nombre de Coleman.

—Querido, pelillos a la mar.

—Ya le pillaré. —Volvió a mirar a su mujer. —Continúa, por favor.

—Bueno, pues conoció a Ingrid y...

—Ingrid.

—Una trabajadora del puerto —respondió incómoda.

Randall dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Se ha casado con una puta del puerto?

Las tres se sonrojaron con fuerza y Camille levantó la barbilla. —Sí, ¿qué pasa?

—¿Te ha dejado por una puta del puerto?

—¿Qué no me ha dejado! ¡Se ha enamorado y es una chica encantadora que solo ha tenido mala suerte!

Randall no salía de su asombro antes de dar un paso amenazante hacia ella.

—¡Le defiendes!

—Claro que le defiendo. Se ha enamorado y...

—¡No le amabas! ¡Ni él a ti!

—Cariño, creo que los celos te han cegado —dijo su madre dejándole de piedra.

—¿Cegado? ¡Se escapó con él dos veces! ¡No le hubiera visto el pelo más si no la hubiera pillado! ¡Las dos veces!

Camille gimió apretándose las manos roja como un tomate. —Es que...

Asombrándolos se echó a llorar antes de salir corriendo del salón y Randall

la miró arrepentido mientras desaparecía por la escalera a toda prisa.

—Hijo, eres tonto —dijo su madre tras él—. Bienvenido a casa —añadió yendo hacia la puerta.

Su hermana se fue con ella después de guiñarle un ojo y sin entender nada miró a Burch que recogió la bandeja del salón fulminándolo con la mirada. — ¿Se puede saber qué ocurre aquí?

—Dragón, con lo ilusionada que estaba milady... Me ha decepcionado.

—¿Ilusionada? ¡Suelta eso y habla de una vez!

Su mayordomo dejó la bandeja de nuevo enderezándose. —Siéntese, jefe. A ver si después de esta conversación entiende mejor a su esposa.

—¿Pues eso espero, porque me tiene perdido después de todos estos meses pensando que estaba viviendo con ese!

Una hora después caminaba de un lado a otro del salón sin poder creérselo.

—¿Estás seguro?

—Seguro, milord —dijo como si fuera muy cansino.

—¿Me quiere? —Sonrió sin poder evitarlo antes de sentarse en el sofá como si estuviera agotado. —Pues la he hecho llorar de nuevo.

—Sí, ahora no debe estar muy contenta.

—¿Laine, dónde te metes! ¡Dónde está mi baúl!

Miró hacia el hall con los ojos como platos. —¿Se va?

—No, no está muy contenta.

—Cierra la casa —dijo yendo hacia la escalera—. Que no se me escape de nuevo.

Burch puso los ojos en blanco, pero él no lo vio porque ya estaba yendo hacia la puerta de la habitación de su esposa. Al pasar ante un gran espejo de marco dorado juró por lo bajo por el aspecto que tenía, pero aquello había que atajarlo cuanto antes. Abrió la puerta sin llamar y vio cómo su mujer sacaba los vestidos del armario con los dos brazos tirándolos sobre la cama. Le miró furiosa. —Tranquilo que ya me voy.

—Preciosa...

Volvió al armario y cogió unos botines lanzándolos sobre la cama. —La ropa de la niña y...

—¡Camille!

Su esposa se tensó girándose muy tiesa hacia él. —¿Me has gritado?

Forzó una sonrisa. —Es que no me escuchas.

Le señaló con el dedo. —Mira, voy a dejarte una cosa muy clarita para que no haya conflictos entre nosotros. ¡No me grites! ¡No voy a dejar que me trates de nuevo como te dé la gana! ¡Y no voy a dejar que me des órdenes como si fuera uno de tus marineros! Soy libre para hacer lo que quiera y... —Randall la cogió por la nuca pegándola a su cuerpo y se le cortó el aliento olvidándose de lo que iba a decir. Se miraron a los ojos y sintió que el fuego la recorría al ver el deseo en ellos. —¿Randall?

—Te deseé desde que te vi por primera vez y me enamoré de ti cuando tumbada en esa cama sonreíste al decir que ibas a morir. Todavía no conocía tu historia y supe que no podía perderte. —Besó suavemente sus labios sin poder resistirse. —Me vuelves loco. Desde que te conozco nunca me he sentido seguro sobre lo que sentías por mí y sé que es culpa mía, preciosa. Cuando Bill bromeó sobre que te fueras con él... Me sentí traicionado. Aunque me habías dicho que me amabas, no podía dejar de pensar que si tenías que elegir entre los dos, le elegirías a él.

—Lo siento —susurró emocionada.

—No te disculpes, no fue culpa tuya. La mera posibilidad de que te fueras con Bill... No podía soportarlo. Por eso te envié al campo y no fui a verte. Pensaba que estarías dolida y enfadada por haberle apartado de tu vida. No sabía cómo iba a reaccionar si me lo echabas en cara y...

—¡Y te fuiste de zorras! —le gritó antes de arrearle un tortazo que le volvió la cara.

Randall se sonrojó con fuerza. —Veo que has hablado con mi madre.

—¡Pues sí! ¡No quería que hubiera secretos entre nosotros! —Puso los brazos en jarras. —¿Te ha dolido mucho la cabeza, cariño?

Para su sorpresa su marido se echó a reír y rabiosa cogió un jarrón tirándoselo a la cabeza, pero el muy charrán tenía buenos reflejos. —¿Te ríes? Espera que ahora te vas a reír de verdad. ¡Y yo en el campo pensando que no me querías!

Riendo la cogió por la cintura apartando el cepillo de plata que ya tenía en la mano con ganas de arrearle, tirándolo al suelo para volverla. —Preciosa, me estaba explicando.

—Métete tus explicaciones por el... —Atrapó sus labios abrazándola a él antes de elevarla para ponerla a su altura. Camille perdió el hilo de sus pensamientos con las caricias de Randall y sin poder evitarlo acarició su lengua con la suya haciéndole gemir. Ese sonido la embriagó de tal manera que le abrazó por el cuello girando la cabeza para profundizar el beso y su marido la sentó sobre el tocador impaciente levantando sus faldas a toda prisa, antes de cogerla por el interior de las rodillas para colocarse entre sus piernas. Él apartó su boca para mirarla a los ojos y con la respiración agitada Camille jadeó cuando rompió sus calzones antes de acariciar sus húmedos pliegues de arriba abajo. El placer fue tan intenso que cerró los ojos y Randall la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —Te he echado tanto de menos, preciosa... —Entró en ella con fuerza haciéndola gritar de placer cuando la llenó por completo. Se sintió entera después de meses y se aferró a sus hombros deseando fundirse con él. Apretando su interior para no perderle protestó sin darse cuenta, gritando de felicidad cuando volvió a ella. Movié las caderas con contundencia de nuevo y Camille supo que le necesitaría siempre. Besó su cuello mientras la llenaba una y otra vez hasta que cada fibra de su ser se tensó pidiendo más. Desesperada mordió el lóbulo de su oreja y Randall desenfrenado entró en ella de nuevo con tal contundencia que ambos estallaron en un placer infinito.

Con las respiraciones agitadas se quedaron aferrados el uno al otro como si ninguno de los dos quisiera romper ese momento, hasta que Randall escuchó un sollozo y preocupado apartó la cara para mirar su rostro. —No llores, mi vida — dijo preocupado—. No quería...

—Shuss... —Le abrazó con fuerza enterrando su rostro en su cuello. —No me dejes. No puedo vivir sin ti.

Él cerró los ojos apretándola a su torso. —Yo tampoco puedo vivir sin ti, preciosa. Te amo más que a mi vida. —Besó la delicada piel de su cuello. —Y sé que te amaré siempre.

—Estamos predestinados, ¿recuerdas? No te pongas celoso que me cabreo y luego te cabreas tú y...

Randall rió por lo bajo. —Lo prometo.

—¿Palabra del Dragón?

—Palabra. No podría soportar verte sufrir de nuevo. Por eso te dejé ir. — Camille le miró a los ojos y él acarició sus mejillas borrando sus lágrimas. —Lo siento, preciosa.

—Me sentía vacía.

—Eso no va a volver a pasar.

—¿Es una orden?

Randall sonrió. —Es una orden.

Camille correspondió a su sonrisa sintiéndose inmensamente feliz. —Bill seguirá en mi vida.

—Eso ya lo he asumido.

—Y no te dolerá más la cabeza lejos de mí.

—¿Estás celosa?

—¡Sí! —le gritó a la cara haciéndole reír.

Su marido la cogió en brazos llevándola a la cama. —Quítate el vestido, esposa. Quiero besarte entera y demostrarte que aunque me has dado muchos dolores de cabeza no he tocado a otra mujer.

Los ojos de Camille brillaron de felicidad. —Yo tampoco he tocado a otro hombre.

Randall que se estaba quitando la camisa por la cabeza, se detuvo en seco fulminándola con la mirada. —¡Eso espero!

—¿Ya estás echando fuego por la boca? —preguntó de manera sensual levantándose las faldas para mostrar su pierna cubierta por la media—. ¿Estás enfadado, esposo? Porque yo te amo.

Él se la comió con los ojos cuando la mano de Camille acarició su muslo mostrando la marca del dragón. —Y soy tuya. Para siempre. Ven a comprobarlo, mi amor.

## Epílogo

Randall apretándose las manos, levantó la vista hasta el cuadro que estaba sobre la chimenea. Su esposa, con el hermoso vestido blanco que tenía el pecho bordado con el escudo del dragón, sonreía con picardía. Estaba preciosa. “Para que todo el mundo sepa a quien pertenezco”, le había dicho entregándole el cuadro las Navidades pasadas. Él había decidido colgarlo en la casa de Santa Lucia para verla cuando ella no estuviera a su lado. Angustiado se apretó las manos de nuevo revolviéndose en su sillón con ganas de ir a verla.

—Está bien, hijo. No debes preocuparte. Rosaura ha dicho que todo va como siempre —dijo su madre tan preocupada como él—. No sé por qué no puedo estar en la habitación.

—Será porque la pones nerviosa con tus esfuerzos para darle ánimos cada vez que da a luz —dijo Jack divertido doblando el periódico. En ese momento escucharon el grito de su nuera que podría tirar la casa—. Está claro que no se reprime.

Iria soltó una risita. —Lleva unos años en los que no se reprime en absoluto y me encanta.

—Es increíble que tengamos que hacer este viaje todos los años —dijo su madre exasperada—. Hijo, a ver si convences a tu esposa para que dé a luz en

Londres. Ya llevamos cinco y según la vieja Maude aún quedan. Yo ya tengo una edad para ir de la Ceca a la Meca continuamente.

—Madre... —Exasperado se levantó y fue a servirse un brandy. —Ella quiere dar a luz aquí y si eso quiere, eso tendrá. Le gusta el doctor Hoshell y ya que tiene que pasar por esto, quiero que esté cómoda. —Jack rió por lo bajo y le miró mosqueado. —¿Qué?

—Lo que quiere es embarcarse contigo, hijo. Así, aunque sea unos meses más al año, no te pierdes de vista.

Randall sonrió sin poder evitarlo antes de beber. —Lo sé.

Alguien entró en la casa corriendo y Randall estiró el cuello para ver a Bill con la respiración agitada. Puso los ojos en blanco porque de ese sí que no se libraría nunca. —¿Qué? ¿Ya ha llegado?

—¿Quién ha llegado?

—Muy gracioso. —Miró a su alrededor. —¿Dónde están los niños?

—Con tu esposa en la playa. —Bebió el brandy de golpe antes de escuchar otro grito desgarrador de su esposa que le tensó. Dejó el vaso sobre la repisa de la chimenea antes de correr fuera del salón.

Jack muy serio cogió la mano de su esposa que preocupada se sentó a su lado. —Todo irá bien.

—No se oye el llanto.

Bill miró hacia el techo e impaciente corrió hacia las escaleras quedándose ante la puerta.

—¡Menudo susto, mujer! ¿Quieres que se me detenga el corazón? —gritó Randall a los cuatro vientos.

—Cariño, no sé por qué no berrean. Nos han salido silenciosos.

Su amigo suspiró del alivio antes de gritar —¿Ya han nacido?

—Sí —respondieron los dos a la vez haciendo que los niños se echaran a llorar con fuerza.

—Ya me parecía a mí que vosotros no podíais tener hijos silenciosos.

Minutos después Randall de pie al lado de la cama, sonrió viendo a su mujer con los gemelos cada uno a un lado de su cuerpo. —Esta vez son morenos, mi amor —dijo ella emocionada.

—Nos acabamos de ahorrar un parto. —Se sentó a su lado y besó a su mujer en los labios con cuidado. —¿En los siguientes podrás repetirlo?

—Lo intentaré. Por ti lo que haga falta, Conde.

—¿Cómo te encuentras?

Ella vio en su mirada el miedo que había pasado y alargó la mano para coger la suya tocando el anillo de su abuelo en su dedo meñique. —¿Crees que después de lo que hemos pasado, te haría eso?

—No, porque me quieres demasiado.

—Tanto como tú a mí.

—¿Eres feliz, preciosa? Solo me importa eso.

Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción. —Me hacéis muy feliz.

En ese momento se abrió la puerta y Cecilia vestida con unos pantaloncitos negros y una camisa blanca como su padre, corrió hasta la cama con la espada de madera en la mano y sus rizos rubios alborotados. —¡Vamos a abordar un barco, papá!

Sus padres se echaron a reír y Randall la cogió por la cintura colocándola sobre sus rodillas. Su hija abrió sus ojos negros como platos. —¡Dos grumetes más para la tripulación! —dijo excitada.

—¿Qué te parecen, capitana?

—Son un poco pequeños, pero ya les enseñaré yo a ser el terror de los mares.  
—Levantó su barbilla orgullosa como su padre.

Su madre jadeó indignada haciéndoles reír. —Sois imposibles.

—Lo sabemos —dijeron a la vez.

Camille sonrió viendo como empezaban a hablar padre e hija. Suspiró satisfecha porque la vida le había regalado un marido que la amaba por encima de todo y una familia maravillosa. Al ver como su hija no soltaba su pequeña espada de madera gruñó. Bueno, algún día empezarían a gustarle las muñecas. Tenía que hablar con su marido muy seriamente de eso. Discutirían, por supuesto. Discutirían mucho, pero lo bueno de las discusiones era que siempre lo arreglaban. Sonrió y su marido la miró de reojo. —Cecilia vete a buscar a Laine que tiene que ayudar a mamá.

—Sí, padre. —Saltó de sus rodillas y corrió fuera de la habitación.

Randall apoyó un codo a su lado y se agachó para acercarse a sus labios. —  
¿Qué está pensando, señora Weinberg?

—Echo de menos discutir contigo.

—Mujer, que acabas de dar a luz dos hijos.

Rió sin poder evitarlo. —Y bien guapos que nos han salido. Marido, ¿quieres saber lo que pienso ahora?

—Lo estoy deseando.

—En la suerte que tuve al encontrarte, mi Dragón Dorado.

Él besó suavemente sus labios. —Es porque estábamos predestinados, mi amor. Me encontrarías siempre. Como yo a ti.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)

- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10-Demándame si puedes
- 11-Condernada por tu amor (Serie época)
- 12-El amor no se compra
- 13-Peligroso amor
- 14-Una bala al corazón
- 15-Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16-Te casarás conmigo
- 17-Huir del amor (Serie oficina)
- 18-Insufrible amor
- 19-A tu lado puedo ser feliz
- 20-No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21-No me amas como quiero (Serie época)
- 22-Amor por destino
- 23-Para siempre, mi amor.

24-No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25-Mi mariposa (Fantasía)

26-Esa no soy yo

27-Confía en el amor

28-Te odiaré toda la vida

29-Juramento de amor (Serie época)

30-Otra vida contigo

31-Dejaré de esconderme

32-La culpa es tuya

33-Mi torturador (Serie oficina)

34-Me faltabas tú

35-Negociemos (Serie oficina)

36-El heredero (Serie época)

37-Un amor que sorprende

38-La caza (Fantasía)

39-A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40-No busco marido

41-Diseña mi amor

42-Tú eres mi estrella

43-No te dejaría escapar

44-No puedo alejarme de ti (Serie época)

45-¿Nunca? Jamás

- 46-Busca la felicidad
- 47-Cuéntame más (Serie Australia)
- 48-La joya del Yukón
- 49-Confía en mí (Serie época)
- 50-Mi matrioska
- 51-Nadie nos separará jamás
- 52-Mi princesa vikinga (Vikingos)
- 53-Mi acosadora
- 54-La portavoz
- 55-Mi refugio
- 56-Todo por la familia
- 57-Te avergüenzas de mí
- 58-Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59-¿Qué haría sin ti?
- 60-Sólo mía
- 61-Madre de mentira
- 62-Entrega certificada
- 63-Tú me haces feliz (Serie época)
- 64-Lo nuestro es único
- 65-La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66-Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67-Por una mentira

- 68-Vuelve
- 69-La Reina de mi corazón
- 70-No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71-Estaré ahí
- 72-Dime que me perdonas
- 73-Me das la felicidad
- 74-Firma aquí
- 75-Vilox II (Fantasía)
- 76-Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77-Una noticia estupenda.
- 78-Lucharé por los dos.
- 79-Lady Johanna. (Serie Época)
- 80-Podrías hacerlo mejor.
- 81-Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82-Todo por ti.
- 83-Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84-Sin mentiras
- 85-No más secretos (Serie fantasía)
- 86-El hombre perfecto
- 87-Mi sombra (Serie medieval)
- 88-Vuelves loco mi corazón
- 89-Me lo has dado todo

- 90-Por encima de todo
- 91-Lady Corianne (Serie época)
- 92-Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93-Róbame el corazón
- 94-Lo sé, mi amor
- 95-Barreras del pasado
- 96-Cada día más
- 97-Miedo a perderte
- 98-No te merezco (Serie época)
- 99-Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo

- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tu eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado
- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikinga)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

#### Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. No cambiaría nunca
5. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. No te merezco
5. La consentida de la Reina
6. Lady Emily
7. Condenada por tu amor
8. Juramento de amor
9. Una moneda por tu corazón
10. Lady Corianne

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.